

# EL PUNTO LUCIFER



Carlos César Contesti

Para contactar al autor:

**[c\\_contesti@argentinaenletras.com.ar](mailto:c_contesti@argentinaenletras.com.ar)**

Más información en

[www.argentinaenletras.com.ar](http://www.argentinaenletras.com.ar)

Dedicado a todos los que en alguna etapa de la vida, hemos creído perder la fe.

Mi agradecimiento a mi esposa e hijos, por permitirme hacer realidad este sueño.



# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b>	<b>06</b>
<b>CAPÍTULO I: <u>EL INICIO DE LA SENDA</u></b>	<b>08</b>
<b>EN TU AUSENCIA</b>	<b>10</b>
<b>DESDE EL OLVIDO</b>	<b>33</b>
<b>MANIFESTACIONES</b>	<b>49</b>
<b>PROMESA</b>	<b>59</b>
<b>PARTE DE LA VERDAD</b>	<b>72</b>
<b>ROSA</b>	<b>82</b>
<b>EVANGELIOS</b>	<b>102</b>
<b>CAPÍTULO II: <u>LOS VESTIGIOS DEL ODIO</u></b>	<b>108</b>
<b>LA VOZ DEL SILENCIO</b>	<b>110</b>
<b>OTROS FACTORES</b>	<b>122</b>
<b>CONOCIMIENTO</b>	<b>132</b>
<b>LA PUERTA DEL INFIERNO</b>	<b>139</b>
<b>EL REFUGIO DEL ARCO IRIS</b>	<b>145</b>
<b>LA HUELLA DEL DESTINO</b>	<b>152</b>
<b>NOCHE ETERNA</b>	<b>163</b>

<b>CAPÍTULO III: <u>EL OJO DE LA TORMENTA</u></b>	<b>168</b>
<b>UNA MANO EXTENDIDA</b>	<b>170</b>
<b>ESTÍMULO</b>	<b>174</b>
<b>EL ARTE DE CREER</b>	<b>178</b>
<b>EN EL FIN DEL MUNDO</b>	<b>193</b>
<b>CAZADOR DE FRONTERA</b>	<b>197</b>
<b>EL OCASO DE UNA FLOR</b>	<b>204</b>
<b>DESPERTAR DEL MAL</b>	<b>207</b>
<b>CAPÍTULO IV: <u>NEXO CELESTIAL</u></b>	<b>208</b>
<b>ENSAMBLE</b>	<b>210</b>
<b>PREDECESOR</b>	<b>223</b>
<b>ESPÍRITU CAUTIVO</b>	<b>230</b>
<b>LOS TRECE DISCÍPULOS</b>	<b>244</b>
<b>ATARDECER DEL ALMA</b>	<b>246</b>
<b>VORÁGINE</b>	<b>249</b>
<b>PRELUDIO</b>	<b>258</b>
<b>CAPÍTULO V: <u>GÉNESIS</u></b>	<b>262</b>
<b>LA MUERTE DE UN ÁNGEL</b>	<b>264</b>
<b>INFIERNO EN EL CIELO</b>	<b>272</b>
<b>LA PUESTA DE SOL</b>	<b>281</b>
<b>ÚLTIMO ADIÓS</b>	<b>284</b>

## PRÓLOGO

Cuando se escucha hablar a la gente, dependiendo de las circunstancias que estén viviendo, es muy común sentir que se hagan referencias a Dios. El Creador se las ve de figurillas en nuestras opiniones; si todo va bien es por suerte; si el destino en cambio nos es adverso, nos detenemos a preguntarle ¿por qué a mí? Creo que esto es parte de nuestra naturaleza, o al menos es más simple asociarlo a este factor y no admitir que la propia fe está sustentada sobre bases endebles y que los vientos de la vida afectan su estabilidad sensiblemente.

En nuestras expresiones constantemente criticamos su obra y es común asumir el rol de jueces, esgrimiendo frases sentenciosas tales como “¿por qué Dios permite esto? ¿Dónde está Dios cuanto estas cosas suceden?” Tal vez es tiempo de comprender que ese Dios que buscamos está en nosotros y es su ausencia la que provoca todo aquello que nos negamos a creer por lo terrible de su aspecto, las manifestaciones del bien y el mal nacen del hombre y mueren en él, no es necesario buscar más responsables. Sin embargo existe un porcentaje muy reducido de situaciones, que ajenas a los humanos y sin origen en Dios, nos conmueven en lo más profundo por la atroz manera en que se manifiestan; estas son quizá las expresiones del mal. Si creemos en el cielo, debemos admitir la existencia de un infierno, si adoramos a un Dios benigno, es muy inocente pensar que el mismo no tenga un enemigo.

Todas las religiones hablan de un ser superior omnipotente, como también describen la presencia de un ser maligno, así podemos entonces inferir la existencia de una competencia despiadada.

Este libro situado entre la realidad y la ficción, ahonda en un terreno difícil, a través de sus páginas y soportado por

personajes y situaciones imaginarias, se reflejan casos aislados de la vida real.

Así como me permito creer en una ciudad Santa, donde nació el redentor, tengo también la presunción que en algún lugar del planeta, en un momento distante e indocumentado, otro nacimiento dio lugar al surgimiento de la presencia viviente del mal. A ese sitio donde surge lo innombrable, lo he llamado “el punto Lucifer”.

Carlos César Contesti.



## CAPÍTULO I

# **EL INICIO DE LA SENDA**

---



## EN TU AUSENCIA

Se me hace difícil comenzar a hilvanar los trozos de esta historia, cada vez que elijo un curso de narración, descubro que he omitido partes de la misma que son de importancia sustancial para su comprensión y vuelvo a comenzar; también me resulta confuso fijar un punto de partida para algo que finaliza en el mismo lugar en que comenzó, incluso algunos sucesos presentan anacronismos con relación a los tiempos reales, pero no tengo otro modo de unir los hechos. Comenzaré por relatar los sucesos que me llevaron a dejar mi vida anterior y que me trajeron a esta tierra remota olvidada por los hombres, quizá de esa forma les sea más sencillo comprender mis sentimientos.

Me permitiré resumir algunos aspectos a fin de no aburrirlos con detalles menores, espero que los mismos no afecten vuestra comprensión. En la actualidad tengo casi cuarenta años, si bien mi vida cambió hace tan solo cinco, por entonces vivía en una ciudad populosa y estaba felizmente casado con una mujer extraordinaria; ambos teníamos nuestros respectivos empleos y de común acuerdo habíamos decidido no tener hijos. Esta postura nos permitió alcanzar un buen pasar económico y facilitó que conociéramos distintos lugares del mundo; la relación entre ambos era satisfactoria en todos los aspectos, desde como congeniábamos aún en nuestras diferencias de carácter, hasta como disfrutábamos nuestras relaciones sexuales.

Mi profesión de arquitecto y la suya de decoradora, nos habían permitido conocernos tres años antes de formalizar nuestra unión, mi esposa y yo continuamos desempeñando nuestras respectivas actividades y puedo asegurar que de manera diferente, ambos fuimos excelentes profesionales. Beatriz había

llevado su arte dentro y fuera de las fronteras de nuestro territorio, varias veces en el año viajaba a países limítrofes a decorar casas de playas en Brasil, Chile y Uruguay. Cuando mis ocupaciones me lo permitían, la acompañaba, pero a raíz de haber tomado unas horas de cátedra en una facultad local, esto ya no era tan frecuente.

El que me refiera a mi relación en pasado, no es un error en el uso de los tiempos verbales, mi esposa falleció luego de sufrir un terrible accidente aéreo.

En virtud de una tentadora oferta para la remodelación de un lujoso hotel cordillerano, Beatriz preparó sus maletas luego de invitarme a ir con ella y recibió mi consabida negativa; su vuelo a la ciudad de Mendoza se había desarrollado sin contratiempos, el turbo hélice se comportó perfectamente durante todo el viaje, al momento de aterrizar y de forma inexplicable, una de las dos patas del tren de aterrizaje se dobló, haciendo que el avión tocara con el ala en pista y que su hélice izquierda golpeará el suelo; en ese momento un aspa se desprendió y cercenó con exactitud quirúrgica el fuselaje, el punto de corte correspondía a la ubicación exacta de su asiento. Junto a mi amor fallecieron cuatro personas más, entre ellas un niño de corta edad.

Cuando recibí la noticia, me encontraba en mi oficina atendiendo algunos asuntos pero sin demasiado interés, toda la mañana había sentido una sensación de incomodidad que no parecía tener un origen específico, incluso llegué a discutir con mi secretaria por un tema irrelevante; más tarde asocié estos sucesos premonitorios con la tremenda noticia de la muerte de mi esposa. Los trabajos de peritaje de la empresa de seguros demoraron la devolución de los cuerpos, cuando finalmente pude darle sepultura, debí hacerlo a cajón cerrado; aún hoy trato de reconstruir la imagen de su rostro en mi memoria.

Nunca había pensado que mis sentimientos hacia ella fueran tan profundos, lo que en principio intenté superar ocupándome hasta el agotamiento, pronto se volvió hacia mí como un boomerang; extenuado por las labores diarias, no conseguía conciliar el sueño durante las noches, pronto comencé a oír su voz en nuestro hogar y llegué a mudarme de departamento para evitarlo, pero su recuerdo se trasladó conmigo. Por sugerencia de un amigo, recurrí a un psicólogo, solo para descubrir que él podía darme o mejor dicho, llevarme a través de mi mente a las respuestas que necesitaba, pero que no volverían a la vida a Beatriz.

El estudio para el que trabajaba se mostró condescendiente al principio, pero cuando mis resultados se volvieron inaceptables, me invitaron gentilmente a retirarme de la empresa, con el mensaje de que las puertas estaban abiertas para cuando quisiera volver. Sólo les faltó decir que para hacerlo, debería antes matar a los fantasmas de mi mente, pero esto no me era posible, si Beatriz dejaba de vivir en mi recuerdo, se perdería para siempre; yo era el único resguardo de su existencia. No culpo a mis jefes, es probable que de no haber vivido una experiencia tan traumática, yo hubiese hecho lo propio con algún subalterno que atravesase una situación parecida; antes de irme le pedí perdón a mi secretaria, aún conservaba la culpa por la discusión de aquel fatídico día. Ella me mostró el tipo de mujer que era, pues me abrazó y con lágrimas en los ojos me pidió que me cuidara y que no dudara en llamarla si necesitaba hablar con alguien; hasta hoy día no lo he hecho, pero no obstante le he enviado varios mensajes electrónicos y una o dos postales desde algún sitio remoto.

Luego de perder mi fuente de ingreso primaria, renuncié a mis actividades ligadas a la enseñanza y vendí mi departamento. Anduve algunos meses sin rumbo, intentando llenar el espacio

de su ausencia con alcohol, cuando llegué al punto de no retorno, su presencia se materializó ante mí por última vez en un sucio cuarto de hotel, al que no sabía como había llegado. No eran los restos destrozados del accidente los que estaban ante mis ojos, su rostro era el de cuando la conocí por vez primera, todo su cuerpo tenía un brillo que difuminaba su entorno. Ella se me acercó y estiró su mano hacia mi rostro, no puedo asegurar que me tocara, mis sentidos estaban confundidos por la bebida y el agotamiento, pero su voz sonó en mis oídos o en mi mente y me dijo cosas que solo yo podía entender y otras tantas que aún hoy trato de descifrar. No las mencionaré en este momento, pero haré referencia a ellas más adelante. Aquella noche tras llorar por última vez su ausencia, pude dormir por primera vez sin interrupciones; en la mañana, frente al espejo, sentí pena por la imagen que el cristal me devolvía. Luego de analizar mi situación, acudí a la casa de mi hermano Nahuel, entonces me derrumbé en sus brazos y dejé que expresara todo el amor que siempre tuvo por mí. Estuve viviendo con él casi dos semanas, tiempo suficiente para modificar mi aspecto, arreglar algunas cuentas y asuntos económicos pendientes y decidir que hacer con mi futuro. Por suerte no había derrochado mucho del dinero obtenido de la venta de mi propiedad y de la indemnización, por lo que me encontraba en condiciones de afrontar el futuro inmediato sin dependencias de terceros.

Por sugerencias de Nahuel, me tomaría unos días para despejarme y decidí hacerlo viajando a conocer las cataratas del Iguazú, este era un proyecto postergado con Beatriz, que me provocaba algo de culpa, ya que ella había tenido dos oportunidades de visitarlas y no lo había hecho pues quería conocerlas conmigo. Luego de adquirir algunas ropas y reparar un faro de mi auto roto sin que supiera cuando, aunque

presumo debe haber sido durante mis noches de alcohol, me dispuse a emprender el viaje. Escuché las recomendaciones de mi hermano menor, de su esposa Cris y los abracé con auténtico amor, ellos me dieron una hermosa noticia antes de partir, en algunos meses sería tío y querían que aceptara además el padrinzago de su primer hijo. Les respondí que me bastaba tener un sobrino y que eligiesen a otro como padrino, como esto era algo conversado informalmente en oportunidades anteriores, aceptaron mi rechazo sin discusiones y sin ofenderse.

Al alejarme, pude verlos abrazarse por el espejo retrovisor y sentí algo cercano a la envidia que me incomodó, me sentía mal por mi reacción ante la felicidad ajena; ellos estuvieron junto a mí aún en mis peores etapas, tenía una deuda que esperaba saldar algún día.

Manejaba despacio por la ciudad, contrario a mis costumbres y con un dejo de indecisión, puede que no estuviese persuadido del todo de hacer este viaje, pero finalmente recordé algunas de las frases de mi esposa durante su aparición y eso me terminó de decidir, ella había dicho “A veces donde las aguas muestran su bravura, se encuentra la calma”.

Alrededor de las nueve horas y luego de desayunar con un café doble en una estación de servicios, compré un mapa de rutas e inicié el viaje de aproximadamente mil trescientos kilómetros que me llevaría hasta mi destino; por tratarse del martes previo al fin de semana santa, la ruta no presentaba un tráfico muy elevado, lo que me permitió acelerar sin preocupaciones. El asfalto corría por debajo mientras devoraba el camino, cuando miré el velocímetro me di cuenta que estaba superando los 160 kilómetros por hora, lo que me llevó a disminuir la velocidad,

ya no por mi seguridad, pues mi vida me importaba poco, sino por la de los demás.

El tiempo fue perdiendo importancia a medida que cubría distancia, me costaba incluso concentrarme en la ruta, mi pensamiento estaba dividido en la tarea de reconstruir los trozos de mi vida en pareja y en presagiar el rumbo de mi destino. Con dificultad iba juntando imágenes inconexas de mi ayer, todo lo que creía palpable y cercano, se mostraba desdibujado como recuerdo; en más de una ocasión y con lágrimas corriendo por mis mejillas, me vi en la necesidad de mirar la foto de su rostro para recordarla tan bella como era.

Un sabor amargo en la boca y la necesidad de repostar combustible me llevó a detenerme, en cercanías de Bonpland hice una parada y llené el tanque de mi vehículo; con sorpresa me encontré encendiendo un cigarrillo, a pesar de que había dejado el vicio ya varios años antes. Mi estómago respondió fastidiado con una señal de náuseas, pero no tenía ánimos de comer, por lo que retomé el camino ni bien terminé de fumar.

Sólo por una necesidad de compañía puse la radio, pero en esa zona las emisoras programadas en el equipo de mi auto solo presentaban interferencias, por comodidad dejé que el equipo efectuara una búsqueda y mientras lo hacía escuché su voz, apagué bruscamente la radio y clavé los frenos. El vehículo se cruzó un poco hasta detenerse acompañado del quejido de los neumáticos, afortunadamente nadie transitaba por detrás de mí; para no molestar y evitar un accidente llevé el coche a la banquina y frenéticamente recorrí el dial en ambos sentidos varias veces, la voz de Beatriz no volvió a aparecer a pesar de los intentos. Luego de unos minutos me bajé con las piernas temblorosas y encendí otro cigarrillo, apoyado sobre el baúl, fumé con la mirada perdida en el horizonte, mientras mi sombra comenzaba a ganar distancia en relación a la posición



del sol. El viento en el rostro me sirvió para aclarar mis pensamientos, debía aceptar que solo se trataba de alguna señal distante que el equipo no pudo fijar y que trajo una voz parecida; no había nada sobrenatural en ello, solo mi necesidad de escucharla otra vez.

Volví a tomar contacto con el asfalto y ya no me detuve hasta llegar a Oberá, tenía intenciones de comer algo, pero no quería comida chatarra, sentía la necesidad de almorzar algo decente. Entré en la ciudad y solo entonces tomé conciencia de que las luces del día comenzaban a decaer, miré por primera vez mi reloj y luego lo comparé con el del tablero, con escasas diferencias entre ambos eran casi las diecinueve horas. Di algunas vueltas hasta llegar al centro de la urbe, rodeé la plaza San Martín y mi mente se distrajo contemplando una prolija ciudad donde la armonía parecía ser una constante. No escuché bocinazos ni gritos, tampoco frenadas ni maniobras bruscas, solo el murmullo habitual de la gente finalizando una jornada. Muchas bicicletas y jóvenes riendo, ancianos sentados en las puertas de sus hogares, niños y perros jugando, incluso una cometa tardía elevada desde un terreno baldío.

Por temor a no encajar con el contexto, me alejé de la zona céntrica y detuve mi marcha varias cuadras delante, en cercanías de un bar cuyo cartel de chapa oxidada, señalaba la antigüedad del establecimiento. La vereda de adoquines, una puerta de madera sin rejas y al ingresar, una agradable sensación de camaradería. Los pocos parroquianos sentados me miraron sin mayor interés y continuaron su charla en voz baja, me senté en una mesa junto a la ventana para poder vigilar mi auto, costumbre esta traída de la ciudad sin dudas.

El encargado dejó de secar los vasos tras el mostrador y vino a mi encuentro.

- Buenas tardes, ¿qué le puedo ofrecer? – sonrió afablemente
- Tengo hambre, pero quisiera comer algo casero, ¿qué hay hoy en el menú?
- Normalmente no damos ese tipo de servicio, este es un bar de bebidas, pero si no le ofende, mi esposa preparó un exquisito pastel de carne al mediodía y podría traerle una porción.
- Sería un placer para mí.
- Excelente, ¿algo de beber?
- Una gaseosa por favor.
- Enseguida.

El hombre se alejó y volví a mirar hacia mi coche, aunque mi mente estaba muy lejos del lugar; luego de un rato saqué el mapa y consulté lo que aún me restaba por recorrer. Ensimismado en la maraña de líneas, no me percaté de la presencia del encargado.

- Perdón, estaba distraído. – me disculpé.
- No se preocupe, tómese su tiempo, yo le mantendré la comida al caliente.
- No es necesario, no se moleste por favor, huele muy bien y me ha abierto el apetito. – respondí mientras corría el mapa y volvía a observar el auto.
- No se moleste en vigilar su coche, no le pasará nada, pero para su tranquilidad yo lo miraré desde el mostrador.

Me sentí un tanto avergonzado por ser tan evidente y desconfiado, no pude decir nada que disculpara mi actitud. Comí con avidez y gusto la gigantesca y exquisita porción de pastel junto a las papas y zanahorias hervidas, terminé pasando un trozo de pan por el plato y todo ello sin beber. Mi cuerpo

agradecía el sano alimento y por primera vez desde el inicio del viaje, sentía que estaba haciendo lo correcto.

El hombre se acercó nuevamente sin que lo llamara y dejó una taza de humeante café ante mí y dos copas de anís.

- Esto es gentileza de la casa. – dijo y se sentó frente a mí sin más trámites.
- Le agradezco enormemente su atención, pero no debía molestarse.
- Usted perdone si me equivoco, pero creí adivinar algo en su mirada que me trajo muchos recuerdos. Hace muchos años yo llegué aquí después de atravesar un mal momento, un anciano que me ofreció alojamiento se detuvo a escuchar mi historia. No pudo darme solución a mis problemas, pero me brindó su tiempo y su atención y eso no tuvo precio.

Intenté decir algo y me vi obligado a bajar la mirada para que no notase mis ojos vidriosos. El hombre simuló no haber notado el suceso y continuó:

- Esta ciudad es algo especial, particularmente por su gente, la mayoría son inmigrantes, aquí puede encontrar finlandeses, alemanes, franceses, suecos, noruegos y por supuesto criollos. Todos saben lo importante de la solidaridad cuando uno está solo y si bien muchos no hablan demasiado, transmiten en su mirada la confianza que profesan. ¿Sabe que quiere decir Oberá? - sin esperar mi respuesta continuó - En lengua guaraní quiere decir “la que brilla” y yo particularmente creo que este lugar tiene una luminosidad propia.
- Le agradezco su gesto. – dije con la voz ahogada.
- No tiene nada que agradecer, - respondió poniéndose en pie para no incomodarme y apoyando su mano en mi hombro – ahora disfrute el café.

Sin poder evitar el llanto y casi diría sin vergüenza por mi pena, extraje su foto y volví a mirar su sonrisa eterna.

Terminé el café y vacié de un trago la copita de anís, ya no me importaba ver hacia el auto, recorrí el recinto con atención y observé el revestimiento en maderas gastadas, dos enormes ventiladores colgando del alto techo y muchas repisas con botellas tan viejas como el local; reconocí varios avisos publicitarios de cuando yo era chico. Algunos parroquianos jugaban ajedrez en un extremo y un tubo fluorescente azulino zumbaba dentro de una trampa para insectos, llamé a mi anfitrión y le pedí la cuenta. Pagué una cifra irrisoria mientras buscaba las palabras para agradecer el trato recibido, pero el hombre no estaba allí para escucharlas, sonrió y me despidió con un “hasta la vuelta” sin darme tiempo a réplica.

Salí a la calle y la noche se había adueñado del paisaje, no tenía sueño ni síntomas de cansancio, por lo que me dispuse a manejar hasta mi destino; un par de preguntas me permitieron orientarme y salir a la ruta, sin sobresaltos recorrí los casi cuatrocientos kilómetros finales.

A las dos de la mañana, llegué al hotel que Nahuel me reservara telefónicamente, el encargado me recibió con su mejor sonrisa a pesar de la hora y por más que me negué, se hizo con las maletas y me guió a mi cuarto. Tomé una larga ducha y luego de secarme me tumbé en la cama y me dormí sin dificultad. Descansé toda la noche sin interrupciones, a la mañana siguiente me despertó el sol entrando por la ventana que omití cerrar a mi llegada; un poco transpirado por el calor volví a ducharme y me vestí con ropa liviana. Me sorprendí al bajar a la recepción, el comedor del hotel estaba casi completo de gente almorzando, miré la hora y comprobé asombrado que eran más de la una; había dormido sin interrupciones casi doce horas.

A falta de otra actividad me ubiqué en una mesa pequeña que daba al jardín y luego de esperar un tiempo a que me atendieran, me percaté que el servicio del hotel era del tipo tenedor libre, donde uno se debe servir a si mismo. Tomé algo de fiambre y algunos frutos de mar y regresé a mi mesa, a punto de comer me faltó el comentario típico de mi esposa cuando yo pedía estos platos y su ausencia me produjo un dolor en la garganta. Probé algunos bocados y bebí jugo natural de naranja, luego para no molestar me levanté y fui al vestíbulo a fumar.

Los amplios ventanales ofrecían un paisaje esplendoroso, del que no había podido apreciar detalles a mi llegada, la vegetación exuberante le confería un aspecto especial. Permanecí largo rato mirando el entorno, para cuando volví a la realidad, muchas personas se ubicaban en derredor mío parloteando y riendo.

Me dirigí al conserje y le pedí información de cómo llegar a las cataratas, gentilmente me entregó folletería y me recomendó un par de opciones de excursiones con buen precio. Acepté una de ellas y en menos de una hora estaba sentado a bordo de un colectivo pequeño rumbo al gran salto.

Sin entrar en detalles del magnífico lugar, puedo decir que quedé extasiado ante tanta belleza, las gotas que arrastraba el viento hacia los visitantes, me permitieron llorar libremente sin que nadie lo notara. Beatriz debería estar allí conmigo, pero solo me acompañaba la soledad.

Permanecí un largo tiempo con la vista perdida en el encantador salto, solo dejé de prestar atención cuando una voz a mi espalda captó mi interés. Me volví y pude observar a una mujer mayor de pequeña estatura que me observaba con preocupación.

- ¿Decía usted? – le pregunté.

- Sus manos joven, le dolerán si continúa apretándolas así. – dijo señalando mis puños blancos.

Solo entonces me di cuenta que me aferraba con fuerza excesiva al barral, sonreí a la mujer y respondí.

- Le agradezco su observación, el paisaje es cautivante, pero temo a las alturas y por eso me tomo del caño con tanto ímpetu.

La dama me observó con atención y con una sonrisa leve, oculta en parte en su rostro arrugado comentó.

- Jovencito, soy vieja pero no tonta, usted le tiene tanto miedo a las alturas como yo a las flores. No necesita decirme el motivo de sus penas, solo intentaba evitarle un dolor.

Un tanto incómodo por el giro de la conversación, bajé la vista y al volver a mirar, la mujer había desaparecido. Observé en derredor, pero no la encontré y terminé dudando acerca de su existencia.

Ya muy alejados de mí, pude ver que el contingente de turistas que yo integraba se perdía de vista siguiendo a nuestro guía, a fin de no incomodar a nadie, apresuré el paso y pude alcanzarlos en la siguiente parada sin que nadie notase mi ausencia; mientras escuchaba la descripción de los ejemplares de plantas que crecen en este parque, comencé a mirar a mis compañeros, pude contar cinco matrimonios de diversas edades, unos siete chiquillos, una pareja en luna de miel, un contingente de señoras mayores... Me detuve de inmediato, en el último grupo estaba la mujer que me hablara junto al gran salto, no me explico como había llegado hasta allí, de seguro debió tomar un atajo; al instante nuestras miradas se cruzaron y la anciana me regaló una cálida sonrisa, evidentemente no había imaginado nuestro encuentro. Continuamos la recorrida mientras la voz del guía sonaba en mis oídos como un suceso

distante, la naturaleza tenía parte de la culpa por mi distracción, el resto eran juegos de mi mente.

Al finalizar el paseo, volvimos al transporte y por casualidad quedé sentado junto a la anciana.

- Permítame presentarme, me llamo Rosa y estoy de vacaciones con unas amigas.
- Mucho gusto, - respondí – mi nombre es Nazareno.
- ¿Y cuál es el motivo que lo trajo hasta aquí?
- Espero averiguarlo...- respondí sin mentirle.

Para mi tranquilidad, la mujer no hizo más preguntas y el viaje de retorno fue placentero y rápido; ya en el hotel el encargado se preocupó por conocer mi opinión respecto a su recomendación, a lo que contesté que había disfrutado la excursión. No era una mentira, tan solo una verdad a medias para evitar explicaciones.

Volví a ducharme y sin dormir me recosté un largo rato en la cama, ocupando el lugar que normalmente le correspondía a ella, con su imagen en mi mente volví a soltar mi dolor.

Esperando no encontrar un gentío en el comedor, bajé sin apuros, para mi fortuna solo dos mesas estaban ocupadas, me serví un plato algo más generoso que el del mediodía y comí con la mirada perdida en la oscuridad exterior. El clima parecía haber cambiado sensiblemente, una llovizna ligera y algo de viento golpeaban ahora los cristales del ventanal. Luego de cenar me dirigí al bar y pedí una medida de whisky doble, me senté en un cómodo sillón y saqué mi vieja pipa regalo de un amigo perdido en los recodos del tiempo. El tabaco aromatizado con chocolate llenó el ambiente, afortunadamente no había nadie en cercanías a quien pudiese molestarle, por lo que fumé sin culpas. Afuera la tormenta iba en crecimiento, con cada vez mayor frecuencia el cielo descargaba su potencial sobre la tierra; el viento obligó a una mucama a cerrar algunas

ventanas y en un par de oportunidades el fluido eléctrico disminuyó sin llegar a interrumpirse.

- Es una noche terrible para estar solo, ¿por qué no se acerca a nuestra mesa y comparte algunos juegos?

La voz de Rosa me obligó a volver a la realidad.

- No soy bueno para los juegos. – intenté excusarme.
- Aún así insisto, no me complace verle aquí solo, venga, acompáñeme.

Sin opciones para rechazar aquella invitación, me levanté y seguí los pasos de la dama hasta la sala principal del hotel; allí cuatro mujeres mayores sonrieron a mi llegada y se presentaron, inmediatamente me hicieron un lugar, apagaron mi pipa y pusieron un plato con masas secas delante de mí y unas fichas de un gran dominó temático.

- ¿Conoce usted el juego de dominó?
- Sí, he jugado de niño.
- ¡Estupendo! Este es similar pero en lugar de números tiene figuras, por eso es más grande de lo habitual. Ahora bien, debe saber además que nosotras apostamos, cada vez que alguien pierde puede optar por contar un chiste, narrar una historia o divulgar un secreto.
- Nunca he apostado, trataré de no perder.

El resultado obvio fue que tras la primera ronda, yo ya estaba eliminado, por lo que me vi en la necesidad de elegir una de las opciones; conté una historia simple que fue festejada por mis amables compañeras como si fuese yo el mejor humorista, eso cambió en parte mi ánimo. En la vuelta siguiente, Rosa perdió y narró un breve cuento de un hombre que vivía un sueño circular, en el mismo, cada vez que el hombre despertaba se hallaba inmerso en otro sueño, con lo cual le era en extremo difícil descubrir en que momento se hallaba despierto. En esa espiral de conciencia ficticia, el durmiente descubrió que su



estado le permitía hacer uso de una libertad inusitada, pues solo se trataba de expresiones oníricas; progresivamente fue tomando control de sus noches y haciendo uso de su voluntad. Cada vez que las situaciones le eran adversas, salía de ese sueño y se despertaba en el siguiente. En cada expresión de su mente tomaba las cosas que deseaba, riquezas, mujeres, etcétera; si para sus cometidos era necesario matar lo hacía, pues nada era realidad. La última fantasía de este sujeto no tiene salida, ahora está internado en una institución para enfermos mentales y todos los días sueña que está viviendo, solo para despertarse siempre en la misma realidad.

Los aplausos surgieron en forma espontánea, el relato de Rosa fue impecable y dejó una necesidad de reflexión en todos. Tras algunas partidas más, las mujeres dejaron el juego y marcharon a descansar, solo Rosa se quedó haciéndome compañía.

- ¿Te dije que soy docente?
- No, no recuerdo que lo mencionara.
- Pues sí, soy maestra de un colegio rural en Catamarca, en realidad de un pueblito que con dificultad encontrarás en el mapa. Allí tengo alumnos que apenas si caminan pero que vienen por el vaso de leche, otros son mayores que tú, esos buscan aprender a leer para no estar tan aislados del mundo. Yo hago lo posible y un poco más, pero a mis años, percibo que eso no alcanza.
- No debe sentirse culpable por lo que escapa a su alcance, algunas cosas tienen solución y otros no.
- Yo pensaba igual que tú hasta hace un tiempo, ahora aunque tarde, me he dado cuenta que hay otro modo de hacer las cosas; imposible es una palabra que pierde su significado cuando te encuentras frente a frente con la muerte cada día y a propósito, deja de tratarme de usted, haces notoria mi edad.

- No entiendo del todo lo que dices. – respondí con una media sonrisa por su último pedido.
- Perdóname, no quería dejarme llevar, sólo hacía referencia a las incontables necesidades que tienen los aislados de la sociedad. Dejemos esto, cuéntame algo de ti.
- Poco tengo para decirte, soy arquitecto, enviudé hace casi cinco años y ya no volví a sonreír; ahora recorro los espacios necesarios para armar su historia y completar la mía. Cuando esté terminada, entonces descansaré.
- Tienes una manera mezquina para describir algo tan hermoso como el amor que has sentido por una mujer, no has mencionado las sonrisas que tuvieron juntos, no describiste las caricias ni rememoraste el sabor de sus besos, no hablaste del brillo de sus ojos cuando la angustia moraba en ellos. No describiste la geografía de su cuerpo ni la tibieza de su piel, deberías permitir que sean esos los recuerdos que florezcan de ella en tus labios.

Permanecí en silencio y por primera vez desde su muerte el rostro de Beatriz fue claro en mi mente, redescubrí el brillo de sus ojos, su cabello azabache en contraste con su piel blanca, su cuerpo generoso y dócil entre mis brazos y su voz tenue diciendo mi nombre.

- No puedo vivir sin ella...

Mi voz sonó como una confesión.

- Te entiendo Nazareno, en algún lugar remoto de mi vida, mi hombre también marchó a los cielos, ahora aguarda allí mi llegada y yo en tanto hago de cada día un motivo de honra a Dios para poder estar junto a él a mi muerte.

Sus palabras resonaron en mi mente y lloré sin tapujos, Rosa se puso en pie, cargó mi pipa y la encendió con habilidad, me trajo un trago del bar y luego de darme ambos elementos besó mi frente con ternura y se despidió sin decir palabras. Permanecí fumando en silencio y vacié el trago de un sorbo, acompañado por los destellos de la tormenta recorrí mi pasado reciente.

La mañana se presentó cubierta, aunque ya no llovía, un dolor agudo de cabeza me hizo desistir de mi primer intento de levantarme. Algunos minutos de reposo, una ducha y un par de analgésicos me permitieron salir del cuarto pasado el mediodía. Opté por no almorzar y permanecí en el vestíbulo con un café ante mí y un atado de cigarrillos, aproveché el paso de un auxiliar para preguntar por el resto de la gente, a lo que me contestó que habían salido de excursión hacia las ruinas Jesuíticas de San Ignacio y minas de Wanda; el paseo les llevaría todo el día.

A falta de otra actividad fui en busca de un libro de la gaveta del auto, en la contratapa tenía la dedicatoria que Beatriz escribió cuando me lo regaló en nuestro último aniversario. Leí con detenimiento sus palabras:

*Cada vez que sientas que la noche nubla tu calma  
y que los rayos de mi corazón no te alcanzan,  
recorre entonces los senderos de tu memoria  
allí hallarás la sonrisa que despertaste en mi alma.*

*Con amor. Beatriz.*

La poesía de sus frases me llenó de nostalgia y volví a vivir el día en que arrojé sus cenizas al mar; las aguas se llevaron

consigo mis esperanzas y mi capacidad de seguir adelante. Luego de unos momentos me sumergí en la lectura y solo hice algunas pausas para encender un cigarrillo, resistí la tentación de beber y pedí en cambio una jarra de jugo de naranjas con hielo, bebí con avidez y al cabo de algo más de dos horas salí a caminar por las inmediaciones del hotel.

Sin proponérmelo anduve más de lo esperado y regresé poco después que los excursionistas. A la cena, Rosa y sus amigos me invitaron a compartir su mesa, me sentí complacido de aceptar y pasé una velada agradable; en la mañana siguiente ellas se irían temprano, tenían previsto hacer una pasada por la tumba del gauchito Gil y luego regresarían a su provincia. Hablamos sobre los milagros a pesar de mi incredulidad sobre el tema, hubiera bastado uno muy pequeño para cambiar el destino de mi amor, pero ella ya no estaba y mi vida había cambiado para siempre. No quise llevar la charla al territorio de mis propias creencias, si bien me sentía en libertad de hablar sobre mis pareceres, no podía asegurar que no afectaría a los demás, por lo que me limité a escuchar y solo aporté algunos comentarios intrascendentes como para demostrar mi interés.

La charla se extendió más allá de la medianoche, al término de la agradable velada recibí sonoros besos de mis compañeras y le dejé el número de teléfono de Nahuel a Rosa, ella no pudo darme ninguno, su pueblo no tenía teléfonos, no obstante me prometió que llamaría si en algún momento iba a mi ciudad.

Cuando sobrevino la calma, la soledad volvió a ganar otra batalla, me sentí terriblemente solo.

En la mañana el hotel se mostró prácticamente vacío, los turistas habían partido y solo quedábamos unos pocos, luego de saldar el servicio armé mi pequeña maleta y la cargué en el auto, después fui al bar y tomé un café doble con una copa de ron, aproveché para disfrutar de mi pipa y leer el diario local;

mientras lo hacía mi futuro se me antojaba incierto, no tenía planes para los días siguientes ni motivos para trazarlos, estaba vacío.

A punto de retirarme, el dependiente se acercó a saludarme y depositó un sobre en mis manos.

- Sírvase usted por favor, la señora Rosa pidió expresamente que se lo entregara al momento de irse y no antes.
- Te lo agradezco, has sido muy amable conmigo. – dije a modo de despedida intentando darle una propina que no aceptó con respeto.

Indeciso al momento de salir a la ruta, resolví cambiar mi destino, no regresaría a mi ciudad, en cambio visitaría a un viejo amigo del que no tenía noticias desde mucho tiempo atrás. Detuve el vehículo a un costado y busqué en la gaveta mi agenda, con alivio observé que a pesar de haberla cambiado varias veces, aún conserva su número. Luego de un intento fallido donde confundí el número de área, conseguí que mi teléfono llamara; esperé pacientemente y terminé dejando un mensaje donde le contaba de mis intenciones de visitarlo. Un tanto desilusionado por su ausencia, retomé el camino esperando hallarlo y que estuviese bien, eran muchos años sin noticias tuyas.

Por la tarde llegué a Tanti, en el camino había recibido su llamada, Alejandro se mostró en extremo feliz al saber que iba a verlo.

- Los esperamos pronto. – fue su última frase.

No me atreví a decirle en ese momento que solo era yo.

Seguí las precisas instrucciones que me diera durante nuestra breve conversación telefónica y pronto llegué a su casa, me maravilló el paisaje y la forma en que la pequeña cabaña se integraba en él; antes de tocar bocina la puerta se abrió y la

figura gastada por el tiempo de Alejandro apareció en el umbral. Su sonrisa no había perdido brillo, incluso los años no pudieron borrar definitivamente el toque infantil que acompañó siempre sus pasos. Seguido por un par de perros vagabundos, pronto estuvo junto a mí, casi no conseguí bajar del auto cuando dos brazos cordiales me apretaban con entusiasmo.

- ¡Que alegría tenerlos aquí...!

Su frase se perdió en la búsqueda de mi acompañante.

- Ella no está conmigo, no me atreví a decírtelo por teléfono. Dios sintió envidia de mi felicidad y se la llevó.

- No digas eso, - respondió sin poder contener su pena – su amor no era de esta tierra, como no lo es el de ningún ángel.

En pocas y sencillas palabras había resumido lo que la ira me impedía a mí decir.

Alejandro se secó los ojos con el reverso de su puño y entonces pareció que el tiempo se había detenido en la última vez que estuvimos juntos, me tomó del hombro y me guió hacia la casa, mientras con su voz aguda llamó a Carmen para que se uniera al recibimiento.

Carmen captó la situación sin mediar palabras, si bien desconocía las circunstancias, prefirió callar y me besó con ternura, a continuación se colgó de mi brazo izquierdo y los tres terminamos de ingresar.

Les conté los sucesos como pude, en ningún momento me pidieron más detalles de los que yo ofrecía, solo Carmen evidenciaba el impacto apretando con fuerza la cruz que colgaba de su cuello; para cuando hube finalizado, sentía que el terrible dolor que apretaba mi pecho había cedido un tanto. Tomé un té caliente y obligado comí dos trozos de torta recién

horneada, me volví a sentir niño junto a ellos, como en aquellas tardes lluviosas en que mi mamá aguardaba con recelo mi regreso del colegio observando a través del cristal empañado de la ventana.

Mi estadía se prolongó por casi tres semanas, durante ese tiempo me olvidé del mundo y llegué a creer que mis heridas podrían sanar alguna vez, pero la realidad pronto se encargaría de dar por tierra con mis esperanzas.

Para cuando sentí que no podía continuar entristeciendo a esta noble pareja de amigos, telefoneé a Nahuel y luego de tranquilizarlo por mi ausencia, le pedí que hiciera lo posible de alquilar un departamento para mí; me aseguró que buscaría una cerca del suyo y que se encargaría de prepararlo para mi llegada, luego me soltó una serie de consejos y súplicas, instándome a no cometer ninguna imprudencia. No tuve valor de decirle que su hermano era tan cobarde, que ni siquiera era capaz de quitarse la vida.

Algunos días después, con el asiento trasero cargado de productos caseros y tras prometer un pronto regreso, Carmen y Alejandro me dejaron partir; me llevaba conmigo además largas conversaciones nocturnas con ambos, donde la perspectiva de los acontecimientos presentaban otro cariz.

El regreso se volvió tedioso e incómodo, pero de alguna manera debía buscar acomodar mi vida a esta existencia en singular, el futuro no mostraba puntos de interés ni yo estaba dispuesto a crearlos.

Mi nuevo hogar estaba a solo dos cuadras de mi hermano, no mintió cuando dijo que me buscaría algo cerca, en el decorado del mismo pude descubrir los toques femeninos de Cris y la practicidad de Nahuel. No quedaban huellas de mi pasado a no ser por una caja rotulada que contenía las pertenencias íntimas

de Beatriz, por el momento no me atreví a abrirla y en cambio terminé modificando la ubicación de algunos muebles; cambié de lugar un escritorio y encendí por curiosidad la computadora puesta sobre él, lloré al ver en el fondo de pantalla una imagen de los cuatro de otros tiempos, había recibido el agregado de un texto que decía “nosotros la amamos y extrañamos tanto como tú”. No me servía compartir el sufrimiento, ellos se tenían a sí mismos, yo en cambio no tengo a nadie.

Paulatinamente me fui habituando al entorno, con lentitud fueron apareciendo algunos libros en la biblioteca, viejas fotos se instalaron en porta retratos de ayer y algo parecido aunque en forma distante al calor del hogar, se hizo presente entre estas paredes.

Bajo ningún punto de vista me atreví a desprenderme de cosas que me ataban a mi pasado, alacenas y placares se poblaron de recuerdos envueltos en papel o encerrados en cajas de cartón, esto como medida de precaución para evitarme daños indeseados; a pesar de los cuidados, cada noche salían de su envoltorio para jugar en mis manos y salpicarse con mis lágrimas, resistiendo a cambio el apretón de mis dedos crispados.

Un puñado reducido de llamadas de amigos, ocasionalmente me alejaban de la rutina por unos minutos, pero no pasaban de comentarios triviales; les resultaba difícil aceptar que cualquier contacto evidenciaría mi singularidad. Buscando reeditar una historia desaparecida, intenté contactar a quienes alguna vez fueron importantes en mi vida, pero el resultado no por esperado dejó de ser deprimente; no había vínculos comunes con el pasado que pudieran volver a tenderse.

Cada día era una réplica miserable del anterior, que solo sufría variantes cuando aceptaba los reiterados pedidos de mi hermano y mi cuñada de almorzar o cenar con ellos. Hastiado



de esta no-existencia, comencé a buscar ocupaciones que me permitieran distraerme durante el día, ya la noche era lo bastante sádica con su bagaje de sufrimiento; comencé a visitar un gimnasio durante la tarde con el objeto de agotarme físicamente, empecé a participar de algunas actividades de beneficencia y acepté un cargo de maestro en una escuela marginal de la ciudad. Esta última actividad según entiendo, fue la causa que terminó por torcer mi vida y llevarla al actual estado.

## DESDE EL OLVIDO

Aquella mañana, un tanto nervioso, me dirigí hacia la periferia de la ciudad para afrontar mi nuevo empleo; había accedido al mismo a través de un amigo y sentía la responsabilidad ajena cargando sobre mis hombros, esperaba desempeñar un buen papel y con un poco de suerte tratar de interesarme otra vez en la vida.

El paisaje cambiaba velozmente tras los cristales de mi ventanilla, ya no se veían edificios y las veredas comenzaban a tornarse más desparejas; en igual medida crecía la cantidad de niños que vagaban por las mismas o que corrían tras una pelota en un descampado. Los vehículos se tornaban más viejos y desprolijos, mientras que las casas dejaban ver detalles no terminados de construcción o bien abatidos por el tiempo y la mano de obra barata. Unas cuantas cuadras más y mi parada se hizo presente, bajé del colectivo y sentí que mi vestimenta aunque sencilla, no encajaba con el entorno; volví a releer la nota del nombramiento y miré sin éxito los carteles de las calles, que bien ausentes o ilegibles, no parecían facilitar mi búsqueda.

Tratando de obrar con practicidad, me acerqué a una mujer que cargaba un bebé en brazos, mientras dos pequeñitos de edad indescifrable se abrazaban a sus piernas.

- ¡Buenos días! - saludé – Disculpe usted, ¿podría indicarme como llegar a la escuela municipal?

Me miró sin demasiado entusiasmo y luego señalando a su derecha respondió:

- Dos cuadras más y luego doble a la derecha hasta el final.

La información, si bien clara no era precisa, me hubiera gustado saber que distancia involucraba sus últimas palabras,

pero preferí no molestarla y luego de dar las gracias seguí el curso indicado.

Podía percibir las miradas que se clavaban sobre mí, pero preferí ignorarlas, fingiendo interés en mi rumbo, volví a mirar la nota y aceleré el paso. Superé la primera cuadra y al llegar a la segunda, descubrí que ir a la derecha requería mayor coraje del que yo tenía; una callejuela se abría hasta el infinito y se perdía viboreando en la distancia, algunos rostros amparados en el anonimato se asomaban a ver cuanto tiempo tardaría el recién llegado en dar la vuelta e irse. Miré al cielo, pensé en Beatriz observándome desde allí y comencé a avanzar por la senda.

Un anciano sentado a la puerta de una casa tan vieja como él, levantó su mano y saludó murmurando algo que la falta de dientes volvió ininteligible, por cortesía devolví un “buen día caballero” y continué avanzando. Pocos pasos más adelante me percaté de unos sonidos a mis espaldas, me volví y encontré a casi una decena de pequeños que seguían mis pasos con sonrisas pícaras, los saludé a ellos también y comenté en voz alta.

- Soy el nuevo maestro, voy hacia la escuela, espero verlos allí...

A excepción de alguna risita nerviosa, nadie efectuó ningún comentario por lo que supuse estaba en el camino acertado, algunos rostros que en otras circunstancias me hubieran dado terror, fueron testigos de mi paso sin oponerse, pero mirando sin confianza la llegada de un extraño. Varios cientos de metros más adelante, un edificio que parecía haber sobrevivido a una guerra, mostraba un escudo oxidado en su frente, me negué a aceptar que las marcas en el mismo eran producto de disparos e hice mi entrada triunfal en la escuela.

Nadie salió a recibirme, no esperaba una bienvenida rimbombante, pero este silencio era preocupante; deambulé por los pasillos y luego de una espera prudencial durante la que consulté varias veces mi reloj, comencé a abrir algunas puertas de despachos. En el tercer intento tuve éxito, una mujer de rostro cansado me miró sin curiosidad y con hastío, lejos de cuestionarme se limitó a decir:

- Pase usted y tome asiento. – y señaló unas sillas despintadas.
- Muy amable, gracias. – respondí – Soy el nuevo maestro.

Volvió a mirarme, pero esta vez sentí que me examinaba.

- Aún está a tiempo de irse, este trabajo no es para usted, busque algo mejor que hacer. – sentenció y volvió la atención a sus papeles.
- ¿Perdón?
- Creo haber sido clara, por su aspecto, usted no necesita este trabajo. Le aconsejo que se marche y vea de hacer algo que lo recompense como persona, esto es un infierno y si entra puede que ya no consiga salir.
- Mire, no sé su nombre ni su cargo, pero si llegué hasta aquí, es porque no pienso retirarme.
- En ese caso ocupe el aula tres, aunque no hay nadie allí esperándolo, si desea alumnos, tendrá que ver de conseguirlos usted mismo.
- Perdóneme, no quiero ser grosero, pero ¿podría hablar con el director?
- Claro que puede hacerlo, pero creo que la última vez que vino fue cuando efectuaron una inspección hace más de ocho meses.
- ¿Y los demás maestros?

- Oiga amigo, voy a serle franca y directa, nadie viene a dar clases, los robos, las amenazas y las bravuconadas de los líderes de pandilla del barrio, han terminado por ahuyentar a todos los docentes, ellos prefieren dar parte de enfermo y cobrar sus sueldos sin venir. Si yo estoy aquí, es porque no tengo donde vivir, entonces he decidido permanecer en la escuela. A propósito, mi nombre es Esther, ¿el suyo?
- Lo siento, me llamo Nazareno. – respondí y estiré mi mano que recibió el fuerte apretón de la suya. – Ha sido usted muy sincera conmigo, quizá demasiado.
- Solo quiero evitarle desilusiones innecesarias, esta es la realidad del colegio, ahora puede elegir entre irse como los demás o quedarse.

Me quedé parado allí intentado asimilar la situación, finalmente y sin poder precisar una sola causa valedera, di la vuelta y fui a conocer mi salón de clases. La basura de los corredores era incontable, el encargado de la limpieza debió haber seguido el mismo rumbo que el resto del personal; no me llamó en absoluto la atención ver los vidrios rotos de la puerta y un despintado número tres al revés de su posición. Lo enderecé pero volvió a caerse a falta de un tornillo en la parte superior, la puerta chirrió y un salón desnudo me recibió. No había absolutamente nada allí, pizarra, bancos, escritorios y sillas eran elementos desconocidos, incluso las luminarias habían sido arrancadas.

Regresé a hablar con Esther y le comenté:

- Voy a quedarme, ¿dónde puedo obtener bancos y demás elementos para dar clases?

Abrió un cajón y sus manos regordetas exploraron parte del mismo, luego con sonrisa triunfal me entregó una tiza usada.

- Aquí tiene todo lo que necesita.

Debió percibir los sentimientos en mi interior, pues agregó:

- Nazareno, no es un asunto personal, no hay nada que se pueda hacer por ellos, - dijo haciendo un gesto con su cabeza – no quieren educarse, prefieren su vida de violencia.
- Algo voy a hacer, no me iré de aquí sin intentarlo al menos.
- En ese caso, sea usted bienvenido amigo.
- Gracias. - respondí.

Aquella mañana me dediqué a barrer la basura y recolectar algunas sillas desperdigadas por el edificio, de lo que alguna vez fue un gimnasio obtuve un par de bancos un tanto desvencijados pero que cumplirían su función, del depósito traje un tablón que podría oficiar de pizarra; para el término de la jornada tenía algo similar a un salón de clases, con un cuadro incluido y un mapa de la república ajado, ahora solo me faltaban los alumnos.

El resto de la semana fue un vacío similar al del primer día, solo el jueves pude rescatar momentáneamente un par de chiquillos que curioseando desde la ventana se atrevieron a entrar al salón a cambio de unas galletitas; aproveché la ocasión para darles la bienvenida y presentarme, pero al día siguiente no regresaron.

Esther fue mi única compañía durante los primeros días, en varias ocasiones asomaba su regordete rostro por la puerta y me invitaba a tomar con ella un mate cocido; vencida la primer impresión comencé a conocer a la mujer escondida tras la máscara de agresividad.

El lunes llegué al barrio más temprano que de costumbre, caminé entre las casillas y percibí algo diferente a la semana anterior, incluso mi viejo amigo al que saludaba a diario evitó

mirarme al pasar, no pude precisar el motivo y llegué a la escuela sin la habitual cola de chicos a mi espalda.

- Buen día. – saludé a Esther.
- No tan buenos dijo ella, ve a tu salón, luego vuelve y salúdame de nuevo.

Caminé a paso vivo y al llegar encontré que todo el mobiliario había sido ubicado en el centro de la sala, luego alguien había prendido fuego a la pila de muebles y ahora el salón estaba inutilizado. El piso mojado indicaba un frustrado intento de apagar el fuego, debió ser Esther; regresé junto a ella y me derrumbé en una silla lateral.

- ¿Quién pudo hacer algo así? No le estaba haciendo mal a nadie. – dije para mí.
- No lo veas como algo personal, es parte de su naturaleza.
- ¡NO! ¡NO LO ES! – grité sin motivos, luego miré a Esther y dije - Discúlpame no estoy enfadado contigo.
- Lo sé, pero ahora que sabes la realidad a la que te enfrentas, podrás decidir que hacer con mayores fundamentos.

Me puse en pie y salí del despacho, luego de dar vueltas hice lo propio del colegio y comencé a recorrer la villa circundante. Entré en todos los negocios, hablé con cuanto transeúnte me crucé y golpee todas las puertas donde percibí alguien dentro; en todos los casos hice el mismo pedido, cualquier silla, tabla o elemento que pudiera servir para montar nuevamente el aula sería bienvenido. Mi pedido debió ser algo inusual, pero nadie presentó objeciones, con mayor o menor interés, todos asintieron y prometieron ver que tenían en sobra; aunque bien sabía yo que sus necesidades difícilmente tenían lugar para excedentes.

De regreso a la institución, le comuniqué a Esther que tomaría el salón de enfrente al dañado, esa sería ahora mi nueva aula.

Con los pocos elementos disponibles, procedí a higienizar el salón, cambié algunas luminarias y con sorpresa descubrí que la luz estaba cortada. Cuando las sombras se hicieron largas, emprendí el camino de regreso hacia la parada del colectivo, en el trayecto algunas manos distantes se levantaron para despedirme.

Esa noche comí algo más de lo habitual y traté sin mucho éxito de no beber, si bien fracasé en el intento, al menos me fui a acostar sin estar borracho; a la mañana siguiente encontré algo que no había visto la tarde anterior sobre la mesa, un sobre cerrado y una nota de Nahuel, tomé esta última y leí su letra despatarrada e infantil, transportándome a los recuerdos de un tiempo pasado.

Leí con atención y supe por él que la carta era de Rosa, la había recibido ayer e inmediatamente la trajo, me dejó unas boletas pagas de mis impuestos y me detalló algunas recomendaciones de Cris para la comida que habían dejado en la alacena y refrigerador; la nota finalizaba con un “te quiero mucho”, algo propio en él que podía exteriorizar sin dificultad sus sentimientos.

Guardé el sobre entre las cosas que llevaría al colegio y luego de vestirme con prisa salí de mi departamento; a estas alturas el chofer del transporte, me saludaba con camaradería cada mañana.

El viaje se me hizo largo ante la expectativa de la misiva de Rosa, para mi sorpresa, los chicos que seguían mis pasos volvieron a aparecer; el viejo del portal arriesgó un “buen día maestro” que me hizo sentir orgulloso. Aún no estaba preparado para lo que vendría, cuando el colegio se hizo visible, pude ver con admiración una colección de elementos y



muebles emplazados en la entrada, sillas rotas y nuevas, una pizarra sin uso, algunos bancos y un sin fin de cosas más. No quise preguntar sobre el origen de algunos objetos, pero había allí todo lo necesario para montar el aula, comencé a meter las cosas y acomodarlas, cuando sin decir palabras un grupo de hombres y mujeres que no superaban la decena, se hicieron presentes a colaborar. Para el mediodía tenía yo mi aula, con algunos libros incluidos, sentí felicidad como nunca en mucho tiempo.

Mis ayudantes se retiraron y me quedé ante mi propio escritorio, extraje un emparedado enviado por Cris y una caja de jugo de frutas, entonces mientras almorzaba leí la carta de Rosa.

*“Querido amigo, espero que al recibir esta te encuentres bien, yo lo estoy, aunque algo preocupada por ti. Me gustaría tener alguna noticia sobre como te encuentras y si es posible que vinieras a visitarme, aunque sé que es algo difícil; de seguro el sobre que dejé en el hotel para ti, no debió llegar a tus manos, no te preocupes.*

*Te cuento que nuestro viaje terminó en forma exitosa, realmente disfruté del mismo, ahora me estoy enfrentando nuevamente a la realidad, que parece venir con algunas complicaciones difíciles de explicar. Como verás no soy muy adicta a la escritura y no quiere aburrirte con trivialidades, pero hice el esfuerzo y plasmé estas palabras, que espero merezcan la recompensa de tu respuesta. Un beso enorme. Tu amiga Rosa.”*

Concisa, prolija y profunda a la vez, era sin duda una nota de ella. Al leerla se podía escuchar su voz, me picaba la curiosidad por saber que tipos de problemas eran difíciles de

explicar para alguien como Rosa; me prometí contestarle con algo de culpa por haber extraviado su nota anterior y guardé el sobre con una sonrisa.

- ¿Puedo interrumpirte? – preguntó Esther sin entrar.
- Por supuesto, ¿qué sucede?
- Tenemos una madre desesperada por su hijo, ¿sabes algo de medicina?
- Realmente no, pero veamos que podemos hacer.

En la amplia sala de ingreso y sentada en un rincón llorando, una mujer delgada sostenía algo entre sus brazos, al acercarme y con suma dificultad pude reconocer un niño. El pequeño asumía la posición fetal, pero se enroscaba más allá de lo natural, dejando ver claramente el relieve de su columna vertebral a través de la piel.

- ¿Qué le sucede? – le pregunté a su madre.
- ¡No se mueve!

Su concisa respuesta era sin embargo lo suficientemente amplia como para describir la sintomatología de su hijo, cuando quise tomarlo, sentí como si hubiera levantado una estatua de madera liviana. La mujer mantuvo sus brazos aferrando al niño hasta que Esther la obligó a soltarlo, entonces con el cuerpecito en mis brazos noté que respiraba, así como también que un hilo de baba corría entre sus dientes apretados. Sin demora salí a la calle mientras ambas mujeres me seguían, necesitaba un medio de transporte, interrogué a la madre y ella reaccionó y nos guió; luego de prácticamente correr unas tres cuadras, se detuvo ante un rancho y gritó algo. Del interior asomó un joven que nos miró con recelo y luego de una discusión en la que si bien era nuestra lengua, no pude comprender en su totalidad, volvió al interior. Esther y yo nos miramos y luego de unos minutos sentimos el ruido de un motor potente, el joven regresaba desde

la parte trasera de la vivienda montando una motocicleta de alta cilindrada, la que sin duda era robada, de ahí su resquemor.

Me monté ante una seña suya y le pedí que me llevara al hospital más cercano, Esther alcanzó a decirme que iría con la madre tras de mi.

En contados minutos estuvimos en el centro asistencial, la enfermera que me recibió debió comprender la urgencia del caso, pues inmediatamente llamó a un médico y pidió telefónicamente una ambulancia; el joven de la moto desapareció sin que yo lo notara.

- ¿Qué le sucedió a este niño? – me interrogó el médico.
- No lo sé, soy maestro de escuela y su madre se presentó llorando con él en brazos, vi que tenía dificultades en respirar y busqué ayuda para llegar aquí lo antes posible.
- Apenas puedo percibir su pulso y la respiración es muy tenue; enfermera, ayúdeme a recostarlo y tomar una muestra de sangre.

Entre los tres, pues no pensaba irme de al lado del niño, quisimos estirar su cuerpecito, pero la tensión muscular lo hacía imposible.

- Parece tener síntomas de envenenamiento, pero nunca vi algo así. – señaló el joven médico.
- ¿Hay algo que podamos hacer? – pregunté angustiado.
- Por ahora debemos esperar la ambulancia y trasladarlo a un centro especializado, no dispongo de ningún elemento de diagnóstico más que mi propia observación.

La ambulancia llegó unos veinte minutos después, para entonces Esther y la madre habían llegado, esta última subió con su hijo y se alejaron con el ulular de la sirena; Esther y yo tomamos un taxi y fuimos tras ellos.

Tras esperar un par de horas, los médicos salieron esgrimiendo una postura típica que yo ya conocía, entonces fue como volver a revivir la noticia de la muerte de mi madre. El pequeño José había tenido dos paros cardio-respiratorios, *“luchó, pero su cuerpo no pudo resistir”* dijo uno de los profesionales usando una frase que sonó gastada. El llanto de la joven madre se fundió con la sirena que se alejaba, mi confusión no me permitía pensar con claridad.

- Vamos, sígueme, ya nada podemos hacer aquí.

Esther era cruda en su forma de afrontar la realidad, pero la razón estaba de su lado, por lo que permití que tomara mi brazo y me llevara consigo.

Minutos más tarde estábamos nuevamente en las calles de la villa, varios hombres se asomaron a la puerta y comprendieron por nuestros rostros lo sucedido, no obstante nos saludaron con respeto y volvieron a entrar en sus viviendas.

- Algo debemos hacer, no puede llegar un chiquillo así y morirse delante de nosotros sin que hagamos nada para salvarlo.

- Cálmate, no hay dispensarios, la ciudad recortó los presupuestos y éste cerró hace más de un año; por otra parte, lo que acabas de ver es poco comparado con lo que he vivido yo aquí en el tiempo que llevo.

Sus palabras perdieron sentido mientras mi mente buscaba una solución, si bien sabía que José ya estaba muerto, no quería otros niños con igual suerte en mi conciencia.

Esa noche al llegar a mi departamento tomé el teléfono celular y comencé a disparar llamadas, los receptores de la misma me hicieron notar lo avanzado de la hora, no obstante eran mis amigos y no se mostraron displicentes conmigo; con un puñado de promesas garrapateadas en papel, me fui a dormir con la conciencia un poco más tranquila.

La mañana llegó antes de lo esperado, no sentía haber descansado, pero la urgencia me instó a levantarme. Desayuné frugalmente y en vez de ir al colegio, salí con el papel solo comprensible para mis ojos en mano, recorrí algunas oficinas, hice llamados y pedí un par de entrevistas para días siguientes; para cuando hube terminado, me fui a la escuela.

Llegué pasado el mediodía, Esther me recibió con preocupación.

- Creí que te había pasado algo.
- ¿Algo como qué?
- No sé, algo.

Comprendí tarde que en realidad estaba tratando de no ceder al impulso de decirme, “temí que ya no volvería a verte”; a fin de sacarla de la situación incómoda, me acerqué y le di un gran beso en su mejilla y le dije:

- Hay mucho que hacer por este barrio, eso fue lo que me demoró.

Por primera vez la noté desarmada, su rostro se ruborizó y no supo que contestar, se levantó y se fue al baño, era el único lugar donde yo no podría seguirla.

En los días siguientes, se comenzaron a ver los resultados de mi gestión, un camión trajo mobiliario en un estado calamitoso, extraído de una sala de un conocido sanatorio que sufrió un incendio en uno de sus pisos; algunas maderas que podrían servir como bancos fueron acercadas a la entrada de la villa y dejadas allí con un cartel a mi nombre, ninguna fue tomada por descuido y no faltaron voluntarios que las trajeran a la escuela.

Un par de bolsas con medicamentos y materiales de primeros auxilios, algunos elementos básicos de enfermería, un reloj de pared (a alguien le preocupaba el horario), un archivador, algunas sábanas aún en buen estado y una serie de objetos más, aún no clasificados. Lo más importante llegó el viernes, mi

amigo Horacio se presentó en la puerta de la recién terminada enfermería del colegio y luego de recibir mis abrazos dijo:

- Deja las muestras de cariño para otro momento y ve a buscar enfermos, no vine hasta aquí solo para saludarte.

Esther y yo corrimos por el barrio dando la buena nueva y en menos de quince minutos, teníamos más de una docena de pacientes esperando. Horacio pidió nuestra colaboración como enfermeros, pero me negué rotundamente, no resisto ver sangre, por lo que Esther mostró su instinto maternal y colaboró fehacientemente con mi amigo.

Para el mediodía me vi en la obligación de rechazar con promesas a muchos pacientes de poca gravedad, sabía que Horacio tenía cátedras en la facultad por la tarde y no quería abusar de su generosa ayuda.

- Nazareno, el viernes próximo volveré y traeré algunos estudiantes, por favor encárgate de que no tengamos problemas en llegar, hoy debí pagar dos veces peaje para venir hasta aquí, voy a extrañar mi reloj. – dijo señalando su muñeca vacía.
- Me encargaré de que nada malo suceda y veré si puedo recuperarlo. – respondí mientras lo acompañaba hasta la parada de ómnibus.

De regreso fui repartiendo elementos por el barrio, todos debían colaborar en la restauración de las donaciones, así conseguí pintores, herreros, costureras y hasta una abuela joven que alguna vez fue enfermera y estaba dispuesta a aplicar inyecciones gratis si era una urgencia.

Cuando pude sentarme al final del día, estaba agotado pero feliz, Esther me miró y meneando su cabeza mientras sonreía, me dijo:

- Estás haciendo algo grande.
- Ambos lo estamos haciendo. – rectificué.

Los días siguientes fueron de furor para el colegio, si bien la actividad educativa crecía a pasos moderados, la enfermería funcionaba a pleno. De alguna manera el impacto se hacía eco en los habitantes de la villa, el recientemente inaugurado salón de clases, no había sido víctima de ningún ataque y aunque descontentos, cinco niños venían casi a diario a clases.

En reiteradas ocasiones, la noche se hacía presente sin que me hubiera retirado, entonces pasaba la velada en la institución y Esther me despertaba en la mañana con un mate caliente y medialunas exquisitas; luego de desayunar planeábamos las actividades del día.

El viernes era el día más complicado, entonces se atendía el consultorio y se repartían medicamentos en función de las necesidades. Los estudiantes que acompañaban a Horacio, eran cada vez más y sumamente dispuestos, gozaban del aprecio barrial y se sentían útiles.

Aquella tarde Esther se retiró temprano, aprovechando que Horacio la llevaría en auto, estaba invitada al cumpleaños de su hermana y quería higienizarse y vestirse elegantemente antes de ir; me hizo prometerle que cerraría temprano y que me iría a casa, lo cual obviamente no hice.

Alrededor de la medianoche, ya había terminado de acomodar todo y me dispuse a partir, cerré las puertas del colegio, dejé las luces exteriores encendidas y luego de cruzar la verja me disponía a poner el candado cuando sentí un rumor. Me volví hacia el sonido y vi a un grupo de jóvenes que se acercaban cargando algo, la oscuridad no me permitió apreciar detalles y debo admitir que sentí miedo. Cuando los muchachos estuvieron junto a mí, pude ver que traían casi a rastras a otro joven que se revolcaba con violencia; sin saber que hacer, dejé mis cosas sobre el muro de ladrillos y me agaché junto a él.

- ¿Qué le sucedió?
- No lo sé, - respondió el que presumiblemente era el líder del grupo – Bebíamos cerveza y fumábamos, cuando se arrojó al piso y comenzó a vomitar espuma.
- ¿Qué fumaban? – pregunté preocupado.
- Cigarrillos. – me respondió un tanto molesto al captar la intención de mi pregunta y me mostró un atado común.
- ¿Saben si comió algo?
- No, estuvo con nosotros desde temprano.

Le pasé las llaves al joven y le pedí que abriera, mientras con mi celular buscaba de llamar a urgencias. Para cuando pude comunicarme y dije la zona, literalmente me cortaron; los compañeros del muchacho comprendían que su vida no valía nada y me hicieron señas que me olvidara de llamar. Con el joven adentro de la escuela, tratábamos de acostarlo en la camilla mientras uno de sus amigos, a pedido mío, iba en busca de Marta, la enfermera.

Entre los cuatro que quedamos, no podíamos sostenerlo, parecía ganar fuerzas a cada momento; en un momento, sus ojos se voltearon hacia dentro, y sus globos oculares vacíos se dirigieron a mí y me habló.

- No puedes sostenerme, tu físico es tan débil como tu fe. Miré a los demás, pero nadie parecía haber escuchado nada, todos se afanaban en sostenerlo para evitar que se lastimase; con esfuerzo volví a mirarlo y él continuó:

- ¿Qué te sucede Nazareno? Eres incapaz de hacer nada por mí, Beatriz tenía razón, ¿no es cierto? No hiciste nada para detenerlo.

No pude evitar soltarlo, y quizá debo haber gritado, pues todos me miraban.

- Me mordió. – mentí.



Marta ingresó en ese momento y me evitó tener que formular más mentiras para sostener la que acababa de decir, ella forzó sus mandíbulas y puso un trapo en su boca para evitar que se mordiera a sí mismo; luego corrió al botiquín y extrajo una jeringa descartable y un frasco de algo que no llegué a identificar, cargo media ampolla y cuando se acercó al joven éste dejó de moverse. Ella tomó su brazo, luego palpó su garganta y finalmente comenzó en forma frenética a efectuar la resucitación cardio-pulmonar. Venciendo el terror que me paralizó, intenté ayudarla, pero sentía que en cada presión que efectuaba sobre su pecho, corría el riesgo de que éste se hundiera y tragara mis brazos.

Unos minutos después, Marta me detuvo y noté que todos se habían apartado del muchacho, su cuerpo mostraba un gris ceniciento que no correspondía con una muerte reciente.

- ¿Qué sucede? – dije para romper la incomodidad del silencio.
- La noche última se lo llevó. – respondió un muchacho a mi lado.

En ese momento la explicación me pareció totalmente razonable, sus amigos levantaron el cuerpo y el extraño cortejo se retiró; Marta acomodó los elementos y se despidió de mí.

- Es mejor que lo olvide y vaya a descansar, hicimos todo lo que pudimos, ahora solo nos queda rezar por su alma.

En la soledad, mi piel se erizó y sentí frío, volví a cerrar y prácticamente corrí por las calles de la villa hasta llegar a la avenida, tuve suerte de tomar un colectivo al que subí sin mirar y cuando hube llegado a la periferia del centro, me bajé y caminé hasta una iglesia; maldije al cura al ver que estaba cerrada y me senté en el umbral y recé como no lo hacía desde mucho tiempo atrás.

## MANIFESTACIONES

Tras esperar durante un par de horas, por fin Horacio pudo atenderme, me ofreció asiento y en aquel momento de intimidad me pareció que el tiempo no había pasado, otra vez nos encontrábamos dos amigos frente a frente para preparar una lección de biología como cuando éramos adolescentes.

- Una eternidad sin vernos y ahora tenemos un trato casi diario, es rara la vida ¿no?
- Ya lo creo, - respondí – casualmente pensaba mientras te observaba en que el tiempo parecía no haber pasado.
- Pero lo hizo. – respondió riendo y se inclinó para dejarme ver una zona de su cabeza sin cabello.

Reímos con ganas a pesar de lo simple del gesto.

- ¿Desayunaste?

No fue necesario que le mintiera, él leyó en mi cara la respuesta y poniéndose en pie me tomó del brazo y ambos descendimos un par de pisos por la escalera hasta llegar al pequeño bar del sanatorio; el lugar era agradable, lleno de plantas y con un exquisito aroma a café. Sin dejarme opinar pidió dos cafés con leche y medialunas dulces y luego de conversar con vaguedad sobre temas generales, fue al grano:

- ¿Qué te tiene tan preocupado? ¿Es sobre la atención en el dispensario?
- ¡No, en absoluto! Gracias a ti y a tus alumnos he logrado un lugar en esa micro-sociedad, incluso ahora hay unos niños que vienen a clase.
- Me alegro. – respondió mientras le daba un gran mordiscón a su medialuna.

Lo imité y luego de disfrutar del exquisito sabor, me dispuse a explayarme.

- Verás, anoche cuando estaba a punto de salir del colegio, apareció un grupo de muchachos que traían a un compañero con ellos, el que sufría terribles convulsiones. Luego de una primera inspección lo metimos a la enfermería y a la luz pude ver que vomitaba espuma, se retorció con fuerza increíble y casi no podíamos sostenerlo.
- El cuadro que me cuentas es bastante común, ¿cómo está el joven ahora?
- El murió.
- Lo siento mucho, se me ocurren decenas de causas que pudieron desencadenar esos síntomas y tan trágico final.
- No es eso lo que me preocupa, es decir, si me gustaría saber que le sucedió, pero es sobre algo que dijo. – respondí atropelladamente.
- Espera, espera... – hizo un pausa donde dejó la taza sobre la mesa - entiendo que te preocupa lo sucedido y que sabes que en estas circunstancias es casi imposible conocer a ciencia cierta la causa de su deceso; ahora dime, ¿quién dijo que?
- El muchacho...
- ¿El enfermo?
- Sí.
- ¿Podía hablar?
- Por favor, no me creas loco, creo que solo yo lo escuché, pero el se volvió hacia mí con los ojos dados vuelta y me dijo que era incapaz de hacer algo por él y que...
- Continúa por favor. – dijo Horacio y tomó con firmeza mi mano al ver que yo vacilaba.

- Dijo que Beatriz tenía razón... y que no hice nada... para detenerlo.

Sin poder contener las lágrimas, buscaba evitar que me vieran llorar, pero en ese lugar las manifestaciones de pena eran cotidianas y pude hacerlo sin reparos.

- ¿Estás un poco mejor? – me preguntó luego de unos instantes.
- ¿La verdad? No mucho.
- Lo siento, ahora bebe un poco de soda y escúchame con calma, ¿puedes?

Asentí con la cabeza.

- Muchos familiares de pacientes terminales, con los que he compartido los últimos días de sus seres queridos, me han confiado en privado que en días posteriores a la muerte de estos, continúan escuchando sus voces o tienen algunas manifestaciones de ellos. El suceso no tiene asidero en el campo de la ciencia, pero yo me pregunto ¿con qué sentido van ellos a mentirme acerca de algo tan íntimo? En lo personal creo que nuestra propia mente busca los medios para llenar el vacío emocional dejado por el ser amado, tal vez distorsionando un sonido o confundiendo un rostro, nuestro cerebro es muy complejo. Con el transcurso del tiempo, algo en nuestro interior se acostumbra a la falta y las manifestaciones se vuelven más esporádicas hasta que finalmente desaparecen.
- Te comprendo y agradezco la delicadeza con que tomas el tema, pero lo que tú señalas es una etapa por la cual yo pasé y dejé atrás hace ya casi un año. Sus recuerdos siguen en mi y lo harán de por vida, pero esta experiencia fue más allá de lo que puedo manejar.

- Me gustaría darte alguna solución inmediata, pero la única herramienta en mano que tengo es ofrecerte la ayuda de un profesional de mi entera confianza.
- Había pensado en algo así, pero por el momento no estoy preparado para ello, pero te pediré me contactes cuando me sienta en condiciones.
- De acuerdo Nazareno, me parece razonable.
- Una última pregunta.
- Dime.
- ¿Has escuchado hablar dentro de la jerga médica de “la noche última”?
- No, en absoluto, ¿por qué lo preguntas?
- Fue el término usado por uno de los amigos de la víctima cuando murió, pensé que se trataba de algún fármaco o droga.
- No al menos que yo conozca, pero si te interesa puedo preguntar a un colega que trabaja en rehabilitación de jóvenes droga dependientes, él conoce su vocabulario a la perfección.
- ¿Podrías hacerlo?
- Por supuesto.
- ¡Ah, antes que me olvide! Aquí tienes tu reloj, pensé que era de marca... – dije sonriendo mientras se lo devolvía.

Luego de un fuerte abrazo, me despedí de Horacio y fui al colegio, quería hablar con Marta sobre lo sucedido.

Saludé a Esther y le avisé que saldría un momento sin darle tiempo a respuesta, luego me dirigí donde la enfermera. Tras golpear insistentemente, un chiquillo de cara sucia se asomó a la puerta.

- ¿Puedes llamar a Marta por favor?

Me inspeccionó con descaro y luego se metió en la vivienda, distinguí algunas voces incomprensibles y al cabo de una media hora de espera, Marta se hizo presente.

- Perdón por la demora, pero estaba atendiendo un aborto. – dijo con naturalidad.
- ¿Un qué? – respondí incrédulo.
- Un aborto. – repitió como si yo realmente no hubiese entendido el vocablo y no su implicancia.
- Sabes que eso es ilegal y muy riesgoso.
- La niña no tiene demasiados motivos para seguir viviendo, con apenas doce años, fue violada y maltratada por una patota de jóvenes.
- ¿Cómo está ella ahora? – atiné a preguntar.
- Vivirá. – fue su escueta respuesta.

Marta se quedó mirándome, esperando conocer el verdadero motivo de mi visita.

- Perdóname que me meta en tus asuntos, sigo apegado a modos de mi vida anterior. – aclaré.
- No hay problemas.
- Marta, anoche cuando el joven murió en la enfermería sus amigos dijeron algo que me intrigo.
- ¿Qué cosa?
- Uno de ellos dijo “la noche última se lo llevó”, ¿sabes que significa?
- No, debe ser algo que solo ellos entienden.
- Sí, tal vez; una pregunta más, ¿oíste que fue lo que dijo el muchacho que murió mientras lo atendíamos?
- ¿Qué cosa?
- El joven antes de morir me miró y dijo algo que no llegué a comprender, pensé que tu tal vez lo habías sentido cuando entraste.
- Solo escuché sus gruñidos hasta que expiró.

- Lo supuse, discúlpame la molestia.
- No tiene de que disculparse maestro. – respondió y regresó al interior.

En ese momento comprendí que no le había preguntado sobre el domicilio de alguno de los visitantes de la velada, pero preferí no molestarla, estaba seguro que podría ubicarlo por mis propios medios.

Regresé al colegio y tuve que enfrentarme con la corpulenta Esther que mostraba algo de enojo.

- Si vas a guardar secretos ante mí, entonces será mejor que aclaremos el tipo de trato que tendremos de ahora en más.
- No te entiendo. – respondí confundido.
- ¿Qué sucedió anoche en la enfermería?
- Unos jóvenes trajeron a un compañero enfermo, el que murió mientras intentábamos atenderlo, pero no es un secreto, pensaba contártelo ahora mismo.
- Más te vale que lo hagas y otra vez quiero ser la primera en saberlo, no podría resistir pensar que algo malo te pasó.
- ¿Por qué ibas a pensar eso? Solo llegué un par de horas más tarde, estuve desayunando con Horacio.
- ¿Qué querías que piense cuando entré y vi toda esa sangre?
- ¿Qué dices? - respondí mientras corría hacia el cuarto que oficiaba de dispensario.

Al ingresar me detuve abruptamente, las paredes que debían ser blancas, estaban teñidas de color malva intenso, excepto en unas líneas que semejaban escritura y que al ponerme en posición pude leer. En la pared alguien quitó la sangre para escribir “no lo detuviste”.

- ¿Qué explicación tiene esto? – preguntó Esther.

Me volví hacia ella confundido.

- La puerta, ¿estaba violentada?
- No, yo abrí con mi llave. ¿Qué pasó anoche?

Cuando conseguí calmarme llevé a Esther a la cocina y luego de tomar un cigarrillo de su cartera, comencé a relatarle los sucesos; ella se mostró cauta y escuchó mi versión de los hechos con atención, cuando hube terminado, solo se atrevió a decir.

- No sabía que fumaras.
- Dejé hace varios años... pero he retomado el vicio en los últimos tiempos.

Por la tarde y cansados de esperar la llegada de los peritos policiales prometidos por la única patrulla que se acercó al lugar, ambos comenzamos la limpieza de la sala, la cantidad de sangre era increíble; por precaución y curiosidad tomé una muestra.

Los días siguientes se sucedieron con calma y para el viernes ya teníamos la sala nuevamente en condiciones, solo un leve aroma propio del vital líquido permanecía en el ambiente.

Horacio llegó con dos ayudantes y atendieron hasta media tarde, entonces nos sentamos a descansar y conversar.

- Ha sido una jornada agotadora, esta gente tiene muchísimas necesidades.
- Pero tienen un excelente médico atendiéndolos.
- No me alabes gratuitamente, mi especialidad es la oncología, aquí hago lo poco que puedo.
- Y es mucho. – respondí – A propósito, averiguaste algo sobre “la noche última”.
- Hablé con Pablo, él ignoraba el término, pero se puso en contacto con otros profesionales de la actividad, no obstante para cuando me llamó, no tenía referencias del



uso de esa frase como definición de algún fármaco o alucinógeno. Me prometió que si se entera de algo te llamará, me atreví a darle el número de tu celular.

- Te lo agradezco, esperaba tener suerte.
- Lo que sí tengo son los resultados del análisis de sangre, la misma es A positivo, algo bastante común. Hice todo tipo de pruebas y los valores son prácticamente normales, quizá algo de colesterol, pero nada de que preocuparse. Solo por curiosidad, ¿de quién era?
- Del joven que te mencioné murió el viernes pasado. – mentí mientras Esther me lo hacía notar con la mirada.
- Bueno, al menos descartamos envenenamiento o uso de drogas, lo que lo mató no estaba en su sangre.

Continuamos conversando de asuntos diversos hasta que poco antes de la caída del sol, el grupo de ayuda se retiró; con Esther acomodamos la sala y ella aprovechó la oportunidad para cuestionarme.

- ¿Por qué le mentiste a Horacio sobre la sangre?
- En realidad no estoy seguro, pero no quería hacer público el suceso, un poco para no intimidarlos y otro porque tenía la esperanza de que la misma fuera de un animal.
- Preferiría dar a conocer lo sucedido.
- Bien sabes que salvo tú y yo, nadie más está interesado por lo que sucede aquí.

Mi respuesta debió ser convincente, pues acabó con los cuestionamientos, aunque ella cerró el diálogo.

- Si algo más sucede, entonces deberemos recurrir en busca de ayuda.

Durante dos semanas la rutina se apoderó de nosotros, mi aula contaba ya con nueve alumnos y un modesto comedor recibía gente hasta agotar los escasos alimentos que podíamos ofrecer. De a poco las muestras de afecto en el barrio se hacían sentir, el anciano que todos los días elevaba su brazo para saludarme, hizo una seña distinta aquella mañana, me acerqué respondiendo a su llamado y él depositó en mis manos una pipa tallada a mano.

- Acepte este obsequio, lo hice yo mismo.

Tomé el regalo y le di varias vueltas.

- ¿No le gusta?
- Perdóneme usted, - dije emocionado – me trajo muchos recuerdos, algunos dolorosos, pero le estoy muy agradecido, es una hermosa pipa.
- Aquí tiene un poco de tabaco, le servirá para terminar de curarla, luego podrá usted comprar uno de mejor calidad.
- La calidad yo la asocio a las intenciones de quien me ofrece algo, en este caso difícilmente pueda hallar uno mejor.

El hombre permaneció un rato con la mirada concentrada y luego sonrió con ganas, había entendido mi elogio; me estrechó con fuerza la mano y usándome como apoyo se puso en pie.

- Mantenga su fe, no permita que la oscuridad la tape. – dijo y se metió en su vivienda.

No atiné a responder y me quedé pensando en sus palabras, no quería otorgarles significados especiales, tal vez se refería a mi actividad en la escuela; luego llené la pipa y la encendí, un aroma fuerte y profundo impregnó mis fosas, disfruté del mismo y continué mi camino feliz con el presente.

Mi amiga me recibió con una sonrisa, mientras intentaba sin éxito ocultar una canasta a su espalda.

- ¿Qué tienes ahí?
- ¿Adonde?
- No juegues conmigo, dime ¿qué escondes en esa canasta?
- ¿En esta canasta? – dijo fingiendo inocencia.

Rápidamente di la vuelta y me encontré con un pequeño cachorrito dormido en su interior.

- ¿No es lindo?
- ¿Te compraste un perro?
- Nos lo regalaron.
- Escucha, no hables en plural, a mí me regalaron una pipa, – dije mostrándola – no un molesto animal.
- Lo podemos tener como mascota para el aula, los niños se encargarían de criarlo.

Sin extenderme demasiado, resumiré diciendo que el animalito pasó a ser parte de mi vida.

## PROMESA

A pesar de lo complicado de mi agenda, pude tomarme un tiempo para responder la carta de Rosa, le informaba de mi nuevo domicilio, le contaba de mis actividades y trataba de poner en mis frases un poco más de entusiasmo del que en realidad sentía, invitándola además a que ampliara lo que insinuaba en su carta como dificultad. Le copié mi número de celular y le prometí visitarla para cuando llegaran las vacaciones de invierno. Personalmente llevé la carta al correo y la despaché.

Arribé al barrio a tiempo para saludar a mi viejo amigo, lo hice elevando la pipa que me obsequiara y aspirándola luego con ganas. El hombre disfrutó el gesto y sacó de su bolsillo una similar a la mía, su sonrisa desdentada se confundió entre las arrugas que el tiempo dejó en su rostro; mañana le traería una bolsa de buen tabaco para que disfrute.

Esther puso en mis manos una jarra de café y un trozo de torta casera ni bien traspuse el umbral de su oficina, luego metió debajo de mi brazo unos sobres y me sacó a la rastra para llevarme al salón de clases. Ante mí y para mi asombro, me encontré con casi veinte chiquitos, cada uno con su vaso de leche y una porción similar a la que yo traía en mano.

- ¿Qué festejamos pregunté?
- Una de las tantas entidades a las que estuviste yendo y llamando, se dignó a pensar en nosotros y comprometieron una ayuda mensual. Con lo que fue traído esta mañana en camión, tenemos como para alimentar a los chicos por más de una semana.

- Excelente, pero a partir de mañana el desayuno lo haremos luego del primer recreo, de lo contrario comerán y se irán sin aprender nada.
- De acuerdo jefe. – bromeó Esther.

Como complemento a mis palabras, los chicos salieron corriendo luego de alimentarse y solo seis niñas y un pequeñito regresaron a clase, no obstante no podía quejarme de su interés. Durante el mediodía recibí una llamada de Horacio en mi celular, tenía algo no urgente que comentarme, por lo que convine en pasarlo a buscar por su consultorio al día siguiente por la tarde para ir a cenar.

A la hora de la siesta, salí a caminar un poco por el barrio, en parte como respuesta a una rutina que me había impuesto y otro poco movido por la inquietud de encontrarme con alguno de los jóvenes que vinieran al consultorio.

Me detuve en varias ocasiones a conversar, primero con algunas vecinas, luego con los hombres en un improvisado bar donde acepté una cerveza para no desairarlos y finalmente ante la entrada de una destruida parroquia. El cura no tardó en aparecer y presentarse.

- Hola, - saludó – me llamo Francisco y como verá estoy a cargo de la iglesia.
- Buenas tardes, - respondí – soy...
- Nazareno, el maestro de la escuela, ya lo sé; su fama lo precede.
- ¿Fama? ¿Buena o mala?
- Es usted muy querido en el barrio, lo que está haciendo aún no rinde plenamente frutos, pero en boca de muchos es respetado por su iniciativa y yo particularmente lo valoro.
- Me alegra oír eso, pero no creo haber hecho demasiado por nadie.

- No sea modesto, dejó su vida para ayudar, reconstruyó un aula y da clases, puso en marcha un dispensario. ¿Cuántos hombres cree usted hacen eso con nada?
- Padre, no se ofenda, pero no dejé mi vida, en realidad no la tenía y el resto es mérito de todos.
- Nazareno, tenemos casi la misma edad, si es que yo no soy más joven, por lo tanto llámame Francisco, ¿de acuerdo? Y no desmerezcas tu obra, Dios la guía.

Me contuve de decirle que Dios no tenía nada que ver en esto, en cambio pregunté:

- ¿Puede decirme dónde puedo encontrar a los jóvenes del barrio?
- Aún te cuesta llamarme por mi nombre, no importa, ya lo harás. En cuanto a tu pregunta, ¿probaste en la cancha de fútbol?
- No, debí pensar en eso, ¿dónde queda?
- Si no es molestia te acompaño.
- En absoluto. – respondí un tanto incómodo.

Sin cerrar la capilla, se puso a mi lado y ambos caminamos con paso rápido unas cuadras hasta el límite sur del barrio, el bullicio que llegaba indicaba bastante actividad; al acercarnos pudimos ver que estaban jugando un partido, los equipos se diferenciaban por los que tenían remeras y los que no usaban prenda superior. A los costados del campo de juego las hinchadas lanzaban toda suerte de improperios a los jugadores, también pude ver a chicos de corta edad aspirando bolsas con pegamento, me disponía a hacer algo cuando la mano de Francisco me detuvo.

- No es esa la forma de evitar que se droguen. – me dijo.
- Pero no deben tener más de diez años, se están consumiendo en vida. – argumenté.

- Efectivamente, pero aunque le quites la bolsita, en un rato tendrán otra y a cambio te odiarán.

Lo miré con desconcierto y curiosidad, tenía otra idea de lo que significaba un representante de la iglesia.

- No me mires así, soy un tipo práctico y debo permanecer vivo si quiero seguir intentando dar a conocer la palabra de Dios.

Había sintetizado a la perfección mis pensamientos, sin duda aquel cura era algo valioso; me contuve y en cambio me acerqué a los chicos.

- Eso que están respirando es venenoso, de a poco los va a matar, si alguna vez deciden hacer algo por ustedes vengan al colegio, allí tendrán un plato de comida y un amigo para ayudarlos y enseñarles.

Me volví sin esperar respuestas.

- Eso estuvo mucho mejor Nazareno, comienzas a hacerle honor al nombre que te dieron tus padres.

Por más que busqué en todas partes con la mirada, no pude reconocer los rostros de los compañeros del difunto, aún seguía viendo con mis viejos ojos, pues todos me parecían iguales.

- ¿Has encontrado a quien buscabas?
- ¿Qué te hace pensar que buscaba a alguien en particular?
- Tu incapacidad para mentir, supongo.

Me sonreí, ese hombre a pesar de su edad tenía todas las mañas, al parecer la iglesia estaba dando un giro interesante en la preparación que sus discípulos recibían en los seminarios.

- ¿Y bien?
- Y bien ¿qué? – respondí por mi parte.
- ¿Me vas a contar que se trata?
- Es algo trivial, sin demasiada importancia.

- Soy curioso por naturaleza, chusma diría mi hermana y si es algo de la comunidad me compete; ahora bien, si prefieres callar, respeto tu silencio.

Sin motivos para guardar el secreto, le conté los sucesos, pero guardé para mí lo acontecido con la enfermería, aún no estaba seguro con que clase de hombre me enfrentaba.

- Es posible que no fuesen del barrio, el dispensario se ha hecho conocer en zonas cercanas según me han dicho.
- Bueno, al menos lo intenté.
- Volvamos, te invito a tomar una taza de té.

Decliné amigablemente la oferta argumentando tareas en el colegio, aún tenía mis resquemores con Dios y no podía limarlos de un golpe; no obstante tuve que emitir una promesa sin concretar fecha de encuentro.

Dediqué el resto de la jornada a preparar algunos elementos con que captar el interés de mis alumnos, mientras Esther me seguía de un lado a otro con su mascota en brazos. Ya habíamos tenido una discusión cuando ella mencionó que le gustaría ponerle mi nombre y ahora se sentía comprometida por su broma; dirimimos el asunto con una exquisita cena casera que ella preparó con maestría y luego me marché, en el camino de regreso me percaté que en una de las callejas laterales se oficiaba un velatorio, por respeto me acerqué hasta la puerta del lugar e hice instintivamente la señal de la cruz. Un par de miradas se cruzaron con la mía pero no había hostilidad en ellas, contra mi voluntad ingresé en la única habitación y lentamente me acerqué a corta distancia del féretro; en él descansaba un joven al que no pude reconocer, pero en su rostro demacrado se adivinaban signos de una dolencia severa. El olor de las flores acompañado del hedor del cuerpo me saturaba las fosas, con dificultad se podía respirar, pero no



podía retirarme tan rápidamente; en la penumbra del lugar mantuve la compostura aguardando el momento de irme.

El movimiento a mí alrededor era constante, todo el barrio vino a presentar sus respetos, en el murmullo de su paso hubo algo que alteró mis sentidos, en determinado momento una voz sin dueño dijo a mi espalda:

- "...otra víctima de la noche última..."

Me di vuelta con vehemencia, pero por más que busqué el origen de las palabras, no pude hallarlo, creí reconocer un rostro entre los que salían y lo seguí, pero me atajo una mano firme.

- ¡Nazareno! No pensaba encontrarte tan tarde.
- Padre, me tomó por sorpresa. – respondí algo asustado.
- Ya te dije que me llamo Francisco y no era mi intención asustarte.
- No te disculpes, - respondí recordando tutearle – me pareció reconocer a uno de los muchachos de los que hablamos esta tarde, por eso salí.
- Olvida ese tema y ve a tu hogar, yo le daré la bendición al difunto y me marcharé también. – dijo y entró sin esperar mi respuesta.

Me quedé parado en medio de la calle de tierra, un viento suave barría papeles dispersos y el silencio ganaba la partida; en respuesta a un estímulo primario comencé a caminar alejándome, pero entonces volví a sentir una sensación que de niño me asustaba, era como si alguien me estuviera viendo o siguiendo mi andar por detrás. Sin volverme caminé a paso firme y de a poco me fui acercando a las luces de la avenida, en lugar de esperar el paso del colectivo fui avanzando algunas cuadras hasta que este me alcanzó.

Ya en la soledad de mi departamento pude analizar lo sucedido, pero no podía encajar las piezas, me quedaba un mal

gusto en la boca; ¿por qué me dijo Francisco que me olvidara del tema? ¿Quién habló de la noche última? ¿De qué murió el joven? Podía multiplicar las preguntas por mil, pero no tenía sentido si no había respuestas para las mismas, sabiendo que difícilmente podría conciliar el sueño, me recosté; algunas pesadillas anidaron en mi descanso haciendo que a pesar del frío me despertase transpirado, no obstante insistí en dormir con la intención de aclarar mis ideas.

Antes que el reloj sonara, ya estaba bañado y desayunando, las horas se hacían incontables hasta el alba; por fin cuando la paciencia se me agotó, marché rumbo al barrio. Ya ubicado en mi asiento, recordé que no había comprado el tabaco para mi amigo, debía anotarlo en mi agenda para no olvidarme. Los primeros resplandores del día se asomaban cuando descendí del colectivo, fui descontando las cuadras y volví la vista hacia la calle del velatorio, pero no había señales de actividad; debí haber confundido la ubicación ya que era imposible que lo hubieran llevado al cementerio tan temprano. Doblé y caminé hasta la que suponía era la vivienda buscando huellas del suceso, no distinguí pisadas ni nada que me indicara que lo vivido anoche era real, convencido de que no era esta la calle miré hacia arriba intentando ubicarme para regresar al pasillo principal; al hacerlo observé una palma aún fresca en la ventana lateral de una casucha de dos pisos, entonces supe que estaba en el lugar indicado.

Con el silencio matinal de compañía decidí ir a la iglesia antes que al colegio, Francisco podría responder algunas cuestiones. Al llegar encontré las puertas cerradas, rodeé el edificio y no encontré señales de que alguien estuviera allí, golpee la puerta sin éxito y finalmente cuando me disponía a regresar pude distinguir una ventana abierta. Con algo de recelo empujé el

vidrio y la misma se corrió, en la penumbra interior no distinguí detalles, pero sin duda era la parte trasera del altar, suponiendo que algo malo pudo pasarle a Francisco, me trepé y entré al edificio. Recorrí la sacristía y no encontré ninguna señal alarmante, la sala que hacía de cocina y dormitorio mostraba una cama prolijamente arreglada, por lo que o bien el cura madrugó o nunca se acostó. Sin tocar nada pasé a la nave principal del edificio y me sorprendí al ver la pobreza del mismo, estaba acostumbrado a la magnificencia de las iglesias de ciudad. Bancos rotos y cortinas gastadas acompañaban a un Cristo con su brazo izquierdo quebrado, velas que lustros atrás fueron blancas, flores plásticas y manchas de humedad eran parte del paisaje. Me acerqué a la puerta principal y para sorpresa mía la encontré apenas abierta, lo cual me extrañó, pues seguro había intentado abrirla cuando llegué; agradecido por no tener que hacer una salida subrepticia por la ventana salí rápidamente y marché rumbo al colegio.

Esther se encontraba en el baño, por lo que golpee la puerta y la saludé para que no se asustase al encontrarme de improviso, su respuesta llegó apagada por el ruido de la ducha. En la cocina encendí la hornalla y puse a calentar un poco de agua, luego me senté y abrí el diario del día anterior sin demasiado interés; mientras ojeaba velozmente, mi mente captó un titular que atrajo mi atención, volví algunas páginas y lo encontré para comprender que no era el texto lo que me atrajo, sino una foto en las noticias fúnebres. El rostro de un joven me recordaba a uno de los visitantes de la enfermería, pero no podía estar totalmente seguro; recorrí con más detalle las noticias policiales y entonces encontré dos artículos de muerte de jóvenes en zonas marginales de la ciudad, en ninguno de los dos casos se hacía referencia a una muerte violenta, la frase en

ambos era la misma “...bajo circunstancias que se tratan de establecer...”.

Esther ingresó con una toalla envolviendo su cabeza y se acercó a saludarme, el perfume de su cabello trajo aparejado algún recuerdo pasajero que se esfumó velozmente. Le serví una tasa de té de naranja y saqué un paquete de sus galletitas preferidas, las acomodé delante de ella y me senté en el extremo opuesto mientras jugaba con mi pipa entre los labios sin encenderla.

- ¿Sucede algo malo? – preguntó.
- ¿Por qué?
- Me sirves el desayuno, me recibes con una sonrisa y te quedas junto a mí sin hacer otra cosa, debes sentirte mal o quieres algo.
- Eres una mala mujer, pero en parte tienes razón, necesito hablar con alguien acerca de algo que sucedió anoche. Tú eres más práctica que yo y posiblemente encontrarás una explicación plausible.
- Te escucho, tienes toda mi atención. – respondió halagada por mis palabras.

Narré con lujo de detalles los sucesos, traté de ser preciso en la hora y en los aspectos mínimos, le hablé sobre el cura Francisco y finalicé con lo acontecido esta mañana antes de llegar al colegio.

- ¿Y bien? – pregunté cuando finalicé mi relato.
- Te daré mi opinión, el velorio que mencionas efectivamente debe haber existido, el joven probablemente falleció a causa de alguna acción criminal, eso hizo que esta mañana prácticamente no encontraras pruebas, la policía podría andar tras el asunto. El cadáver no fue llevado a ningún cementerio, eso tiene un muy alto costo y requiere papeles para

hacerse, debe haber sido enterrado en algún descampado cercano y es probable que el padre Francisco estuviera allí en el momento en que tú fuiste a la capilla.

Contundente era la palabra exacta para definir la explicación de los sucesos, Esther no tenía vuelos intelectuales ni una imaginación traicionera, su vida estaba construida basándose en hechos concretos.

- ¿Te quedaste mudo?
- No, tan solo sorprendido, tengo mucho que aprender de ti. – respondí mientras fracasaba en mi segundo intento de encender permanentemente el tabaco.
- Comienza por esto. – dijo mientras tomaba la pipa y en un par de bocanadas la encendía sin problemas.

Me la entregó junto a una sonrisa pícaro, aún con algunos años y kilos de más, era una mujer hermosa.

El resto del día fue rutinario y por la tarde me despedí de mi amiga para ir en busca de Horacio en respuesta a su llamado. Al arribar a la clínica, tuve que esperar aproximadamente una hora, los turnos estaban algo demorados; sin desesperarme saqué un libro que me prestara Esther y leí durante largo rato, esa era una manera de abstraerme del sufrimiento en derredor. Por fin Horacio apagó la luz de su consultorio y luego de saludarme me tomó del brazo y salimos a la calle; caminamos hasta su auto y nos alejamos del centro para llegar a un pequeño restaurante, ordenamos y hablamos de cuanto tema se cruzó en nuestras mentes. Cuando nos encontrábamos de sobremesa, Horacio se refirió al motivo de su llamado.

- Nazareno, no estoy totalmente convencido de estar en lo correcto, pero luego de hablarlo con Eunice ella me persuadió de hacerlo. Verás, con suma frecuencia los

tratamientos oncológicos fracasan, en el mejor de los casos dilatan la muerte del paciente y en contadas ocasiones destruyen la enfermedad.

Hizo una pausa para beber y yo no le interrumpí, toda mi atención estaba en sus palabras.

- El proceso en ocasiones es fulminante y no llego a familiarizarme con el paciente y su familia, en otras es largo y penoso y te puedo asegurar que muero un poco junto a ellos. El caso que voy a señalarte es uno de los últimos, se trata de un chiquito que llegó a mí con apenas siete años; cuando lo tuve por primera vez en mi consultorio, pensé que se trataba de un error de diagnóstico. Luciano regalaba salud y alegría, inquieto, vivaz, era la muestra del hijo que todos quisiéramos tener. – dijo con tristeza.

Recordé entonces que mi amigo y su esposa, no habían podido tener descendencia a pesar de haber efectuado cuanto tratamiento tuvieron a su alcance.

- Los resultados de los estudios no tardaron en revelar la presencia de un cáncer óseo, ubicado en sus extremidades inferiores. Por entonces no teníamos otra alternativa que la quimioterapia y el uso de drogas específicas, no podíamos pensar en un reemplazo de los huesos dado que su desarrollo tenía aún muchas etapas pendientes.

Pude notar la amargura en el tono de su voz, mi suposición de que los médicos se acostumbraban a convivir con la muerte, se acababa de derrumbar como un castillo de arena.

- Continúa por favor. – dije solo con la intención de animarlo.
- Trataré de ser breve, me hace mal recordar las instancias previas al desenlace y no quiero tampoco

entristecerte. Luciano comenzó a vivir una espiral descendente, su salud se degradaba a pasos agigantados y la enfermedad hizo metástasis en diferentes partes de su cuerpo; no obstante, nunca perdió su sonrisa y animosidad. Hace dos días, su madre me llamó a casa, tuvimos un diálogo breve, ella me dijo que su hijo había fallecido. Por decisión de sus padres y con mi aprobación, lo habíamos dejado salir del sanatorio unos diez días antes, pude haber prolongado su vida, pero no lo hice, ¿sabes por qué?

- No, pero debes haber tenido una buena razón. – respondí.
- Sí, respeté su voluntad. Estando en terapia intensiva, me acerqué una noche a su lecho y con sumo esfuerzo me aferré la mano, debió dolerle mucho, pero lo hizo. Me detuve y él me dijo “Doctor, quiero ir a casa, nadie puede evitarlo”.

Las lágrimas corrían por el rostro de Horacio mientras hablaba con la mirada baja y moviendo su cabeza como para aliviar el dolor en su garganta.

- No tenía sentido continuar con tanto sufrimiento, al día siguiente de común acuerdo lo trasladamos a su hogar. Lo fui a visitar día por medio y siempre me agradecían mi decisión; incluso de no tener tantos años en la especialidad, podría asegurar que se estaba curando, pero creo que era el alivio de ir a morir donde a uno lo aman.

A esta altura ambos llorábamos sin reparos, aferré la mano de Horacio y no la solté.

- No fui a su velorio, no podría resistir verlo en el cajón, en cambio esperé al día siguiente y hablé personalmente con su familia. Les dije el motivo de mi ausencia y ellos

comprendieron, antes de irme su hermano mayor dijo algo que disparó este encuentro, él mencionó que “había sido convocado para luchar en la noche última”.

Miré a Horacio a los ojos y él me devolvió la mirada.

- ¿Es el primer caso en que sucede algo así?
- No. Hablé con algunos colegas y pude recabar tres casos con comentarios similares.

Acompañé a Horacio a su casa, saludé a Eunice y acepté una taza de café, aproveché la ausencia momentánea de mi amigo que fue a cambiarse para referenciar lo sucedido.

- Eunice, él está necesitando ayuda, el contacto diario con la muerte no es bueno para nadie.
- Sé a que te refieres, ya hablé con Horacio al respecto, no obstante te agradezco que lo mencionaras.
- Yo soy el agradecido, tú le sugeriste que se sincerara conmigo.



## PARTE DE LA VERDAD

Abrumado por la falta de respuestas y descartando la coincidencia, aquella noche no pude descansar. En la mañana y con la resaca de haber bebido demasiado, llamé a Horacio; su secretaria me informó que aún no había llegado, no obstante le avisaría de mi interés de hablar con él.

En respuesta a una necesidad interior, visité la tumba de mis padres, sentado en el piso frente a su panteón lloré sin consuelo, con el rostro entre mis manos por fin liberaba la pena de mi vida. En aquellos momentos hubiera necesitado un abrazo de ellos para protegerme, pero eso era imposible, no obstante la cercanía de sus cuerpos me infundía calma y seguridad. Al cabo de unos minutos, levanté mi rostro y el sol me cegó al jugar entre mis lágrimas, pestañeeé para aclarar la vista y pude ver a un niño que me miraba desde lejos; uno de tantos que piden monedas por cuidar los autos pensé, pero había algo familiar en él que me hizo mirarlo de nuevo. Solo después de tener los ojos cerrados por unos minutos me atreví a abrirlos, sabía que algo no debía ser como era y eso me infundía miedo. Miré con pánico hacia donde el niño y éste se puso en marcha, desapareció tras unos panteones, me levanté con prisa y troté hasta donde él, solo para verlo doblar hacia donde se encuentran las tumbas en tierra; redoblé mi paso y cuando miré nuevamente solo encontré vacío, nadie estaba allí. Caminé por detrás de las lápidas, aún a sabiendas de que no lo encontraría, pero cubriendo mi propia necesidad de saber, podía estar cansado y bajo efectos del alcohol, pero reconocí a José en ese pequeño; el niño de roca que su madre trajera a nosotros y que murió sin que pudiéramos saber porque.

Un ruido a mi izquierda me obligó a voltear mientras todo mi cuerpo temblaba, nuevamente el vacío pero algo había

cambiado en la escena, anduve unos pasos y entonces vi; con tallos de flores marchitas que alguien había formado en el suelo las palabras fatídicas... “la noche última”.

Literalmente corrí hasta la salida del cementerio, subí a mi auto y arranqué con violencia, casi atropellé a dos pequeños que se acercaron a pedir monedas; no me detuve hasta que tomé conciencia de que no iba a ninguna parte, entonces cambié de rumbo y fui al negocio de mi hermano; entré en la juguetería y su rostro me recibió con una sonrisa que pronto se convirtió en preocupación, me hizo pasar a la trastienda e intercambió unas palabras con su empleado antes de seguirme. Se sentó ante mí, puso un vaso de agua en mis manos y habló:

- Dime todo lo que necesites, estoy para escucharte.

Sin decir palabras me abracé a él y rompí en llantos. Me contuvo con fuerza y ternura a la vez.

- Se supone que tú como hermano mayor, eres el que debe consolarme.

Reímos por su comentario insólito mientras el empleado entraba con una taza de café y unas aspirinas, acepté ambas cosas y luego me sentí mejor.

- ¿Prefieres que pregunte?

- No es necesario Nahuel, me están pasando cosas que no puedo explicar, en principio pensé eran casuales, pero de a poco adquieren consistencia; o bien estoy siendo víctima de algo que por el momento escapa a mi entendimiento o me estoy volviendo loco.

- Que esto último no te preocupe, siempre lo estuviste. – dijo intentando sin éxito poner una cuota de humor. – Dime, ¿qué te pasa?

Como pude narré algunos acontecimientos y oculté otros que solo le preocuparían, él escuchó con atención e interés hasta que finalicé.

- ¿Y bien? ¿Qué opinas?
- No sé que decirte, podría encontrar cientos de explicaciones que de seguro no te serían satisfactorias, en el mejor de los casos déjame ver si puedo averiguar algo.
- ¿Tienes de donde obtener ayuda?
- No es nada definitivo, solo una idea, por ahora no te diré nada más, ¿te parece?

Asentí a su pedido y terminé el café junto con dos masitas que puso ante mí, más tranquilo acepté un cigarrillo.

- ¿Desde cuando fumas? – le pregunté.
- Sabes que no lo hago, pero cuando me siento mal anímicamente, pongo uno en mis labios y me acuerdo de papá, eso de alguna manera me lleva a pensar en que haría él en estas circunstancias.
- Tuvimos unos padres excelentes, ¿no crees?
- Los mejores. – respondió con la vos un tanto quebrada.

Pasado el mediodía llegué al colegio, tras ingresar sentí el bullicio de las niñas y me acerqué a mi aula, sin ser visto observé a Esther haciendo de payasa para entretenerlas; en ese momento sentí un profundo cariño por ella. Retrocedí unos pasos y la llamé simulando haber llegado recién, al pasar la puerta del salón, las niñas reían con sonrisas pícaras mientras observaban a Esther que ocultaba algo a sus espaldas. Me acerqué fingiendo no descubrir nada y saludé a todos con un “buen día”, agradecí a Esther por reemplazarme en la mañana y cuando se retiraba le dije:

- Ve a la enfermería a verte la nariz, la tienes toda roja e hinchada.

Las pequeñas estallaron en risas mientras mi amiga se quitaba ruborizada la nariz de plástico, llevó varios minutos el que se

calmaran, bastaba que se miraran entre sí para que volvieran a reír; era bueno escuchar sus risas.

Dado que su atención estaba dispersa, les narré algunos cuentos de mi propia infancia y de esa manera terminamos el día. Antes de irse, mis mejillas habían recibido muchos besos de labios aún manchados por los tazones de leche.

Previo a retirarme pasé por la oficina.

- Has hecho algo muy grande por las niñas, te lo agradezco de corazón.
- Ellas lo hicieron por mí. – respondió Esther.
- ¡Hasta mañana payasa! – dije y cerré rápido la puerta mientras un par de tizas se estrellaban contra ella.

Al salir del barrio, decidí visitar el destacamento policial de la zona, llegué al mismo e ingresé sin encontrar a nadie, luego de esperar unos minutos golpee una puerta y un hombre con cara de curiosidad se asomó somnoliento

- ¿Qué quiere? – preguntó.
- ¿Es usted policía?
- No ellos salieron en un operativo, no vendrán hasta dentro de una hora, ¿necesita algo?
- Solo quería hablar con el oficial a cargo, pero regresaré mañana.
- Como guste. – respondió y volvió a cerrar sin más.

Me alejé del lugar y aproveché a recorrer la zona, ingresé en una panadería y salí con un enorme alfajor en mano, estaba tratando de premiarme por tanto sufrimiento. Luego al pasar por un kiosco adquirí una bolsa de tabaco para mi viejo amigo y una lata de gaseosa para mí, anduve decenas de cuadra y mi recorrido terminó accidentalmente en un centro comercial donde me metí en una sala de cine.

Horas más tarde, al llegar a mi departamento, las campanadas de alguna iglesia daban las dos; a falta de sueño me senté en un sillón mirando el vacío, hasta que finalmente me topé con la computadora. Cabe destacar que no soy adepto a los ordenadores, no obstante su uso me es familiar en razón de mi profesión; efectué la conexión a Internet y luego de entrar en un meta buscador, introduje la frase “noche última”, los resultados fueron apabullantes, cientos de sitios respondían a la consigna indicada, pero su contenido no era lo que yo buscaba. Encontré referencias poéticas, canciones, fiestas y un sin fin de temas sin interés. Con el objeto de afinar la búsqueda, fui cambiando y precisando frases y comencé a introducirme en distintos sitios donde se hablaba a nivel de foros y notas periodísticas o estadísticas, de casos de muerte súbita y situaciones inexplicables. Intenté documentar los sitios en una agenda y descubría a cada instante más y más, sorprendido por lo ambiguo del tema y la diversidad de edad y factores sociales de las víctimas, decidí abandonar la tarea; necesitaba asesoramiento, pero no era esta una hora apropiada para pedirlo.

En la mañana y luego de haber dormitado en el sillón del living, tomé una ducha y un par de analgésicos, me vestí informalmente y llamé al celular de Horacio; en una breve conversación le comenté mi inquietud y para sorpresa mía, no tuve recriminaciones, prometió ayudarme y contactarse conmigo ni bien pudiese darme alguna información de utilidad. Un poco más tranquilo fui al colegio solo para encontrarme con una situación exasperante, decenas de mujeres y hombres se agolpaban en la puerta y al verme llegar se abalanzaron sobre mí. Pensé que algo malo le sucedía a Esther, pero cuando me topé con el gentío, me fui enterando poco a poco de que estaban allí por sus hijos, ellos se morían en sus brazos.

Entré desesperado y corrí donde la enfermería, Marta y Esther me miraron y pude leer en sus ojos que no sabían que hacer, por el piso, sobre sábanas o trapos, muchos pequeños con la mirada perdida reposaban en medio de tenues temblores.

- ¡Por Dios! ¿Qué sucede?
- No lo sabemos, - dijo Marta – comenzaron a llegar anoche con los síntomas de ellos, – dijo señalando a los del piso - ya han muerto tres.
- ¿Pidieron ayuda?
- Nadie viene aquí. – respondió Esther mientras sus lágrimas caían sobre la niñita que tenía en brazos.

Inmediatamente tomé el celular y llamé a Horacio, como su celular no estaba en servicio, localicé a Eunice; en pocas palabras le expliqué lo sucedido.

- Esther, la ayuda viene en camino, corre a buscar al padre Francisco.

Tomé a la niñita de manos de mi amiga y busqué su mirada sin éxito, la recosté sobre el escritorio y su cuerpo se expandió sin resistencia; el pulso era débil pero no había señales de fiebre o contracción alguna.

Un par de horas después, una ambulancia y dos coches particulares ingresaban en la villa y se abrían paso hasta el edificio, Horacio y sus alumnos comenzaron a atender a los niños; el cura consiguió traer un par de patrulleros y de allí comenzaron los traslados. A la caída del sol, el número de fallecimientos alcanzaba la media docena y las causas seguían siendo un misterio; desde algunas villas cercanas traían nuevos pacientes y la ayuda oficial seguía estando ausente.

Eunice por su parte llamó a todos los canales y radios, sólo una emisora de poca audiencia se hizo presente y narró en vivo los sucesos, el silencio fue la única respuesta al pedido de ayuda.

Tras seis días de intensa labor, dejaron de llegar niños, la enfermedad indocumentada abandonó sus cuerpos y los afectados se recuperaron sin secuelas visibles, con un total de nueve casos fatales, el suceso perdió interés para el mundo exterior.

El tiempo fue borrando lentamente la impotencia que sentía en mi interior, hablar con Nahuel me reconfortaba, él siempre rescataba un recuerdo familiar y conseguía emocionarme y hacerme reír; soy un tipo afortunado al tener un hermano como él. Mis charlas se enfocaron también sobre Francisco, con algunos años menos que yo, tenía una concepción diferente de los sucesos que ocurren a diario y contaba además con una paciencia infinita para soportar mi asedio; en él enfocaba yo el dolor por la pérdida de Beatriz, Dios no había hecho nada por salvarla y si él era un ministro del creador, por ende era también culpable.

Una noche que compartíamos una cena, volví a atacar la labor del Señor.

- No puedo entender como Dios permite la miseria, el dolor, las guerras, la muerte de inocentes, las enfermedades; algo no anda bien en la creación, ¿no crees? – lancé forzándolo a dar una respuesta.

Francisco permaneció quieto, un gesto a medio terminar daba a entender que buscaba las palabras con que explicar a un niño las verdades de la vida.

- Verás, no tengo explicaciones precisas para todo lo que sucede en el mundo, si así fuera, tú estarías cenando ahora con Dios y créeme no le llego a los talones. Todo lo que señalas es terrible, yo mismo podría agregar cientos de aberraciones que suceden cada día, te horrorizarías si escucharas algunas confesiones que me

han tocado; no obstante, mi visión de los sucesos es la siguiente.

Hizo una pausa estudiada, se levantó y extrajo de una vitrina las dos únicas copas que había allí, diferentes entre sí; luego de un cajón sacó una botella de ginebra y sirvió dos medidas generosas, me acercó una y sentándose nuevamente habló:

- Dios ha creado todas las maravillas que conocemos e impuso la vida en este mundo...

Quise interrumpirle, pero me hizo una seña de que no había terminado aún su exposición, por respeto aguardé para refutar sus palabras.

- ...cada vez que te sientes desbordado por el amor, por la ternura, por el asombro, sin dudas estás ante una obra del todo poderoso. Ahora bien, en todo terreno existe la codicia, la envidia, el odio; Dios tiene un competidor que siente eso por él, el ángel caído o diablo o como quieras llamarlo, es la expresión de todo lo opuesto, él es real y se manifiesta a través del alma de los débiles y sobre la propia naturaleza, de esta manera aparecen los males y desastres que tu bien señalas. Su mayor ventaja y ahí reside su éxito, se basa en el anonimato, él no tiene necesidades de manifestarse en milagros que mueven multitudes, desde el silencio y la oscuridad lanza sus golpes, ahora adivina quien se lleva las culpas de lo que él hace.

Las frases que tenía hace instantes en mi boca para contradecirlo, se me habían escapado, sus ideas daban vueltas en mi mente y cobraban sentido, tenía que responder...

- Bien, lo que dices suena factible, pero entonces su poder es limitado, de lo contrario ya habría dado un golpe de palmas y el diablo debería haber desaparecido.



- Nazareno, no seas inocente, aún tu no puedes borrar cosas sencillas de tu vida por más que te lo propongas y pretendes que el Señor destruya a un adversario que cada vez tiene más poder con solo pensarlo.
- Sería una muestra excelente de sus habilidades ¿no crees?
- Por favor, - respondió con un amplio gesto y bebió un trago antes de continuar - ¿qué sabor tendría la vida si el éxito estuviese asegurado con solo desearlo?
- ¿Dulce? – respondí provocativo.
- ¡No! - su voz dejó el tinte amable por un momento – Cada vez que ambos se enfrentan, suceden cosas indeseadas, pero es nuestra fe la que le da fuerzas a Dios para vencer y créeme, cada vez hay menos.
- Bueno, no todos somos perfectos como tu.

Mi último comentario lo sacó de casillas, se puso en pie con la mirada furiosa y me tomó del brazo.

- Ven conmigo...

Caminamos a la nave de la iglesia y señalando el altar me preguntó:

- Dime, ¿qué ves?
- Un altar de una iglesia modesta, donde las dádivas no alcanzan para arreglar un Cristo recuperado, que no desentona con el resto de la estructura..
- ¡Ese CRISTO que tú llamas recuperado, es una muestra de la pérdida de mi fe...!

Su respiración agitada hablaba a las claras de una terrible lucha interior, pero la mía no iba en zaga.

- Entonces por favor consígueme una réplica de él para rezarle, porque la mía se quebró el día que se llevó a la mujer que amaba.
- Escúchate a ti mismo, hablas en pasado.

- ¡Ella murió!
- ¿También tu amor?
- ¡NO!
- Entonces di que se llevó a la mujer que amas... y lo hizo porque necesita...

Se detuvo por segunda vez sin terminar una frase y bajó la mirada, sacudió levemente la cabeza como comprendiendo algo obvio, luego puso sus manos en la cintura y tiró la cabeza hacia atrás.

- Perdóname, como verás no soy perfecto como señalas, soy un hombre como tú y como tal tengo serias falencias.
- Creo que ambos nos dejamos llevar, discúlpame también.
- Vamos a terminar el trago. – respondió.
- No, gracias, ya he tenido suficiente por hoy. – repliqué mientras interrumpía el acto de encender un cigarrillo.
- Prende tu cigarrillo, Dios no se ofende porque lo hagas en su casa, más le preocupa que lastimes el cuerpo que te regaló.
- No pierdes oportunidad de predicar, ¿verdad?
- Está en mi naturaleza.

## ROSA

El día era frío, pero aún así me senté en uno de los bancos del patio con mis cuadernos y fui preparando la lista de insumos para el dispensario y para las actividades escolares; una vez relevadas las necesidades, debía ver como obtener los recursos para satisfacerlas. Mientras pensaba en a quien recurrir, mi celular comenzó a sonar, atendí y mi sorpresa fue enorme, se trataba de Rosa.

Conversamos largamente, en un par de oportunidades le ofrecí cortar y llamarla yo para abaratarle los costos, pero se negó rotundamente. Me contó que su salud se había deteriorado un poco, pero que no le impedía trabajar y que no podía permitirse el lujo de faltar a su labor, porque en su pueblo había muchos enfermos que necesitaban de ella; yo le conté algunas cosas pero prefería oírla, su voz regalaba optimismo. Antes de cortar me dio una sorpresa, por correo me enviaba los pasajes para ir a visitarla durante las vacaciones de invierno, a lo que no pude negarme; nos despedimos con un hasta pronto.

Tres días después de la conversación encontré un sobre en el casillero de correo de mi departamento, dentro del mismo estaban los pasajes y una nota de Rosa donde me pedía que por favor no dejase de ir.

El viernes Horacio llegó más temprano que de costumbre, pocos minutos más y se me habría adelantado.

- Eso es lo que yo llamo entusiasmo. – le dije a modo de saludo.

Sonrió y extrajo un paquete de facturas de su bolso.

- Antes de comenzar a trabajar vamos a desayunar.

Puse a calentar el agua y preparé un mate dulce, nos sentamos y si bien había yo adivinado algo en la mirada de mi amigo, aguardé a que él encontrase el momento de hablar.

- ¿Recuerdas a mi mamá? – preguntó cuando tuvo el primer mate en sus manos.
- Cómo olvidarla, es una mujer fantástica y fue cómplice de muchas travesuras de nuestra niñez, ¿cómo está ella?
- No tan bien como yo deseara, en el último control que le hice hacer la encontré muy enferma.
- ¿Algo grave?
- De seguir el cauce normal, no llegará a fin de año.

La noticia me golpeó duro, si bien era una mujer mayor, no podía aceptar la desaparición de tan preciosa persona.

- ¿Es cáncer?
- Sí, y a pesar de todo lo que se sabe sobre el tema, no puedo curarla ni pude prevenir su aparición.
- Eres médico, no Dios. – balbuceo sorprendido por mi propia respuesta.
- Lo sé, al menos espero mitigar el sufrimiento, pero no es eso lo que me aflige.
- Entonces, ¿qué es?
- Antes que le hiciera los estudios, ella comenzó a hablar de que su tiempo se agotaba, no es un comentario frecuente en alguien de su fortaleza, pero lo tomé como algo momentáneo quizá con vínculos anímicos.
- ¿Y qué te hace pensar que no es así?
- Cuando te prometí investigar sobre los casos de muerte súbita y enfermedades de surgimiento espontáneo, efectué una serie de consultas desde mi computadora y pude rescatar algo de información, pero los datos se remontaban a solo un par de años, antes no teníamos sistema. Por curiosidad fui a los archivos del hospital y

allí hallé información por doquier, me fui llevando carpetas a casa y comencé a buscar situaciones que se ajustasen a lo pedido. En menos de una semana tenía decenas de casos y en más de la mitad de los mismos, los familiares de los pacientes manifestaban que estos, habían anunciado el desenlace con anterioridad.

- El porcentaje que señalas es muy alto, pero ¿no es posible que la dolencia que los llevó a morir se estuviese manifestando ya en ellos?
- Puede que sí, pero lo más preocupante es que un poco más el diez por ciento, manifestó antes de morir que “iban a combatir en la última noche”, lo que me hizo recordar tu frase de “la noche última”. Quizá el nivel cultural permita elaborar frases de mayor complejidad, pero creo que todos hablan de lo mismo.

Sentí un nudo en la garganta que me impedía hablar con claridad, no obstante pude articular mi inquietud.

- ¿Tienes idea de cuantos dijeron que nada podían hacer para salvarlos?

Horacio me miró y por lo que vi en sus ojos no necesité escuchar.

- Todos, incluso mi mamá.

Un sin fin de ideas se cruzaban en mi cabeza, tenía preguntas a montones y escasas respuestas para satisfacerlas, pero algo irresuelto me turbaba por sobre todas las cosas; no podía determinar su origen, la sensación de vacío y ausencia me impedían descansar.

De paso por casa de mi hermano les comuniqué mi intención de viajar a Catamarca a visitar a Rosa, ellos vieron con agrado mi decisión, lo consideraban una excelente oportunidad de alejarme de los recuerdos que tanto me hacían sufrir. Almorcé

con ellos y a media tarde me fui a mi departamento, en el trayecto llamé a Esther al colegio y la invité a cenar, recibí un sorprendido y tímido “sí” por respuesta y acordamos encontrarnos alrededor de las veinte horas en un bar céntrico.

Tomé un baño reparador y me tendí en la cama hasta que el sueño me ganó, durante el descanso, miles de imágenes confusas se adueñaron de mi mente, jugaron con zonas cerradas y liberaron remembranzas asociadas a afectos perdidos en el tiempo; el dolor del alma me despertó, mientras el reloj acusaba una hora de margen para la cita. Me vestí en forma rápida e informal y tomé un taxi para no llegar tarde al encuentro, arribé al lugar unos minutos antes, me senté en una mesa junto a una ventana y encendí un cigarrillo, en la calma de la soledad repasé los últimos meses de mi vida, no me gustó el sabor de los mismos.

- Joven, ¿puedo compartir su mesa?

Me volví hacia la propietaria de la voz y para mi sorpresa encontré a una bella mujer.

- Esperaba a tu mamá, - le dije con una sonrisa – pero siéntate hasta que ella llegue.

Esther se veía hermosa, algo en su rostro había cambiado, quizá solo fuese el brillo propio de una mujer que se siente halagada. Me levanté y corrí la silla con galantería y un poco de exageración.

- Gracias.

- Usted lo merece, ¿desea algo para beber?

- En estas circunstancias una auténtica dama debería decir “cualquier bebida sin alcohol”, pero prefiero una copa de ginebra.

- ¡Excelente! Que sean dos entonces.

La joven que nos tomó el pedido sonrió con picardía al vernos, quizá pensando erróneamente en un amorío oculto.

- Bien, ¿qué te hizo invitarme a salir? – preguntó sin tapujos.
- Veo que la pregunta es directa, por lo tanto la respuesta también lo será, quería pasar una velada con una auténtica mujer con la que pudiera hablar sin condicionamientos.
- ¿No hablaremos de muertos ni de pobreza o necesidades?
- En absoluto, terminaremos el trago, iremos al cine a ver una comedia romántica, luego criticaremos a los actores mientras cenamos.
- Es un plan perfecto.

La única alteración en los planes estuvo en la película, Esther prefirió cambiar por una comedia humorística que disfrutamos ambos, luego cenamos en intimidad y hablamos de nuestras vidas, de trivialidades y de mis planes de viajar para las vacaciones de invierno. Al llegar el momento de la despedida me preocupó que se fuera al colegio a esas horas, pero ella tenía planeado dormir de una amiga, por lo que la acompañé hasta su casa. Me despidió con un beso breve y sorpresivo en los labios y dijo “gracias, ha sido un sábado inolvidable”, sin darme tiempo a una respuesta antes de que desapareciera por la puerta. El suceso borró mi preocupación, había estado pensando toda la velada en como hacer para no ofenderla, lo normal hubiera sido que se quedara a dormir conmigo, pero no encontré el modo de decirle que no podía compartir el espacio de mi cama más que con el recuerdo de Beatriz.

Los tiempos se fueron acortando y en un abrir y cerrar de ojos el receso escolar estuvo ante mí, durante los días previos intenté en vano obtener algo más de información que no fuera fácilmente rebatible; el padre Francisco viajó a su pueblo natal

a causa de la salud de su padre y nadie vino a reemplazarlo en la capilla. Mi relación con Esther había alcanzado a un punto donde no teníamos secretos el uno para el otro, ella se había convertido en mi hermana y consejera, la apreciaba mucho por ello. Horacio viajó al sur en merecidas vacaciones, al fin Eunice lo había logrado convencer, aunque a decir verdad creo que jamás lo consulto, así son las mujeres.

El último jueves invité a Cris y Nahuel a cenar y ellos aceptaron gustosos, en sus propias palabras veían positivo el cambio que se estaba produciendo en mi persona, erróneamente lo vinculaban con la presencia de alguna mujer en mi vida; no los corregí, si eso los tranquilizaba, entonces la equivocación valía la pena, ellos sufrieron por la desaparición de Beatriz y luego por mi caída.

Como todos los viernes, los estudiantes de medicina acudieron puntuales al dispensario, aún en ausencia de su profesor ellos cumplían con sus obligaciones, esto era un mérito conseguido por mi amigo. Para fortuna de todos el cierre de la primer mitad del calendario escolar se llevó a cabo sin sobresaltos, los niños que ahora sumaban una veintena, seguirían viniendo al colegio por su ración alimenticia, Esther se encontraba ocupada instruyendo a una maestra que enviada por el ministerio, ayudaría en las tareas del hogar-escuela durante las vacaciones. Alrededor de las 19:00 horas, nos despedimos con un abrazo tan grande como su cuerpo, hubiera podido quedarme para siempre entre sus brazos protectores; tomé su rostro entre mis manos y le di un fuerte beso en la nariz.

- Cuidate mucho, te voy a extrañar. – dijo.
- También yo, por quince días no tendré a nadie que me regañe. – le contesté sin poder esquivar un cachetazo cariñoso que me propinó.



- ¡Fantoche! Vete ya antes que te agarre y no te deje ir nunca más.
- ¿Me atarías a tu cama? – bromeé.
- No dudes que lo haría, en lugar de tener cautivo a un escritor, yo tendría a un maestro.

Entendí la analogía con el libro de Stephen King y recordando el film pude ver a Esther en el papel de Annie, pero yo difícilmente podría reemplazar a Sheldon, él era un tipo exitoso, en cambio lo mío era una pobre réplica del fracaso.

Arrojé un par de besos al aire mientras salía de su despacho y esquivaba al cachorrito que saltaba entre mis piernas, extrañaría a esa mujer. En mi caminata hasta la parada de ómnibus me topé con mi anciano amigo, recordando el tabaco en mi mochila caminé hasta él y extraje la bolsa.

- Quería darle una bolsa de tabaco, su aroma combina en forma excelente con la madera de mi pipa. – dije mientras sacaba su regalo de mi bolsillo.

Me miró con los ojos gastados por los años, pero pude adivinar un brillo imposible de sofocar en los mismos.

- Es usted un buen hombre.
- También lo es usted y muchos de los que habitan este barrio. – correspondí.
- Si, pero ellos no enfrentan la noche. – concluyó mientras algo se apagaba en su interior.

Intenté continuar el diálogo pero fue imposible, dejé la bolsa en sus manos y acomodé su abrigo para cubrirle el pecho, a pesar de que la temperatura no era extrema como correspondía a la época del año, yo sentí frío.

La mañana se presentaba nublosa y gris, el pavimento evidenciaba una llovizna nocturna y algo de viento barría las calles vacías. Mientras aguardaba la llegada del coche de

alquiler que me llevaría a la terminal de ómnibus, encendí mi pipa y volví a recordar al anciano, no quise ahondar en pensamientos y me dispuse a pensar en el viaje que estaba a punto de emprender; verifiqué si tenía conmigo los pasajes y mis documentos, estaba poniendo en práctica una costumbre heredada, pero me sentí mejor luego de comprobar que llevaba todo lo necesario.

El auto llegó con puntualidad y en pocos minutos me encontré en la plataforma esperando el arribo del coche que me llevaría hasta la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca. Con casi media hora de demora, pude subir al coche, previamente me aseguré que mi equipaje estuviera a bordo, no llevaba demasiadas cosas en mi mochila, pero tenía un presente para Rosa y no quería perderlo.

Me relajé en mi asiento y mientras miraba sin interés el diario, nos pusimos lentamente en marcha; la ciudad fue quedando atrás y el paisaje repetido de la ruta ganó las ventanillas. Sin intención, me quedé dormido un largo trecho, cuando desperté una jovencita a mi lado se sonrió.

- Buen día. – le dije intentando ser cortés.
- Buenas noches. – respondió ella.

Sorprendido por su respuesta miré por la ventana y observé que efectivamente era de noche, lo cual indicaba que no debíamos estar lejos de nuestro destino; miré mi reloj y eran poco más de las veinte, solo entonces me percaté de que no estábamos avanzando.

- ¿En donde estamos?
- En algún lugar del norte de la provincia de Córdoba, nuestro colectivo se rompió hace más de una hora. – me aclaró la joven.

La miré confundido y ella debió entender mi estado.

- Llevo casi seis horas aquí, sentada junto a usted, permanecí quieta para no molestarlo, lo vi tan agotado.
- Estoy cansado, pero nunca imaginé que tanto. ¿Sabes cuánto más debemos esperar?
- No, no quise descender porque hace mucho frío.

La observé y comprendí que su modestia le impedía quejarse de su propio atuendo que no servía para la estación, sin duda no tenía los medios para comprar otra ropa; le pedí permiso con la excusa de ir a fumar y me bajé del vehículo. Los conductores trabajaban afanosamente sobre el motor, me acerque a ellos y pedí autorización para sacar un abrigo de mi equipaje, a pesar de estar ocupados uno de ellos accedió gustoso a satisfacer mi necesidad. Con el abrigo en manos aproveché para encender un cigarrillo y me ofrecí a sostener la linterna para que ambos pudieran trabajar, pude ver que cambiaban una correa y al parecer no les faltaba demasiado para finalizar la labor.

Un rato después regresaba a mi asiento, la chica a mi lado me dio paso y entonces le ofrecí el buzo que traía en mis manos.

- Acepte usted ponérselo por favor, está refrescando mucho y no creo conveniente volver a molestar a nuestros conductores para sacar más ropa de la bodega, casi han terminado y están muy cansados. – dije esperando tener éxito con mi mentira.

En la oscuridad me pareció que se sonrojaba, pero evidentemente estaba pasando frío, por lo que finalmente tomó la prenda y se la puso; a pesar de la gran diferencia en la talla, podría decir en su favor que le sentaba bien sobre su rostro cobrizo.

- Gracias, en verdad tenía frío.
- Por nada, ¿no le molesta si vuelvo a dormir? – dije para no incomodarla.

- En absoluto, si se quedara despierto lo agotaría con mi charla. – respondió.

Fingí un par de posiciones comprendiendo que en realidad mi compañera deseaba conversar, luego me enderecé y dije:

- Definitivamente ya he dormido todo lo que necesitaba, no encuentro posición para continuar haciéndolo.
- Ya lo creo, lo ha hecho usted como si fuera la última noche.
- ¿Qué dijiste? – la miré sorprendido.
- Que con todo lo que había dormido, ya no necesita descansar más. – sonrió.

Evidentemente mi afán por saber más sobre la muerte que azotó el barrio, me jugaba malas pasadas, creía reconocer evidencias donde las mismas no existían; debía relajarme y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Volví la atención a la joven que me miraba con curiosidad.

- ¿Sí? – le pregunté intrigado por su mirada.
- Pensé que me había oído, le pregunté ¿a qué se dedicaba usted?
- Soy maestro y puedes tutearme, me llamo Nazareno.
- Un gusto Nazareno, yo soy Alicia y soy novicia de la orden de las Hijas de María.
- ¿Eres monja? – pregunté asombrado.
- Bueno, no es una enfermedad ¿no?
- No, no quise decir eso, es que una joven tan bonita... – ya había cometido un segundo error por mi boca – Quiero decir que debes haber dejado muchos corazones rotos cuando tomaste esa decisión.
- Bromea usted, - rió con ganas – soy una chica del montón.
- No es mi opinión, pero si tu modestia te impide reconocerlo, no voy a insistir.

Ni siquiera la penumbra podía ocultar el brillo de sus ojos y su sonrisa, sin dudas era bella.

- ¿Qué te llevó a tomar los hábitos?
- No fue un hecho aislado, como todas las decisiones de la vida, se compone de la suma de pequeños factores que tarde o temprano se desencadenan.
- ¿Qué edad tienes?
- Voy a cumplir diecinueve el mes próximo.
- Es un paso muy grande para alguien muy pequeño.
- Se sorprendería al saber cuantos casos de santos y mártires registra la historia más jóvenes que yo, la religión no sabe de edades, Dios nos llama cuando nos necesita y puedo asegurarle que es imposible negarse.
- Creo que en realidad no llama, toma lo que necesita sin consultar, si nos diera opciones probablemente mucho no aceptarían su pedido.
- Sin duda debe hablar por alguna experiencia propia desagradable, yo puedo asegurarle que en mi caso es estrictamente voluntario, yo acepté estar junto a él y soy muy feliz.
- Pero nada sabes de la vida, ¿cómo puedes optar?
- Si le gusta escuchar le narraré una parte de mi vida, luego usted decide si estoy equivocada.
- Adelante, no voy a interrumpirte y por favor, deja de tratarme de usted, me haces sentir más viejo de lo que realmente soy.
- Gracias. Verás, yo nací en un pueblito muy pobre de Santiago del Estero, lejos de la capital y de toda huella de civilización, soy la mayor de siete hijos y desde que tengo memoria me hice cargo de la crianza de mis hermanos. Mi padre era un borracho perdido, que cuando regresaba al hogar se dedicaba a golpear a mi

madre y a los que intentáramos evitarlo, eso sin motivo alguno. A colmo de males, había que darle de comer lo que pedía, de no hacerlo recibíamos otra muestra de su ira. Cada noche yo rezaba porque cambiara de actitud, pero mi fe tenía motivos ocultos, en realidad yo deseaba su muerte.

- Un sentimiento comprensible.
- No, yo tenía entonces doce años, ninguna niña a esa edad puede desear algo así. Bueno, no quiero alejarme de la historia, mi madre enfermó y al cabo de dos años falleció, supongo que no pudo vivir por su propia impotencia de no hacer nada para evitar nuestro sufrimiento. Mi padre se marchó de casa y entonces pensé que al fin había terminado el calvario, desafortunadamente no fue así, él volvió y me hizo su mujer, no le importó mi edad, mi llanto, mis sentimientos o mi dolor, era una bestia y yo su desahogo.
- ¿No tenías a nadie a quien recurrir?
- No conoces las costumbres, se nota que no eres de aquí; yo acudí a las comadres en busca de ayuda y estas me aconsejaron sumisión; fui al comisario y este le contó a mi padre y recibí una golpiza de la que aún llevo huellas. Entonces, juré salvar a mis hermanos a costa de mi vida, siguiendo un plan donde no debía haber lugar para sospechas; comencé a tomar parte de su dinero y guardarlo, envié a los dos varones mayores a trabajar de unos familiares, esto para evitar que se enfrentaran a mi padre, yo tenía mis planes para eliminarlo. Una mañana muy temprano mientras iba a las tareas del campo, me topé con una mujer vestida de blanco que lloraba en la base de un cerro cercano a nuestro hogar, le pregunté

que le pasaba y me dijo “lloró por tanto dolor en esta tierra, mis hijos buscan acabar unos con otros”. Le dije que si podía hacer algo para ayudarla me lo pidiese, ella contestó “si quieres ayudarme deja en manos de Dios el destino de tu familia”, tras lo cual desapareció sin decir más. Confundida regresé a mi hogar y a medio día me enteré que el tren había arrollado a mi padre, el desgraciado no había muerto, pero le debieron amputar ambas piernas y una mano, fue llevado a un hospital donde sufrió varios meses hasta que falleció.

- Un auténtico caso de justicia divina tardía.
- Quizá, pero mis hermanos viven ahora felices y serán hombres honestos cuando crezcan, aprendieron lo que seguro no desean ser, ellos respetarán a sus esposas e hijos.
- ¿Pero que hay de ti? ¿Quién te cuida?
- Dios, no tenga dudas, estoy aquí feliz charlando con usted, un hombre bueno que me escucha con respeto a pesar de tener sus propias ideas. Las hermanas me aceptaron como hija, aún a pesar de mi pasado y todas las semanas salgo a peregrinar en busca de otros casos similares al mío; ¿no cree que fui llamada? – me respondió con sinceridad y olvidándose de tutearme.
- Dios pudo haber elegido otra forma de llamarte, pero si a ti te sirve, no soy nadie para cuestionar tu fe.
- Si lo eres, cada persona como tú es una prueba de fe que supero, de esa manera reafirmo mi amor.

Opté por callar, no quería destruir esa sonrisa angelical, demasiado dolor había sobre sus espaldas para que yo cargase el mío sobre ella. A fin de no ser descortés le conté el motivo de mi viaje, ella se mostró complacida por el gesto de amistad y agregó “Dios está acompañando tus pasos en este viaje”.

Al llegar a la capital de la provincia, nos despedimos, yo debía combinar con otro ómnibus con destino a Tinogasta, ella en cambio permanecería unos días allí. Cuando estaba a punto de marchar, Alicia me llamó.

- Nazareno, ¿puedo darle un presente?
- No hay necesidad, ha sido un gusto conocerte y para mí tu recuerdo es el mejor regalo.
- Gracias, pero acéptelo por favor, es una pequeñez. – dijo mientras comenzaba a quitarse el abrigo que le prestara.
- Lo aceptaré con una condición, tú mantendrás ese buzo contigo hasta que volvamos a vernos, entonces me lo devuelves.
- Pero...
- Sin peros, es un intercambio, ahora dame tu obsequio.

Se ajustó el abrigo con gusto y por debajo del cuello sacó un Rosario, lo pasó por su cabeza y me lo puso en mis manos mientras las cerraba como para evitar que se escapara.

- Consérvelo, tiene la capacidad de encaminar la fe, por pequeña que esta sea.

La vi alejarse con la misma sonrisa que mostró siempre, un instante antes de desaparecer hizo una seña de alegría por tener mi ropa y finalmente se perdió entre la gente.

Luego de rescatar mi equipaje y de algunas averiguaciones, entré en el único bar a esperar el arribo de mi combinación, faltaban un par de horas y me dispuse a desayunar; compré el periódico local y dejé mis lentes y el regalo de Alicia sobre la mesa; solo entonces me di cuenta de que el Cristo del crucifijo tenía su brazo izquierdo roto.

Con una bolsa de alfajores y dos frascos de mermeladas, me subí al colectivo, este era mucho más pequeño y hasta podría



decir que un poco sucio, no obstante me acomodé como mejor pude y soporté estoicamente el viaje, no sabía como seguiría luego, Rosa me había dicho que alguien esperaría por mí en Tinogasta para llevarme a destino. Sobre el fin de la tarde, llegamos al parador y luego de cargar mi mochila y mirar para todos lados, un hombrecito modestamente vestido se acercó a mí.

- ¿El señor Nazareno? – preguntó.
- Sí, soy yo. – respondí cansado.
- Mucho gusto caballero, mi nombre es Manuel, si me permite sus bolsos yo puedo cargarlos.
- No se preocupe, puedo hacerlo, dígame solamente donde está su auto y vamos ya.

Me miró por unos instantes y sin decir más se puso en marcha a paso cansino, lo seguí para descubrir que mi medio de transporte era un carro tirado por un viejo jamelgo con un atado de sogas que hacía las veces de arnés, el animal movió su cabeza para verme y luego regresó a su posición inicial.

Manuel trepó sin dificultad al tablón que oficiaba de único asiento, yo puse mis bolsos en la parte trasera del carretón y con un poco de esfuerzo, propio de la inexperiencia, trepé junto a él.

Antes de que tomara las riendas, estiré mi mano y me presenté con la cortesía que me faltó a mi arribo. El hombrecito respondió gustoso al gesto y pude sentir el apretón de una mano firme, entonces recordé un dicho de mi mamá que asociaba la fuerza del saludo con la sinceridad de la persona.

A su orden el viejo caballo se puso en marcha y mi esqueleto comenzó a recibir los impulsos de un camino con imperfecciones, Manuel a mi lado conseguía acompañar la oscilación de su cuerpo con los movimientos del carro y esto

producía un meneo gracioso pero efectivo, yo en cambio me zangoloteaba de lado a lado hasta que pude emular su ejemplo. Con las últimas luces del día y alejándonos del centro de la ciudad, no pude apreciar mayores detalles del lugar, pero mi acompañante pronto se encargaría de ponerme al tanto de los detalles.

Manuel hablaba con orgullo de su pueblo natal, por él supe que Tinogasta es un poblado de origen diaguita, mientras le oía en mi mente aparecían recuerdos de niñez y escuela entremezclados; supe además que en lengua “kakana”, ‘tino’ significa reunión y ‘gasta’ es pueblo, por lo que “reunión del pueblo” era la razón del nombre. Habló de los viñedos, olivares, alfalfares y otras riquezas que rodeaban el lugar; él era una enciclopedia de saber popular y transmitía su conocimiento con una sonrisa y una voz sin exasperaciones.

El cielo se fue llenando de estrellas y a pesar del frío, sentí que todo el viaje valía la pena solo por ver la bóveda nocturna con la belleza que mostraba en esa noche límpida. Manuel estiró su mano y tomó un par de mantas del carro, me ofreció una y se envolvió a modo de ejemplo en la suya; copié el gesto y completé la acción extrayendo mis dos pipas, le ofrecí una a Manuel y retuve la que me habían regalado, luego ambos fumamos y la camaradería entre ese hombre pequeño y yo creó lazos.

Un camino de tierra se abrió ante nosotros y entramos a él, con la luz de un farol de kerosén como única guía, me pareció imposible distinguir el rumbo, sin duda mi guía llevaba las riendas por costumbre y hubiera sido capaz de hacerlo aún con los ojos cerrados. La tierra húmeda crujía ante el peso de las ruedas, afortunadamente una lluvia había aplacado el polvo horas antes, ahora el cielo estaba limpio y el viento prácticamente calmo.

Aún con el trajín, me quedé dormido apoyado contra la baranda del carro, al despertar Manuel detuvo la marcha y me ofreció una jarra de té caliente que traía en un termo, la acepté gustoso como así también un trozo de pan casero.

- ¿Cuánto falta para llegar donde Rosa?
- Depende de donde esté ella hoy. – respondió sin más protocolos.
- Supongo que ha de estar en su hogar. – repliqué sin atreverme a pedir mayores explicaciones.
- Ella tiene muchos hogares, en cada lugar donde alguien desee aprender o necesite ayuda, podrá encontrar a Rosa. – amplió Manuel.

Sin mayores motivos para cuestionamientos volvimos a andar y un tiempo después, el cual no pude medir ni tuve intención de hacerlo, vimos una luz pequeña en la distancia. Manuel corrigió levemente el rumbo y minutos más tarde nos deteníamos ante un modesto rancho.

Una mujer tan vieja como un personaje de cuentos salió a nuestro encuentro.

- ¡Manuel! Bendito Dios por guardarme la vista para verte.
- ¡Hola mamá, llevamos muchos días sin estar juntos!

Manuel saltó del carro y abrazó a la anciana con amor, luego me hizo una seña de seguirlo y yo descendí tratando de estirar mi cuerpo y calmar los dolores del viaje.

- Ella es mi mamá. – dijo Manuel con ojos alegres y emocionados.
- Un gusto, me llamo Nazareno y vengo a visitar a Rosa.
- ¡Qué bendición! Al fin llega la ayuda por la que ella tanto imploró. – respondió la anciana acariciando mis manos con las suyas y mirándome de arriba a abajo con beneplácito.

Miré a mi guía sin decir nada y éste me devolvió una señal que me hacía saber que las palabras de la anciana no eran del todo coherentes, cosa que no me pareció totalmente cierta, pero que tenía sentido en virtud de lo dicho. Acto seguido pasamos y la noble mujer nos dio de comer y beber, para finalmente ir a dormir a un cómodo camastro que Manuel preparó para mí.

A la mañana siguiente, un aroma exquisito a pan me despertó y por primera vez mi cuerpo sentía haber tenido un descanso reparador; Manuel y su madre trabajaban en la cocina y luego de desperezarme caminé hasta ellos, los saludé y pronto me encontré sentado disfrutando de un trozo de pan dulce y una enorme taza de leche caliente recién ordeñada.

El sol se asomaba tenuemente en el horizonte y el carro pronto estuvo listo para continuar el viaje.

- ¿Cuánto más nos falta para llegar? – pregunté tras un par de horas de marcha.
- No se desespere amigo, a medio día estaremos llegando.

Volví a fumar y disfruté del paisaje, la soledad acompañada por una calma inusitada daban un toque mágico al lugar, me asombraba tanta riqueza visual alejada de quienes podrían disfrutarla.

Un poco antes de lo esperado, Manuel señaló a la distancia y entonces pude ver un caserío desdibujado por el polvo que levantaba la brisa.

- ¿Es ahí?

Manuel corroboró con su cabeza y una gran sonrisa y puso su mano en mi hombro y me palmeó.

Las casas ganaron definición y pude apreciar lo dispersas que estaban entre sí, jardines modestos pero cuidados con esmero daban la bienvenida, las calles de polvo, animales sueltos, algunos niños corriendo eran parte del entorno que podía

apreciar ahora sin esfuerzos. Un poco a la derecha y algo alejada, pude distinguir la iglesia, su cúpula era visible desde lejos; por más que busqué, no pude hallar la escuela.

Algunas personas saludaron a nuestro paso, para los pequeños mi pipa debió ser novedosa, pues nos siguieron y señalaban hacia mi boca cada vez que lanzaba una bocanada de humo.

La noticia corrió velozmente entre los lugareños, de todas las casas se asomaba alguien a mirar nuestro paso, pronto descubrí una silueta familiar que se acercaba corriendo por delante de nosotros; sin esperar a que Manuel detuviese por completo el carro, salté y avancé con largos pasos al encuentro de Rosa.

- ¡Muchacho, qué gusto tenerte aquí! – decía mientras me abrazaba y frotaba mi espalda con emoción.

Debo decir que si bien me sentía entusiasmado con el viaje, mi relación con Rosa no era tan profunda como ella lo evidenciaba, no obstante es un placer ser bien recibido.

- No podía faltar a mi palabra, menos aún cuando se trata de una bella dama. – respondí con galantería.
- ¡Eres un tonto! Puedo ser tu madre y la belleza se mudó a otro cuerpo hace muchos años.
- Si es así como dices, debió olvidar muchas cosas en ti antes de marcharse.

Rosa se colgó de mi brazo luego de hacer una seña a Manuel, el cual inmediatamente se ocupó de mi escueto equipaje; caminamos rumbo a su escuela mientras me describía con orgullo su pueblo.

- Todos aquí son excelentes personas, si alguna vez deseas venirte a vivir aquí te daré un consejo, no pongas una cerrajería, nadie traba sus puertas.

- No podría adaptarme a una vida tan tranquila, soy un hombre nacido entre cemento y humo, difícilmente podría encajar.
- Yo también he dicho muchas veces en mi vida que nunca haría determinadas cosas, pero luego mi camino me llevó a ellas, pero eso no importa, – dijo y apretó con cariño mi brazo – viniste y ahora tengo en quien confiar.

## EVANGELIOS

Mientras estuve de vacaciones, Nahuel comenzó a efectuar algunas investigaciones tal como me había prometido, para hacerlo se vio en la necesidad de ocultar su accionar a Cris; ella difícilmente hubiera aprobado el acercamiento de mi hermano a la familia de su primera novia, con la cual compartieron casi cinco años de convivencia. Natalia fue una muchacha pequeña y sencilla, una persona excelente que solo tuvo la desdicha de nacer en el lugar equivocado; de origen extremadamente modesto, se había visto en la necesidad de comenzar a trabajar a temprana edad limpiando casas, fue por casualidad que un día llegó a nuestro hogar, cuando la mujer que ayudaba a nuestra madre la recomendó ante su inminente retiro por razones de edad.

Para Nahuel fue amor a simple vista, el día que abrió por vez primera la puerta a Natalia, se enamoró de ella; mis padres al tanto de la situación se encargaron de conseguirle un empleo mejor remunerado y a partir de ese momento pasó a formar parte de nuestra familia, era raro el día en que no estaba en casa. Con su encantadora manera de ser, se ganó el cariño de todos, incluso debo admitir que en ocasiones me asaltaban celos por la manera en que había acaparado la totalidad de los sentimientos de mi hermano, sentía tontamente que había robado la cuota de amor que me correspondía por parentesco.

Hasta hoy día guardo reminiscencias de un sentimiento cercano a la culpa, Natalia por razones que nunca pudieron determinarse comenzó a perder la salud y la razón con posterioridad; fue como ver una flor marchitarse, mantenía toda su belleza pero su esencia no era eterna. Ella ocultó los síntomas mientras pudo, para cuando el avanzado estado de deterioro de su cuerpo alcanzó el límite hasta donde podía

manejarlo, desapareció de nuestras vidas. Toda mi familia se lanzó a su búsqueda, recurrimos a casa de sus padres, solo para ponernos al tanto de su ausencia, efectuamos la denuncia policial, recorrimos hospitales y cuanto sitio se nos ocurrió sin éxito alguno. Nuestra madre que la adoraba, lloró amargamente su desaparición, creo que encontraba en ella a la hija mujer que la vida no le dio; ella comenzó su camino cuesta abajo a partir de la desaparición de Natalia.

Algunas semanas después recibimos una pequeña esquela de puño y letra de Natalia traída por una amiga incondicional, quien a su pedido le había dado albergue en su casa y la había asistido en los últimos tramos de enfermedad, la nota era breve, pero cada palabra derramaba amor.

*“Mi hombre, no voy a transcribir en palabras el amor que siento por ti, no hay vocablos capaces de describir lo que provocas en mí; tampoco voy a excusarme por mí accionar, me alejé para no hacerte sufrir, para tu tranquilidad mi enfermedad es incurable y nada hubieras podido hacer por evitarla. Quiero que sepas que el tiempo que pasé junto a vos y a tu familia (que considero mía), fue tan hermoso y profundo que siento que solo me faltó un hijo para realizarme plenamente. Mis tiempos se han acertado y en breve dejaré de sufrir, no te pido mantengas mi recuerdo, solo espero que seas feliz, que cuando tu corazón sane las heridas que involuntariamente voy a dejar en él, vuelvas a encontrar en otra mujer las ganas de vivir.*

*Un último pedido, vive por mí; goza del sol, disfruta de la ternura de un niño, deshoja una flor, corre bajo la lluvia, mira el amanecer, sueña una fantasía, cree en Dios.*

*Te amaré por siempre y como nadie.*

*Natalia.”*



El funeral de Natalia fue multitudinario, quienes la conocieron lloraron amargamente su pérdida; mi hermano mantuvo su integridad, de seguro lloró hasta morir su pérdida, pero lo hizo en soledad.

Nahuel se reunió con los padres de su amor perdido y ellos gestionaron el encuentro con su hija menor Lucía, ella había abandonado su carrera y decidió tomar los hábitos cuando sucedió lo de su hermana; actualmente se encontraba en un convento de reclusión voluntaria.

- ¡Nahuel! Que hermosa sorpresa tenerte de visita, no recibo muchas por propia decisión, pero no pude negarme cuando me dijeron que eras tú quien quería verme. – dijo mientras lo abrazaba con fuerza.
- Lucía, verte me hace retroceder en el tiempo, aún conservas el brillo inocente en la mirada que yo he perdido.
- No, no se ha ido, tan solo está oculto tras las nubes que cubren el cielo de tu corazón.

Se quedó mirándola con la misma admiración que profesara en vida a su hermana, ella era una réplica en pequeño de Natalia y el contacto le traía un dejo de dolor.

- ¿A qué o quién debo agradecer la dicha de tenerte aquí presente? – preguntó Lucía.
- Es por Nazareno, me preocupa en demasía, no está pudiendo manejar la muerte de su esposa Beatriz.
- Cuánto lo siento, ¿pero que puedo hacer yo desde aquí más que orar por su alma?
- No he sido claro, permíteme explármelo por favor.

Con la mayor cantidad de detalles, Lucía fue puesta al tanto de los sucesos en torno a Nazareno y su nuevo empleo, escuchó los relatos de las muertes acontecidas en circunstancias

extrañas y el relato de las pesadillas; sólo cuando hubo terminado su exposición se tomó la licencia de preguntar.

- Me has aclarado algunos aspectos, pero sigo sin comprender, ¿en qué puedo colaborar contigo?
- Bien, la intención inicial era ubicarte dentro del contexto, ahora que conoces los hechos voy a mi pedido. Tú eres una estudiosa de las sagradas escrituras, ¿verdad?
- Efectivamente.
- Te agradecería tu colaboración para obtener información o referencias sobre citas o menciones acerca de la “noche última”...
- No voy a encontrar nada de lo que pides en la Santa Biblia. – respondió Lucía interrumpiéndolo antes de que terminara.
- ¿Cómo puedes estar tan segura?
- Lo que buscas no se encuentra dentro de las Sagradas Escrituras, las referencias que pides están dentro de los evangelios apócrifos.
- Perdona mi ignorancia, pero dime ¿por qué no en los evangelios que todos conocemos?
- Eso es algo que ignoro, como sabrás algunos escritos nunca han sido aceptados por la Iglesia por no estar contenidos en el “Canon de Muraton”, que es una lista de los libros inspirados que hizo la Iglesia en el siglo II. Los documentos descartados presentan errores de orden geográfico o cronológicos, falta de fidelidad histórica o menciones de milagros fantásticos de la vida de Jesús; a modo de ejemplo Tomás cita en su infancia un suceso donde Cristo crea pajaritos de arcilla y les da vida con un soplo.

- Me gustaría pensar que eso último es cierto, nos acercaría más al concepto de haber sido hechos a imagen y semejanza del creador.
- Es posible, pero se citan también situaciones punitivas, donde Cristo hace milagros para castigar a quienes no quieren aceptarlo, como lo menciona Pedro en su evangelio.
- También podría aceptar eso, un Jesús sin ira es algo muy perfecto como para admitirlo como modelo a imitar, en mi propia imperfección quisiera fijarme una meta de mejora alcanzable.
- Bueno, es tu postura y la respeto.
- Ahora dime, ¿de cuántos libros prohibidos estamos hablando?
- Bueno, prohibido es una palabra extrema, digamos tan solo que no son reconocidos.
- Si me recomiendas algún título correré a la primera librería que encuentre a adquirirlo.
- Está bien, no son de libre distribución si es lo que quieres oírme decir y son aproximadamente unos cincuenta escritos, tienes los de Santiago, Pedro, parte de los de Mateo, el libro de la Natividad de María, el libro de la infancia de Jesús, el Armenio, el Arabe, los de San Bartolomé y Santo Tomas...
- Esta bien, ya no sigas, nuestra fe se ve limitada a menos de un diez por ciento del volumen total de información existente.
- ¡No te enojas conmigo, yo no confeccioné la lista!
- Nunca podría hacerlo, si los ángeles existen, entonces tus padres trajeron dos a este mundo.
- Gracias, en ocasiones como esta comprendo porque ella estaba tan enamorada de ti.

- Su recuerdo vive conmigo, pero muchas veces no puedo evitar pensar que estoy traicionando su memoria al estar con otra mujer.
- ¡No! No te culpes, no puedes vivir atado a un recuerdo, además Cris es una mujer extraordinaria; su llegada a tu vida es una bendición de Dios por tanto sufrimiento.
- Prefiero no hablar más del tema.
- De acuerdo.
- ¿Puedo pedirte me busques toda la información que puedas hallar sobre el tema?
- Lo haré, pero la misma es confidencial, te agradecería no hagas público su origen.
- No temas, guardaré el secreto.
- Sé que lo harás, pero más importante que tu silencio es que mantengas la vigilancia sobre Nazareno; si continúan presentándose situaciones extrañas es posible que mis sospechas sean ciertas y que su camino conduzca a un destino imprevisible.
- ¿Qué quieres decir con eso? ¿Su vida corre peligro?
- Prefiero no ampliar más al respecto, pero si los tiempos de la noche última se están acabando, todo el mundo corre peligro.

Nahuel la besó con ternura mientras las imágenes del pasado se agolpaban en su mente, el aroma y la tibieza que emanaba de su cuerpo era el mismo que Natalia, era difícil separar las emociones y evitar que se derramaran en lágrimas.

- Volveré pronto, cuídate.
- Tú debes protegerte, yo estaré bien aquí; dame un par de semanas para compilar lo que me has pedido.

Al salir del convento, sintió frío, había ido en busca de algo con que calmar su conciencia; ahora en cambio, se llevaba en su alma una gran inquietud.

**CAPÍTULO II**

**LOS VESTIGIOS DEL  
ODIO**

---



## LA VOZ DEL SILENCIO

Contrariamente a la presunción que tenía sobre lo interesante que podría resultar mi estadía en este remoto pueblo, cada día era mejor que el anterior; las personas que conocía mostraban una sencillez y bondad como nunca había visto; todavía suena en mi mente la respuesta que me dio un anciano cuando le dije que aquí eran muy inocentes, él escuchó con atención, miró al cielo, sonrió y luego dijo “al no tener humo ni ruidos en nuestro cielo, podemos ver y escuchar a Dios con mayor claridad”.

Rosa y una amiga suya de nombre Isabel que oficiaba en forma gratuita de portera del colegio, se las arreglaban para hacer comfortable mi estadía, constantemente venían a buscarme para hacerme partícipe de cuanto evento se desarrollaba en el poblado. Aquella mañana parecía que el turno le había tocado a Isabel, pues mientras desayunaba pude verla acercarse mientras cruzaba la plaza principal; caminaba con paso rápido y traía un papel en sus manos.

Esperé a que golpeará la puerta con su energía habitual, pero en lugar de cumplir con el ritual, se limitó a abrir y entró con el rostro desenchajado.

- ¿Te sientes bien Isabel? – le pregunté mientras tomaba su mano.
- Rosa, está muy enferma. – articuló con dificultad.
- ¿Qué le sucede? Salió hace menos de una hora de aquí y estaba bien.
- Ya no lo está, debo llamar al médico. – dijo mientras me entregaba el papel que traía consigo.

Con dificultad pude leer la letra despatarrada y comprendí que se trataba del domicilio y número telefónico del doctor de la zona.

Intenté llamar desde mi celular, pero desde mi arribo no había tenido nunca señal para hacerlo, en la pantalla permanecía el anuncio de “sin servicio”.

- ¿Dónde puedo encontrar un teléfono?
- En el otro pueblo...

Sin esperar a que la pobre mujer saliera de su estupor, corrí en busca de Manuel y lo encontré en el único bar del lugar; el hombre dejó su copa luego de que escuchó con atención mis noticias y tomando el papel respondió.

- No se preocupe usted, yo saldré inmediatamente por el doctor, quédese con Rosa y mande a que alguien traiga a doña Lucero.
- De acuerdo. – respondí sin entender demasiado y marché presuroso rumbo a la escuela.

Al arribar al establecimiento, las personas que solidarias se auto-convocaron abrieron paso y en instantes me encontré con Rosa que estaba recostada en un viejo sofá en la sala que oficiaba de dirección, biblioteca, enfermería, etc.

- ¿Cómo te sientes?
- Los años pesan jovencito, pero pronto estaré bien.

Su rostro pálido y las gruesas gotas de transpiración, eran señales claras de una afección más seria que intentaba ser disimulada por sus palabras; sin hacer caso me arrodillé junto a ella y apoyé mis labios en su frente.

- Unos quince centímetros más abajo y tus labios serían un buen remedio.
- Guarda silencio mujer viciosa, estoy intentando ver si tienes fiebre. – dije sin poder evitar sonreír ante su inesperada respuesta.
- ¿Viviré para malcriar a mis nietos doctor?
- Rosa, eres una dama muy fuerte, pero creo que esta vez debemos tomar las cosas con un poco más de seriedad.



Tu pulso está acelerado y tienes temperatura, ya Manuel ha ido ya en busca de un médico, escucharemos su opinión ni bien llegue.

- ¡Muchacho de la gran ciudad! Manuel ha sido condescendiente contigo; el médico efectúa una recorrida una vez al mes siempre que los caminos estén transitables, la última ha sido antes de que llegaras, por lo que con suerte vendrá en un par de semanas. El ha ido a clavar una bandera amarilla en la ruta, es la señal de que necesitamos de su presencia; afortunadamente tenemos a nuestra propia médica bruja correntina, doña Lucero vendrá en un momento.

Certificando sus palabras, una mujer pequeña y gibosa se abrió paso entre los curiosos; vestía en forma harapienta y su párpado izquierdo cerrado sin curvatura, evidenciaba la ausencia del globo ocular. Sobre su pecho colgaba una rústica soga de esparto, pendiente de ella un gran crucifijo de madera y en su mano un pequeño libro usado y desgastado.

Con cierto resquemor me corrí del lado de mi amiga y permití que la extraña anciana se sentara, sus manos efectuaron un gesto en el aire y luego buscaron algo en los bolsillos de su amplio vestido; parte de lo que extrajo fue a parar a su boca. Un murmullo ininteligible acompañó los pases de sus manos sobre el cuerpo y la cabeza de Rosa, en dos ocasiones se volvió y me miró fijamente a los ojos, al punto de hacerme bajar la mirada.

La extraña dama pidió un plato y sobre él escupió la semilla que había puesto en su boca, luego sacó una raíz de un pequeño bolso que no había podido apreciar en la primer observación, la apretó y una par de gotas viscosas cayeron sobre la simiente; lo que siguió a continuación me resulta difícil de describir, pero lo haré lo más fielmente que pueda.

La primer gota cayó en la loza del plato, la segunda alcanzó al grano y este se abrió a la mitad, de su interior surgió un destello casi imperceptible de luz y en ese mismo instante doña Lucero se irguió con una agilidad imposible para su edad incalculable, tomó el crucifijo de su pecho y gritó con una voz inhumana, luego se desplomó sobre la silla y de allí al piso. Aún asustado por la sorpresiva acción, corrí a levantarla y aliviado observé que estaba retomando la conciencia.

- Una vez en mis pagos, enfrenté a un Teyú Yeguá<sup>1</sup> que hacía estragos y pude vencerlo, lo que está dentro de ella es algo que jamás he visto, se esconde de mí y busca apoderarse de su alma, no puedo vencerlo ni conozco quién pueda hacerlo, tú debes ayudarla.

Sorprendido por la claridad de su dicción me quedé estupefacto, quería pedir algunas precisiones pero no se me ocurría que preguntar.

- Ella solo está enferma, quizá su presión un poco alta, puede incluso que no sea nada más que una intoxicación; no hay otra cosa de por medio.
- Entonces ya no me necesitas, rezaré por ella.

Rosa se incorporó con dificultad y tomó la mano de la mujer, esta acercó su oído hacia mi amiga y escuchó algo que escapaba a mi alcance; se volvió hacia mí y mirándome con su único ojo agregó.

- Tienes mucho por aprender si quieres ayudarla, volveré mañana y comenzaré a instruirte.

---

<sup>1</sup> El teyú yeguá, habitante monstruoso y diabólico del ámbito guaraní y cuyo nombre equivale a lagarto perro, es representado como un enorme reptil con siete cabezas de perro o de tigre que lanza de vez en cuando aullidos o ladridos aterradores; devora a los hombres y es invencible en su poder destructivo. Vive en cavernas inaccesibles, en los yerbales y en las aguas profundas.

Estupefacto por el curso de la conversación, solo atiné a hacerme a un lado para permitir el paso de mi interlocutora, la vi salir de la sala y perderse entre los que aguardaban fuera. Me acerqué a la puerta y la cerré, luego volví junto a Rosa.

- Muchacho, no te sientas mal, estás en un mundo diferente y las cosas ocurren de otra manera.
- Esa vieja no es capaz de curarte.
- Efectivamente, ella misma lo reconoció.
- ¿Y para qué va entonces a volver?
- Siéntate y déjame que te cuente algo sobre la vida de doña Lucero.

Obedecí acercando una silla de esterilla y aproveché a secar con un pañuelo las gotas de transpiración de su frente, a regañadientes se colocó el termómetro bajo la axila.

- Ahora que te comportas como una buena niña, estoy listo para escuchar la historia de la bruja Catamarqueña.
- Correntina. – me corrigió.
- Bueno, no importa su nacionalidad. – bromeé.
- Ya ni recuerdo cuando fui niña. – sonrió mientras se acomodaba – Verás, doña Lucero alguna vez tuvo nombre y una vida normal.
- Lo dudo.
- Déjame continuar, - me regañó sin enojo – ella es la mayor de nueve hermanos y como era muy común por entonces, se encargaba de cuidar y criar a todos los pequeños. Sin quejas cumplió con su deber, pero una tarde de un verano en extremo caluroso, ocurrió algo que la marcaría de por vida.

Tras una pausa para recuperar el aliento prosiguió:

- Sus hermanitos jugaban en el terreno aledaño a su humilde vivienda, mientras ella se encargaba de lavar y tender la ropa de toda la familia, ya que su madre

impedida por una parálisis parcial no podía hacerlo. Dicen quienes la conocieron por entonces, que era una muchacha de una belleza tal que no crecían flores en las cercanías por vergüenza; yo particularmente creo que nadie se tomaba el trabajo de plantarlas, todos los esfuerzos se daban sobre factores que ayudaran a sobrevivir entre tantas necesidades.

Aproveché el fin de la frase para ofrecerle un poco de agua, que bebió con dificultad.

- ¿Te duele la garganta al tragar?
- No, esperaba un trago de alguna bebida más espirituosa en vez de agua.

Reí por el comentario y continué prestando ahora más atención que al principio.

- Al estar ocupada, no se percató de la presencia de un extraño animal en las cercanías; el sol ya prácticamente se estaba ocultando y ella notó una irregularidad por las risas excesivas de los niños. Al asomarse para ver a sus hermanos, pudo ver un macho cabrío negro que se aproximaba a los niños y cuando estos intentaban acercarse para acariciarlo, se alejaba de ellos con la intención de que lo persiguiesen. Primero pensó que se trataba de un juego inofensivo, pero al observar con detenimiento, notó que la bestia crecía de tamaño cada vez que regresaba; sin vacilar corrió y tomó un rastrillo; armada en forma rudimentaria enfrentó al animal, este recibió los impactos directos de la joven y con esfuerzo saltó sobre ella hasta derribarla. Aprovechando el momento, el engendro escapó a la carrera y al hacerlo se llevó a la rastra al más pequeño de los niños. Lucero corrió tras ellos, pero increíblemente ganaban distancia, entonces fue en busca de ayuda; cuando los hombres de

campo llegaron en su auxilio, comenzaron la búsqueda de la bestia, pero para su sorpresa no pudieron encontrar nada. En la mañana trataron de hallar el rastro de sangre del animal herido, pero no existía, ni siquiera huellas o señales dejadas por el cuerpo del niño llevado a rastras.

- ¿Ella no consiguió herir al animal con los golpes?
- Sí que lo hizo, los dientes del rastrillo conservaban mechones de pelo y piel teñidos de sangre.
- ¿Encontraron al pequeño?
- Lucero comenzó su búsqueda y la misma nunca terminó, actualmente está en estas tierras siguiendo unas pistas por un suceso similar ocurrido meses atrás, luego es posible que vuelva a su provincia natal, eso nadie lo sabe.
- Es muy triste lo que cuentas, pero eso no la habilita para curar o para enseñarme vaya a saber que.
- Nazareno, en sus incontables años, ella se ha dedicado a escuchar e investigar leyendas y mitos populares, te sorprendería cuantos de los mismos son ciertos.
- Respeto tus creencias Rosa, pero sigo siendo receloso al respecto.
- Deja que tus ojos vean y luego escucha a tu corazón puede que cambies de parecer con el tiempo.
- Quizá, pero lo dudo.
- El motivo por el cual insistí tanto en que vinieras, tiene que ver en parte con lo que no crees.
- ¿A qué te refieres?
- Hijo, nuestro encuentro no fue casual, estábamos predestinados a conocernos, yo lo sabía con anterioridad, tú aún no lo has descubierto.

- Rosa, no quiero asumir que tus palabras son originadas por tu estado febril, - dije al observar la alta temperatura que indicaba el termómetro – te agradecería seas lo más explícita posible.
- Lo haré, por favor escucha hasta el final y luego pregunta todo lo que desees.

Personalmente no tenía mayor interés en conocer que extraños factores nos habían llevado a conocernos, la casualidad era mi verdad, pero por cortesía me obligué a escuchar.

- Desde hace más de cuatro años, han comenzado a suceder en distintas partes del mundo hechos inusitados, catástrofes impensadas y un montón de sucesos que han mermado en el hombre su capacidad de asombro. Algunos pueden optar por pensar que son factores asociados a la propia naturaleza, a la afectación del clima, acomodamientos de la corteza terrestre, etcétera; otros falto de fe y razón culpan a Dios de semejantes tragedias, finalmente existe un puñado pequeño de personas que sabe la verdad y yo estoy entre ellas.
- No me mires así, tienes toda mi atención, hasta el momento te escucho sin creer que estás loca. – aclaré ante su inquisidora mirada.
- Yo no elegí saber, pero mientras uno más se aleja de las grandes urbes, mayores son sus posibilidades de contacto con Dios y la naturaleza; estamos viviendo los últimos días del enfrentamiento entre el bien y el mal.
- Una teoría tan plausible como popular. – respondí.
- Sí, pero te equivocas en la segunda palabra, sustitúyela por “realidad” y entonces habrás acertado. Los tiempos de convivencia entre ambos bandos han terminado, la guerra está en curso y es necesario formar los ejércitos,

Dios está llamando para el suyo y tú eres uno de los elegidos.

- Mira, respeto tus creencias, pero eso no me hace combatiente de una guerra santa.
- No te sientas tan importante, la batalla principal es entre ángeles y demonios y ni tú ni yo participaremos de ella, solo nos limitaremos a evitar que Lucifer consiga nuevos adeptos aquí en la tierra..

Me puse de pie, caminé por la habitación y finalmente me quedé observando la puesta de sol por la ventana.

- Eso que ves es obra de Dios, aunque aún no creas en mí, es una de las tantas cosas que están en juego.

El silencio acompañó el cierre de las palabras de Rosa, mientras mi mente intentaba hallar la manera más cortés de finalizar este diálogo sin ofenderla.

- No me ofendes por no creer, tampoco yo me convencí el primer día en que lo supe.
- Rosa, por favor, no me pongas en una situación incómoda, disfruto tu amistad y mi estadía en tu pueblo al que vine voluntariamente, pero tus relatos están más allá de mis propias expectativas.
- Lo sé, deseas volver a tu ciudad, a tu escuela y ver que más puedes averiguar sobre el misterio de “la noche última”.

El último golpe de Rosa tuvo precisión quirúrgica, acababa de dar diana en mi alma, pero ¿cómo podía saber ella eso?

- Bebe un poco de agua Nazareno, parece necesitarla, luego siéntate a mi lado y déjame terminar.

Obedecí aún aturdido por ideas que intentaban conectar sucesos dispares, Cris o Nahuel ¿habrían ellos hablado con Rosa?

- No fue tu hermano ni su esposa. – completó como si leyera una vez más mi mente.

Llevé mis manos hacia mi rostro y me restregué como intentando borrar lo que me confundía, al mirar a Rosa ella murmuraba mientras observaba hacia lo alto de la pared. Volteé hacia lo que atraía su atención y pude ver una cruz de madera sobre la que descansaba un Cristo cansado de sufrir, la silueta tenía su brazo izquierdo roto.

- Ya has visto otros Cristos rotos, ¿verdad? – sin esperar mi respuesta continuó – Es una manera de distinguimos entre los soldados de Dios, quien posee uno es alguien en quién puedes confiar, ¿me muestras el tuyo?

Estaba a punto de responderle que yo no tenía ninguno, pero entonces las imágenes estallaron en mi mente; recordé la iglesia del padre Francisco y mi encuentro con la joven novicia, entonces metí la mano en el bolsillo de mi gastado pantalón y saqué el Rosario que me hacía parte de la legión.

- Veo que lo tienes, consérvalo siempre contigo, no es mágico pero es un excelente sostén de la fe cuando las cosas se ponen oscuras.
- Alguien ya me dijo palabras similares.
- ¿Y le creíste?

Sin saber que contestar, salí de la sala y corrí por el patio de la escuela hasta la calle, mi corazón parecía estallar en mi pecho y mis pensamientos trataban de crear un orden en medio del caos; no sé en que momento detuve mi carrera y me apoyé sobre un árbol enorme que me protegía con su sombra. Permanecí de pie, un tanto sofocado y con los ojos y dientes apretados, hasta que una mano se apoyó en mi hombro con fuerza; cuando me volví encontré el rostro de Manuel que miraba con afecto y seriedad.



- La verdad es solo una parte de lo que el futuro te tiene reservado amigo, ahora una vez que puedas aceptarlo, deberás hallar tu propio modo de participar.
- ¿Qué sabes tú de todo esto? – pregunté con ira.

Sin señales de haberse ofendido, desabrochó el botón superior de su gastada camisa y dejó a la vista un cristo tallado en hueso, no es necesario decir que tenía su brazo izquierdo roto.

- ¿Cuánto hace que participas de esto? – pregunté.
- No he tenido un rol preponderante, pero llevo casi tres años junto a Rosa, ella me convocó.
- ¿Y qué te hace pensar que no se trata de una increíble mentira o de la fantasía de una anciana senil?
- Tú piensas como yo por entonces, pero hasta la fecha he podido hablar dos veces con mi mujer y una con mi muchacho y créeme, iría de rodillas hasta el fin del mundo por ellos. – dijo sin poder evitar que su voz se quebrara.

Observé que aún sosteniendo la mirada, sus ojos se inundaban de lágrimas y entonces comprendí mi estupidez, él había perdido a su familia y yo en mi enojo e incomprensión trataba de hacerle daño.

- Lo siento Manuel, no sabía...
- No tenía usted porque saberlo, el sufrimiento es algo personal que no se comparte, pero tengo fe en que también podrá superar el suyo algún día.

Sin decir más, volteó y se alejó tan silenciosamente como había llegado hasta mí; hubiera querido decirle que no quite su mano de mi hombro, que la misma me servía de sostén, pero no pude hacerlo.

Rosa me observó entrar, hizo un gesto de que me sentara en la silla a su lado, obedecí y ella tomó mi mano izquierda.

- Debes perdonar lo abrupto que ha sido todo, en circunstancias normales nos hubiéramos tomado nuestro tiempo para revelar ante ti el conocimiento, pero ahora el fin se acerca y ya hemos perdido demasiado espacio.
- ¿Qué más me queda por saber?
- Recién comienzas, pregunta lo primero que tu corazón te sugiera.

En mi mente se amontonaban las preguntas, pero por primera vez hice caso a sus palabras y dejé a los sentimientos sobreponerse a la razón.

- ¿Qué puedo hacer yo para ayudar?
- Una excelente elección, has preguntado con sabiduría. No puedo decirte el cómo, pero hemos perdido el lazo con nuestros familiares y amigos desaparecidos, ellos ya no responden a nuestro llamado, quizá tu puedas recomponer el nexo.

Sus palabras se abrieron paso hasta lo más íntimo de mi alma, si todo era verdad, me estaba pidiendo que encuentre el modo de hablar con los muertos, la manera de volver a tener un contacto con Beatriz.

## OTROS FACTORES

Aquella mañana Esther se despertó irritada, no había conseguido descansar durante la noche y su sueño se vio perturbado constantemente por pesadillas, en las mismas su madre se presentaba con los ojos llorosos e inyectados en sangre pidiéndole ayuda; su cuerpo no terminaba de definirse y desde esa figura etérea salían dos brazos que con las manos hacia arriba imploraban por su compasión. Sin control, ella se acercaba a su mamá solo para comprobar que no era la anciana que la despidió desde el féretro, era un rostro joven, uno asociado a los momentos gratos de la niñez.

Sintiéndose tan indefensa como imposibilitada, Esther corría tras el fantasma de su origen e intentaba aferrarlo, pero a pesar de sus pasos torpes, la distancia no se acortaba; cada vez que estaba a punto de tomarla, ella se esfumaba solo para aparecer tan distante como sus recuerdos. En un esfuerzo final ella saltó hacia su madre, solo para caer entre esas manos que ahora se crispaban y apretaban su cuello; su respiración se veía obstruida y el conocimiento comenzaba a caer en un remolino de irrealidad. Movidada por los pocos motivos que podían aferrarla a su vida, Esther se deshizo del abrazo mortal y vio alejarse por última vez a la anciana que tanto amó, cubierta en sudor se despertó solo para descubrir que el grito que la había sacado del trance era su propia voz gritando el nombre de Nazareno.

Incorporada y temblando con el camisón adherido a su cuerpo por la transpiración, se quedó un rato jugando con la idea, si bien sabía que no era el hombre para ella, le gustaba pensar que podía recurrir a él aunque más no fuese en su interior cada vez que necesitase auxilio. Con pesadez se incorporó y caminó hasta el pequeño baño, miró con desagrado la imagen que el

espejo le devolvió y con pesadez se desnudó y tomó una ducha imaginando que el agua eran sus manos. Un poco más relajada volvió a echar un vistazo al espejo, pero este se empeñaba en reflejarse a sí mismo tras el vapor; se secó y luego de vestirse se sirvió una taza de café y encendió el primer cigarrillo del día, con el se esfumaban sus intenciones de abandonar el vicio. Los golpes en la puerta la sacaron de sus devaneos y se levantó para atender, al abrir, su mente no pudo comprender de inmediato la situación, un hombre bañado en sangre cargaba con un trozo enorme de carne en sus manos. Un abrir y cerrar de ojos y un par de segundos bastaron para poner la escena en foco, un anciano cargaba el cuerpo de una joven en brazos, ambos cubiertos del vital líquido. Recuperada del estupor inicial, corrió por las llaves de la enfermería y ayudó a cargar a la víctima; sin saber por donde comenzar, fue en busca de un balde y juntó agua tibia, con la ayuda de unos pañuelos lavó el cuerpo para descubrir la ausencia de heridas, solo entonces se percató de su error.

Observó al anciano que olvidado de la escena se había sentado a un costado, con los brazos hacia arriba cruzados y apoyados sobre sus piernas miraba sin ver el suelo ante él. Esther se acercó y con cuidado apartó sus manos, entonces pudo confirmar sus sospechas, el pecho abierto en cruz dejaba ver su interior entre los restos fracturados de la caja torácica. Sin los medios ni el conocimiento necesario para salvarlo, intentó acostarlo pero el viejo se resistió, en cambio abrió su mano y le entregó un objeto teñido de vida, luego balbuceó algo incomprensible. Ella se acercó y con dificultad escuchó la misma palabra que pronunciara para despertar, luego el hombre se desplomó en sus brazos y expiró sin que nada pudiera hacer para evitarlo.

Indefensa permaneció sosteniendo la frágil carga en su regazo, luego lo volteó y lo recostó sobre el piso con cuidado; sin tomar conciencia de su aspecto, caminó hasta la iglesia y solo entonces pudo llorar en brazos del padre Francisco.

- ¿Qué sucede Esther? – preguntó con ternura y preocupación cuando notó que estaba más calma.

La mujer se separó de sus brazos y lo miró fijamente a los ojos.

- No estoy preparada para esto, no puedo convivir con la muerte y la desgracia cada día padre, pídale a Dios que haga algo por mí.
- Cada mañana en la que despiertas, cada vez que tienes un plato de comida ante ti, una prenda que ponerte, un trabajo donde ir, un par de brazos donde aferrarte, Dios está haciendo algo por ti.
- Por favor, sin sermones, quiero salir de esta miseria y tener una vida como los demás; no quiero la muerte golpeando mi puerta... quiero vivir.

Francisco comprendió y se limitó a guardar silencio y esperar a que ella misma reaccionase.

- Padre, venga conmigo, él se murió en mis manos y yo no podía tapar las heridas por donde se escapaba su vida.

Ambos se pusieron en marcha bajo la mirada de los primeros curiosos del alba, pronto la villa estaría sumida en el revuelo.

Francisco entró en la sala del dispensario y por un momento se detuvo abrumado por la escena, si bien no sentía repulsión por la sangre, un gesto que escapó a su control evidenció lo que sentía en su interior. Buscando superarse recorrió el resto de la habitación y descubrió a la mujer semidesnuda sobre la camilla, se acercó a ella y se tranquilizó tras encontrar el pulso.

- Ella parece estar bien, al principio pensé que la sangre le pertenecía, pero no tiene heridas visibles. – aclaró Esther.

El cura se volvió hacia su interlocutora para asegurarse que no estaba solo en medio de aquella escena, luego mirando hacia la puerta ordenó a un muchacho que fuera por ayuda.

- Intenta hacerla reaccionar, - dijo dirigiéndose a Esther – yo limpiaré la sangre.

Obedeció de inmediato, necesitaba que alguien le dijese lo que debía hacer, aunque ella misma lo supiese; volvió a controlar el pulso y le costó encontrarlo, un espejito le sirvió para chequear la respiración.

El padre respondió al llamado de la puerta que él mismo había cerrado para evitar a los curiosos de siempre, Marta ingresó y observó inmutable.

- Está muerto. – sentenció señalando al anciano.
- Sí, ayuda a Esther con la joven por favor.

Entre ambas mujeres terminaron de higienizar a la muchacha y no encontraron herida alguna.

- Ayúdame a abrir su mano. – pidió Marta.

Solo entonces Esther se percató del puño cerrado; con un poco de esfuerzo aflojaron los dedos y una cadena dorada muy fina se asomó entre ellos, un movimiento más y la misma quedó liberada, en su extremo una pequeña cruz y en ella un Cristo.

Mientras Marta terminaba de revisar a la joven, se quedó jugando con el cadenita, al hacerla girar sin querer, descubrió un grabado en el reverso del crucifijo. Se colocó los lentes que siempre trataba de ocultar y pudo leer, entonces gritó.

El padre Francisco se limpió las manos y recogió el objeto, al incorporarse miró a Esther que se había tapado la boca con ambas manos para ahogar su expresión, luego miró con detalle y leyó en voz audible “*Beatriz y Nazareno*”.

Nahuel al llegar a la oficina, encontró un mensaje de su socio en el bloc de notas, Lucía lo esperaba a la brevedad; a partir de ese momento la inquietud lo mantuvo en vilo, sentía la necesidad de verla, no solo por lo prometido a su hermano, sino para recordar a través de ella una vez más a Natalia. Esto traía aparejado un sentimiento inocente de culpa por Cris, no estaba engañándola, pero tampoco le decía toda la verdad.

Aquella noche al regresar a su hogar, Cris recibió un hermoso ramo de flores de manos de su esposo, nunca podría imaginar los motivos que desencadenaron ese presente.

Dos días después había podido hacerse un espacio para visitar a su amiga, antes de llegar al convento se detuvo en una panadería y compró unos alfajores que eran la delicia de ella, luego continuó.

Mientras aguardaba sentado en la sala de espera, recorrió el mobiliario con atención, se sorprendió pensando en que un lugar donde la austeridad debía primar, tuviera tanto lujo en sus instalaciones. Los muebles antiguos, la madera de los pisos, enormes vitrinas con libros desgastados y la gigantesca lámpara central de bronce impecable. Inconscientemente buscó un crucifijo y lo encontró a sus espaldas, en la pared opuesta un enorme reloj eléctrico de agujas, daba la hora sin hacer ningún sonido. El ruido del picaporte robó su atención, instantes después Lucía entraba vestida de un gris opaco que no conseguía apagar su belleza y traía una Biblia en sus manos.

- Recibiste mi mensaje, tenía un poco de temor, la madre superiora no se mostró muy feliz ante mi pedido.
- Mi socio me avisó hace un par de días, pero tenía dificultad en conseguir tu merienda predilecta. – respondió abriendo el paquete.
- Te agradezco el gesto, pero no puedo aceptarlo.

- Por favor disfruta uno conmigo, nadie tiene que saberlo. En secreto y cómplices como niños en una travesura, comieron un alfajor cada uno y con picardía juntaron las migas; Nahuel las guardó en su bolsillo y sacudieron cualquier vestigio que pudiera quedar.

- Me llevas a pecar.
- Dios no se enojará porque goces de un bocado apetitoso, tiene demasiado ya con los que realmente hacen daño.
- Tengo la información que me pediste, es todo lo que pude obtener, espero te sirva.
- Sin duda que sí.

Continuaron hablando como lo hacen los viejos amigos, hasta que una hermana ingresó sin golpear y le dijo a Lucía que había terminado el tiempo de visita. Sin retirarse, observó como Lucía le entregaba la Biblia al extraño.

- Llévala contigo, su palabra te reconfortará cuando todo parezca sumido en la oscuridad. – dijo como despedida. Nahuel contuvo las ganas de abrazarla y en cambio agradeció en forma circunspecta el presente, tomó sus manos y la mirada dijo oculta a los terceros lo que los labios no podían pronunciar.

En el silencio de su oficina, encendió la lámpara y corrió con su brazo todos los papeles y objetos del escritorio, luego apoyó el libro como si fuese de cristal y comenzó a recorrer sus páginas. Notó la prolijidad de Lucía, que había quitado algunas hojas y las había reemplazado con otras que solo diferían en el tamaño de la letra con las originales, allí encontró un auténtico compendio de datos sobre lo que había solicitado. A medida que leía, comenzaba a pensar que tal vez su hermano no estuviese tan alejado de la verdad, las referencias de los



evangelios apócrifos y libros prohibidos hablaban de un encuentro entre el bien y el mal. Si bien no había referencias cronológicas, todos coincidían en describir los sucesos que antecederían a la gran batalla. La humanidad padecería terribles plagas, los hombres se enfrentarían a sus propios hermanos, la naturaleza se manifestaría con terribles catástrofes y falsos dioses se erigirían en reemplazo del Señor para los que pierdan la fe. Capturado por el interés en la lectura, hizo abstracción del entorno y devoró las páginas que se mostraban ante sus ojos.

En algún momento su memoria trajo a la mente el rostro de su maestra de catequesis, si ella hubiera dicha una ínfima parte de lo que ahora estaba leyendo, habría conseguido atrapar el sincero interés de sus discípulos en vez de forzarlos a analizar cosas que escapan a las posibilidades de la edad. Cautivado, sintió envidia por María, según el libro de la Natividad “ella tenía contacto diario con los ángeles”; Santiago en su protoevangelio afirma “María permaneció en el Templo como una paloma recibiendo alimento de manos de un ángel”; a cada vuelta de hoja el asombro crecía y provocaba sacudones en su fe, por momento acentuándola.

Casi sobre el final, encontró una descripción que hacía referencia a la “última noche”, Lucía había efectuado una aclaración antes del párrafo indicando que este escrito fue hallado junto a otros libros de los apóstoles, pero del cual se desconoce el autor, aún así el texto era representativo.

*“En el final de la luz, la distancia entre ambos reinos se habrá acabado, entonces los portadores de la fe demostrarán la valía de sus armas. Los rechazados marcharán sobre la tierra pues el cielo les está vedado y buscarán hacer la última cosecha, sus voces se llenarán de tentaciones y falsas promesas, hallando espacio en los corazones vacíos.*”

*Entonces la voz del Supremo se dejará oír como un llamado a recomponer la Santa Tríada, el primer vínculo será decisivo, pues de él dependerá la concreción. Los salvos concurrirán en auxilio y compondrán el nexo, el mal invocará su poder oscuro para evitarlo y entonces los cielos se teñirán de rojo, la batalla de la última noche definirá el destino de la humanidad”.*

Una sensación de escalofríos recorrió su cuerpo, todo lo que había leído hasta el momento era nada comparado con esto, si el documento era cierto, el juicio final estaba en proceso.

El padre Francisco asumió el control de la situación y consiguió que la policía y una ambulancia se presentasen en el colegio, los dos paramédicos efectuaron una revisión rápida de la muchacha y se dispusieron a trasladarla a un hospital cercano, se notaba la premura en su accionar ocasionada por el despliegue de las fuerzas y la presencia del cadáver del anciano. Los peritos llegaron sobre el fin de la tarde, coincidieron con la apreciación de Marta de que les parecía imposible que con una herida semejante alguien pudiese caminar y llevar a cuestas el cuerpo de una mujer. El médico forense mostró al cura, como los órganos internos estaban dañados a consecuencia de la herida.

- Padre, si gusta de los milagros estamos ante uno, este hombre a su edad difícilmente podría cargar con su alma, sin embargo viendo su corazón y pulmones destrozados, debió morir de inmediato. Sólo porque son varios los testigos creo en lo que dicen, en otras circunstancias hubiese puesto en el reporte que el cadáver fue traído aquí por terceros.

- No solo llegó hasta aquí, llegó a decir algunas palabras incoherentes y luego murió.
- ¿Dice usted que habló? - interrogó el oficial a cargo - ¿Qué fue lo que dijo?
- Creo que pidió ayuda, pero pueden preguntarle a Esther, ella lo recibió. Yo les repito lo que ella dijo. – mintió.

Esther vio al policía y se preparó para continuar la farsa del padre, si él consideraba importante no involucrar a Nazareno, ella tampoco lo haría.

- ¿Recuerda qué fue lo que dijo antes de morir? – preguntó el representante de la ley.
- Las primeras palabras no pude oírlas, yo estaba atendiendo a la joven pues como les dije, pensé era ella quien estaba herida; cuando me acerqué pude oír que decía “...ayúdenme por favor...” y luego expiró en mis brazos.
- ¿No dijo nada más?
- No, eso fue todo.

Poco antes de la medianoche todos se habían retirado, en la cocina del colegio iluminada por un foco de luz solitario, Marta, Esther y el padre Francisco tomaban una taza de té.

- Ha sido un día terrible, dudo que podamos descansar. – dijo el cura.
- Le agradezco que no metiese a Nazareno en el asunto, realmente no sé por qué el anciano lo mencionó.
- ¿Eso fue lo que dijo? – preguntó Marta.
- Sí, dijo su nombre y me dio esto. – dijo Esther y extrajo una pipa que a pesar de haber sido lavada, conservaba huellas de la sangre. – Por favor mantén el secreto.

- Yo también omití dar alguna información a la policía, - respondió Marta – no hubiera servido de nada hacerlo y creo que ustedes hicieron lo correcto.
- ¿Qué dato hubieras podido aportar? – preguntó Francisco.
- Este hombre vivía aquí en la villa desde antes que yo llegase, por entonces ya era muy mayor y si mi memoria no me traiciona, murió del corazón hace un par de años.

Esther miró incrédula al padre Francisco, pero el religioso había recibido la novedad sin acusar el impacto, como si él mismo conociese esa verdad.

- Se darán cuenta, debe constar su muerte en las bases de datos de algún organismo. – observó turbada.
- Esther, la mayoría de nosotros somos indocumentados, no formamos parte de ningún censo o estadística, solamente incrementamos alguna cifra cuando eso es de utilidad para algún político de turno. – aclaró Marta.

Se sorprendió por su propia inocencia, conocía esa situación, pero en realidad tenía la necesidad de que alguien le dijese que había un error, que no era el mismo anciano, que los muertos no pueden andar por la calle llevando cuerpos en brazos y entregando recados.

## CONOCIMIENTO

...extraño, pero definitivamente familiar, no tenía otra manera de definir aquel lugar; prácticamente todos sus sentidos reconocían el sitio. Bajó corriendo la escalera, luego caminó con conocimiento, podía escuchar el sonido que producía el polvo bajo sus pies al rozar sobre el piso de grandes baldosas; atravesó el patio y abrió una puerta de mosquitero hacia fuera, ingresó en la casa y el olor de la merienda se apoderó de sus fosas. Lejana, escuchó la voz de su madre cantando, sin detenerse entró y corrió hacia su cuarto; todo estaba allí, se agachó y metió la mano bajo la cama, feliz notó que la caja con sus autos de juguetes estaba en su lugar. Inundado de un bienestar al que no estaba acostumbrado, corrió en busca de los brazos de su madre, pero entonces la distancia que lo separaba de ella se multiplicó, mientras los colores a su alrededor se diluían y las voces se dilataban hasta un tono ridículo. El entorno desapareció y la sensación de vacío se volvió intolerable...

- Nazareno, despierta...

Abrió sus ojos para sumergirse en la realidad.

- Rosa, ¿qué sucede?

- Han venido por ti, no tenemos mucho tiempo y eso nos lleva un poco a la desesperación.

Hubiera querido estar solo, para llorar por la añoranza de los recuerdos perdidos en sus sueños, pero el crecer le había privado del lujo de poder expresar libremente su sentir.

- ¿Quiénes han venido?

- Doña Lucero y Manuel.

- Lo había olvidado.

- Trataste de hacerlo, pero no tuviste éxito, las cosas que nos afectan no desaparecen porque las ignoremos, es necesario afrontarlas en el momento en que surgen.

Enfadado por la practicidad de la idea me levanté sin ganas, no estaba en mis planes mediatos ser adoctrinado por una bruja experta en leyendas paganas, por lo que finalmente me dispuse a corresponder a ese pedido para terminar con esto a la brevedad; en tres días más estaría dejando este lugar y podría mirar lo sucedido con la comodidad que otorga la distancia física y temporal.

- ¿Cómo te sientes hoy? – pregunté turbado por mi falta de interés por su salud.
- Estoy mucho mejor, ya casi no tengo fiebre, ¿y tú?
- Bien, ya estoy de pie, ¿debo llevar cuaderno y lápiz?
- ¡Bravo muchacho, ese es el espíritu! Ahora ven a desayunar, he preparado una torta y el mate cocido está caliente. – respondió ignorando mi ironía.

Ingresé a la cocina y me encontré con la mirada impaciente de Manuel, el hombre sonreía inquieto mirando mi cabeza; en un gesto automático intenté acomodar mi cabello y entonces comprendí su mirada pícara. No había terminado de sentarme cuando doña Lucero hizo su dramática entrada, debo confesar que estuve a punto de estallar en carcajadas, su atuendo hubiera arrancado aplausos en algún festival, pero aquí era demasiado. El poncho de piel, de un tono marrón con tintes de naranja, un gorro típico del altiplano que cubría sus orejas, por debajo de todo el atuendo un vestido que alguna vez fue rojo se dejaba ver, sin conseguir tapar unas medias de lana gruesa color amarillo y una sandalias de cuero artesanales. Si a todo esto le suman un enorme crucifijo y una serie de collares de cuentas y otros elementos indescritibles, entonces tendrán un esquema de la mujer.

Me miró con su único ojo abierto y sin hacer más observaciones se sentó a la mesa; luego se dirigió a Rosa.

- ¿Estás segura de que es él?
- Totalmente, – respondió mi amiga con una sonrisa espléndida – es quien esperábamos.
- No lo parece. – fue la respuesta parca de la bruja.
- Oigan, ¿se refieren a mí?- pregunté intentando hacerme el gracioso.
- Jovencito, de donde usted viene mi atuendo puede causar gracia, pero aquí es práctico y constituye todo lo que puedo comprar con el dinero que gano por curar, el cual es cero.

Sentía que había sido un poco evidente en el momento que entró, pero no imaginé que ella podía haber analizado con tanta precisión mis pensamientos.

- Lo siento... – intenté comenzar a disculparme.
- No mienta, no lo siente, solo intenta salir airoso de una situación incómoda. De cualquier manera no se preocupe, su ropa también me produce risa, pero como hace juego con su peinado no diré nada.

Lucero había efectuado su jugada y debo admitir que había ganado la primer mano, Manuel y Rosa sonreían para adentro escuchando las palabras de la vieja, por lo que me animé a replicar.

- ¿Comenzaremos levitando plumas o con las escobas?
- Deje eso para los libros amigo mío, solo trataré de darle a usted las armas para evitar que muera en los próximos días, el resto corre por su cuenta; si Rosa no se equivoca quizá volvamos a encontrarnos, si está en un error solo habré perdido algunas horas con un tonto simpático.

- ¡Lucero, por favor! Sabes que es él y a lo que va a enfrentarse, no te mofes. – intervino Rosa sin lograr tranquilizarme con sus palabras.
- Es tiempo. – dijo Manuel conciliador mientras apoyaba su mano en mi hombro y se ponía en pie.

Sin saber porque, me puse de pie y salí tras el hombre.

Una hora después, el carro se detuvo en un pequeño bosque agreste, a nuestro alrededor espinillos y algunos arbustos que mi falta de conocimiento me impedían identificar; Lucero que no pronunció palabras durante el viaje, se apeó y caminó alejándose unos metros, Manuel me miró e hizo un gesto que si bien comprendí, decidí ignorar.

- Debe ir con ella, yo permaneceré aquí. – agregó para aclarar su señal.

Iba a preguntar si era necesario hacerlo, pero no tenía sentido, por Rosa y por curiosidad seguí sus pasos. Cuando conseguí bordear unos arbustos tupidos, el sol me jugó una mala pasada, la anciana se apareció ante mí bordeada por un halo de luz; por más que me esforcé en enfocar mis ojos, el resplandor permaneció por algunos segundos.

- Siéntate. – dijo mientras ella hacía lo propio sobre una piedra.

Copié el gesto y me ubiqué sobre la raíz de un árbol derribado, un tanto incómodo en mi estado de ánimo, miré a mi interlocutora y me sorprendí al ver sus ojos abiertos, es decir ambos. Ella miraba al cielo y parte de este se había instalado en sus orbitas, era una visión hermosa y la voz que me habló tenía la suavidad y profundidad de un instrumento musical. Abstraído en la novedad, tardé un tiempo en darme cuenta que no estaba ante Lucero, o al menos no en el mismo tiempo.



- Sí, soy Lucero, pero lo que está ante ti es mi espíritu. – dijo como si supiera lo que estaba pensando.

Arriesgué formular una teoría que se me había ocurrido anteriormente al conversar Rosa.

- Efectivamente puedo leer tu pensamiento, como también pueden hacerlo casi todas aquellas personas portadoras de Cristos rotos que te has topado en tu camino.

La realidad me golpeó e inmediatamente sentí vergüenza, por el padre Francisco por mis desafíos a su fe, por Alicia, la jovencita del ómnibus en quien pensé sería bello besar, por Rosa, Manuel y por...

- Es normal, no he conocido a nadie cuya conciencia no lo atormente un poco al saber que otros, pueden leer lo que pasa por sus mentes.
- Pero te he ofendido en varias oportunidades...
- No lo has hecho, no tú. Lucifer me injurió por primera vez el día que se llevó a mi hermano y lo repite en cada uno de sus viles actos; pero tú no temas, no me ofendiste.
- ¿Qué puedo hacer para compensarte?
- Por mí ya nada, comienza a pensar que puedes hacer por ti mismo.
- ¿A qué te refieres?
- Debes crecer, ser tan grande como puedas, tu estatura espiritual definirá el resultado de la batalla cuando te enfrentes al mal. No me preguntes como hacerlo, – añadió anticipándose a mi siguiente pregunta – debes hallar el modo por tus propios medios, yo solo te daré algunas herramientas elementales.
- Te escucho. – respondí.
- Me sentirás. – agregó.

En el instante siguiente al término de sus palabras la realidad se escapó llevando de su mano mi conciencia, dejé de sentir el contacto con el tronco, el sol ya no encandiló mis ojos, mis fosas se inundaron de un aroma tenue y en mi mente se formularon ideas que no me pertenecían.

- ¿Eres tú?
- Lo soy.
- ¿Puedo hacerte una pregunta?
- Ya la has efectuado, pero déjame terminar y entonces tendrás tu respuesta.

Volví a sentir que mis pensamientos eran públicos, pero no tenía modo de controlarlos, por lo que terminé aceptando el juego y me dejé llevar. Sin capacidad de oposición fui testigo de un desfile de proyecciones en mi mente, algunas arribaban acompañadas de expresiones sensoriales; el término imposible acabó derrumbándose en mis esquemas mentales, mi cerebro se esforzó hasta sucumbir en rechazar ciertos componentes, pero en el final terminó aceptando el sabor del sonido, el olor de lo visual, el tacto en el olfato e irregularidades semejantes.

Librado de barreras y condicionamientos, perdí conciencia del tiempo y asimilé todo lo que me llegaba de Lucero; una eternidad más tarde desperté.

- ¿Es todo? – pregunté.
- La respuesta está en ti. – me respondió la misma anciana que comenzara el diálogo.

En mi interior sabía que mi instrucción había finalizado, pero la sensación de bienestar vivida me producía añoranza y deseos de continuar.

- ¿Cómo sé que estoy listo para lo que vendrá?
- Nunca estarás del todo preparado y lo que vendrá es algo que nadie puede anticipar, sin embargo comienzo a pensar que Rosa está en lo cierto.

- ¿De qué hablas?
- He visto tu interior y entre desiertos inmensos de dolor, he podido rescatar mucha belleza, solo te resta perdonarte a ti mismo muchachito.
- ¿Tengo algún poder especial en mí? – pregunté al no encontrar respuestas por mi cuenta.
- No eres inmortal, no puedes volar ni hacerte invisible ni nada que se le parezca. – dijo riendo a carcajadas.
- ¿En qué soy mejor que antes?

Dejó de reír y me miró de manera directa y franca.

- Ahora tienes fe y un motivo para vivir, la respuesta a la duda que me planteaste definitivamente es sí.

Tarde en comprender o mejor dicho, en asimilar las implicancias de su afirmación; ella tenía razón, había una razón para mi vida.

## LA PUERTA DEL INFIERNO

Aquella mañana había decidido abstraerse de la realidad cotidiana, el paisaje majestuoso desde el balcón de la cabaña se abría a su mirada sin reparos, la naturaleza toda se colaba en su interior saturando sus sentidos; podía escuchar el roce de las ramas de los árboles mecidas por la suave brisa, el agua en leves ondas mojando las piedras de la playa, el graznido de unas gaviotas revoloteando en busca de comida, el sol calentando con suavidad su cuerpo, el aroma de las flores silvestres y el césped húmedo por el rocío. Al mirar hacia el dormitorio, observó como Eunice se movía buscando una posición más cómoda y dejando al descubierto parte de su cuerpo; no podía dudar que era un hombre afortunado en muchos aspectos y comenzaba a vivir una etapa de reconciliación con Dios, que la salud de su madre se degradase era parte del ciclo de la vida, secuencial e inevitable.

Con una mejora progresiva del ánimo, se sirvió una taza humeante de café y se sentó a disfrutar de la tranquila soledad del momento, por costumbre encendió la radio y la magia se desvaneció con el resumen de noticias de la semana que ofrecía la emisora local. En algún lugar del mundo que no llegó a entender, un terrible maremoto sesgó en contados minutos incontables vidas, un tren descarriló en otro punto del planeta y provocó cientos de muertos, un accidente múltiple en una carretera de Norteamérica cobró decenas de víctimas, un joven desencantado de su existencia asesinó a tiros a cinco compañeros de escuela, un padre violó y mató a sus dos hijos, una joven se suicidó sin motivos aparentes y el cuerpo sin vida de una anciana fue hallado en la soledad de su hogar. Muerte por doquier, puñados de inocentes que sin aviso previo vieron mutilada su existencia sin poder hacer nada para defenderse,

sus familias cargando con heridas incurables por el resto de sus días, marcas en el alma, lágrimas incontables, dolor sin cura.

Horacio miró al cielo y por primera vez se cuestionó, ¿había alguien tras las nubes o era una necesidad del hombre para justificar su desaparición y hacer más soportable su existencia? ¿Y si cielo e infierno eran solo una quimera? Bien podrían estar inmersos en un gigantesco campo de batalla donde el bien y el mal disputaban su eterna lucha; por primera vez comprendió el pensamiento de aquellos que disfrutaban el hoy sin pensar en un futuro, si bien egocéntrica, la postura tenía mucho sentido.

El sonido inusitado del carillón de entrada lo arrancó en forma repentina de sus devaneos, caminó hasta la puerta no sin antes ver si Eunice se había despertado, al ver que no, apuró sus pasos; abrió la puerta y si bien no recordó su nombre, reconoció a la muchacha que se encargaba de la limpieza de las cabañas.

- Buen día, pasa, pensé que no vendrías hasta pasado mañana.
- Efectivamente señor, no me corresponde venir hoy.
- Bien, entonces ¿qué te trae hasta aquí?

La muchacha evitaba mirarlo en forma directa, pero la forma en que restregaba sus manos, eran clara señal de angustia y nerviosismo.

- Pasa, hace un poco de frío afuera, te sientas y me cuentas que necesitas, ¿te parece?

Obedeciendo sin decir palabra, la joven ingresó y permaneció de pie mirando el piso.

- ¿No vas a sentarte? Bueno, dime entonces en que puedo serte útil.
- Usted es doctor, ¿verdad?

De eso se trataba, – pensó para sí - una consulta médica o algún pedido de medicamentos.

- Sí, lo soy.

Un silencio incómodo y las palabras que se amasaban en sus manos no conseguían salir por su boca.

- Dime lo que necesitas, si está a mi alcance puedes contar conmigo.
- No sé como decirlo... - respondió en un hilo de voz.
- Hazlo como mejor te salga, él te preguntará lo que no interprete, pero por favor no tengas miedo. – terció Eunice desde la entrada del living.
- Lo siento, no quise despertarte.
- No hay problemas, sé que lo hiciste para tomarte todo el desayuno tú solo.

La broma no sirvió para calmar a la joven, pero Eunice la tomó de los hombros y la hizo sentar, luego le trajo un té y se sentó junto a ella.

- Habla Patricia, te escuchamos.
- Es mi hijo, necesita ayuda.
- ¿Qué le sucede? ¿Está enfermo?
- Si, pero no de la manera que los médicos de aquí saben curar.
- ¿Y qué te hace pensar que yo pueda hacerlo? No tengo medios ni instrumental de diagnóstico, solo cuento con mis manos.
- No debí venir...
- Si debías, cualquier madre hace lo impensable por un hijo, ahora dile a mi esposo que le sucede a tu pequeño.
- El no quiere despertar.

En otro contexto la frase podría tener algún significado, pero allí sonó tan vacía como terrible.

- ¿No quiere? Tal vez no puede sea más preciso.

- No quiere, permanece en los sueños y estos son terribles.
- ¿Dónde está él?
- En mi casa.

La muchacha era en extremo breve en su exposición, por lo que Horacio le hizo una seña a Eunice y ambos se retiraron con una excusa para hablar en privado.

- ¿Qué piensas?
- ¿Por qué me preguntas a mí? Tú eres el doctor.
- Siempre has sido más perceptiva que yo, debes tener un juicio al respecto.
- Sé que no miente, pero no es claro que le sucede a su pequeño.
- Debo ir a verlo.
- Entonces iremos.

La joven mostraba un ánimo renovado mientras los guiaba hacia su casa, el terreno inhóspito hacía difícil pensar en una asistencia médica previa, pero era temprano para juzgar.

Luego de andar durante largos minutos, Horacio detuvo la camioneta junto a una cabaña modesta, Patricia bajó y empujó la puerta cerrada sin llaves; Eunice miró en derredor a los animales sueltos y luego entró acompañada por un viejo perro.

En un rincón de la cabaña junto a la única ventana, un pequeño camastro servía de punto de descanso para un niño de cabellos azabache. Horacio se sentó al borde de la cama y corrió las frazadas con cuidado, palpó la mejilla con el revés de su mano y luego apoyó su cabeza sobre el pecho del niño; luego corrió las cortinas para permitir el paso de la luz. Intentó despertar al niño sin éxito.

- ¿Cómo se llama? – le preguntó a su Madre.
- Narciso.

Horacio incorporó el cuerpo frágil y sostuvo con cuidado su cabeza, se acomodó hasta quedar frente a frente con él y lo llamó por su nombre. Aguardó una respuesta que no llegó y volvió a insistir.

- ¿Desde cuando está así?
- Hace más de un año.
- ¡¿Nunca despierta?!
- Sí, pero apenas se alimenta y va al baño y luego vuelve a recostarse y a soñar.
- ¿Tiene pesadillas?
- Algunas veces, otras no.
- ¿Puedes traer un poco de agua y una toalla? – pidió Horacio.

La joven salió de la cabaña y Eunice aprovechó la oportunidad.

- ¿Qué le sucede?
- Realmente no lo sé, sus signos vitales son normales.
- Eso es bueno.
- No, no lo es, su pulso y respiración condicen con los de un niño despierto y agitado.

Mientras atendía al pequeño Narciso, ella sintió orgullo por su esposo, si bien esto significaba el final prematuro de sus vacaciones, no lo amaría tanto de actuar de otra manera, salió fuera para no molestar; un par de horas más tarde Horacio con rostro de culpa estaba de regreso junto a ella.

- ¿Cómo está el niño?
- Nada bien, su actividad cerebral es intensa, pero permanece dormido, temo algo serio.
- ¿Un tumor?
- Tanto tiempo juntos, te ha convertido en una excelente asistente, sospecho que puede ser una formación



cancerosa que esté ejerciendo presión en algún punto de su cerebro.

- ¿Cuáles son los pasos a seguir?
- Hablé por teléfono al hospital, no hay tomógrafos en las cercanías y menos aún un equipo de resonancia magnética, por lo que sugerí a los médicos locales llevarlo a nuestra clínica; están viendo ahora la posibilidad de conseguir una orden y los medios para trasladarlo, demás esta decir que no cuentan con ningún tipo de cobertura social.

Dos días más tarde y con la colaboración del municipio, Narciso y su madre volaban por primera vez en sus vidas rumbo a una clínica de alta complejidad; Eunice y Horacio llegarían un día después.

## EL REFUGIO DEL ARCO IRIS

Un éxito en ventas, al menos eso decían los encargados de la galería, ¿qué saben ellos sobre el precio de los sentimientos? Cada cuadro era un trozo de su vida volcado en un lienzo, cada pincelada una expresión de deseo o un mensaje de esperanza teñido de color. Si hubiera querido pintar por dinero, lo habría hecho a domicilio, pero como todas aquellas cosas que llegan en forma repentina, ella no había elegido poseer ese don, incluso nunca sospechó que lo tenía. Aún recordaba sus toscos trazos de la niñez y la insistencia de su madre por enviarla a clases de dibujo, a las que se había opuesto sistemáticamente, hoy sin un pensamiento estructurado, su estilo creaba adeptos, detractores e imitadores por igual.

Hasta el hartazgo había respondido a los medios de prensa acerca del origen de su arte, los críticos se empeñaban en vincularlo indefectiblemente a su enfermedad, pero solo ella sabía que sus pinceles eran el rebalse afectivo de un corazón lastimado. ¿Qué pintaba? Lo que no conocía pero anhelaba, ella abría a los ojos de los espectadores una nueva visión del dolor.

- ¿Me estás escuchando?
- Sí, ¿qué me decías?
- Diana, no me estás prestando atención, te decía que más de la mitad de tus obras han sido vendidas; eres una artista exitosa y no parece disfrutar el estar en la cumbre.
- ¿Debo hacerlo?
- ¡Por supuesto! ¿Tienes idea de cuantos artistas quisieran estar en tu lugar en este momento?

- ¡No es suficiente con estar, hay que permanecer!  
¿Quisieras tú estar en mi lugar? ¿Podrías soportarlo?  
¿Sabes que se siente al no sentir? ¿Lo sabes?

Comprendió que había cometido un error, aunque estaba acostumbrado a los cambios de humor de su representada, debió prever el modo en que finalizaría la conversación; ahora tenía que pagar las consecuencias, Diana se mantendría alejada por unos meses de su arte y él debería rogarle que regrese; para cuando ella sintiese que su humillación era suficiente, entonces se dignaría a contestar sus llamadas y quizá consideraría volver a pintar.

- Diana, no es mi culpa que Dios te privara del tacto, pero hay algo más de lo que aún no te has percatado, él tampoco te dio un corazón. – al término de la frase entendió que su rebeldía lo había arrastrado a la extralimitación.

Caminó por la habitación observando las maravillas sin terminar en sus bastidores, cada una de ellas tenía la combinación de croma exacta, eran flores muertas que mostraban el color que alguna vez tuvieron.

- Perdóname, no debí decir eso. – agregó compungido.
- No te querría como amigo si soportaras lo peor de mí sin reaccionar, no te sientas apenado, – contestó ella desde el vacío de su interior – yo estaba provocándote.

Se acercó al balcón y abrió las puertas que daban a el de par en par; Daniel se contuvo de frenarla, ella no iba a saltar, pero estaba asombrado por la forma en que reaccionó.

El cielo gris se dejó ver y cercó su silueta, entonces su voz llegó aún más distante.

- Cuando niña, sentía que mi incapacidad de sentir era un don que me convertía en algo especial, yo quería ser la heroína que al no conocer el dolor, podría luchar contra

todos los villanos del mundo. Más adelante comprendí que nunca conocería el arrullo del viento, el fresco de la mañana, el dolor de una espina de rosa clavada en mi mano, la tibieza del pelaje de un animal, el placer de la caricia de la persona amada, las gotas del cielo en mi rostro; entonces supe que mi humanidad era artificial, mutilada en la riqueza de mis sentidos, no conocería jamás cosas que eran normales para el resto de las personas. Mi madre recorrió decenas de médicos, pero solo pudieron darle un nombre a mi enfermedad, tan ridículo que jamás pude pronunciarlo; ese es el modo en que los seres humanos enfrentan lo desconocido, sabemos que el cáncer mata, pero le damos un nombre y enseñamos a las víctimas a convivir con él y eso nos basta, así hacemos con cada factor que nos afecta.

Ya había presenciado una muestra similar en Diana, ahora vendría el llanto que sus mejillas no podrían percibir; afectado por su estado la abrazó de modo que pudiera verlo, ya que sentirlo era imposible para ella. Lejos de quebrarse, le miró y sonrió.

- Quiero conocer el dolor, solo eso.
- No es algo grato.
- Lo sé, pero me pertenece el derecho de hacerlo.

La mañana siguiente al cierre de la exposición, Diana se levantó temprano, aunque quizá sería más sincero decir que nunca llegó a dormirse; su brazo entumecido por una posición errónea en la cama, no podía transmitir señales de advertencia a su cerebro, los lazos estaban interrumpidos.

Sentada en la soledad de la cocina, miró por la ventana hacia la nada, luego gritó hasta el cansancio, nadie golpeó a su puerta; la ciudad se había encargado de ahogar su dolor con los

sonidos del alba. Apoyó su mano sobre la hornalla aún caliente y sorbió el café con pausa, luego miró su palma para comprobar las huellas del contacto; no había sentido nada, pero sus fosas captaron el olor típico de la carne quemada.

Caminó hasta la habitación que servía de estudio, tomó un lienzo blanco y lo puso en el caballete, cerró las cortinas y encendió una lámpara roja, entonces combinó colores y pintó hasta que sus mejillas se secaron; el próximo comprador de esta tela nunca sabría que los bordes corridos de los objetos, no eran a propósito, sino producto de sus lágrimas.

Antes del mediodía tomó una ducha helada, se vistió y fue en busca de la única persona con quien podía hablar cuando su vida perdía sentido.

Sentado en el primer banco con los codos sobre sus rodillas y las manos sosteniendo la cabeza, evidenciaba el desánimo que lo embargaba. ¿Cómo hacer para luchar cada día, cuando su interior vacilaba sobre las posibilidades de éxito? Sus extremidades se cruzaron y oró mirando al Cristo roto que lo contemplaba desde la cruz.

- Dame una mínima parte de tu fuerza. – pidió en voz alta.
- A mí también me haría bien un poco.

Se volvió reconociendo la voz y sonrió con beneplácito.

- ¡Diana! ¿Quién sino tú?
- ¡Padrecito! Aún me recuerdas.
- ¿Cómo olvidarte? Eres una persona especial muy ligada a mis afectos; bendito el motivo que te trajo hasta aquí. – respondió abrazándola con fuerza.
- ¿Aún haces ese fantástico café negro?
- Por supuesto. – respondió tomándola del brazo y llevándola a la pequeña cocina.

Diana se maravillaba mirando y tocando los frascos de especias, además de un excelente amigo y consejero espiritual, Francisco era un cocinero increíble.

- Siéntate, no quiero que luego te quejes de mi descortesía. – dijo mientras ponía unas galletas caseras ante ella.

Con avidez comió algunas mientras se deleitaba con el aroma que venía de la cafetera, con la vista recorrió la colección de portarretratos ubicados sobre el bargueño y descubrió satisfecha que el suyo estaba entre los primeros.

- Dime, ¿qué te trae por aquí? – preguntó mientras le alcanzaba un pocillo generoso y se servía otro para él.
- La necesidad de encontrarme con viejos amigos. – respondió inmediatamente.
- Oye, no se miente en la casa del señor. – replicó Francisco riendo.
- ¡No miento, es la pura verdad! – se quejó como una niña.

Sabía que no había engaño en sus palabras, Diana no tenía la capacidad de mentir, pero ahora le quedaba a él descubrir los motivos del subconsciente que la movieron a ella a ir en su búsqueda.

La observó dejar la taza sobre la mesa y mantener una galleta entre sus labios mientras revolvía su mochila, al sacar de ella un pequeño paquete se asomó el crucifijo de madera que le regalara la vez que la conoció.

- ¡Me halagas, aún guardas contigo esa cruz!
- Es mi mayor tesoro, aunque está algo gastado por las veces que lo aprieto con rabia y las que lo beso con emoción.

Si, era la misma de siempre, los años no lograron gastar esos brotes de su personalidad que la hacían única.

- Toma es para ti. – dijo mientras empujaba el paquete hacia él.
- ¿De qué se trata? ¿Un regalo para mí?
- No estoy segura de que te agrade...

Francisco rompió el papel madera con fingida desesperación que arrancó la sonrisa buscada en ella, luego se detuvo y miró el pequeño retrato que tenía en sus manos con atención. A pesar de las escasas dimensiones de la pintura, en su interior se podía observar un mundo, detalles por doquier en una sinfonía de colores tristes que realizaban la belleza de la obra; no era un experto en pinturas, pero sabía cuando algo le gustaba y cuando no, pero este cuadro lo maravillaba. Buscó las palabras para definir lo que opinaba y no las encontró, por unos instantes separó la mirada para verla a ella y luego continuó examinando el presente.

- ¿Te gusta? – preguntó con timidez esperando su aprobación.
- Es, es... – Dios dame los términos exactos rogó –...está vivo. – definitivamente esa era la sensación que tenía al verlo – Es tan real que puedo oír y oler lo que veo, ángeles tan bellos como siempre los imaginé, luchando con demonios tan terribles como los que moran en mis pesadillas, es fantástico. Has pintado mis pensamientos. – concluyó asombrado.
- Me alegra que te guste, temí ofenderte, pinté ese cuadro en un momento de profunda depresión y no sabía si eras la persona adecuada a quién dárselo; solo estaba segura que no podía venderlo ni conservarlo conmigo.
- De corazón te digo que nunca nadie me dio algo tan bello y personal, estoy conmovido. – dijo y su voz reflejó el sentimiento.

Inmediatamente quitó un viejo cuadro de la pared que había estado allí desde antes de su llegada y en su reemplazo colocó el preciado objeto, luego retrocedió unos pasos y volvió a observarlo a conciencia, algunos detalles parecían haber cambiado o eran tan sutiles que recién ahora los distinguía.

Tomó las manos de su amiga y las besó.

- Dios ha depositado algo maravilloso en tus manos y tú lo honras al dejarlas hacer.

Hablaron por horas, sobre cuanto tema pudieron tocar, ambos reían con ganas alejando penas y temores. Francisco le pidió la cruz y con habilidad pegó un Cristo sobre ella, Diana por delicadeza fingió no ver el brazo roto de la figura.

Cuando la tarde llegó a su fin, Francisco la acompañó hasta las afueras de la villa, en parte por su seguridad y para prolongar el contacto. Luego de despedirla regresó a la capilla sintiendo que las penas y el desánimo de la mañana ya no tenían peso, tomó el cuadro en sus manos y se quedó observándolo con cariño y admiración, parecía tener profundidad, ángeles y demonios luchando sobre una tierra destruida, donde también brotaban flores y volaban aves blancas. Con inocencia lo volteó para colgarlo nuevamente y se encontró con una dedicatoria que no había visto al recibirlo. Leyó la letra pequeña y confusa de Diana, la frase rezaba: *“Con cariño por acariciar mi alma con tus palabras, te regalo la noche última, un cuadro del que siento auténtico orgullo.”*



## LA HUELLA DEL DESTINO

A horas de emprender el regreso, buscaba el modo de permanecer en este sitio seguro, el futuro se me antojaba inhóspito y distante; mi fe se tambaleaba con cada golpe de la realidad, todo aquello que había sustentado más por costumbre que por convencimiento ahora se volvía tangible ante mí y no estaba preparado para soportarlo.

- Toma esto, te ayudará a relajarte. – dijo Rosa poniendo una tasa humeante ante mí – Deja que las cosas sigan su curso, no puedes imaginar o prevenir lo que vendrá, pues el futuro aún no sucede.

Lucero sentada en un rincón, aplastaba aromáticas hierbas en un pequeño mortero, mientras que Manuel había ido al almacén general a comprar algunas expensas para llevar a su madre en el viaje de regreso.

- ¿Pueden explicarme que se espera de mí? – atiné a preguntar con desesperación.

Las dos mujeres intercambiaron miradas y Lucero asintió con un gesto breve, entonces mi amiga habló:

- Nazareno, ¿cómo explicarte miles de años de historia en pocas palabras? Es imposible, pero haré un resumen para ti. – se sentó junto a mí y tomó mi mano – El bien y el mal combaten desde el inicio de los tiempos, los líderes de ambos bandos han dado muestras de una habilidad insuperable; hasta hace poco la balanza se mantenía en equilibrio, pero últimamente las fuerzas de Dios vienen en desventaja. No es necesario que te cuente o muestre lo que día a día sucede en el mundo, tú ves las noticias y observas a tu alrededor, la armonía ha desaparecido, el amor se debilita, la amistad escasea,

ya casi no quedan motivos para reír, incluso los niños han perdido en gran parte la alegría e inocencia.

Ella me miraba a los ojos y yo podía comprender el sufrimiento a través de ellos, deseaba apartarla del dolor, pero aunque consiguiese hacerlo el mismo se replicaba en cada víctima.

- Por increíble que pueda parecerle, parte del infierno se abrió camino al cielo, ahora ángeles y demonios se disputan el paraíso y las últimas noticias que tenemos al respecto es que las huestes sagradas van en retroceso.
- ¿Cómo pueden saber eso? – dije comprendiendo que las palabras eran innecesarias.

Rosa a pesar de poder leer mi mente, prefirió seguir hablando, quizá era su modo de permitir mi adaptación.

- Has sentido hablar de espíritus y personas que dicen poder contactarlos, las experiencias extra sensoriales y las corazonadas son asuntos comunes, incluso los fantasmas tienen su espacio; ¿crees que todo eso es mentira?
- En gran parte.
- Exactamente, pero una porción ínfima es real, el nexo con los desaparecidos es nuestro modo de enterarnos.
- Pero los fantasmas, las...
- Déjame terminar por favor, las apariciones dañinas son precipitaciones de los demonios en el plano terrenal, no son muchas, pero cada vez son más frecuentes. Los ángeles en cambio, recurren a métodos más sutiles, ellos se manifiestan por corazonadas, buscan advertirte de algún peligro por esos medios; nosotros terminamos pensando que fue un golpe de suerte o una jugada del destino, pero eso es un error. También los sueños son ventanas al otro plano, pero allí nunca estamos seguros de cuando una expresión onírica es natural o inducida.

- ¿Mis pesadillas son provocadas por el propio demonio?
- No, él está ocupado en cuestiones de mayor magnitud, son sus seguidores de menor porte los encargados de esa labor.
- ¿Todavía no llegas a la parte donde yo intervengo?
- Iré al punto, el enlace con los ángeles se ha perdido, ya no hay diálogo entre los vivos y los muertos por así decirlo. Tu amor por Beatriz es quizá nuestra única carta de triunfo, en contados puntos del planeta se han lanzado búsquedas de personas que como tú, están dispuestas a cruzar cualquier frontera en pos de un amor perdido; hasta donde yo conozco eres el tercero en ser encontrado y uno de los que te anteceden murió ya en circunstancias extrañas.

Si dijese que el diálogo no había hecho impacto en mí, estaría mintiendo, de haber permanecido en un plano de existencia lóbrega y penosa, ahora se presentaba ante mí la misión de luchar por la salvación del mundo y si Dios podía distraerse un instante de sus problemas, quizá volvería a ver a mi amor; como contrapartida, podía morir en el intento, pero esa alternativa se presentaba más apetecible si recordaba las veces que intenté suicidarme y no tuve el valor suficiente. Tras el primer análisis y en forma inconsciente había llegado a una conclusión, el descubrimiento tenía visos de egoísmo, pero lo consideraba una recompensa justa por el riesgo a correr; Rosa y Lucero ya sabían que solo aceptaba continuar por mis deseos de estar junto a Beatriz, de la misma forma yo supe que ellas comprendían mis motivos.

- No te sorprendas, - interrumpió Rosa mis cavilaciones – ya estás capacitado para leer el pensamiento; ahora dime ¿quién está a punto de golpear la puerta?

Antes de que pudiera arriesgar, un golpeteo se dejó escuchar en la entrada.

- Pasa Isabel, está abierto. – invitó Rosa – Siempre le digo que no es necesario golpear, - aclaró mirándome con una sonrisa – pero ella es así.

La regordeta mujer entró vistiendo su uniforme de portera, lucía agitada y gruesas gotas de transpiración corrían por sus sienes; en su rostro se adivinaba la urgencia.

- ¿Qué sucede Isabel?
- Ha llegado un mensajero de los pobladores del salar de Caucharí<sup>2</sup>, es portador de malas noticias.
- Tráelo inmediatamente.

Isabel obedeció con premura y Rosa aprovechó para ofrecerme una explicación concisa.

- No es la primera vez que vienen por ayuda, son gente muy pobre y casi analfabeta, trabajadores incansables que solo confían en las personas que conocen con profundidad. Te agradeceré te limites a escuchar, yo aclararé luego tus dudas.

Me sentí un tanto incómodo, no tenía intenciones de participar en asuntos que no me competen, pero algo en mi interior me decía que ella me estaba solicitando algo necesario.

El hombre que traspuso el umbral parecía salido de un documental televisivo, su piel dorada era un abanico de arrugas, se dificultaba ver sus ojos ocultos por los párpados hinchados y su vestimenta era un muestrario de necesidades; una camisa casi sin botones, un pantalón remendado y atado a su cintura con una soga y unas toscas telas cubriendo como

---

<sup>2</sup> El salar de Cuacharí se encuentra en la provincia de Jujuy, al sur de Susques, en cercanías del mismo se asientan pequeñas comunidades que padecen pobreza extrema y cuyo único sustento lo obtienen de la explotación del salar.

guantes sus manos. Al bajar la vista noté sus pies descalzos y un momento después aprecié las lastimaduras en sus plantas, las cuales dejaban marcas de sangre en el piso; por entonces no se me ocurrió pensar que había llegado hasta aquí caminando. Ignorando la invitación de Lucero a sentarse, permaneció silencioso mirando el vacío.

- Puedes confiar en todos los que estamos aquí, a ella la conoces, sabes quien soy yo y él es un gran amigo de ambas; habla con confianza. – dijo Rosa.

Sus labios no parecieron corresponder en el movimiento con la voz profunda que salió de ellos.

- La Madre Tierra se ha enojado con nosotros, ha venido en busca de nuestros hijos, aún las ofrendas no han conseguido calmar su ira.

Hablaba con precisión en un modo que sonaba anticuado, pero su lenguaje infundía respeto y atención.

- ¿Te refieres a la Pachamama?
- Si, no está feliz con los hombres y ha decidido extirpar el mal desde raíz.

Se me dificultaba entender la situación, si disponía del don de leer el pensamiento, el mismo tenía una falla pues nada ajeno se mostraba en mi mente.

- Yahuar<sup>3</sup>, abre tu mente ante nosotros, solo así sabremos lo que te sucede en detalle.

Nada cambió en la postura del hombre, no hubo gesto alguno que delatase la alteración, pero sin dudas había bajado sus barreras, pues un mundo de imágenes inconexas se abrieron en mi mente; Rosa vino en mi ayuda.

---

<sup>3</sup> Primer parte del nombre compuesto Yahuar Huaca, voz Incaica que significa el que “llora sangre”.

- Concentra tu pensamiento en mí, actuaré de filtro y evitaré que lo contactes accidentalmente. – dijo dentro de mí.

Obedecí y comencé a ver como se formaban ideas en mi cabeza, al principio me costó relacionarlas, luego cuando comprendí que solo debía actuar como espectador, las mismas cobraron sentido y se volvieron sencillas. Como una pantalla de proyector, las escenas desfilaban en mi; cerré los ojos y resultó más sencillo, ahora cobraban velocidad y creaban pasajes animados.

Vi un paisaje desierto, algunas chozas en la distancia, un mar blanco extendiéndose hasta el horizonte y el comentario de Rosa guiándome en la exploración.

- Aquí es donde él vive, disculpa si en algún momento la comunicación se interrumpe, pero voy un poco por delante de ti.

La explicación no era casual, pero no tenía demasiado sentido para mí, por lo que asentí y permanecí a la espera.

Lo que vino a continuación terminó resultando inaceptable.

El caserío comenzó a agrandarse, luego corregí la perspectiva y entendí que en realidad nos estábamos acercando; las personas ganaron definición y pude ver ancianos sentados en sillas destruidas cubiertas con esteras de esparto, a su alrededor los niños corrían alegres ignorantes de las miserias aún en su desnutrición; no encontré hombres o mujeres de mediana edad, ni adolescentes, solo chiquillos de corta edad y viejos de incontables años.

- Están trabajando en el salar. – fue la breve aclaración de mi mentor.

El paisaje giró en reiteradas oportunidades y luego se perdió, tras unos momentos de oscuridad la visión regreso; nuevamente el desierto blanquecino reflejando los escasos

rayos de sol que podían escurrirse en un cielo casi cubierto, a la distancia nuevamente las casas acercándose con extrema lentitud. Comprendí al ver a otros similares a Yahuar, que estábamos viendo por sus ojos el regreso luego de la jornada laboral; Rosa no hizo comentarios, pero algo en mi interior me confirmó que estaba en lo cierto.

Forzado por la premura, la película se aceleró y cuando por fin se detuvo, el horror ganó espacio. Ya no pude ver chiquillos felices ni ancianos contemplativos, los cuerpos de los primeros yacían esparcidos en el suelo, enterrados en parte en posiciones imposibles, sin rastros de tierra removida por ningún lugar, como si hubieran sido tragados por una superficie gelatinosa. Un jardín de horror y locura fueron las palabras externas que se formaron en mi, esa era la visión de Lucero. El terreno se deslizó a gran velocidad bajo mi mirada, por el movimiento de la escena supe que él corría; buscó entre las frágiles siluetas hasta encontrar a su hijo, debió reconocerlo por la ropa, pues la parte superior del cuerpo estaba enterrada en ángulo con la cabeza hacia abajo hasta prácticamente la cintura. Vi sus manos tratar de cavar hasta teñir el polvo de rojo y entonces comprendí que lo que creí guantes cuando llegó, en realidad eran vendas. Tras liberar con esfuerzo las partes aprisionadas en la dura tierra, estrechó con dolor y ternura la figura sin vida y el llanto enturbió la visión. En un instante en que miró hacia el viejo más cercano, pude ver que este babeaba sangre y que donde debían estar sus ojos, solo había dos huecos vacíos. Corté el contacto y abrí los míos con urgencia, para asegurarme que estaban allí; Rosa y Lucero hacían lo propio, en tanto Manuel que debió llegar durante la sesión, tomó al hombre y lo obligó a sentarse.

- La Pachamama nos castigó, ya no hay niños ni ancianos, nuestra vida ha perdido su futuro y pasado, por lo que el presente carece de sentido.

Su voz implorante rezaba una sentencia, en sus palabras había expresado con claridad una verdad demoledora; miré como ambas mujeres intercambiaban miradas impotentes y sentí la necesidad de reconfortar a la sombra que permanecía en la silla. Me acerqué y apoyé mi mano en su hombro y entonces todo se hizo noche.

Voces a mí alrededor, estaba soñando pero no quería despertar, ¿dolor? Ni siquiera las pesadillas duelen. Luz...

- ¿Cómo te sientes muchacho?

Algo de aire y un fuerte olor en mis fosas.

- Despierta Nazareno.

Ahora reconocía la voz de Rosa; obedecí y la vi inclinada sobre mí.

- Has recibido un fuerte golpe en tu cabeza, te desmayaste sin que pudiéramos llegar a sostenerte.

Eso tenía sentido, al menos explicaba el padecimiento, lo que ignoraba era la causa.

- No volverá a apoyar su mano en el hombro de nadie. – escuché decir a Lucero.
- Quita eso de mi nariz. – le dije al comprender que una de sus raíces mágicas era la que me hizo despertar con su olor penetrante.
- Nazareno, parte de tus nuevos dones te permiten sentir lo que otros cuando tu corazón se abre, así supe yo de tu sufrir la primera vez que te conocí y me diste la mano. Tú has experimentado el dolor de Yahuar.
- Manuel, ¿por eso apoyaste tu mano en mi hombro cuando estaba confundido?



- No, no necesitaba hacerlo para saber tu sufrir, ambos pasamos por circunstancias similares; el mío fue un gesto de amistad.
- Te lo agradezco.

Ante los sucesos Rosa y Lucero decidieron inmediatamente ir a los pagos del hombre, si bien quise acompañarlas se negaron rotundamente, yo debía regresar.

- No te ofendas, nos serías muy útil allí, pero debes terminar tu preparación y el padre Francisco te está esperando, los años se han reducido a meses y los meses a semanas, el final está muy cerca.
- Rosa, ¿nos volveremos a ver?
- Por supuesto, no te librarás tan fácilmente de mí.
- Tampoco de mí. – agregó Lucero.

Me acerqué a esta última y le dije:

- Algún día debes detener tus pasos y conocer la felicidad, piensa por una vez en ti.
- Ese día será cuando encuentre a mi hermano, él no está entre los ángeles y en su inocencia no pudo hacer nada que lo lleve al infierno. Yo no descansaré hasta verlo.
- Dios te premiará con eso.
- Gracias.

Abracé con enorme amor a esas dos mujeres gigantes de espíritu y frágiles de cuerpo, les di un sonoro beso. Salimos afuera y me senté en el carro junto a Manuel para emprender el camino de regreso. Rosa me acercó un paquete y me despidió.

- Para que leas durante tu viaje de regreso.

Saludé hasta perderlas de vista, en mi interior sentía que no debía partir, pero estaría faltando a su pedido de no hacerlo.

El primer trayecto de regreso se me hizo breve, quizá por conocido o por la necesidad de tiempo para confraternizar con

Manuel; independientemente de la causa los sucesos se dieron con prontitud, mi compañero no pasó por la casa de su madre, me dijo lo haría a la vuelta para que yo no perdiese mi coche.

Si la primera vez que subí junto a ese hombre andrajoso sentí vergüenza, ahora me embargaba un sentimiento similar pero por causas diferentes. En su sencillez y pobreza él era más grande de lo que jamás yo sería, con respeto lo abracé fuertemente, tal vez intentando acortar la distancia entre su modo de vida y el mío, buscando impregnarme de su bondad y tratar de desahogar las penas comunes de ambos. Manuel me miró con sus ojos pequeños y en pocas palabras me despidió.

- Volverá usted a sonreír algún día, entonces los ángeles cantarán a su alrededor.
- Ojalá tú lo hagas también. – dije volviendo a estrecharlo.

Casi sin poder contener la emoción tomé mi equipaje y caminé hasta las plataformas de la pequeña estación, cuando me volví, él ya no estaba.

Sentado junto a la ventana, el camino y la vida pasaban delante de mí sin que pudiera hacer nada por detenerlo. El cristal se fue empañando hasta ocultar el paisaje que migró en noche y silencio. Sin posibilidad de molestar en medio de un ómnibus casi vacío, encendí la luz de lectura y abrí el paquete de Rosa, el título “Historias de la Pachamama” no me atrajo en principio, pero al menos era una alternativa a no poder dormir.

De a poco y sin notar como la curiosidad ganaba espacio, me fui interiorizando en esta costumbre pagana, si bien sabía que para los habitantes andinos la Pachamama es una deidad a la que se venera y agradece, no conocía su carácter vengativo cuando se le falta el respeto; entonces, atenta contra los hombres dañándolos y quitándoles sus pertenencias. No pude

evitar recordar a Yahuar destrozando sus manos en el rescate de su simiente, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me pregunté si en el próximo mes de agosto habría ofrendas, yo en vez de corpachar<sup>4</sup> la tierra, hubiera deseado envenenarla, acabar con esta diosa pagana cruel; de conseguirlo me sentaría triunfal sobre ella y encendería un cigarro en vez de ofrecérselo y tiraría mis cenizas con descaro, buscando incluso ofender su memoria.

Seguí leyendo hasta que el sueño se apoderó de mí, dormido tuve pesadillas donde la tierra regresaba a tragarse más niños, mientras ellos buscaban calmarla entonando una copla pegadiza que rezaba:

*Pachamama santa tierra,  
no me comas todavía,  
mira que soy jovencito  
tengo que dejar semilla.*

*Pachamama santa tierra  
Pachamama del Cusco  
porque te quiero y te adoro  
por eso mismo te busco.*

---

<sup>4</sup> Se deriva del término quechua *Korpa* = huésped o invitado quizá mejor de *Korpachaj* (“el que da hospitalidad”). Se la emplea en una acción cuyo significado sería: “dar de comer a la tierra”.

## NOCHE ETERNA

Antes de que la campanilla del reloj sonara, estiró la mano y desactivó la alarma, se aseguró que Eunice no se hubiera despertado con su movimiento y lentamente se levantó. En lugar de utilizar el baño en suite, fue al de servicio y se dio una ducha caliente, antes de salir la enfrió y dejó correr el agua por su cuerpo hasta tiritar; se secó y luego de vestirse se calentó una taza de leche y desayunó un trozo de budín con chispas de chocolate, esto era parte de un ritual que había decidido ofrecerse a su mismo desde que cumplió sus cincuenta años. En cada ocasión que podía, se agasajaba para festejar estar vivo en medio de la muerte que día a día rodeaba su actividad; se abrigó a conciencia y en lugar de utilizar el auto, sacó la motocicleta y la empujó hasta alejarse un poco de la casa, se subió y se colocó su viejo casco y las antiparras y luego encendió el motor y emprendió el camino hasta la clínica.

Al arribar no había ningún vehículo en la cochera, solo la ambulancia descansaba en su lugar de privilegio junto a la entrada, estacionó en su sitio reservado y caminó hasta el ascensor.

Ya en el piso se dirigió a la oficina de internaciones y despertó a una enfermera somnolienta, que se disculpó con efusividad.

- Por favor, no voy a reprenderla, el sueño es un factor de difícil control; solo necesito saber si ingresó un niño de nombre Narciso y su madre.

La joven revisó con torpeza los papeles producto del nerviosismo que la embargaba, luego de un par de inspecciones encontró el nombre en la lista.

- Si doctor, está en una habitación privada en terapia intermedia, su madre no se ha despegado de él desde que llegaron.

- Un favor más, pide a la cocina que manden un desayuno completo a la habitación del niño, yo lo estaré esperando.

Dejó atrás a la empleada luchando aún con el sueño y su cabello desordenado y marchó a paso veloz donde el niño. Al llegar junto a la puerta entornada se detuvo y con cuidado ingresó, en la penumbra la madre del niño se volvió hacia él.

- ¡Doctor, viene a curar a mi hijo!
- Hola, ¿cómo está él?
- No ha despertado durante todo el viaje y permanece igual desde que llegamos, ¿cuándo lo despertarán?
- Patricia, – se asombró de haber recordado el nombre de la muchacha – aún no comenzamos con los estudios y análisis que tengo previstos, por eso estoy aquí, quiero supervisar personalmente los mismos.
- Sé que usted lo curará. – sentenció la joven con tono optimista.
- Me honras con tu confianza, créeme que lo deseo fervientemente y haré todo lo que esté a mi alcance.

La puerta se abrió y la encargada misma trajo el desayuno, buscando enmendar su error anterior.

- Gracias, - respondió Horacio – pero es para ella.

La mujer miró con beneplácito la apetitosa bandeja y ni bien la empleada se fue, tomó la tasa de café con leche humeante y bebió un par de tragos profundos.

- Se lo agradezco mucho, no he probado bocado en horas.

En días pensó Horacio para sí, pero no la corrigió; apoyó su mano sobre la de ella y luego se puso en pie.

- Desayuna tranquila, me iré a cambiar y volveré por Narciso en media hora para comenzar.
- Estaremos listos.

Mientras se ponía su guardapolvo, hizo llamar al médico de guardia y a un enfermero, luego respondió a una llamada de Eunice a su celular. Lejos de regañarlo, ella solo le pidió que se cuidase, sabía que su esposo privilegiaba la vida ajena sobre su propia existencia y lo aceptaba como tantas otras cosas de las que se había enamorado cuando lo conoció.

En un par de horas, Narciso había recibido más atención que en toda su corta existencia, las muestras de sangre fueron enviadas a laboratorio, las placas radiográficas estaban en camino a su despacho junto con los resultados de la tomografía y la resonancia magnética. Mientras jugaba con un adorno de su escritorio, miraba los resultados esparcidos y no podía detectar nada anormal; el electroencefalograma era correcto aunque la actividad correspondiese a una mente activa y los estudios avanzados de diagnóstico por imágenes mostraban resultados totalmente satisfactorios, de no ser porque el jovencito no despertaba, todo parecía estar en orden.

Encendió la computadora y envió copia de los resultados a un par de colegas de confianza, quería cerciorarse de que no se le estuviera escapando nada, no había ningún orgullo profesional en juego cuando se trataba de la salud de un niño. Llamó a Eunice y la tranquilizó.

- Amor, en principio no hay ningún tumor en la cabeza de Narciso, debo esperar los análisis de sangre, pero tengo el presentimiento de que no voy a encontrar ninguna anormalidad en ellos.
- ¿No hay posibilidad de error?
- He pedido ayuda a unos amigos, pero estoy convencido de que no hay nada malo en el niño.

El siempre se refería a los tumores como “algo malo” o “nada malo”, esa era su manera de enmascarar al terrible mal que prácticamente no tenía una cura certera.

- Me alegra que así sea, ¿qué harás ahora?
- He pedido la asistencia de un neurólogo, él vendrá por la tarde, espero pueda aclararme en algo el panorama.
- Encontrarás el modo. – aseguró ella.
- Eso espero.
- Te amo.
- También yo. – respondió con sentimiento.

Por la tarde su desconcierto era total, los resultados parciales de los análisis eran normales, con excepción de un mínimo déficit del azúcar en sangre que en absoluto podía ser asociado al problema y que no comprometía su salud. El neurólogo coincidió con él en que el niño estaba despierto, pero no comprendía porque no reaccionaba a estímulos externos. En una prueba que Horacio desaprobó, su colega efectuó un pinchazo leve en un dedo del niño, el electro reveló inmediatamente la agresión, pero no hubo señales visibles en el cuerpo.

- No es posible, eso debió dolerle y su sistema nervioso reaccionó, pero no así sus músculos.
- Entonces por favor, no lo repitas, ya sufre bastante en su estado para que nosotros agreguemos más. – se cuidó de usar el plural para no ofender a su compañero.
- Bien, estoy de acuerdo, ¿te molestaría si dejo un equipo grabando sus ondas cerebrales? No sufrirá ningún malestar. – se apresuró a aclarar.
- Hazlo, puede sernos útil. – respondió y dejó la sala.

Antes de retirarse pasó a ver a su pequeño paciente y lo encontró conectado a una serie de dispositivos de medición, comprobó que los mismos no le molestasen y terminó sentándose a su lado mientras acariciaba la frente del niño.

*“Un demonio cruel con alas destrozadas incapaces de levantarlo en vuelo, caminaba sobre un piso cubierto de cuerpos mutilados, las partes a pesar de estar separadas continuaban moviéndose, trozos de rostros abrían ojos horrorizados, bocas destrozadas clamaban piedad, manos mutiladas intentaban aferrarse a sus pies en forma desesperada, el griterío era infernal... En su desesperación corría sobre el campo de muerte intentando escapar de su seguidor, pero el terreno se extendía hasta donde podía ver, con la conciencia perdida daba vueltas en círculo sin notarlo, hasta que una pierna suelta se alzó y lo derribó limpiamente haciéndolo caer, estaba a punto de sumergirse en ese mundo de órganos...”*

Despertó. La camisa por debajo de su guardapolvo estaba empapada, como así también su ropa interior y la parte alta de sus pantalones; se incorporó y se encontró a sí mismo en la habitación junto al niño. Se había dormido y esa terrible pesadilla se apoderó de él; luego de componerse verificó la respiración de Narciso y al momento de secar la transpiración de su frente, volvió a sentir un remezón del sueño. Por curiosidad repitió la experiencia y en cada contacto con el niño, todo comenzaba nuevamente; sin saber que hacer ni a quien recurrir se retiró de la clínica.

Mientras conducía hacia su hogar, tuvo la sensación de que existía alguien que podía ayudarlo, mañana a primera hora iría por él y lo llevaría a ver al pequeño, puede que la cura estuviera más allá de la medicina convencional.



**CAPÍTULO III**

**EL OJO DE LA  
TORMENTA**

---



## UNA MANO EXTENDIDA

Cada noche antes de acostarse, cumplía con las oraciones comunitarias, luego en su pequeño y austero cuarto, rezaba con un fervor aún mayor aferrando el crucifijo que tantas veces la madre superiora intentara cambiarle; ella no veía con buenos ojos la imagen rota de Cristo, pero por cariño hacia la joven terminó aceptando que se trataba de un recuerdo familiar y no volvió a mencionar el asunto.

Alicia se cuestionaba a sí misma, acerca de los motivos que la llevaban a pensar con tanto interés en aquel hombre que conoció en forma pasajera; las bajas temperaturas de su habitación eran una buena excusa para abrigarse y en esas ocasiones sacaba del fondo del armario el abrigo que él le diera; algo de su perfume se conservaba en la prenda y ella sentía que la estaba abrazando. Incapaz de confesarlo, cargaba con un sentimiento cercano a la culpa, pues había soñado que él venía en su búsqueda para sacarla de su encierro, luego la llevaba a su departamento y junto a un hogar la desvestía y le hacía el amor con ternura. Cuando la soledad ganaba la batalla en su ánimo, se permitía rememorar las imágenes oníricas, aunque eso significase auto imponerse una penitencia al día siguiente.

Sólo en una ocasión estuvo a punto de sincerar por completo su alma, pero luego de mencionar que había tenido un sueño que consideraba pecaminoso, optó por mentir; si confesaba la verdad y volvía a soñar o rememorarlo, estaría incurriendo en una pena mayor. Cuando el confesor la interrogó, narró otra ilusión que cubría sus noches, en esta, ella era la virgen María y los ángeles venían a diario a su cuarto a vigilar su embarazo, en cada encuentro traían comida y ella se alimentaba de sus manos. Los espíritus de gracia hacían mención a que ella era la

elegida, la paz la embargaba y reforzaba su fe, pero sentía que no estaba a la altura de las circunstancias.

El cura que escuchó su confesión, lejos de imaginar la trama que se estaba tejiendo a su alrededor, la despachó diciendo que solo se trataba de una manifestación de su dogma; Alicia sabía que algo más se ocultaba tras su descanso, pero aún no era momento para que las revelaciones la alcanzasen.

Un tanto inquieto, daba vueltas en la cama sin conseguir dormir, en la oscuridad palpó con delicadeza el vientre de su esposa y se quedó largo rato con la mano apoyada, esperando encontrar algún movimiento de su hijo; luego de un rato sonrió para sí en silencio, aún faltaban cinco meses para el nacimiento, cualquier actividad del bebé sería imperceptible aún para la propia madre. Se levantó y se dirigió a su escritorio, extrajo algunos libros del cajón que conservaba bajo llave y a la luz de la lámpara leyó algunos párrafos al azar; tomó un libro de notas y agregó algunas observaciones, hubiera preferido no saber lo que ahora conocía, cada página confirmaba las sospechas de Nazareno, de manera extraña se sentía más cercano a su hermano y lo tranquilizaba el saber que éste se encontraba en su sano juicio, para bien o para mal. Ahora sus miedos se enfocaban en el futuro de su hijo por nacer, todo indicaba que el tan esperado fin de los tiempos se acercaba y su generación sería testigo del suceso, en un acto reflejo rezó.

A pesar de la hora, tenía intención de finalizar la lectura de ese capítulo antes de irse a dormir, se encontraba atrapado por la fidelidad y riqueza con que el autor había documentado la historia sobre los sacrificios humanos y animales que se efectuaron durante la época de la inquisición. De alguna

manera, lo que estaba leyendo, le permitía comprender el porque de las fuerzas del mal; sin duda muchos demonios venían desde entonces a consecuencia del tratamiento que la iglesia le dio a los supuestos brujos, posiblemente él mismo buscaría venganza si hubiese sido torturado y luego quemado en su inocencia.

Inundado de un sentimiento de vergüenza ajena por el comportamiento de sus pares en el pasado, meditó al respecto y sintió que la actual situación del cristianismo tenía raíces y causas muy profundas de difícil desarraigo y que ofrecían una imagen fácil de eclipsar; esa era la causa del éxito de otras religiones y creencias más modernas.

Un relámpago iluminó la ventana del cuarto, estirando las sombras de las estatuas que podía apreciar en la galería, la escena se le antojó tétrica y su piel respondió erizándose; el trueno que vino a continuación, aunque anunciado, lo llevó a soltar el pesado libro. Para completar la escena, un sonido de cristales rotos y un golpe seco se dejaron oír precediendo al silencio posterior; caminó hasta la cripta para descubrir que el vitral de la décima segunda etapa del vía crucis, había recibido un impacto de algún objeto; ahora Jesús crucificado presentaba una rotura a la altura de su brazo izquierdo. Buscó el proyectil que efectuó el daño y lo encontró, bajo una silueta de un ángel un objeto negro, se acercó y al agacharse descubrió un ave que reconoció como un tordo, la tomó con delicadeza solo para descubrir que la cabeza del animal colgaba sin esfuerzo. No había sangre, sólo se había roto el pescuezo con el impacto contra la ventana o al caer al piso, al volverse se sobresaltó por el roce de la mano de la estatua, entonces se percató de algo que no había notado al principio, miró con más detenimiento y no pudo encontrar los pedazos de vidrio que debieron saltar por el choque del desafortunado pájaro. Luego de dejar el cuerpo

aún tibio del animal en el baño, regresó para inspeccionar con más cuidado, pero el resultado fue el mismo; a pesar de la lluvia que ahora caía copiosamente, salió de la iglesia y dio la vuelta al edificio, ayudado por una vieja linterna ubicó el lugar por donde ingresó el ave y encontró los brillantes trozos de cristal. Juntó todos aquellos que pudo encontrar y antes de terminar emprendió el regreso, a nadie le diría que sintió que alguien lo observaba desde lo alto del campanario.

Ahora debía encontrar una explicación para justificar porque los trozos salieron despedidos hacia fuera; tomó una ducha caliente y luego envolvió el cuerpo del pájaro en un trapo y lo introdujo en una bolsa de nylon, por la mañana lo enterraría respondiendo a una costumbre que le inculcaran sus padres cuando niño. Se acostó, pero ya no tuvo ganas de leer, intentó dormir sin éxito pues en cada sonido creía descubrir voces o pasos.

Cuando el reloj de péndulo dio cuatro tañidos, aún se encontraba buscando una explicación para el extraño suceso, terminó convenciéndose de que el ave estaba dentro de la nave y que en un intento de salir se llevó por delante el vitral.

En la mañana descubriría cuan equivocado estaba.

## ESTÍMULO

Otra noche intranquila, como tantas de las que habían servido de motivación para sus cuadros más exitosos, las sábanas húmedas por la transpiración y el desorden propio de un descanso interrumpido. Se levantó con torpeza y se dirigió al baño, el retrato reflejado en el cristal del botiquín le hizo notar el paso del tiempo en su rostro, se sabía una mujer bella, pero en los últimos tiempos algo de magia había desaparecido de sus rasgos y su cabello revuelto no contribuía a mejorar su autoestima. Mientras la bañera se llenaba, se cepilló los dientes para quitar el mal aliento del tabaco y luego se subió a la balanza, cincuenta y dos kilos era un valor razonable, pero su peso continuaba decayendo. Se desnudó y con espíritu crítico se puso de perfil y observó su silueta, no podía asegurar que aún era un bocado apetecible para un hombre, pero con treinta y cuatro años, no estaba del todo mal; sus pechos conservaban gran parte de la firmeza juvenil y eran generosos, su cola necesitaba un poco de ejercicio pero tenía forma, parecía que el tiempo solo se había mudado a su cara. Agregó sales de baño al agua y tras unos segundos se introdujo en la espuma, se lavó con esmero y dejó que sus manos jugaran entre sus piernas.

Con la necesidad de sentirse mejor, se vistió con esmero y a pesar de que jamás usaba maquillaje el resultado era satisfactorio. Bajó y desde la vereda observó la ventana del altillo donde pintaba, la mañana fresca penetró en sus pulmones y sintió ganas de dejar de fumar; se ajustó la mochila a su espalda y caminó hacia la zona céntrica.

Ingresó en un bar tradicional sonriendo, había colectado dos piropos en tan solo quince cuadras, buscó una mesa en un rincón junto a la ventana y luego de pedir un desayuno completo, sacó un borrador y un grupo de lápices envueltos en

tela y atados con una banda elástica. Tomó uno de trazo grueso y comenzó a soltar algunas líneas, se detuvo cuando el mozo depositó su pedido en un costado de la mesa para no importunarla y observó que el dibujo comenzaba a cobrar forma; ese primer bosquejo era siempre su guía, cuando llegase a su departamento, se sentaría ante su caballete y entonces con el modelo en una esquina comenzaría a volcar en colores los rasgos preliminares de su nueva obra.

Interrumpió la labor para comer una deliciosa medialuna y dio un breve sorbo a la leche caliente, mientras miraba por la ventana observó como comenzaba a llover nuevamente; satisfecha en la tibieza del lugar donde se encontraba, regresó a su labor, dibujó trazos similares a los viejos edificios de la zona, agregó algunas personas abrigadas corriendo bajo la lluvia, los árboles sin hojas aparecieron un poco después. Al finalizar descubrió que llevaba casi dos horas en la labor, con sentido crítico miró el croquis y sintió que el mismo era una copia fiel de cómo se sentía ahora; el camarero al retirar los restos, sonrió con aprobación ante el dibujo. Era quizá la primera vez que conseguía translucir un triste paisaje lluvioso, en un entorno esperanzador; dejó el dinero bajo el servilletero, juntó sus bártulos y aprovechando que la llovizna era ahora escasa, se marchó a su casa, con la urgencia de plasmar en forma definitiva ese momento de creatividad.

Tras andar algunas cuadras observando las elegantes vidrieras de los comercios de la zona, un nuevo chaparrón de grandes proporciones la tomó desprevenida, si bien se estaba mojando sintió la necesidad de permanecer a descubierto, mientras a su alrededor todos corrían para protegerse, ella caminaba a paso normal quitando cada tanto un mechón de cabello de sus ojos.

Llegó a su hogar –le gustaba llamarlo así aunque solo alquilara dos cuartos de la planta alta- y esperó que la dueña de casa, no



la viese entrar mojando el hermoso piso de madera. Con sigilo subió la enorme escalera y se metió en su cuarto, allí se quitó la ropa mojada y luego de secarse, solo se puso un enorme buzo que un compañero ocasional dejara en una lejana noche de amor. Se metió en lo que poéticamente llamaba su estudio y abrió la mochila, todo su interior estaba mojado por la lluvia, el borrador había perdido la delicadeza de los trazos, el grafito arrastrado por la humedad creaba ahora un paisaje tenebroso, pero no le preocupó pues seguía siendo solo un modelo. Tomó su caballete donde descansaba un lienzo virgen y al volverlo hacia sí, descubrió que había una pintura en él. Se alejó tropezando con trastos viejos desparramados en el piso y casi cae sobre la mecedora donde se sentaba a observar sus obras, llegó hasta la pared que sirvió de límite de contención y desde esa distancia segura observó el retrato.

No podía ser suyo, gritaba su mente, pero los trazos eran los propios; si ella no había pintado eso, ¿quién lo había hecho? Podía imaginar que alguien ingresó en su ausencia y cambió el bastidor vacío por este, pero ¿cómo justificar que el mismo era una copia fiel de lo que había esquematizado hace instantes en el bar? Luego de largos minutos se sentó y trató de poner en orden sus ideas, la única explicación plausible era que esa pintura le pertenecía y que debió pintarla durante la noche en un estado de alcoholismo o sonámbula; como no había bebido y las drogas eran parte de su pasado, solo quedaba la segunda opción, en la mañana había reconstruido el cuadro en un proceso inverso al habitual.

Más calmada se acercó y apreció lo macabro de los colores, los edificios parecían ruinas, los árboles sin hojas eran manos con la piel desgarrada emergiendo de la tierra para tomar las almas de quienes caminaban entre ellas, la lluvia en rojo era la sangre del cielo y la avenida se convertía en un camino tortuoso de

final incierto. Si era su obra, no reflejaba su ser, pero aún así no podía negar la belleza y abstracción de la misma. En los detalles pequeños encontró un rayo que parecía emitir luz, la columna de un farol aparecía quebrada como un crucifijo roto y mirando todo el conjunto desde lejos podía adivinar un rostro diabólico mirando directamente al espectador.

Antes de meter el cuadro en una bolsa, palpó la superficie para ver si aún conservaba colores frescos, al mirar la yema de sus dedos encontró restos de tinte.

Sin tener muy en claro que hacer, se vistió nuevamente y salió llevando la tela consigo.

## EL ARTE DE CREER

No esperaba un comité de bienvenida, pero la soledad de la terminal de ómnibus se me antojó inmensa, recibí el equipaje de manos de un auxiliar y caminé hacia la zona de salida en busca de un taxi. A punto de abordar uno, sentí que me llamaban por mi nombre, me volví y reconocí el rostro agitado de Nahuel que corría hacia mí; abracé a mi hermano menor con amor, unido por sentimientos comunes y por el cariño que nuestra familia profesó y que creó lazos indestructibles.

- ¡Qué alegría volver a verte! Me informaron mal la plataforma de arribo, casi te pierdo.
- Pensé que se habían olvidado de mi regreso.
- No podría nunca, Cris se disculpa pero las últimas semanas a estado con nauseas y vómitos permanentes, creo que el embarazo la tiene a mal traer.
- ¿Se ha hecho algún estudio reciente?
- ¿Para saber como está el bebé? Sí, yo mismo se los pedí al médico y todos han dado bien, parece ser algo normal en algunas mujeres, pero aún así me intranquiliza bastante.

Rodeé a mi hermano por el hombro y ambos caminamos juntos como cuando niños íbamos a la escuela. Subimos al pequeño auto de Nahuel y de allí fuimos hasta mi departamento, tras dejar los bolsos volvimos a salir y marchamos a compartir una charla con la excusa de tomar un café.

- ¿Cómo te fue en el viaje?
- Podría decir que fue positivo, pero algunas cosas que me sucedieron no estoy seguro de poder contarlas.
- Si te sirve, quisiera ser yo el que inicie las novedades, luego de que me escuches tal vez tengas ganas de narrar todo lo que viviste durante estos días.

- Adelante entonces, ¿te molesta si fumo?
- No, salvo por tu salud.

Lo miré con aprecio, algún día quizá seríamos viejos y mi hermanito me seguiría recriminando las cosas que me afectaban, en parte por su carácter inocente y mucho asociado a su visión altruista y sana del mundo. Para recompensarlo, saqué el cigarrillo, lo puse en mis labios pero no lo encendí.

- He estado hablando con Lucía, la hermana de Natalia, ¿la recuerdas?
- Como podría olvidarla, es una muchacha encantadora.
- Ella continúa en el convento y a través suyo estuve obteniendo algo de información sobre la “noche última”, al principio con la idea de mostrar su insignificancia o casualidad y quizá para traerte a un plano de realidad. – dijo con una simpleza que jamás podría ofenderme – Luego de investigar sobre las referencias que ella me dio, he comenzado a preocuparme, puede que no solo estés sobre algo real, si las averiguaciones que sigo son ciertas, los tiempos del mundo se han agotado.

Viniendo de Nahuel, aún una catástrofe sonaba leve en sus labios, pero en sus ojos se adivinaba el peso terrible de la verdad que estaba anunciando. Escuché con atención los detalles de la investigación y recibí los apuntes que resumían los puntos principales; cuando hubo terminado me quedé mirándolo con curiosidad.

- Quieres que te niegue absolutamente todo lo que ahora sabes, ¿verdad? – sin esperar que él asintiera continué – Desgraciadamente no puedo, estamos en un cuarto oscuro y no soy yo quien va a asustarte.

- Gracias por la analogía, ¿te divertirías mucho haciéndolo cuando pequeños? – me preguntó como si en esa cuestión se resolvieran los problemas del mundo.

Mientras buscaba las palabras precisas con que responderle y excusarme, se echó a reír a carcajadas, atrayendo la atención de los pocos trasnochados de las otras dos mesas ocupadas.

- ¿De qué te ríes?
- De tu cara, pensaste que te recriminaba en serio.

Ambos reímos ahora con ganas y el mal que asechaba a la humanidad retrocedió unos pasos ante nuestra fraternidad.

Mi hermano me llevó de regreso y descansé profundamente durante las pocas horas que restaban para el alba, antes de que el despertador se activara, ya me encontraba levantado y tomando una ducha. Me vestí en forma sencilla y antes de tomar el transporte que me llevaría a la escuela, pasé por una panadería y compré unas masas para Esther.

A mi llegada a la villa, recibí el saludo breve pero sincero de muchos hombres y mujeres que comenzaban una temprana jornada de trabajo; busqué al anciano de la pipa sin éxito y terminé arribando al edificio. Era fácil imaginar que sólo había estado ausente durante un fin de semana, la puerta principal abierta de par en par invitaba a ingresar, hubiera deseado regresar en el tiempo y verme con un delantal blanco y un portafolio en mi mano, entonces me volvería y con un poco de angustia me despediría de mi madre hasta algunas horas después; borré la fantasía con un gesto y crucé el portal.

Mi olfato me guió hasta la cocina y allí aguardé observando a Esther sin que esta se percatase, cuando la tuve a mi alcance ingresé con sigilo y abrazándola por detrás planté un beso en su mejilla. Tras el grito producto de la sorpresa y susto, la enorme mujer se volvió y con efusividad me abrazó.

- No imaginas cuanto te he extrañado. – se sinceró sin poder evitarlo.
- No tanto como yo. – respondí.

Me soltó y retrocedió unos pasos, para componerse y verme desde lejos.

- No te han alimentado bien en estos días. – me recriminó.
- Por eso traje estas masas para compartir, no soportó desayunar sin ti.

Sonrió halagada y se volvió a la cafetera y sirvió dos tazas a las que luego les agregó leche en polvo, nos sentamos y aprovechando la soledad de la primera hora, hablamos para ponernos al corriente de las novedades; en lo personal me mostré cauto y omití algunos detalles.

Un poco más cómodo por el curso de la charla, me dediqué a escuchar las noticias que Esther tenía para mí, solo que no estaba preparado para ello.

Mi amiga narró el suceso del anciano, me contó con detalles lo ocurrido aquella mañana, de cómo ella intentó salvarlo, de la joven que estaba inconsciente y de como el viejo antes de morir dijo sólo una palabra. Al ver que no continuaba el relato y bajaba la mirada, le pregunté:

- ¿Vas a decirme lo que dijo ese hombre?

Hacía esfuerzos para contener su angustia y finalmente se expresó.

- Dijo tu nombre...
- ¡¿Qué?!
- Dijo “Nazareno”, te buscaba a ti.
- ¿A mí? ¿Por qué iba a hacer eso?
- No lo sé, pero me entregó algo que a lo mejor sirva para aclararte la situación.

Esther abrió una gaveta y extrajo un paquete envuelto en nylon, en su interior, una tela contenía el objeto en cuestión. Cuando lo tuve en mis manos, noté el poco peso, lo abrí con cuidado y encontré una pipa igual a la que me regalara el anciano con quien compartía un saludo diario y una charla ocasional.

- ¿La reconoces?
- Por supuesto, es del viejo del cual creo haberte comentado, el mismo que talló con sus manos una pipa para mí. – respondí sacando la mía.
- ¿Por qué te la traería? ¿Qué tiene que ver la muchachita en esto?
- Créeme que no lo sé.

Bajo la mirada de Esther comencé a inspeccionar la pipa y encontré algunas rasgaduras en la boquilla de la misma, no eran producto de un maltrato, más aún, parecían hacer sido efectuadas con algún propósito. Mi amiga que había tomado mi regalo preguntó:

- ¿Qué sucede?
- Puede que no sea nada, pero parece que el viejo efectuó algunas marcas en ella. – respondí acercándosela.

Ella la movió de un lado a otro y finalmente tomó la otra pipa y juntó ambas en forma opuesta, luego me miró y supe que había descubierto algo; me puse en pie y fui a ubicarme a sus espaldas, entonces pude ver lo que sus ojos. Ambas, al unirse de ese modo dejaban leer la palabra “noche” de un lado y volteándolas aparecía “última”. Sentí un impacto y no pude hablar.

- Siéntate, - sentí decir a Esther – te has puesto pálido.

Obedecí sin voluntad, si en algún momento llegué a pensar que el destino que Rosa y Lucero me vaticinaron había quedado en Catamarca, ahora sabía a ciencia cierta que esto no era así.

- No quiero abrumarte, pero hay más cosas que debes saber.
- Por favor Esther, enciéndeme un cigarrillo y dime todo de una vez.
- ¿En verdad quieres oírlo?
- No, pero necesito saber.

Esther me contó lo sucedido durante la investigación policial, el modo en que Marta, el padre Francisco y ella coincidieron en no decir que el viejo pronunció mi nombre, las palabras del médico forense poniendo en duda que el hombre pudiese llegar hasta aquí con esas heridas y por último que Marta aseguraba que ese anciano había muerto años atrás. Yo continuaba afectado por las noticias, pero aún en mi estupor asimilaba sus palabras.

- ¿Ya me has dicho todo? – pregunté.
- No, hay algo más que va a afectarte.
- Por favor, no te detengas.
- La muchacha que el viejo cargaba en brazos, tenía algo en su mano que yo no percibí a su llegada, cuando Marta trató de despertarla se percató de ello. Ahora te daré el objeto y espero fervientemente estar equivocada.

Abrió su cartera y mientras su rostro reflejaba toda la aflicción, me entregó una cadenita con una cruz que reconocí inmediatamente, era mi último regalo de aniversario para Beatriz; ella lo llevaba consigo el día que falleció, cuando me entregaron su cuerpo el colgante no estaba, como tampoco su anillo de bodas, por lo que supuse que los cuerpos sin vida habían sido saqueados. Ahora la cadena regresaba a mí, leí el grabado entre lágrimas y entonces observé el Cristo de la cruz; era la única variante, pues tenía el brazo izquierdo roto.

Me levanté de golpe y Esther adivinó mi intención de huir.

- ¿Adónde vas?



- Necesito hablar con el padre Francisco.
- Entonces te acompaño.

Ambos salimos a paso veloz, Esther corrió unos metros para ponerse a la par mía y me tomó del brazo, lo que logró hacerme amainar la velocidad.

La distancia hasta la pequeña iglesia de barrio pareció multiplicarse, sentía la voz de Esther sin oírla y todo giraba alrededor de mí; con las mandíbulas apretadas prácticamente corrí los últimos metros, dejando a mi amiga atrás. Ingresé por la puerta principal y sin poder contenerme grité:

- ¡FRANCISCO!

El eco esparció mi llamado hasta los cielos y cuando me disponía a repetirlo, pude ver al padre que venía hacia mí. Esther se había detenido junto a la pila bautismal y buscaba agitaba recobrar el aliento.

- ¿Qué te sucede Nazareno? – me preguntó sin mostrarse alterado a pesar de mi grito.
- Quiero una explicación para eso, – respondí señalando el Cristo roto del altar – al igual que para esto. – y mostré el colgante de Beatriz.

Francisco se volvió en la dirección señalada para cerciorarse de que hablábamos de lo mismo, luego cerró los ojos por un instante y finalmente me enfrentó.

- Eso que tú señalas, es la representación de nuestro Señor en la cruz.
- ¡Ya lo sé! – bramé descontrolado – ¡Ahora dime por que está roto!
- ¡Está así pues su lazo con Dios se quebró!
- ¡Entonces soy una réplica de él, porque mi lazo se quebró el día que se llevó a la mujer que amaba!
- Su brazo izquierdo está roto, pero es más que una estatua como tú lo ves, es el nexa con el creador;

recuerda que Él, está sentado a la derecha de Dios Padre. – dijo en tono bajo buscan la calma.

Por unos instantes me contuve a la espera de lo que vendría.

- Todo lo que está sucediendo a tu alrededor no es casual, ya te dijeron eso. Ahora es tiempo de que dejes de negarlo y te pongas a cumplir el rol para el cual fuiste elegido. El mal, Lucifer, el diablo o como quieras llamarlo, ha dado ya su primer paso; divide y vencerás es más que una frase, es una realidad. Jesús sigue siendo el hijo de Dios, pero ambos han perdido contacto en una jugada arriesgada con pocas posibilidades de éxito.
- No entiendo.
- Nadie lo comprende en plenitud, solo puedo contarte lo que sé y es que el hijo del mal está en la tierra y que el lazo entre nosotros y el cielo está interrumpido. El último mensaje que recibimos de los ángeles es tan simple como aterrador, Jesús bajará de los cielos para combatir contra el mal, en una batalla que tendrá lugar la noche última antes de la revelación; en tanto Dios Padre y el mal están tomando vidas en esta tierra, para reforzar los ejércitos en el cielo, ¿por qué crees que hay tanta muerte sin sentido en todas partes?

Sus palabras fueron un golpe contundente, me quedé mirándolo y abriendo mi boca en un intento fallido por decir algo coherente. Al mirar a Esther comprendí que se encontraba haciendo equilibrio entre la razón y la demencia, ella aceptaba las palabras y le ofrecía la cualidad de indiscutible; la vi sentarse y hacer la señal de cruz.

- Dime que esto es solo una posibilidad.
- Puedo decirte lo que deseas, pero no viniste a mí por mentiras.

- Por favor, ¿qué significa esto?

Francisco tomó la cadenita y luego de besarla habló:

- Alguien que te ama tanto como para romper las distancias entre cielo y tierra, te ha enviado un mensaje, está en ti interpretarlo.

Sentí que las piernas no iban a sostenerme mucho más, por lo que me senté aferrando la pequeña cruz y lloré a gritos mientras cuatro brazos amigos me abrazaban intentando darme consuelo.

Cuando la pena dio paso a la objetividad, pude hablar:

- Padre, ¿qué debo hacer ahora?
- No sé decirte el cómo hacerlo, pero estás llamado a buscar la forma de entrar en contacto con nuestros seres querido desaparecidos.
- Ellos no pueden oírme, están muertos.
- Sólo sus cuerpos lo están, su alma, su esencia, todo lo que fueron alguna vez perdura en su espíritu, con ellos debes comunicarte.
- ¿Por qué yo?
- ¡Deja de pensar egoístamente! ¿Por qué no tu? ¿Qué te exige de hacer alguna vez algo grande por los demás? Tuviste un amor envidiable, fuiste lo más importante para tu mujer, tanto que ella le ha pedido a los ángeles que seas el representante en la tierra, ¿la vas a defraudar? ¿Vas a dejar que el mal triunfe por no participar, sólo por miedo?
- ¡No tengo miedo!
- ¿Entonces qué es?
- No quiero tenerla y volverla a perder...
- ¡Si no lo haces, puede que entonces la tengas para siempre, pero en el infierno!

El representante de Dios se alejó unos pasos hacia la salida y finalmente giró sobre sus talones, pasó junto a mí y se fue a la sacristía.

- Date un poco de tiempo antes de tomar una decisión definitiva, tal vez el padre tenga razón.

Las palabras de Esther sonaban remotas, ella no estaba en condiciones de opinar sobre factores tan personales como los que me afectaban.

- Si no lo haces por ti, al menos piensa en los demás.
- ¡¿Los demás piensan en mí?!
- Si lo hacen, si no me crees haz memoria sobre tus vivencias en estas últimas semanas, recuerda a todos y cada uno de los que se cruzaron en tu vida; la mayoría de ellos conocían tu condición, pero lejos de provocarte o inducirte, se limitaron a ayudarte para reforzar tus armas contra el mal. – se dejó escuchar Francisco que traía algo en sus manos. – Toma esto, no es un amuleto, ni sirve para evitar ningún mal, solo es un pedazo de la cruz de Cristo; te servirá para recordar que antes que tú, hubo otros que dieron hasta su vida por esta causa.

Tomé la pequeña cápsula de cristal, dentro de la cual había una astilla de madera y por un instante, creí ver el rostro de Beatriz en el reflejo de la esfera.

- ¿Qué clase de broma es ésta? – pregunté.
- ¿A qué te refieres?
- En el vidrio estaba el rostro de Beatriz, como hiciste para lograr eso.
- Yo no hice nada, si realmente viste su rostro puede que tengamos menos tiempo del que pensamos, la barrera entre cielo y tierra comienza a esfumarse y no serás el último que vea el rostro de un ser querido.

- ¿Todos veremos a las personas que amamos y ya no están? – se dejó oír la voz llorosa de Esther.
- Es muy posible que así sea, pero no puedo asegurarlo. – respondió Francisco.
- Aunque acepte cumplir mi parte, ¿cómo sé que debo a hacer? En los últimos tiempos ni siquiera he podido manejar mi vida, mal podría salvar la de los demás.
- No creo que todos estemos equivocados, de una manera u otra hemos recibido señales claras de que tú eres el elegido, pero el papel de salvador de la humanidad te queda grande, para eso Jesús vendrá de nuevo.

Medité sus palabras y comprendí que en realidad yo era una simple herramienta, una pieza más en la maquinaria de combate de uno de los bandos, que podría ser reemplazada por otra similar o incluso mejor.

- No dejes que el mal tuerza el curso de tu pensamiento, debes aislarte de las ideas inducidas, Lucero te enseñó a hacer eso.

Nuevamente alguien leía mi pensamiento y sabía más que yo, Francisco conocía de Lucero y seguramente de Rosa y los demás.

- Tú sabes todo, ¿verdad?
- No todo, creo que actualmente sé tan poco como tú, lo único que nos diferencia es que yo he aceptado la verdad y no dejo que nadie manipule mi pensamiento.
- Pero yo... – no pude terminar la frase.

Iba a decir que no podía leer su mente, cuando me di cuenta que lo estaba haciendo. Recorrí sus recuerdos, sus sentimientos, sus pesares y culpas, sus logros y amores, sus aflicciones, todo sin barreras, incluso su fe. En un momento me detuve y retrocedí, creí ver algo familiar y al regresar el dolor me expulsó.

- ¿Rosa va a morir?
- Todos vamos a morir algún día.
- ¡Sabes a que me refiero!
- Sí, solo buscaba despertar tu ira, ahora comprendes que su padecimiento es terrible, pero no por eso dejó de atenderte y ahora ha marchado en ayuda de las víctimas de un ensayo de Lucifer.

Comprendí que lo visto por los ojos de Yahuar era obra del mal, si más de una decena de niños muertos en forma atroz era un experimento, no deseaba ver una muestra definitiva de su poder.

Rosa iba a morir pronto, no podía aceptarlo.

- ¿Ella lo sabe?
- Por supuesto, ¿qué pensaste?

No supe qué responder y me quedé allí sentado mientras ordenaba las ideas, Francisco se retiró para atender el timbre de la puerta de la sacristía y Esther oraba de rodillas con la cabeza apoyada entre los brazos, un sollozo apagado se dejaba oír de a ratos.

¿Y ahora qué? ¿Debía esperar que el destino abriese una puerta y me invitase a ingresar? O tal vez fuese algo más dramático, quizá un ángel descendería desde el cielo envuelto en luz y llamas y me anunciaría la buena nueva.

- ¡Nazareno! No te dejes inducir.

La voz de Francisco alejó las elucubraciones y comprendí que no eran ideas mías.

- ¿El mal? – pregunté.
- Sí, los demonios saben quién y qué eres, si ellos creen en ti, ¿por qué tú no?

Lo miré con respeto y entonces me percaté de que Francisco no había regresado solo, la muchacha junto a él, miraba la escena fascinada. Al observarla con más detalle, me di cuenta que a

pesar de su figura juvenil, no era mucho menor que yo. Sin esperar la intervención del cura, la mujer se adelantó y se presentó:

- Hola, me llamo Diana y soy amiga de Francisco.
- Ella es Esther, - dije ampliando la presentación – y yo soy Nazareno y me gustaría poder decir que soy su amigo. – respondí señalando al padre.
- Lo eres Nazareno y lo seguirás siendo. – fue su humilde respuesta.- En cuanto a ella, es mucho más de lo que ha dicho, su modestia le impide decir que es una artista exitosa y que sus cuadros se venden más allá de las fronteras de nuestro país; en lo personal la considero una mujer maravillosa.

Diana acusó en su rostro las emociones que le producían las palabras del padre Francisco, sonrojándose inmediatamente; Esther reaccionó y besó a la recién llegada, yo lo hice luego de secar mis lágrimas.

- Si he llegado en un mal momento por favor no tienen más que decirlo y me iré sin ofenderme.
- La circunstancia puede serte un poco incómoda, pero creo que has llegado en el instante preciso, – dijo Francisco – me gustaría que nos contaras algo sobre el cuadro que me regalaste.
- ¿Qué te gustaría saber?
- En particular quisiera conocer el porque de tu dedicatoria, ¿a qué te referías con la “última noche”? – dijo mientras dirigía su mirada hacia mí.

Diana nos miró a todos como si fuésemos nosotros quienes teníamos las respuestas a sus interrogantes, luego miró a Francisco y se limitó a decir:

- No sé que está pasando, esa dedicatoria que mencionas, no recuerdo haberla escrito, pero como en ocasiones

tomo alucinógenos, pensé que la había hecho en uno de esos lapsos. Yo no tengo respuestas para dar, solo preguntas; algo está pasándome y necesito ayuda.

- Habla, quizá la ayuda venga de muchas partes. – comentó el padre.

La joven rompió la bolsa que traía en su mano izquierda y luego puso delante de nosotros el contenido. Creo que todos nos sentimos asombrados por la magnificencia de la pintura que observábamos, cada trazo, detalle y color, se enlazaba a la perfección con el resto, los objetos irreales parecían querer escapar de la tela. La imagen de la devastación sugería pensar en un suceso apocalíptico, desgarrador era el término que surgió en mi mente, pero en realidad era más aún.

- ¿Lo ven? ¿Ven a que me refiero?
- Es una obra magnífica aún en su temática catastrófica. – señaló Francisco.
- Pero yo no lo pinté, aunque en realidad sí.

Diana explicó los sucesos que dieron origen al cuadro y que terminaron motivándola a venir en busca de ayuda, tras lo cual quedamos en silencio.

- Están sucediendo cosas muy extrañas. – comentó Esther por lo bajo.
- Yo tengo algo más para agregar. – dijo Francisco y narró lo sucedido con el ave.
- No busquemos fantasmas, el cuadro surgió de tus manos, soñaste el paisaje o lo alucinaste bajo los efectos de la droga y lo hiciste; por la mañana rememoraste los sucesos y el bosquejo se presentó en segundo orden, no hay nada terrorífico en eso salvo tu adicción. Respecto al pájaro, el mismo efectivamente estaba dentro y quiso salir, no soy muy adicto a ir a misa, pero he visto en varias oportunidades gorriones y



palomas en las naves de las iglesias; este pobre confundió una ventana y se estrelló. – respondí.

- ¿Entonces por qué no encontré restos de cristal?
- Porque saltaron hacia fuera, el golpe fue desde dentro, esa es la causa.
- Entonces sígueme y explícame lo que verás.

Rodeamos el edificio y al llegar junto a la ventana rota desde el exterior, encontramos un único trozo de vidrio correspondiente en forma bastante precisa a casi la totalidad del faltante en el vitral.

- ¿Lo ven? Aquí está el pedazo donde golpeó el pájaro. – expliqué.
- Mira hacia arriba ahora por favor, – dijo Francisco – yo tengo los trozos faltantes que recogí esa noche aquí mismo.

Al elevar la vista comprendí a que se refería, todas las ventanas de la iglesia, estaban protegidas por una malla metálica que impedía fines vandálicos o bien evitaban que una piedra o pelota del descampado contiguo, rompiera los vidrios. El trozo a mis pies jamás podría haber pasado a través del mismo, el espacio del tramado lo hacía imposible.

## EN EL FIN DEL MUNDO

El camino fue devorando los ecos producidos por los cascos de los caballos que tiraban del carro, Manuel llevaba a los animales al límite de sus posibilidades pero evitando ser cruel con ellos, a la primera señal de fatiga disminuía la marcha para darles un descanso. A su lado la figura pétrea de Yahuar miraba fijamente hacia delante, nada había dicho desde la partida, quizá porque ya no tenían sentido las palabras o tal vez su sufrimiento se lo impedía; tras ellos, Rosa y Lucero ubicadas en improvisados asientos, rezaban por el descanso de los muertos.

Tras media hora de marcha, arribaron a la granja de un buen amigo de Rosa, este les facilitó su camioneta y se ofreció para acompañarlos, medio día más tarde se encontraban en la entrada del caserío, nada de lo que vieron a través de Yahuar los pudo preparar para esto. Recostados sobre esteras confeccionadas a mano, pequeñas siluetas descansaban manchadas por la tierra que intentó tragarlas, sus ojos cerrados y su corazón calmo; en derredor el dolor cubriendo rostros de muertos en vida, incontables lágrimas, lamentos que crecían en los pulmones y se expandían hasta acabar con la razón en una letanía sobrecogedora.

Bajaron del vehículo y Yahuar caminó hasta detenerse junto a su hijo, su esposa de rodillas al lado del pequeño cuerpo lo miró y cayó desmayada por tanto sufrimiento. En vano Rosa, Manuel y Eduardo trataron de encontrar alguna señal de vida en los niños, estos descansaban eternamente.

Lucero permaneció sentada dentro del habitáculo, con su único ojo sano cerrado apreciaba aturdida lo que ocurría en derredor, las figuras etéreas de las inocentes criaturas se batían en combate con demonios infernales, estos intentaban sepultarlos

arrastrándolos consigo, en cada uno de ellos vio a su propio hermanito desaparecido en las fronteras de su historia. Algunas almas no tan brillantes se sumaban al combate, eran los ancianos que intentaban rescatar a sus nietos, a pesar de que un espíritu no tiene edad, estos eran más torpes que los pequeños y en breve serían derrotados por los engendros del mal. Lucero cruzó sus manos sobre el pecho y luego las volteó hacia el cielo, entonces el campo de batalla invisible a los ojos del profano se cubrió en luz de venganza; una joven en alma y anciana en años se batió sobre los agentes del infierno y los destruyó uno a uno, a cada instante brotaban más, pero eso no la detuvo, en cambio protegió a los niños que estaban a su alcance y siguió destruyendo a los perversos. Cuando el combate terminó, pudo ver con pena como tiernas luces que no pudo salvar se elevaban a los cielos en compañía de sus abuelos, oró por ellas y guió a las demás a sus cuerpos; por último regresó al suyo para secar las lágrimas que bañaron su rostro. Por primera vez en años se permitió el lujo de llorar, libró la pena de su corazón viejo y su cuerpo se sacudió presa de profundos sollozos.

- Lucero, ¿estás bien? – la voz de Rosa la trajo a la realidad – Eduardo, por favor, busca un poco de agua.
- ¡No pude salvarlos a todos, se me escaparon de las manos! – respondió.
- No te culpes, casi una docena de niños han despertado de la muerte, sin tu ayuda este pueblo habría desaparecido junto a su simiente.
- ¡La lucha es entre grandes, no es justo meter a los niños en esto, ellos no tienen culpa!
- Lo sé Lucero, pero el mal carece de escrúpulos, tu bien lo sabes.

- En cada pequeño vi el rostro de mi hermano implorante...
- Pero a ellos pudiste salvarlos, ahora bebe un poco de agua, la necesitas. – dijo alcanzándole el vaso que trajera el chofer de la camioneta.

La mujer parecía cargar ahora con una eternidad sobre sus hombros, de pronto toda su fuerza había desaparecido, Manuel la miró con pena y dijo:

- Su espíritu casi se apagó hoy, ahora no es capaz de llenar el vacío de su cuerpo.

Yahuar se acercó y en su mirada vidriosa se apreciaba una fuerza inagotable, traía una bolsa pequeña en su mano derecha.

- Vengo a darte gracias anciana, por tu intervención algunos de los míos han vuelto a sonreír.
- No pude salvar a tu hijo...
- Lo sé, pero al menos le diste tiempo para que su alma se contactara con la nuestra, - respondió señalando a su esposa que permanecía unos metros atrás – él se despidió de nosotros por un tiempo, luego volveremos a reunirnos y seremos familia nuevamente.
- No digas más por favor... – dijo totalmente conmovida.
- No lo haré, solo te pido un último favor, enséñame a defender a mi pueblo. – dijo mientras abría la bolsa y extraía una cruz tallada a mano sobre una rama de un árbol. – Mi hijo hizo esto y cuando me lo regaló dijo que en algún momento me serviría para apoyarme, no le entendí por entonces.

Los presentes vieron en el trazo infantil de la madera, un Cristo con su brazo izquierdo roto.

Dos días más tarde emprendieron el regreso, la ausencia de Lucero se hizo notar. Manuel y Eduardo conversaban calmos,

ambos habían sido testigos del mal y sentían la impotencia de no haber tenido los medios para actuar en su contra. Rosa volteaba hacia la ventanilla sin ver, tenía su mente y corazón partido, parte había quedado atrás en el camino junto a la pena de Lucero, la otra mitad anhelaba tener noticias de Nazareno.

En dos provincias distante cientos de kilómetros, dos hijas de Dios que ni siquiera se conocían, tuvieron visiones de lo sucedido en el norte del país. Alicia y Lucía elevaron oraciones durante horas para reconfortar a los familiares de las víctimas, en su pedido rogaban al Creador y a todos los Santos por la suerte del elegido en la tierra; si bien sabían que el nexo celestial estaba cortado, eso no mermaba su fe.

## CAZADOR DE FRONTERA

La joven mucama encargada de la limpieza de las habitaciones, ingresó con cautela a la pequeña sala acondicionada para el niño, miró con pena la maraña de cables y tubos que se extendían desde los instrumentos hasta el cuerpo del diminuto paciente, en un gesto maternal estiró su mano para ordenar el cabello del niño y entonces traspuso los límites de la realidad.

Las luces la cegaron y debió cerrar sus ojos inmediatamente, buscó caminar pero su actual posición se lo impedía, un rumor se fue aclarando hasta convertirse en voces familiares; tras un par de intentos la escena cobró sentido y se encontró acostada en una camilla mirando la luminaria del techo del consultorio de guardia, a su lado una médica y un enfermero la miraban con alivio.

- Sufriste un desmayo, por favor no te toques... - dijo la doctora deteniendo el movimiento de su mano que buscaba la frente.
- ¿Qué sucedió?
- Esperábamos que tu nos lo dijeras, te encontramos tirada en el piso de uno de los box de terapia intermedia, al parecer caíste y te diste un feo golpe en la cabeza, ¿recuerdas que sucedió?
- No, en absoluto, solo entré a limpiar y ahora estoy aquí.
- Además del dolor producto del golpe, ¿sientes algún otro malestar?
- No, no me duele demasiado, pero estoy contenta de haber despertado, mientras estuve desmayada tuve una terrible pesadilla.

Tras tres intentos sin éxito, finalmente dejó un mensaje en el celular de Nazareno, sentía impotencia cuando estas cosas sucedían, en la era de las comunicaciones, un mensaje grabado era la elemental respuesta a su desesperación. A pesar de ser el único día en la semana donde no tenía guardia ni consultorio, decidió ir a la clínica; antes de hacerlo llevó a Eunice a casa de su hermana y luego continuó su camino.

En su oficina ordenó algunos papeles mientras encendía su computadora personal, luego se conectó a la red y efectuó algunas búsquedas, por último miró sin demasiado interés su correo y se detuvo en uno que llamó su atención, el remitente era uno de los médicos a los que solicitara colaboración para el caso de Narciso.

Su amigo se disculpaba por la demora, la misma se debía a que estaba de viaje por un congreso y ahora al regresar recién había visto su pedido, tras la disculpa le informaba que en el archivo adjunto, encontraría algo que tal vez pudiera ser de su interés.

Abrió el documento y leyó. Se trataba de un informe de pacientes con síntomas de sonambulismo, el extracto resumía la situación de más de una centena de casos; continuó avanzando mientras salteaba algunos párrafos y se detuvo un par de páginas más adelante, allí se mostraban imágenes de los resultados de electroencefalogramas tomados en momentos en que se manifestaba el problema. Se levantó y fue en busca de los estudios de Narciso, abrió la carpeta y luego de desparramar los resultados sobre el escritorio, extrajo lo que buscaba y comparó los datos; al menos en el aspecto visual, los resultados eran prácticamente similares. ¿Eso quería decir que el niño estaba permanentemente en un estado de sueño anormal? Leyó un par de líneas más y luego dejó todo y se dirigió donde él.

Saludó a la enfermera y se detuvo al lado de la cama del pequeño.

- Está dormido, - dijo la auxiliar – por suerte no se despertó con el batifondo de esta mañana.

Horacio se volvió hacia la mujer.

- ¿A qué se refiere usted?
- Perdón, pensé que usted sabía. – dijo con sensación de culpa por haber hablado de más.
- ¿Puede usted decirme que sucedió?
- Una de las mucamas sufrió un desmayo mientras limpiaba la sala, cayó y recibió un duro golpe en su frente al dar sobre la mesa de instrumental, pero nada se rompió.
- ¿Cómo está ella? – preguntó haciendo caso omiso al último comentario.
- Creo que bien, puede usted encontrarla en la clínica, no quiso irse a su casa.
- ¿Sabe como se llama?
- Solo su nombre, es Graciela, el apellido lo ignoro.

Horacio salió de la habitación y pidió al jefe de personal que ubicara a la mucama y la enviase a su oficina, luego fue por una taza de café y se quedó a la espera.

- Permiso, ¿me buscaba usted?
- En efecto, adelante por favor, tome asiento.
- Gracias. – respondió la joven con timidez.
- Me han dicho que sufrió un desmayo, ¿cómo se encuentra ahora?
- Bien, casi no me duele, ¿molesté al niño?
- No, en absoluto, no se sienta mal por él, en realidad la mandé a llamar porque quería conocer sin agregados de intermediarios los sucesos.



- No hay nada extraño, entré a limpiar como todos los días lo hago, me acerqué al niño y sentí mucho dolor por él, yo tengo un hijo de la misma edad.
- ¿Qué hizo entonces?
- Prácticamente nada, vi que un mechón de su pelo caía sobre sus ojos, lo corrí o creo al menos que lo hice y luego me desperté en la enfermería.
- ¿Cuánto tiempo estuvo usted inconsciente?
- Debe haber sido bastante, porque tuve tiempo de soñar.
- ¿Recuerda que soñó? – preguntó con interés.
- No podría olvidarlo ni queriéndolo, fue una pesadilla terrible.
- Por favor, cuénteme lo que soñó sin omitir el más mínimo detalle.
- Intentaré hacerlo. En el sueño si bien yo no podía verme a mí misma, me encontraba ubicada en medio de lo que podría describir como una amplia avenida; digo esto porque había autos detenidos en ella y edificios alrededor, pero todo estaba destruido de una manera atroz, algunos coches parecían enterrados en el pavimento, los edificios no estaban rotos, más bien parecían derretidos, el cielo no era azul, tenía un tinte rojizo y las nubes no dejaban ver el sol. La luz carmesí cubría el paisaje, daba la sensación de que todo estaba bañado en sangre. Yo podía escuchar voces que pedían ayuda, pero no había nadie cerca de mí, al caminar intentando escapar, encontré enormes agujeros a los que me asomé sin poder ver el fondo, entonces noté que los sonidos de lamentos que escuchaba venían desde ellos. Me agaché para mirar con más detalles y entonces algo invisible que surgió desde su interior me agarró de las manos y comenzó a arrastrarme, mi voluntad de

resistirme era cada vez menor y finalmente cedí cayendo en la oscuridad de esa noche que sentía era la última.

- No te detengas. – insistió Horacio al prolongarse la pausa.
- No, no me detuve, eso es todo; lo siguiente fue despertar y ver las luces de la enfermería.
- Bien, ¿no has olvidado ningún detalle?
- Si, pero es una tontería.
- No lo es, dime de que se trata.
- Mientras estaba en el sueño, una luz pequeña y cálida se mantuvo a mi lado, creo que intentaba protegerme pues se interpuso ante mí cuando iba hacia el pozo, pensé en seguirla pero finalmente no lo hice y los resultados fueron los que le mencioné. Ahora sí le dije todo.
- Te lo agradezco.
- ¿Le sirvió de algo?
- De mucho.
- ¿Estoy bien?

Horacio comprendió la preocupación de la mujer por su propia salud.

- Si, estoy casi seguro de que lo estás, pero si necesitas algo no dudes en consultarme; ahora tómate una hora de descanso y ve al bar por un almuerzo succulento, eso te hará sentir mejor. – mintió – Ya di la orden de que te lo sirvan sin cargo.
- Gracias doctor,
- Por nada. – respondió despidiéndola para luego llamar al bar y autorizar el pedido.

La urgencia lo apremiaba, sin efectuar otro intento de comunicarse con Nazareno, subió a su coche y marchó hacia la escuela. A pesar de que la delincuencia era una constante en la villa, nadie intentó nada contra el médico, sabían que era una de las pocas personas del exterior que se preocupaba por ellos, por lo que lo dejaron pasar.

Horacio entró en el edificio y se sorprendió al no encontrar a nadie conocido, solo una mujer mayor se hallaba en el mismo preparando el desayuno de los chicos.

- Buen día, ¿sabe usted donde está Nazareno?
- Están todos en la iglesia. – respondió.

Regresó sobre sus pasos y con prisa se dirigió hacia el templo, se sintió agradecido al observar que su amigo estaba entre el grupo que conversaba en las afueras de este.

- Hola Horacio, felices los ojos que te ven. – saludó cordial Esther al ser la primera en ver llegar al médico.
- Hola a todos, - respondió bruscamente – necesito hablar contigo. – concretó dirigiéndose a mí.
- Creo que todos debemos conversar, - añadió Francisco – estamos viviendo sucesos que nos son comunes.

Ingresamos a la cocina y mientras el padre preparaba café, le pedí a Horacio que se expresase.

- No sé qué está pasando, pero tengo en mi clínica internado a un niño, que con solo tocarlo es capaz de hacerte partícipe de sus sueños y créeme no te gustaría soñar lo que él.
- ¿Se parecen en algo a esto? – preguntó Diana mostrando su obra.

La respuesta de mi amigo no fue necesaria, con solo ver su rostro supimos que estábamos hablando de lo mismo.

- ¿Qué está sucediendo? – fue su pregunta con tono de ruego.

- Sé tanto como tú, pero factores que escapan a nuestra comprensión nos están llevando a puntos comunes, nada más puedo decirte.
- ¿Tiene esto que ver con lo que me preguntaste sobre la “noche última”? – insistió.
- Horacio, no sé si eres un hombre de fe, - intervino Francisco- pero de seguro conoces la profecía de la segunda venida de Jesús a la tierra; aparentemente Dios se ha visto en la necesidad de adelantar sus planes y nos encontramos en el tramo final de la historia de la humanidad. El mañana es algo impreciso, puede que exista o no y creo que en parte depende de nosotros.
- ¿Hemos llegado al fin de la humanidad?
- Horacio, no te sientas tan mal, en general hemos perdido nuestra condición de humanos hace ya bastante tiempo, solo que preferimos ignorarlo; ahora es el momento de pagar las culpas por tanta barbarie. – le respondí a mi amigo mientras me ponía en movimiento y tomándolo del brazo lo obligaba a seguirme, la urgencia había ganado mi ánimo.

## EL OCASO DE UNA FLOR

La partida de Nazareno y la separación de Lucero, parecían haber precipitado su tiempo, Manuel cada mañana venía a verla y en el silencio de su carácter, observaba como poco a poco se extinguía el brillo de una mujer increíble; la impotencia ante un destino inapelable, le recordaba la desaparición de su familia y el dolor asociado le impedía alejarse de ella.

- Manuel, ¿nuevamente por aquí? ¿Estás peleado con tu madre que no la visitas?

El la miró con aprecio y permaneció callado.

- Tú y yo no tenemos secretos, ¿verdad?
- Yo no los tengo para ti, pero sé que puedes bloquear tu pensamiento cuando lo deseas, por lo que no puedo asegurar que sea recíproco.
- ¿Has intentado explorar mi mente alguna vez?
- No, debes tener tus motivos para el silencio y no soy quien para violarlos.
- ¡Eres un gran hombre Manuel! ¿Lo sabes?
- Es tu opinión, yo tomaré una frase prestada para definirme, es la siguiente: “...*en un lugar donde alguna vez existió un gigante, todos los demás estamos condenados a ser enanos...*”.
- Es bonita, ¿de donde la sacaste?
- No estoy seguro, creo que fue un libro que leí de joven, por entonces no comprendí la profundidad de la frase, solo cuando te conocí a ti cobró sentido.
- Sabes que mi fin está cerca.
- Preferiría ignorarlo, pero si bien no sé cuando sucederá, sé que es así.
- Te mostraré cuando será, ese era mi único secreto, no deseaba compasión ni atar a nadie a mi destino. Para tu

tranquilidad, nada se puede hacer para evitarlo, es parte de un plan que comenzó a gestarse antes de nuestra concepción y que ahora llega a su fin.

- Tiene que ver con Nazareno, ¿no es así?
- Efectivamente, él está ligado a nosotros y pronto se enfrentará a lo inimaginable. Sabes, cada vez que leí su mente, solo pude ver hasta el presente, eso es algo que jamás me había sucedido; Lucero se convenció de que era el elegido cuando a mi pedido trató de ver, por eso accedió a ser su institutriz.
- ¿Puedo pedirte un favor?
- El qué deseas.

Manuel pareció turbado, quizá por algo semejante a la culpa por su egoísmo, Rosa decidió dejar que él expresase su pedido con palabras, a pesar de lo simple que hubiera sido leer su alma.

- Yo no puedo ver mi futuro, - dijo y se detuvo unos segundos – tú que puedes, ¿me dirías si cuando muera estaré junto a los míos?

Rosa lo observó llorar como un niño y sintió pena, se enderezó en la cama y tomó su mano obligándolo a sentarse, luego lo abrazó y sintió como él se dejaba proteger.

- Estarás junto a los tuyos Manuel, no lo dudes, ¿qué Dios podría negarle eso a un hombre como tu?

Las semanas siguientes fueron degradando el estado de salud de Rosa, Isabel no se movía de su lado y Manuel pasaba todo su tiempo libre junto a ella. Su rostro se había consumido, su piel mostraba un tinte enfermizo, pero aún con su voz apagada mantenía la magia de su mirada.

- Manuel, te mandé a llamar porque necesito un gran favor de ti.

- ¿Quieres que mande a llamar a Nazareno?
- No precisamente, fui clara contigo al respecto, no debíamos preocuparlo ni hacer nada que lo llevara a regresar.
- Entonces, ¿qué deseas?
- Solo que le des este mensaje.- respondió mientras le daba una pequeña esquela.
- ¿Nada más?
- No Manuel, ni siquiera lo llames cuando yo me halla ido, he protegido mi destino para que no llegue a él. – respondió anticipándose a su inquietud – Ahora vete a visitar a tu madre, ella te extraña y yo tengo cosas que hacer.

Manuel salió de la casa respetando la voluntad de su amiga, se sentó en el umbral, guardó la misiva en el bolsillo de su camisa y rezó por el descanso eterno de Rosa.

El corazón de Lucero percibió el suceso, sin fuerzas para llorar aferró su Cristo roto y rezó por su amiga, era una despedida temporal, muy breve quizá.

## DESPERTAR DEL MAL

*“La noche no solo es el refugio de los enamorados o los solitarios, en ocasiones da cabida a fenómenos indescriptibles que se guarecen en las sombras a la espera del momento en que pueden liberarse, lo hacen para ocultar la vergüenza que sienten por su propia condición.”*

El desembarco en el mundo de los vivos formó parte de un plan perfectamente planeado, el mal a sabiendas de su imperfección no se conformó con una única oportunidad, múltiples alumbramientos en distintas partes del planeta se efectuaron a un tiempo; en un gesto de ironía, los puntos de nacimiento al ser unidos por líneas imaginarias, formaban una cruz invertida respecto a los polos.

Los lugares elegidos abarcaban todos los espectros sociales, ciudades populosas, páramos inaccesibles, pueblos olvidados y el más importante de todos emplazado en medio de una villa de emergencia.

Cada niño evolucionó en el mal, se convirtieron en adolescentes y fueron a imagen y semejanza de su creador, ya en la adultez procrearon y en cada semilla dejaron los elementos necesarios para perpetrar su legado. Ahora cada hombre y mujer, un total de trece, se han puesto en camino hacia el punto de encuentro, donde tendrá lugar la batalla que definirá el destino de la humanidad, en su camino tienen una misión, destruir a los enviados de Dios.



**CAPÍTULO IV**

**NEXO CELESTIAL**

---



## ENSAMBLE

Horacio conducía ensimismado en sus pensamientos, un par de vehículos que cruzamos estuvieron a punto de embestirnos, pero gracias a Dios no fue así; por unos instantes me pregunté si al ser parte de un plan celestial, no estaba a salvo de la muerte, pero entonces la memoria me jugó una mala pasada y trajo a mi mente una de las frases que me dijera Beatriz en el primer sueño que torció el rumbo de mi vida; entonces ella me pidió que fuese cauto, que me cuidase pues ya no habría nadie para protegerme. Apenado por esta jugada de los recuerdos, desvié mi mirada para evitar que Horacio viera mis ojos vidriosos, entonces por un instante inferior tal vez a un segundo, pude ver una imagen fantasmal. En una de las angostas calles de la villa, una figura inhumana dejó de comer carne humana para verme pasar y sonrió al confrontarnos.

- ¡Detente!- grité descontrolado.

Horacio clavó los frenos inmediatamente.

- ¡¿Qué te pasa?! – dijo sin poder evitar que me bajara del vehículo aún en movimiento.

Corrí los escasos metros que me separaban del lugar de la visión y al doblar la esquina, asusté a un perro solitario que inspeccionaba una bolsa de residuos, me volví para certificar que me encontraba en el lugar correcto y encontré detalles coincidentes, con excepción del demonio, todo era igual.

- ¡¿Estás loco o quieres matarte?! – me gritó Horacio que había retrocedido con el auto.

Caminé hasta el coche y subí en silencio.

- Vas a terminar por detener mi corazón, no vuelvas a repetir jamás una acción tan intempestiva. – dijo mientras me observaba.

Luego de esperar la respuesta que no le di, continuó:

- Escúchame, no sé que diablos está sucediendo pero tengo miedo, tú y los demás hablan del fin de la humanidad como si no formasen parte de ella. Yo temo, tengo pecados que no me animo a confesar, he desafiado a Dios al priorizar mi carrera sobre mi descendencia, le he reprochado cada vida que no he podido salvar; no he sido generoso, no tengo mi boleto al cielo. Lo último que necesito en estos momentos es cargar con la culpa por tu muerte, ¿me oyes?
- Si te sirve de algo lo que voy a decirte, tú estás entre los salvos.
- ¿Cómo puedes saberlo? No conoces quién soy en realidad, mi vida y lo que hice en ella me condena.
- Puedo verte entre las fuerzas de Dios. – le respondí con sinceridad.

Las palabras habían surgido de mi boca pero inducidas por una voluntad externa, aún en esas condiciones no había mentido, cada persona se presentaba con un halo de luz cuando estaban entre los elegidos y con sombras cuando no; en un primer recuento sentí preocupación, las luces no predominaban.

Una vez en la clínica, no me sorprendió ver el cariño y respeto que despertaba mi amigo entre sus subordinados y pares, su sola presencia imponía orden, cualquier enfermo sin duda debía sentirse mejor con solo verlo entrar en su cuarto.

Pasamos por su despacho donde tomó algunos papeles y luego nos internamos en el área restringida al público, nos encontramos con la madre del pequeño que luego de saludar a mi amigo con una enorme alegría, se retiró para dejarnos revisar a su hijo.

- Ella te ha mirado como si fueras Dios, ¿viste sus ojos?

- Sí, he intentado decirle que haré lo imposible por su hijo, pero que realmente tengo las mismas armas que otros médicos que lo atendieron antes.
- Pues ella debe saber algo que tú no percibes, quizá sea parte de su instinto maternal.

Horacio me dejó hablando solo con un gesto cómico de desaprobación y recorrió los instrumentos que llevaban varias horas continuas registrando datos, su rostro inmutable y sereno demostraba el modo como se desenvolvía en su ambiente, efectuó algunas anotaciones en una libreta y luego se acercó al niño.

- Ven, acércate a él.

Obedecí y me ubiqué en el lado opuesto de la cama.

- Por favor, ubícate aquí junto a mí, - reiteró - no me gustaría que te desmayes y luego tenga que atenderte.

Una vez junto a Horacio, él tomó mi mano y la llevó a la frente de Narciso; el pequeño no acusó el contacto, pero los equipos de monitoreo entraron en una actividad inusitada.

- No hables y no dudes en quitar tu mano si así lo deseas, puede que cerrar tus ojos facilite las cosas.

Bajé mis párpados sin ningún resultado, esperé unos segundos mientras algunas alarmas de bajo umbral sonoro sonaban a mis espaldas, nada que no fuese mi propia imaginación se mostraba ante mí; aguardé pacientemente hasta que sentí la pérdida de contacto de la mano de Horacio, seguidamente abrí mis ojos para verlo y entonces pude presenciar la desaparición de la habitación, donde debía haber paredes blancas encontré un pasaje de rocas abruptas, el piso compuesto de barro que se hundía bajo mis pies, un calor sofocante y húmedo se sumaba a un olor penetrante que inundaba mis fosas. Sentí una presencia tras de mí y al voltearme encontré a mi amigo atemorizado, con el pensamiento lo aparté de la pesadilla de Narciso pidiéndole

que me dejara solo, él debió despertar en el mundo real, pues desapareció de este. Caminé unos pasos y sentí que mis movimientos eran torpes, el dolor se sumaba a las sensaciones, si esto no era el infierno, sin duda debía parecerse mucho; avancé mientras contenía las ganas de vomitar, sentía náuseas al ver los cuerpos mutilados revolcándose en agonía, no eran humanos a juzgar por sus alas, sin duda eran ángeles. Me detuve a analizar lo visto y efectué un cambio de perspectiva, solo en mi mente existía el preconceito de las figuras celestiales provistas de miembros capaces de permitirles volar, un ángel no es más que un espíritu, por ende lo que veía era una proyección de mi propia visión de los hechos; tras el ajuste ya no hubo siluetas de ángeles en aflicción, solo quedaron puntos de luz más o menos claros. Continué el avance y a mí alrededor comenzaron a aparecer los seres queridos perdidos en el ayer, vi a mis abuelos, a mis padres, familiares más o menos cercanos, todos ellos se acercaban y sonreían, luego permanecían a mi lado; estiré mis manos para acariciarlos y obtuve el contacto esperado, mi madre tomó mi mano y a pesar de la perfección en los sentidos, supe que todo era falso, de haber tenido la posibilidad de encontrarme ella me hubiera abrazado como cuando niño. Aún luchando con el deseo de ver a todos aquellos que amé, evité que mis sentimientos interfirieran y los fantasmas del ayer desaparecieron de inmediato, con el vacío producto de su ausencia me enfrenté al paso siguiente. Ante mí se formó un abanico de canales, algunos no iban a ninguna parte, otros se unían y finalmente existían los que conducían hacia algún sitio; a punto de optar por uno, la imagen de Rosa apareció ante mí.

- No debes entrar al laberinto, solo conduce a la demencia, busca ayuda para hacerlo.

- Apártate de mí, - dije mientras repetía el proceso con el que había eliminado a las anteriores fantasías – sé que eres falsa.
- Perdona que te confunda, pero soy real, o tan real como puede ser un muerto para un vivo.

Rosa seguía allí, por más que lo intentaba, no desaparecía.

- No puedes ser quien dices, ella está viva.
- Ya no lo estoy, al menos físicamente, deberás confiar en mí una vez más muchacho.
- Dame una prueba de que eres quien dices.
- ¿Cómo probártelo? No eres tonto. Si te dijese algo que ignoras, podrías pensar que miento, si te digo algo que conoces pensarás que es tu propio conocimiento manipulado, ¿me equivoco?
- No, estás en lo cierto.
- Por favor cree en mí una vez más.
- Voy a seguir adelante. – contesté.

Desperté en brazos de Horacio, él me sostenía y había miedo en su rostro.

- ¿Te sientes bien?
- Sí, ¿qué sucedió?
- Yo aparté tu mano de Narciso.
- No debiste hacerlo, estaba a punto de descubrir algo.
- El fantasma que se presentó ante mí fue muy convincente, dijo que estabas en peligro y dejó algo en mi mano. – me respondió mostrando su puño cerrado.
- Dámelo entonces.
- Tengo miedo.

Comprendí sus sentimientos, con delicadeza abrí su mano para recibir en la mía un objeto liviano; observé mi palma y

descubrí una alianza de oro, al observar su interior pude leer “*Rosa 23-06-1960*”.

- Dijo que era el anillo de bodas de su esposo.
- ¿Cómo era ella?
- Una anciana agradable, de no haber sido así yo hubiera salido corriendo o estaría desmayado.

Superado por la emoción miré a Horacio mientras sentía como un nudo se formaba en mi garganta.

- Ella está muerta y sin embargo vino hasta mí para ayudarme, estas cosas no deberían suceder.
- Debió quererte mucho para hacerlo.
- Nuestra amistad fue de poco más de dos semanas y un par de mensajes telefónicos.

Horacio me tomó por los hombros y en su mirada solo hubo comprensión, luego volteó hacia los instrumentos donde efectuó algunos ajustes; en tanto, me corrí para dejarlo hacer y me ubiqué en la cabecera de la cama de Narciso, el niño efectivamente parecía dormido, pero algo en mi me decía que no era así. Salí y fui en busca de su madre.

- ¿Qué le sucedió a Narciso?
- ¿A qué se refiere? – me respondió.
- El no se durmió una noche para luego no despertar, algo le pasó, ¿qué fue?
- Nada... - titubeó.
- Escúcheme, mi amigo está haciendo lo imposible por curarlo, pero yo sé que no puede; si usted no me ayuda a comprender, perderemos a su hijo para siempre.
- No es nada especial, en nuestro hogar Narciso tiene un caballo, es su pasión. El día previo a dormirse, llegué a casa luego de trabajar y me encontré con que no había ido a la escuela, se había quedado cuidando del animal que estaba un tanto enfermo, discutí con él más de lo



debido, creo que descargué todo mi agotamiento y frustraciones en ese diálogo.

Con mi pañuelo sequé las lágrimas que espontáneamente brotaron en ella, no la interrumpí ni tampoco la forcé a seguir, debía darle su tiempo, por lo que me abstuve de leer su mente.

- Gracias. – respondió mientras tomaba fuerzas para continuar - Sin medirme en lo que decía, continué la perorata y en un momento Narciso me dijo que lo dejara en paz, que prefería irse con su padre. Entonces, me salí de control, me acerqué a él para darle una cachetada, pero al hacerlo tropecé con un balde e hice caer unos leños. El caballo se asustó y lanzó una coz que dio en su pecho, no fue muy fuerte, pero cayó hacia atrás y se golpeó la nuca; él se incorporó y llorando se fue a la casa, se metió en la cama y se durmió. Yo entonces consideré que era lo mejor, no estaba preparada para enfrentarlo, en la mañana le pediría perdón, pero ya no volvió a despertar...

Se sentó y lloró el dolor contenido sin tapujos, me hubiera gustado consolarla, pero me urgía el niño; entré en la sala y encontré a Horacio golpeando un instrumento que parecía no responder.

- ¿Algo anda mal? – pregunté.
- ¡Todo! - respondió enojado - Estos aparatos costaron una fortuna y marcan valores irreales, son prácticamente nuevos.
- No hay error en lo que miden. – respondí.
- ¿Y desde cuando eres instrumentista?
- Horacio, debemos hacer algo pero con cuidado, si no logramos despertarlo en forma inapropiada, lo perderemos.
- ¿A qué te refieres?

- No está dormido, está muerto.
- ¡¿Qué?! – gritó casi descontrolado.
- Solo escúchame y no saques conclusiones apresuradas, el niño recibió un terrible golpe el día antes de dormirse, pero en realidad no se durmió, él murió a consecuencia de un traumatismo.
- ¿Y cómo explicas que esté aquí respirando?
- Este jovencito quedó detenido en el momento en que debía morir y trascender a espíritu para ir junto a Dios, el alma de un niño tiene una pureza que tienta al mal al punto de hacer lo increíble para obtenerla, los ángeles luchan constantemente con los demonios para hacerlas llegar al cielo. En el caso de Narciso, su alma está en poder de un ángel, que no pudo llevarlo consigo porque el nexo entre la tierra y el cielo está cortado.

Horacio me miraba con los ojos nublados, sus manos temblaban y su boca no terminaba de articular lo que su mente pensaba.

- No sé de donde me viene este conocimiento, pero tengo la seguridad de estar en lo cierto. Ahora debo hablar con su ángel para que lo libere, si él accede yo podré traerlo de vuelta con nosotros.

No esperaba la reacción de mi amigo, se persignó y desconectó todos los sensores del cuerpo de Narciso, luego me preguntó:

- ¿Cómo puedo ayudarte?
- Tráeme esa silla.

Me senté junto al niño y puse mis manos en sus sienes, aparté las pesadillas inducidas por los sequitos del mal y encontré un punto de luz.

- ¿Eres su guardián?

Por respuesta solo hubo silencio.

- ¿Eres su ángel? – insistí

- Lo soy.
- ¿Puedes darme su alma para llevarla conmigo y dejarlo vivir?
- No.
- ¿Por qué no?
- Debo llevarlo junto a Dios.
- ¿Y por qué no lo has hecho? – arriesgué a preguntar.
- No lo sé.
- Yo sí. No puedes porque el mal ha roto los caminos que solías usar, ahora se hace cada vez más poderoso y pronto se llevará a Narciso y te arrastrará a ti si puede o te destruirá, sabes que no miento.

La entidad vaciló unos instantes y finalmente se expresó.

- Sé que dices la verdad desde tu visión de los hechos, yo no debería tomar esta decisión por mí mismo, pero estoy a punto de perder la batalla con ellos; solo por eso te lo daré, pero estaré expectante de ti.
- Hazlo, siempre es bueno tener un ángel de la guarda.

Algo se impregnó en mi y sentí el alborozo de un alma inquieta fluir desde mi corazón a lo largo de los brazos, abrí los ojos y me encontré con el rostro sonriente de Narciso, el chico aún débil respondió a mi abrazo y me besó la mejilla con la enorme ternura que solo un niño posee. Horacio a mi lado lloraba y reía a su vez, se tapaba la boca con sus manos y caminaba totalmente exaltado.

- Voy a decirle a su madre. – dijo y salió de la sala.
- Tú me salvaste. – esbozó con su vocecita aún débil.
- No hijo, tú lo has hecho al devolverme la fe.

Permanecimos abrazados por un largo rato, yo acariciaba su cabello y él se limitaba a descansar.

- Eres un niño muy especial Narciso, ahora debes aprender a vivir sin pesadillas que te aterren.

- No tuve demasiado miedo, ella me protegió muchas veces.
- ¿Tu madre? – dije señalando al verla entrar con Horacio.
- No, tú esposa.

Dejé que madre e hijo se abrazaran y recuperaran el tiempo que les había sido robado, más tarde hablaría con el pequeño acerca de mi amada, ahora tenía otra urgencia; tomé mi celular y llamé a Esther, su voz inconfundible respondió pronta, le pedí información sobre donde había sido trasladada la joven que el viejo trajera en brazos. Cuando lo supe, tomé a Horacio nuevamente, que ahora se dejaba llevar sin protestas y solo le dije.

- Vamos, tenemos que ir al hospital provincial.

Mi amigo no hablaba, por un momento pensé que los últimos sucesos lo rebasaron y no estaba muy equivocado, pero al mirarlo de perfil y a pesar de su distracción, vi que sonreía. Por curiosidad y explotando los recursos de Lucero, leí su pensamiento y supe que su alegría nacía de la tranquilidad que le daba el saber que había otro plano de existencia; su fe si bien fuerte, era autodidacta respecto de la muerte, tanto tiempo viendo sufrir a los demás le indujo la creencia de que otra vida era imposible y ahora todas las sombras de su alma se apartaban como un telón para mostrarle la obra más grande del Creador.

Se volvió hacia mí y sonrió con todo su rostro.

- Es bueno que sepamos que todos nuestros esfuerzos en la tierra tienen su recompensa en el cielo, ¿verdad? – le dije para tranquilizarlo.
- No es bueno, es maravilloso, digno de Dios.

Arribamos al hospital y recorrimos amplios pasillos de techos altos, típico de las construcciones antiguas, Horacio se movía con soltura y me costaba seguir sus pasos; una enorme araña colgando del techo abovedado distrajo mi atención y mientras la observaba percibí en el límite de la visión algo imposible, giré mi cabeza y observé un rostro oscuro aferrado a lo alto de una columna, el hombre me devolvió la mirada y se escondió moviéndose con rapidez. Me moví unos pasos y pude apreciarlo nuevamente.

- ¿Qué sucede? ¿Qué miras? – dijo Horacio regresando.

Señalé al desgraciado en el techo.

- Si, todo el hospital tiene manchas de humedad y mampostería caída, los presupuestos no alcanzan...

- ¡Allí! - lo interrumpí bruscamente.

- ¿Dónde?

Entonces comprendí que solo yo podía verlo, era un hombre de unos cincuenta años, su rostro oscuro pero no por el color de su piel, era como si estuviera en sombras, sus manos temblorosas y la expresión de terror deformando su cara. No se agarraba de ningún lado, en cambio cubría su pecho y se miraba allí a cada instante.

- Horacio, ¿tienen un registro fotográfico de los pacientes internados aquí?

- Me parece que miras mucha televisión, de las personas que vienen aquí la mayoría de las veces no llegamos ni siquiera a saber su nombre, las entradas se registran en papel en grandes carpetas, ¿a qué se debe tu pregunta?

- ¿Dónde está la morgue? – pregunté en reemplazo.

- En los sótanos.

- Vamos allí.

Mi amigo me guió sin discutir picado por la curiosidad, bajamos largas escaleras de mármol gastadas y llegamos a la morgue.

- Aquí es.
- Lo reconocí por el olor. – contesté.
- Si, es nauseabundo, ¿qué quieres ver?
- Recién en la galería vi un hombre en el techo, tú solo viste humedad, quiero saber quien es.
- ¿Algún superhéroe?- dijo riéndose.
- No estoy para bromas, quiero ver los cadáveres más recientes.

Ante mi insistencia, Horacio habló con el médico encargado y en unos minutos el hombre nos señaló los tres casos de fallecimiento acontecidos durante la noche y trajo sus historias clínicas.

El primero era un anciano, había muerto mientras dormía tras una larga afección coronaria; el segundo era una mujer, tenía el rostro destrozado, había sido víctima de un accidente automovilístico, el tercero era el sujeto de la galería, su historial señalaba muerte en un tiroteo, una bala de la policía traspasó su pecho. Al pedir más detalles, supimos que era un ex convicto con una larga lista de crímenes en su haber.

- ¿Es él a quien viste?
- Si, su alma vaga por el hospital, creo que espera el momento en que se abran las puertas del infierno.

Horacio me tomó del brazo y me sacó con rapidez agradeciendo al colega el gesto.

- No puedes andar hablando de muertos caminantes y almas en pena delante de cualquiera, por favor mantente callado.

Comprendí que tenía razón y me limité a seguirlo en busca de la chica, para su tranquilidad omití decirle que el espíritu del hombre seguía nuestros pasos.

## PREDECESOR

Lucía se encontraba en el taller de manualidades del convento, llevaba allí un par de horas confeccionando algunos muñecos de trapos para regalar a los niños del hospicio en su próxima visita, ante ella descansaban payasos y muñecas de todos los colores; desde la iglesia llegaban las notas suaves y profundas del órgano, eso la tranquilizaba y le permitía distraerse de sus pensamientos. Con habilidad sus manos iban creando figuras, las costuras daban formas y en momentos como aquellos, sentía que estaba haciendo algo realmente útil, incluso imaginaba los rostros de los niños al recibirlos.

La música comenzó a distorsionarse, ¿estarían afinando el órgano de tubos? ¿Era posible hacer eso? Tal vez no, quizá solo era alguien tratando de aprender. Las notas se estiraron y deformaron aún más, ahora tenían un tono lóbrego y con un alto contenido armónico, siguió mutando hasta parecer una voz y finalmente lo fue.

La palabra cobró precisión y trajo consigo las imágenes, Lucía permaneció quieta y vio.

Le faltaban palabras capaces de provocar ánimo, como iba ella a ser el apoyo de los desgraciados si en el velatorio de cada niño revivía la desaparición de su hermano; a esta terrible herida se sumaba la desazón por la muerte de Rosa y la premonición de que los sucesos no estaban siguiendo el rumbo esperado. En su ojo sano brillaba el resplandor de la hoguera, todas las familias acordaron que sus hijos no serían el alimento de la Pachamama y dejaron que las llamas elevaran sus almas ayudadas por el viento, luego cada familiar, vecino o amigo tomó un puñado de sal, la misma que les permitía vivir y les



provocaba la muerte y lo lanzó al fuego que consumía a las jóvenes víctimas. Lucero permaneció quieta hasta el último momento y luego se sumó a la procesión, cogió un poco de sal, llegó ante el fuego purificador y en el momento de abrir se mano, también lo hizo su mente y pudo ver.

*El hombre caminaba a campo traviesa, los matorrales lastimaban su piel pero eso no lo detenía, su camisa blanca mostraba huellas de su sangre y sudor, le temblaban las piernas y el aire que recibía no alcanzaba a calmar su agitación; a cada instante se volvía a mirar atrás y luego continuaba la carrera, las luces de su auto eran ahora un resplandor indefinido en la distancia. Trastabilló y se recompuso con esfuerzo, los sonidos a sus espaldas le anticipaban que estaba perdiendo la carrera, su corazón latía arrítmico y su fe tambaleaba tanto como su cuerpo. “¿Por qué yo?”- pensó para sí - “Dios, no me abandones”. El frío se dejaba sentir aún en ausencia del viento, ya no se oían insectos ni animales a su alrededor, la noche última de su vida estaba acompañada de silencio.*

*Saltó una zanja y su pie izquierdo patinó haciéndole perder el equilibrio, cayó bruscamente y su rostro impactó sobre la tierra, sus manos lastimadas intentaron vanamente detener la caída y dejaron caer un pequeño objeto que quedó fuera de su alcance. Cuando se percató de lo ocurrido, buscó desesperadamente hallarlo, pero su vida había alcanzado el ocaso, desde la oscuridad, infinitas figuras etéreas, frías y viscosas se aferraron a su cuerpo y comenzaron a desgarrarlo, sin fuerzas para gritar expiró con un suspiro. Un pie deforme pisó el Cristo roto y lo hundió en la tierra empapada de sangre.*

Lucía y Lucero supieron que el segundo enviado estaba muerto, ahora las fuerzas del infierno irían en busca de Nazareno. Las voces de sus corazones se alzaron estremecedoras y recorrieron las distancias, los representantes del ejército de Dios en la tierra supieron la novedad y se sumaron al pedido de socorro, todos debían asistir al tercer hombre, la suerte del mundo estaba ligada a su vida.

El padre Francisco recibió la noticia, que no por esperada dejó de ser tremenda, permaneció sentado unos minutos más y luego se levantó presuroso, tomó su Biblia, su cruz y salió presuroso.

Manuel acudió a casa de su madre, le llevó una ración más grande de lo habitual y en el diálogo se mostró algo distante, pero no pudo evitar que ella lo notase.

- Vas a irte pronto.
- No mamá, solo voy a estar ocupado.
- Nunca supiste mentir hijo querido, no lo hagas ahora.
- Perdón mamá, ¿recuerdas a Nazareno?
- Sí, un joven muy simpático.
- Su vida está en peligro, existen quienes intentarán matarlo y va a necesitar toda la ayuda que pueda conseguirse.
- ¿El es el enviado?

Manuel quedó estupefacto.

- ¿Sabes lo que está pasando?
- ¿Qué clase de madre sería si no supiera detalles de la vida de mi hijo? Dios nos dio ese don que trae tanto sufrimiento como satisfacciones, ahora márchate si debes hacerlo, mi corazón irá contigo.

Abrazó a su madre que quedó pequeña entre sus brazos y en ese momento deseó volver a ser niño para sentirse protegido en

su regazo, luego besó su cabellera gris por los años y elevó gracias al cielo por tenerla aún consigo, finalmente partió.

Diana colocó la cafetera que rara vez usaba y se sentó frente a su caballete esperando que algo sucediese sin saber exactamente que, jugueteó con un pincel y las acuarelas y comenzó a trazar imágenes que como un torbellino se sucedían en su mente. Abstraída en su inspiración, se sobresaltó al sentir los golpes en el llamador de su puerta; observó por la mirilla y pudo ver el rostro de su amigo Francisco, abrió la puerta con generosidad y lo abrazó mientras lo hacía pasar.

- Me alegra que vinieras a visitarme, preparé café hace unos minutos y aún no lo he tomado, ¿gustas?
- ¿Tú te aventuraste en la cocina para hacer un café? ¿Te sientes bien pequeña?
- Sí y no me digas pequeña, sabes que no me gusta. – le recriminó sin enojo.
- Bien sírveme una taza generosa, la necesito.
- ¿Algo anda mal?
- Creo que todo, pero primero disfrutemos de este encuentro, luego iremos a los asuntos urgentes.

Ella preparó la mesa con dedicación y él se dedicó a recorrer el cuarto mirando las obras de su amiga, cada una de ellas era una expresión fantástica de su persona, obnubilado por los retratos tardó en darse cuenta que Diana estaba de pie a su lado sosteniendo dos pocillos grandes.

- Tus cuadros son maravillosos, no me canso de observarlos y en cada mirada atenta descubro nuevos detalles que parecían no haber estado momentos antes.
- Me halagas con tus palabras.

Francisco recibió la tasa y sin querer la dejó caer de sus manos, estaba terriblemente caliente.

- Perdóname, ha sido una torpeza de mi parte.

Diana tomó su mano evitando que se agachara a limpiar y la volteó para ver claramente una incipiente ampolla, con cariño las acarició y bajó la vista con amargura.

- No te sientas mal, no es tu culpa que no puedas sentir el calor, un ciego no se flagela por no apreciar un color o un sordo por no disfrutar de la música; aún en tu falencia tu sentido atrofiado no te priva de la excelencia, mira tus obras, ellas hablan por ti.

Consiguió el efecto deseado, Diana levantó los restos del piso y luego de limpiar y esperar que se enfriara le sirvió café nuevamente.

- Dime Francisco, ¿a qué debo el honor de tu llegada?
- Sabes que no soy muy afecto a hacer visitas, me gusta estar en la iglesia y recibir a los amigos como tú, pero en esta ocasión he venido por ayuda, ya que una persona que conoces corre peligro.
- ¿Nazareno?
- ¿Cómo lo sabes?
- Llámalo intuición femenina, aunque los machistas digan que la misma no existe.
- Sí, es él. – respondió sin poder evitar una sonrisa ante el comentario – Pero para que sepas los motivos deberé contarte antes algunas cosas y tú debes prometerme que las aceptarás sin cuestionamientos, luego podrás preguntarme todo lo que desees.

Diana asintió y le alcanzó una silla, luego giró la suya y se sentó al revés con los brazos cruzados sobre el respaldo y su mentón apoyados en ellos.

- Tienes toda mi atención, adelante.

A pesar de los inconvenientes que presentaba un pedido de esa naturaleza, ella no vaciló, la madre superiora respondió a su llamado y la invitó a entrar en su oficina.

- Permiso madre, necesito hablar con usted.
- Pasa hermana Alicia, toma asiento y dime que te ha traído hasta mi puerta y te ha hecho llamar con tanta vehemencia. – dijo la superiora con una sonrisa mal disimulada surgida del aprecio hacia la joven.
- Necesito dejar el convento ya mismo.
- ¿A qué se debe la urgencia? Si puedo saber.
- Explicarle todo sería engorroso y poco creíble, pero una persona que conocí hace poco está en peligro de muerte y debo intentar salvarlo.
- Una empresa gigantesca para alguien tan pequeña.
- ¿Cómo dice?
- Me preguntaba como harás para salvar a esta persona cuya vida corre riesgos, ¿qué te hace pensar que tu puedes hacerlo?
- No lo sé, pero debo hacer algo.
- Sin dudas, pero la solución no está en correr en su rescate, quienes realmente pueden hacerlo ya están en camino, tu ayuda es en otro orden Alicia.

La joven la miró extrañada, ella parecía saber de que hablaba, pero no podía sin dudas estar al tanto de los acontecimientos.

- ¿No pensarás que tú eres la única que tiene un Cristo roto? – dijo aclarando sus dudas mientras extraía el suyo del cajón principal de su escritorio de algarrobo.
- ¡¿Usted también?! – titubeó.
- Por supuesto que sí, por eso he autorizado tus viajes y he facilitado el encuentro con Nazareno, no fue algo casual.
- Entonces ambas pongamos en marcha. – dijo rebotante.

- No Alicia, nuestra misión es encaminar las oraciones de todos los que oran por la suerte de este hombre, ya seremos llamadas a combatir cuando se produzca el desenlace.

La joven se revolvió incómoda en su asiento.

- No me mires así hija, acepta esta etapa de sosiego, la calma no durará mucho más y el mañana requiere que estemos más unidas que nunca. – dijo poniéndose en pie.

Caminó hasta la joven y la abrazó con ternura como nunca se había permitido con otras novicias, luego se agachó hasta quedar ante sus ojos.

- Sé lo que tu alma siente por ese joven, te has enamorado de él con solo verlo una vez, eso sucede, pero no olvides que su corazón tiene dueño.
- Lo sé madre... - dijo con un hilo de voz.

## ESPÍRITU CAUTIVO

Arribamos prontamente a la gran sala donde se alineaban dos hileras interminables de camas, en cada una de ellas descansaba una persona, me llamó la atención la ausencia de familiares.

- ¿Esta es un área restringida al público?
- No, ¿por?
- No hay acompañantes junto a los enfermos, eso es lo que me llevó a preguntar.
- Nazareno, estas personas no tienen a nadie que se preocupe por ellas, están aquí esperando morir o un milagro; hasta hace unas horas solo te hubiera dado la primera opción. – aclaró.

Mientras recorríamos las camas leyendo las tablillas de historia clínica, una luz se elevó en el fondo, era una esfera pequeña, pero brillaba con un fulgor increíble; su brillo no lastimaba los ojos, incluso se notaba cálido a pesar de la distancia. Detuvo su avance y aproveché para mostrarle a Horacio lo que estaba sucediendo.

- ¿Qué pasa? ¿Otro muerto ambulante?

Tomé el control de su mente y lo hice ver a través de la mía.

- ¿Así es? - preguntó impresionado – siempre pensé que en la muerte debía haber belleza, pero nunca imaginé tanta.

Se apartó de mí y corrió hacia la cama sobre la que se generaba el brillo, lo vi efectuar ejercicios de reanimación que producían fluctuaciones en el resplandor. El alma de la víctima se acercó a mí y entonces la escuché hablar.

- Nazareno, dile que no se esfuerce, mi tiempo llegó y quiero partir.

No había reproche en la voz, solo paz. Obedeciendo al pedido me acerqué a mi amigo y lo detuve.

- El no quiere seguir viviendo, deja que descansa en paz.

Horacio me miró y se incorporó con lentitud.

- ¿Cuántas veces he traído de vuelta a quienes no lo deseaban?
- Tantas como Dios te permitió hacerlo amigo mío.

La respuesta debió satisfacerlo, comprendió que nunca había salvado una vida por sus propios medios sino que lo hizo siempre a través del Creador.

Unas camas más y encontramos el cuerpo de la joven, no me extrañó no ver instrumentos de monitoreo, a nadie le importaba si vivía o no.

- ¿Puedes revisarla por favor?
- Por supuesto. – respondió y se abocó de inmediato a la tarea.

A fin de no molestarlo me hice a un lado y aguardé pacientemente su dictamen, mientras tanto buscaba algún parecido en la joven tendida en la cama, ella debía tener veinte años como mucho y no era parte de mi vida actual ni de mi pasado, tal vez estuviese ligada a Beatriz y por eso tenía su pendiente, pero todas eran suposiciones hasta el momento.

Casi una hora después Horacio se volvió hacia mí.

- Voy a pedir trasladarla a mi clínica.
- ¿Puedo saber el motivo?
- Aquí morirá pronto, no está siendo atendida y puedo ver que está muy descompensada, necesita cuidados permanentes y no es este el mejor lugar donde puedan prodigárselos.
- ¿Crees que te permitan llevarla?



- Les estoy sacando un gasto y una responsabilidad de encima, accederán gustosos. – fue su respuesta sin titubeos.

Algunas horas más tarde me encontraba en una ambulancia junto a la desconocida en camino a la clínica de mi amigo.

La noche se presentó repentina y el reporte de terapia fue conciso, la joven se encontraba estable y habría que esperar los resultados de las baterías de estudios a las que fue sometida.

Horacio me aconsejó descansar, por lo que decidí ir a la escuela; al llegar encontré a Esther acomodando unos papeles.

- Hola Esther, ¿aún estás trabajando?
- Sí. – respondió cortante.

No necesitaba más pistas para saber que algo le molestaba, pero no recordaba haber hecho o dicho algo que provocase esa reacción.

- ¿Puedes decirme qué es lo que tiene mal? – arriesgué a preguntar.
- ¡No soy yo! - estalló - ¡Eres tú!

Efectué un gesto de inocencia que solo consiguió enfurecerla aún más.

- ¡Tú, eres el enviado de Dios y nunca me lo dijiste! ¿Qué pretendías? ¿Querías saber si soy digna hija del Señor?
- ¿Qué dices? Soy tan especial como tú, yo no elegí este papel, preferiría estar en tu lugar si pudiera optar.
- ¡No te burles! Mi vida es gris, soy un fracaso de mujer que apenas sobrevive por miedo a morir; ¿deseas eso en lugar de ser tú? Pues te regalo mi vida tómala...

La vi quebrarse en llanto y sin saber demasiado que hacer me limité a sentarme en el apoya brazos de su sillón y la abracé, ella se recostó en mi pierna y lloró mientras se dejaba tomar.

Unos minutos después, la mujer que conocí salió a flote y se separó de mí; tomó su pañuelo y se secó el rostro.

- Tengo que hacerte un pedido, ¿podrás cumplirlo? – imploró.
- Si está a mi alcance lo haré, no lo dudes.
- Necesito me contactes con mi hijo.
- ¿¿Tienes un hijo?! ¿Por qué nunca lo mencionaste?
- Porque dejé que muriera sin hacer nada por salvarlo, me limité a ignorar su realidad y a pensar que el problema de las drogas era algo que a mi no me tocaría vivir.

En una sola frase había conocido más de ella que en todos los diálogos interminables que habíamos tenido hasta hoy, esa mujer purgaba su culpa en este lugar, incapaz de vivir una vida normal tras la desaparición de su primogénito.

Sentí pena por ella, pero me guardé de expresar mis sentimientos, en cambio pregunté:

- ¿Piensas realmente que yo puedo hablar con él?
- Si, necesito decirle cuanto lo amo y pedir su perdón por mi inacción, quizá entonces pueda vivir en paz.

Me contuve de responder, ella no necesitaba una respuesta, solo buscaba contención. La abracé en silencio y antes de irse a dormir me dio un beso cariñoso, me agradeció y se retiró.

Permanecí sentado en el sofá y cansado me recosté dejando que el sueño me venciese.

Abrí los ojos sobresaltado para descubrir la oscuridad imperante, me sentía agitado, no sabía que me había despertado pero tenía la sensación de que me observaban; estiré mi mano hacia la luz y al encenderla pude ver un grupo de sombras desesperadas huyendo en busca de un lugar donde esconderse.

La puerta se abrió de golpe y Esther entró como una tromba.

- ¿¿Lo oíste?! ¿Qué fue eso?

- Cálmate, no oí nada, pero me desperté inquieto, ¿qué escuchaste tú?

La respuesta llegó desde el exterior, un grito desgarrador imposible de surgir de una garganta humana quebró la noche, inevitablemente mi piel acusó la impresión que me produjo.

- ¡Allí esta de nuevo!

Intenté en vano apaciguar su miedo, mal podía hacerlo cuando aún yo me había estremecido al escucharlo.

- ¡Voy a salir!
- ¡No lo hagas, llamemos a la policía!

Sin responder me puse la campera y salí todavía perturbado, Esther se colocó a mis espaldas y tomada de mi brazo caminó detrás de mí. Ya en el exterior pudimos ver un incendio que afectaba al caserío cercano, entre las luces de las llamas vi siluetas demoníacas efectuando una danza grotesca, me alegré que mi amiga no pudiera verlos, pero esto duró poco.

- ¡Por Dios! ¿Qué son esas sombras?

Si ella podía verlas era una clara señal de que la situación comenzaba a degradarse a pasos agigantados, ¿qué más sucedería después? Los espectros deambulaban y en ocasiones voltearon sus miradas hacia nosotros, pero no se acercaron, en el peor de los casos se limitaron a gritar y efectuar algunas señas amenazantes. Corrimos por baldes y una manguera y mientras Esther efectuaba algunas llamadas, comencé a arrojar agua en las viviendas más cercanas, pronto muchos vecinos se sumaron a la tarea, unas cuatro horas después y cuando el desastre ya era total, se escuchó la sirena de las unidades de bomberos.

Las pocas ambulancias que llegaron al sitio, no dieron abasto para cubrir la atención de los heridos, el colegio volvió a officiar de hospital temporal.

Si bien la cantidad de víctimas no pudo establecerse con precisión, un primer recuento arrojó cifras espantosas, casi un centenar de cuerpos carbonizados se alineaban en el patio del colegio a la espera de recibir sepultura, la lista de desaparecidos se incrementaba a cada momento y el dolor colectivo de una comunidad que no lograba comprender las causas se trastocaba en deseos de venganza por la demora del auxilio.

Francisco elevó una plegaria por los muertos y cuando hubo terminado se acercó hasta mí.

- Tengo que hablar inmediatamente contigo.- dijo con determinación en su voz, no se trataba de un pedido, era una orden directa.
- ¿Prefieres hacerlo en privado?
- Por favor.

Nos retiramos al aula donde debía dar clases, al entrar la sentí ajena, quizá porque desde que tomé este trabajo, no había podido concentrarme en mi rol de educador, ni aquerenciarme al lugar que me correspondía.

Me senté sobre el escritorio y esperé que hablara.

- Sabes que lo que pasó anoche no es un accidente, - dijo afirmativamente – creo que ha sido una muestra de lo que vendrá después, considero que ahora es tiempo de actuar, ya no puedes permanecer en el anonimato.
- ¿Me estás culpando de la muerte de cientos?
- En absoluto, no confundas mis palabras, pienso que corres un riesgo inmediato y debemos tomar los recaudos necesarios. Te agradecería que consideres ir a vivir a la iglesia conmigo, todavía los templos son terreno prohibido para la bestia, estarás más seguro allí.
- Francisco, aprecio tu interés y asumo tus intenciones como las mejores, pero si debo recluirme para seguir

viviendo, entonces el mal ha jugado su primera carta en forma exitosa.

- ¡No comprendes! Los dos enviados anteriores están muertos, tú eres el que sigue, ¿qué te hace pensar que nada puede pasarte a ti?

Esther ingresó en el aula y por su rostro, era evidente que había escuchado parte o toda la conversación.

- Si usted no consigue convencerlo, entonces yo lo llevaré a la fuerza.
- Cállese los dos, es probable que yo sea realmente el enviado que esperan y que quizá eso me permita sobrevivir a las trampas que puedan tenderme; también es posible que mi suerte sea similar a las de mis predecesores, pero independientemente de ambas situaciones, la inacción es la peor postura que puedo asumir, estaría librando la suerte de todos al azar.
- Al menos acepta ayuda.
- Francisco, nunca me negaré a ello, tengo miedo, demasiado; desde que conozco lo poco que sé, he deseado despertar y descubrir que todo es solamente una terrible pesadilla de la que puedo salir, sin embargo no es así.
- Entonces ven conmigo a la iglesia y observa lo que Diana envió para ti, espero sepas de que se trata.

Caminamos entre los restos calcinados mientras el olor penetrante de la muerte se metía en nuestras fosas, a cada paso podía escuchar aún los ecos de las voces clamando piedad; con un esfuerzo agotador silenció los pedidos en mi mente.

- ¿Te sientes bien?
- No demasiado. – respondí con sinceridad, un rumor continuaba aún dando vueltas en mi cabeza.

A medida que me acercaba a la iglesia se fue silenciando, era evidente que la casa de Dios conservaba algo de poder; ingresamos por la puerta principal y entonces fue como si las fuerzas me abandonaran, sentí mis piernas aflojarse y solo un esfuerzo descomunal me permitió mantenerme en pie, Francisco me tomó del hombro percibiendo la situación y junto caminamos hasta el altar. Me senté en el segundo peldaño de acceso y permanecía allí mirando el Cristo roto, la paz me embargaba por primera vez en muchos meses, me pregunté como alguna vez pude dudar de su existencia.

- Aquí tienes, ¿qué opinas?

Tomé el lienzo enrollado y al abrirlo volví a recrear el sueño eterno de Narciso, dejé caer la pintura y mis manos se limpiaron en mi cuerpo en un gesto instintivo.

- ¿Qué has visto?

- ¿Recuerdas al niño que fuimos a ver a la clínica de Horacio?

- Por supuesto, he orado a cada momento por él.

- Pues tus oraciones han tenido éxito, él salió de su descanso y ahora está despierto y feliz junto a su madre.

- ¿Qué tiene que ver con esto?

- Cuando estuve junto a él, supe que en realidad no dormía, había tenido un accidente en el cual debió morir, pero no pudo hacerlo porque el ángel encargado de llevarse su alma, no logró llegar al cielo con ella. Niño y ángel eran presa de una tortura psicológica por parte del mal, en ella se encontraban inmersos en un laberinto demencial similar al que Diana ha pintado.

- Eso no es un laberinto. – se excusó Francisco.

- ¿Qué ves tú en ella? – le pregunté mientras tomaba nuevamente la pintura de sus manos y la extendía.

- Es algo orgánico indefinido, pero diría que se parece al esquema de un cerebro, Diana coincidió conmigo en que se asemejaba bastante, aunque ella misma no sabía con exactitud que era lo que había pintado.
- Sí, existe un parecido notable, pero yo que estuve en su pesadilla puedo asegurarte que esa maraña de trazos conduce a alguna parte y debemos averiguar donde. ¿Puedes hacer que Diana venga aquí?
- Por supuesto, ella se mostró muy dispuesta a colaborar en lo que estuviera a su alcance.
- Entonces ve por ella, yo en tanto intentaré confirmar una mala noticia que he recibido.

Dos días después de su traslado, los signos vitales de la joven desconocida se mostraban estables, su piel aún conservaba un tinte pálido, pero definitivamente iba en una pendiente de mejora.

Como cada mañana se acercó hasta la muchacha y con su pañuelo secó las pequeñas gotas de sudor que perlaban su frente, él sufría el calor y la temperatura de la sala era elevada como para permitir que aún sin mantas, un paciente se sintiese a gusto. Mientras la observaba le habló como lo hacía con todos sus pacientes, era una costumbre tomada de su padre, aún anciano él siempre le inculcó que un paciente requiere de atención antes que de medicamentos. Estiró su mano para tomarle el pulso, si bien hubiera podido leerlo de cualquiera de las pantallas a su alrededor prefirió hacerlo a la vieja escuela; mientras miraba su reloj para contar percibió una vibración casi intangible, aguardó unos momentos y ya no tuvo dudas, había movimiento en el miembro que sostenía en su mano. El instrumental más complejo comenzó a delatar el inicio de una actividad motriz, pero no así cerebral. Horacio estiró su mano

izquierda hacia los párpados de la joven a fin de apreciar sus ojos, pero antes de poder tocarlos estos se abrieron; instintivamente soltó la mano y dio un pequeño grito apagado, luego se recompuso, al fin y al cabo esto era lo que estaban esperando, que la joven volviera en sí.

- No te asustes, - le dijo al verla mirar en derredor – estás en una clínica y estamos haciendo lo posible para que te mejores.

Sus labios se movieron con dificultad y lentitud, pero no lograron emitir sonido alguno.

- Es mejor que te calmes y vayas lentamente, has permanecido en un estado de coma por al menos unos doce días, quizá más si tenemos en cuenta que llegaste a nosotros así.

Mientras hablaba con ella, observaba los instrumentos que saltaban de mediciones de actividad inusitada a valores de desconexión, preventivamente accionó el interruptor para llamar a la enfermera.

Prácticamente no hubo demora entre el llamado y la aparición de la mujer.

- ¡Doctor! No esperaba encontrarlo tan temprano, ¿usted llamó? – dijo sorprendida.
- Efectivamente, llama a la guardia y a cuanto médico puedas encontrar, ¡es urgente! – la apremió.

La empleada voló en busca de ayuda en tanto la joven comenzaba a esbozar algunos sonidos ininteligibles.

- Ve despacio, ya podrás hablar, no malgastes tus fuerzas.

Mientras los primeros auxiliares llegaban a la sala, la agitación de la paciente comenzaba a incrementarse.

- Revisen los instrumentos, deben estar haciendo falso contacto. – le pidió al médico más cercano – Aumenten



el goteo del calmante, debemos evitar que la desesperación haga presa de ella.

La voz aún imprecisa comenzaba a ganar claridad, en un momento la joven comenzó a calmarse y los aparatos evidenciaron el suceso.

- Se estabiliza, – dijo alguien a su derecha – las drogas están haciendo efecto.

Horacio vio que los ojos ahora habían dejado de moverse en forma frenética y que las manos crispadas comenzaban a relajarse, ya no hacía esfuerzos para hablar y la respiración se había vuelto más profunda.

- No puede ser la medicación, recién aumentamos la dosis, es ella quien se ha calmado.

Las luces de la sala se apocaron y en ese momento ella gritó sin estridencias, su llamado se convirtió en una súplica, una y otra vez repitió la misma palabra.

Me encontraba en camino a la oficina de Nahuel cuando recibí la llamada de Horacio, tuve que luchar con su exaltación para comprender que la joven había despertado y que lo único que repetía en forma constante era mi nombre; me dijo también que habían tenido que clausurar la habitación pero no pude comprender el motivo y la batería de mi celular se agotó sin que pudiera pedir mayores explicaciones. A pesar de la urgencia, pasé a ver a mi hermano y él me recibió con alborozo.

- ¡Me alegra mucho verte Nazareno, tenía ganas de charlar contigo!
- También yo estoy feliz de estar aquí, si no he venido antes no ha sido por desidia, realmente he estado muy ocupado.
- Imagino que sí, ¿cómo está todo?

- Seré franco, las cosas van de mal en peor, sinceramente no tengo idea de cómo va a terminar todo esto. ¿Y tú?
- No estoy bien, Cris ha presentado picos de presión arterial y le han dado reposo absoluto, aún faltan algunos meses y me preocupa el bebé.
- ¿A qué le temes? No tengo experiencias al respecto, pero lo que me cuentas lo he oído con frecuencia.
- Son ideas mías, he conversado un par de veces más con Lucía y ella me ha dicho que tú te has convertido en el enviado, el último para ser más preciso, eso me llena de orgullo y temor, pero ella también me ha dicho que debo cuidarme y proteger a los míos, es posible que el mal actúe sobre nosotros en vez de hacerlo directamente sobre ti.

Comprendí inmediatamente la dicotomía por la que estaba atravesando mi hermano, su preocupación se abría en dos cauces y ambos le producían miedo e impotencia. Tomé su mano en un gesto que lo tomó por sorpresa.

- No temas, quiero ver como está mi sobrino a través tuyo.

No sé si creyó mis palabras, pero sentí que se relajaba, mi mente se adentró en la suya y juntos vimos la esencia del nuevo ser.

- ¿Cómo haces eso?
- ¿Por qué crees que soy tu hermano mayor?- bromeé y conseguí tranquilizarlo.
- ¡El está bien!
- Bien dicho, es un varón.

Luego de unos minutos corregí el enfoque y me detuve para que solo Nahuel viera a Cris, finalmente lo llevé de vuelta a la realidad.

- ¡Ambos están bien!

- Y seguirán así, a pesar de que no puedo decirte quienes, hay muchas personas a mi alrededor que intentan protegerme, ellas también cuidan de las personas que amo.
- Gracias.
- No me agradezcas, somos hermanos. – le dije y sin ganas solté su mano – Ahora viene mi pedido, ¿conservas aún el teléfono que alguna vez me diste de Rosa?
- Es probable, debo haberlo anotado en la agenda, sabes que no tengo demasiada memoria.

Revisó unas hojas y finalmente ubicó el número.

- ¿Puedo usar tu teléfono?
- Nazareno, no tienes que pedirlo.

Llamé inmediatamente y esperé con impaciencia que me atendieran, finalmente la voz de un hombre mayor se dejó escuchar en el extremo de la línea.

- Perdone usted que lo moleste, mi nombre es Nazareno y soy amigo de Rosa, la maestra...
- No tiene que dar más detalles, si bien no personalmente, le conozco a usted. – me interrumpió.
- Yo no tengo ese placer, pero estoy buscando noticias de Rosa.

El silencio se prolongó durante unos instantes y luego el hombre carraspeó para aclarar su voz.

- Ella ya no está entre nosotros, perdóneme usted por ser portador de malas nuevas, falleció hace una semana.

Ahora fue mi turno de callar, si bien una parte de mí esperaba esa realidad, aún me aferraba a la posibilidad de que todo fuera un gran error.

- No se sienta mal Nazareno, ella no quiso que le llamasen, sabía que usted tenía por delante cosas más importantes.
- ¿Sufrió? – fue lo único que atiné a preguntar
- Estoy seguro que no, los ángeles no lo hubieran permitido.

Agradecí al hombre y me despedí consternado, solo cuando corté me di cuenta que ni siquiera sabía su nombre.

- Rosa murió. – le dije a Nahuel.
- Entonces tus enemigos están avanzando, ya no estamos tan seguros, ¿verdad?

## LOS TRECE DISCÍPULOS

Si bien poseían una identidad propia, las trece bestias actuaban al unísono, unidas por un lazo de crueldad, respondían a las órdenes directas del señor del mal.

Dentro de la jerga de los altos prelados del Vaticano, se los conocía como los “apóstoles del mal”, aunque esta terminología y el tema en general figuraban como un asunto estrictamente confidencial y de carácter ultra-secreto; los pocos que se atrevieron a desobedecer la consigna, pagaron con sus vidas el error, independientemente de su jerarquía eclesiástica. Un periodista desaparecido durante una misión en un conflicto en medio-oriente, se había ganado su traslado inmediato al frente cuando publicó una nota al respecto, sin poder revelar la fuente de información de la que se nutrió, anunció la llegada del fin del mundo en mano de los “13 hijos del diablo”, en el desarrollo de la misma explicaba que los tiempos del mundo estaban próximos a terminarse y que el mal había librado a sus “predicadores del ejemplo” sobre la tierra, emulando a los doce apóstoles del cristianismo, los trece discípulos incluían el alma del traidor de Jesús. En palabras del malogrado reportero, dos mil años después, Judas volvía a ser protagonista.

Su esposa intentó por todos los medios hacer pública la verdad en torno al escrito de su esposo, pero si bien algunas revistas de poca tirada se hicieron eco de la noticia, no trascendieron y fueron acusadas de “*amarillismo*” por otros medios; finalmente bajo amenazas anónimas que ponían en riesgo la integridad de sus hijos, la pobre mujer optó por callar.

El mal se nutrió de las profecías apocalípticas de antiguos y afamados profetas, sumando mérito a sus falsas predicciones, fueron torciendo el pensamiento de las masas que llegaron a

creer que se trataban de verdades en virtud de los hechos. Con esta sencilla maniobra las religiones fueron perdiendo adeptos y el individualismo ganó espacios impensados, fieles autodidactas que se llamaban a sí mismo “enviados”, se inmolaron en pos de objetivos inducidos que enraizados en sus mentes consideraban propios; de esta manera el mal se multiplicaba en un efecto de avalancha, llevando al mundo a un escenario de violencia inusitada único en la historia de la humanidad.

Los predicadores ahora ofrecían una pausa, la misma calma que antecede a la tormenta, pero que resultaba imperceptible pues la sociedad rodaba por una pendiente cuyo fin era el propio. Solo quedaba una barrera en el camino al dominio, un hombre pequeño e insignificante ubicado en un país remoto, que sólo contaba con una fe endeble y un grupo de pares que intentaban ayudarlo; hacia él se encaminaron. A su paso recibieron el estímulo de apresurarse, alguien estaba liberando las almas retenidas, ya había tenido éxito en la sonrisa de un niño y ahora se encontraba presto a soltar un ángel enjaulado.

## ATARDECER DEL ALMA

Su momento estaba próximo, siempre tuvo la certeza de que moriría joven, pero los años revocaron su presunción y ahora sentía como sus recursos habían mermado; íntimamente lamentaba el fracaso de su existencia, no por una cuestión de egoísmo, sino apenada porque el motivo convocador fuera siempre la venganza. En los recodos de la memoria, aún podía rescatar el rostro de cada uno de sus hermanos, había tenido la desdicha de sobrevivir a todos ellos y en el final del camino no tendría la tranquilidad de contemplar una vez más al menor desaparecido por lo que creía, era su culpa.

- Yahuar, me iré cuando el sol aparezca, siento que debo hacerlo.
- Entonces no demores tu partida, cuando el corazón llama hay que responder de inmediato, si me lo permites haré parte del camino contigo.
- Sería un placer, pero te necesitan aquí.
- Ya no, nada me ata a esta tierra que devoró mi identidad, solo me queda regresar al sitio donde nací, desde ahí podré recomponer mis raíces.

Sin intentar discutir con aquel hombre singular, Lucero se arrojó en su poncho y arrojó un par de leños al fuego mientras el crepitar de las llamas le servía de arrullo. Durante la noche las pesadillas moraron su descanso, en todas ellas aparecían figuras fantasmagóricas que marchaban en busca de Nazareno sin poder alcanzarlo; el joven las evadía, pero cada vez estaban más cerca de atraparlo. En otras expresiones su hermanito corría hacia ella tirando los brazos hacia atrás y con la vista en el suelo, el gesto era típico de él, solo que ahora al acercarse ella podía tomar su carita y ver que no tenía ojos.

Ya no tenía edad para sobresaltarse, pero eso no le impidió despertar y mantenerse en vilo, a su alrededor la calma se confundía con el viento, en el horizonte y bajo el reflejo de la luna creyó ver a un hombre luchando con los espíritus de la tierra. Prefirió mantenerse junto a las brasas, por primera vez en su vida sentía el sabor del miedo y su poder de inacción.

Con el paso de las horas, las estrellas se alejaron opacadas por el fulgor del sol, solo entonces pudo ponerse en pie y andar.

Yahuar se acercó con paso medido, en su rostro tenía rastros de pintura y su machete hediondo dejaba caer oscuras gotas pestilentes.

- Es tiempo de partir, mañana será tarde, los espíritus están cerrando fronteras y no dejarán que nos vayamos.
- ¿Te vi combatir con ellos en la noche o sólo lo soñé?
- ¿Hay diferencia?

Lucero estuvo tentada de responder que si la había, de los sueños uno puede despertar y poner fin al sufrir, de la vida real eso es imposible, el dolor del alma no desaparece tras el descanso del cuerpo.

- ¿Marchamos?

El hombre estiró el brazo y la ayudó a incorporarse.

- Sí, nos está aguardando y no debemos hacerlo esperar.

Lucero miró hacia las sombras que huían y encontró a Manuel de pie ante su carro, mascaba unas hojas de coca y su sombrero levemente echado hacia atrás dejaba ver indicios de una sonrisa.

- No hay casualidad en nuestro encuentro, ambos estamos ligados a Nazareno, ¿verdad?

Manuel respondió con un gesto que denotaba afirmación y sin esfuerzo subió sus escasas pertenencias al espacio de carga, luego la ayudó a trepar al carro y a continuación se sentó junto a Yahuar al mando de las riendas.



- Vamos a la gran ciudad, el camino es largo.

Yahuar sacó la pipa que Nazareno le regalara.

- Entonces disfrutemos de este excelente tabaco regalo del hombre que enfrentará al mismísimo diablo, hagámoslo en su honor y en la fe de que triunfará.

Mientras ambos hombres fumaban ella agregó en silencio una intención más, luego rezó por horas sumida en ensoñaciones, a cada momento ganaba profundidad y por momentos el entorno de su cuerpo se esfumaba permitiendo que trozos de su alma conocieran la libertad perdida al nacer.

*Sintió el canto de un ave y abrió su espíritu, se llenó del gozo que emanaba el animal en su vuelo y ella misma fue pájaro en el viento; derivó a las aguas y fue piedra en lo profundo y calor en la penumbra; por último su conciencia se sació en la verdad y supo lo que era, entonces se elevó y ganó distancia, fue un bolido cruzando los cielos, finalmente halló su meta y se hizo carne en su huésped y conocimiento en la mente de su portador.*

Manuel y Yahuar notaron con enorme pena su muerte y tras una ceremonia austera enterraron su cuerpo en un viejo cementerio abandonado, luego continuaron el camino.

Incapaces de emular el sentimiento de alegría, las bestias sintieron que con la desaparición de Lucero, un nuevo paso al dominio de la humanidad se había dado, ahora marchaban en búsqueda de su objetivo principal.

## VORÁGINE

Luego de despedirme de Nahuel, decidí pasar por mi departamento para tomar un baño y cambiarme, tomé las llaves de mi vehículo y salí presuroso, tenía intenciones de llegar cuanto antes a la clínica de Horacio.

Me sorprendí de que arrancara de inmediato, no recordaba cuanto tiempo llevaba sin conducir, incluso no sabía con precisión porqué había decidido hacerlo hoy; mientras manejaba encendí la radio y escuché noticias de un terrible terremoto que había producido miles de muertos, no pude evitar pensar en ángeles y demonios disputándose las víctimas para sumarlas a sus respectivos ejércitos.

La voz del locutor comenzó a cobrar volumen, al punto que antes de que pudiera intentar bajarlo, el sonido que producía era infernal. Accioné el botón de apagado, pero este no respondió, superada la distracción volví mi atención a la calle con la intención de detenerme para poder desconectar el equipo, pero al hacerlo me encontré inmerso en las sombras. Todo a mí alrededor era oscuridad y no podía precisar detalles del camino, intenté encender las luces, pero si bien el testigo del tablero se encendió, no aclaró para nada la visión ante mí; consciente de que podía atropellar a alguien, pisé los frenos pero el efecto fue el contrario, el coche saltó con ímpetu y supe que algo malo sucedería. Un segundo después la luz volvió y solo pude ver un acoplado detenido a escasos dos metros de mí, volví a pisar los frenos y esta vez aunque tarde, respondieron; como en cámara lenta vi acercarse la mole de metal, iba a impactar y posiblemente me introduciría debajo del camión, entonces pensé que toda la confianza depositada en mí se había perdido por mi culpa. Moriría en milésimas de segundos, al fin estaría con Beatriz.

- ¡Aún no!

La voz estalló en mi mente y lo mismo hizo el parabrisas, a pesar de que todavía no se había producido el choque, los cristales saltaron por delante de mí. Mi cinturón se soltó sin esfuerzo y salí despedido como una marioneta a través del frente; los metales comenzaron a deformarse a mí alrededor y aunque me alejaba del punto de impacto, el calor del estallido del motor de mi auto siguió mi trayectoria.

Caí a unos treinta metros por delante del siniestro y si bien mi cuerpo sintió dolor en múltiples puntos, podía asegurar que estaba vivo, en un leve enfoque mientras rodaba, pude ver a mi coche desaparecer bajo el transporte y consumirse entre llamas.

- Tu momento no ha llegado.
- Lucero, ¿eres tú?
- Lo soy y casi no llego a tiempo para sacarte.
- ¿Cómo pudiste llegar a mí así? – pregunté y en el mismo instante supe la respuesta - ¿Moriste sólo para salvarme?
- Es una forma de verlo, yo diría que aporté mi grano de arena al proceso de salvación de la humanidad.
- ¡No quiero más muertos a mí alrededor por mi culpa!
- No fuiste tú quien provocó esto, los esbirros intentaron estrellarte y casi tienen éxito, debes escuchar al padre Francisco y hacerle caso, necesitas de toda la protección que se te pueda dar o el éxito del mal se hará realidad.
- ¡Dime como volverte a la vida, Lucero! ¡Tú sabes hacerlo!
- Nazareno, - respondió su voz con ternura en mi mente – no me pidas cosas que sólo Dios puede hacer.
- Si mueres nunca sabrás que fue de tu hermano. – le dije entre lágrimas.

- De algún modo lo sabré... – dijo su voz mientras se perdía.

Todo se oscureció nuevamente y me quedé esperando un nuevo ataque de los enviados del diablo, pero el mismo no llegó.

- ¡Está vivo, que alguien llame una ambulancia! – dijo una voz
- Ya viene en camino, pero hay que moverlo, el combustible viene hacia acá. – se sumó otra.

En mi inconsciencia sentí que me elevaban, ¿o estaba muriendo? Instantes después algo de luz, el sonido de una sirena y nuevo traqueteo, luego nada.

- ¿Está vivo?
- De milagro, salió despedido de su auto a gran velocidad y fue a caer sobre unas bolsas de residuos, eso amortiguó el golpe.
- ¿Qué es esa marca en su pecho?
- Un golpe de suerte, cuando explotó el tanque del camión, un fleje metálico salió disparado hacia él. Si no hubiera tenido ese crucifijo colgado, le hubiera atravesado el corazón, pero tuvo fortuna, el disparo rompió el brazo del Cristo y se desvió, apenas le lastimó el pecho.

Abrí los ojos y los médicos y enfermeros que me atendían sonrieron.

- Bienvenido al mundo de los vivos amigo, estuvo a punto de vivir la última noche.
- ¿Cómo dice? – pregunté confundido.
- Es una suerte que esté vivo, primero se estrelló con su auto y luego la ambulancia que lo traía volcó, ahora no debe temer, si bien está golpeado no hay heridas de mayor seriedad que comprometan su salud.
- ¿Alguien más resultó herido?

- El chofer de la ambulancia, pero su estado no reviste gravedad, solo tiene algunos cortes y una fisura en una costilla.
- ¿Cuándo podré irme?
- Yo preferiría tenerlo en observación no menos de cuarenta y ocho horas, pero tengo entendido que será trasladado hoy mismo a una clínica privada.

Me tranquilicé cuando supe que la gestión de mi traslado había estado a cargo de Horacio, ahora debía esperar.

A media tarde a juzgar por el sol, recibí la visita de Francisco.

- ¿Tan grave estoy que han tenido que traer un cura? – le pregunté a la enfermera que estaba a mi lado.

La pobre mujer me miró preocupada y me aseguró que ese párroco no venía a verme a mí, pero su cara empalideció al ver su equivocación.

- El está bien, no va a morir. – salió en mi defensa para atajar a Francisco.
- Lo sé, soy su amigo y vengo a acompañarlo en el traslado.

Ella se volvió hacia mí y pude observar como de un gesto de susto, pasaba a uno de enojo y finalmente a una sonrisa.

El traslado fue breve, en pocos minutos arribamos a la clínica de Horacio y él personalmente vino a recibirme.

- Nazareno, me alegra ver que estás bien.
- Pensaba venir a visitarte, pero nunca imaginé que lo haría en ambulancia.
- Ahora te llevaremos a tu cuarto, quiero asegurarme que los golpes que recibiste no hayan provocado ninguna secuela.
- Dice sentirse bien y durante el viaje se mostró lúcido. – intervino Francisco.

- Correcto, serán unas pruebas de rutina, si todo está bien te dejaremos ir mañana mismo, pero antes deberás visitar a nuestra paciente estrella.

Luego de una serie interminable de controles en los que puse a prueba la paciencia de médicos y enfermeras, me encontré descansando en mi cuarto, por la ventana podía ver la caída del sol sobre un pequeño parque arbolado y sentía una paz inigualable; producto quizá de algún medicamento, me dejé llevar y el sueño se apoderó de mí.

- *Al fin nos encontramos, me gusta conocer a mi enemigo antes de destruirlo.*
- Papá, ¿eres tú?
- *Perdona la broma, puedo ser quien tu quieras, incluso Beatriz.* – dijo y ella apareció ante mí.
- Beatriz, siempre supe que volvería a verte.
- *Puedes tenerla si quieres, solo debes abandonar esta estúpida empresa en la que te has embarcado involuntariamente, podrás dejar de sufrir de una vez por todas y ser feliz, una persona como tú me resultaría muy valiosa, podrías incluso estar sentado a mi izquierda.* – dijo mientras se reía por la ocurrencia.
- ¿Quién eres tú realmente?
- *Me defraudas Nazareno, a estas alturas pensé que no necesitaba presentación, pero parece que no es así.*
- ¿Tú eres Lucifer?
- *¡Albricias! Comenzaba a sentir que tanto tiempo en el anonimato me había hecho perder popularidad.*
- ¿Qué quieres de mí?
- *Esos medicamentos no son nada buenos, hacen que no escuches lo que digo, pero afortunadamente tengo*

*paciencia; quiero tu alma y ha cambio te daré a Beatriz.*

- *¡No puedes darme algo que no tienes, ella está en el cielo!*
- *¡Ja, ja, ja! ¿Eso crees? La infidelidad se paga con el infierno. Perdona, no pongas esa cara, pensé que tú lo sabías...*
- *Escúchame excremento, jamás haría un trato contigo y si de algo estoy seguro es de la pureza del amor de Beatriz.*
- *Piensa lo que quieras insignificante hombrecito, solo traté de darte una última oportunidad, mientras espero tu llegada me divertiré torturando el alma de tus dos amigas, ellas serán un buen anticipo del plato principal.*

Desperté sobresaltado, intentando que la semilla de la sospecha no hallara terreno fértil en mí, si bien no tenía dudas sobre mi amor, no estaba seguro acerca del destino de Rosa y Lucero. En la oscuridad busqué mi reloj y pude ver que eran poco más de las dos de la mañana.

En silencio me levanté y me vestí, como no pude encontrar mi calzado, me quedé solo con calcetines; no tenía claro donde ir, pero sentía inquietud y la necesidad de caminar. La galería estaba vacía, sin duda la actividad se centraba en otro lugar de la clínica, eso me permitió andar sin que nadie me interrumpiese; en el área de descanso encontré una máquina de expendio y buscando en los bolsillos de mi pantalón, hallé algunas monedas; con una lata de gaseosa en mi mano y un atado de cigarrillos, fui en busca de un lugar donde el humo del tabaco no molestase a nadie. Al pasar por un pasillo de vidrios espejados, vi horribles siluetas moverse tras los cristales, se

acercaban desde el exterior y abrían sus bocas deformes, pero era imposible escucharlos; sacudí mi cabeza y ellos desaparecieron, ¿estaban sólo en mi mente? Quizá, puede que Horacio tuviese razón en sus estudios, algo no estaba bien en mí. Al voltear un pasillo, me encontré con un área restringida, iba a regresarme cuando sentí la voz que me llamaba a espaldas mías. Tratar de describir su tono es algo imposible, podría decir que era dulce, pero su nivel de profundidad hacía imposible pensar en eso, tampoco podía pensar en armoniosa, pues existía una urgencia en el llamado que alteraba la paz, independientemente de la clasificación que pudiera darle, me era imposible ignorarla; por un momento comprendí el porque los marinos de las fábulas que leí de niño, saltaban a las aguas ante el canto de las sirenas, yo estaba fascinado con esa voz. Abrí la puerta del área privada y volví a sentirla, ha sabiendas de que me encontraba en el camino correcto, apuré mis pasos y terminé deteniéndome ante una puerta que estaba tapada por algunos colchones trabados con sillas.

- Entra por favor... - susurró en mis oídos.

Quitó las trabas y con algo de esfuerzo forcé la cerradura e ingresé a la pequeña sala.

- Acércate a mí...

La oscuridad me impedía ver mayores detalles.

- No puedo verte. – dije a las sombras.

Como respuesta, un halo que no parecía provenir de ninguna parte se encendió y pude ver una joven desnuda tendida sobre la cama.

- ¿Tú me llamaste?

Sin que ella moviese los labios, la voz que parecía venir desde todas partes, respondió afirmativamente.

- ¿Qué deseas de mí? – pregunté temeroso.



- No temas, - había calma en el tono – no voy a hacerte daño, sólo requiero tu ayuda.
- ¿Quién eres tú?
- Yo soy un ángel y fui enviado para contactarte, el cuerpo que ves en la cama no tiene vida, lo tomé para poder alcanzarte antes que el cielo colapsara.
- ¿Por qué piensas que yo puedo ayudarte?
- En realidad elegí mal las palabras, hace mucho que no necesito hablar para hacerme entender, pero míralo de esta forma; fui enviado para servirte de referencia y protegerte, tu éxito es el de todos, tu fracaso el fin.
- Ojalá pudiera hacerlo, pero en los últimos días he estado corriendo sin poder llegar a ninguna parte, no sé que se espera de mí y casi he muerto en el intento.
- Eres el enviado, has estado escapando de los discípulos del mal, eso es suficiente; ahora debes detenerte y enfrentarlos; pero por sobre todo, debes prepararte para el encuentro con el diablo, él intentará hacerte sucumbir con su palabra fastuosa.
- He soñado con él, eso me despertó.
- Nazareno, los sueños son su reino, en realidad estuviste con él.

Retrocedí unos pasos apabullado, me encontraba ante un cuerpo sin alma, hablando con un ángel de mi encuentro con Lucifer. Respondiendo a un instinto primario, tomé un cigarrillo y lo puse en mis labios, con esfuerzo lo encendí a pesar de mi mano temblorosa.

- En otras circunstancias te diría que no fumes, pero dada la situación, el tabaco es un mal menor.
- ¿Qué es ser un ángel?
- No tenemos tiempo para preguntas y respuestas, las primeras hallaran a las segundas cuando esto termine,

independientemente del resultado, ahora es momento de actuar.

- Déjame hacerte una sola pregunta.
- Adelante, pero sé breve.
- ¿Puedes mentir?
- No.
- Concédeme una más.
- La última, el tiempo apremia.
- ¿Beatriz es un ángel?
- Tú sabes la respuesta, a pesar de lo que pueda haber dicho el mal, utiliza esta última chance para preguntar otra cosa.
- ¿Por qué no vino ella?
- Es sencillo, no habrías podido cumplir con tu misión de ser ella quien estuviese en mi lugar.

## PRELUDIO

La puerta de la iglesia se encontraba abierta, si bien no recordaba haberla cerrado antes de salir, no se veían signos de violencia; con cautela traspuso el mármol de entrada mientras su mano derecha buscaba el rosario en el bolsillo de su saco. Caminó a través de la nave y la sensación de verse observado le recordó los temores de su niñez, una sensación de no pertenencia acompañó sus pasos, sin voltearse avanzó hasta el altar y fingiendo ignorar las presencias a su alrededor, lo rodeó; encendió una media docena de velas, del sagrario extrajo el cáliz y lo depositó ante él. Abrió la Santa Biblia y en voz baja leyó para sí:

*Se hallaba en la sinagoga un hombre endemoniado, y empezó a gritar:*

- *¿Qué quieres de nosotros Jesús de Nazaret?*
- *¿Has venido a destruirnos?*
- *Yo sé quién eres: Tú eres el Santo de Dios.*

*Jesús amenazó al demonio ordenándole:*

- *Cállate y sal de ese hombre.*

*El demonio lo arrojó al suelo, pero luego salió de él sin hacerle daño alguno.*

Apenas alcanzó a terminar la lectura de Lucas, cuando las puertas de la nave se abrieron con estrépito para volver a cerrarse con un estruendo aún mayor, un viento sin origen se batió apagando luces y velas por igual, el olor se tornó insoportable; en la penumbra divisó siluetas y en el silencio halló voces.

- Hemos venido por ti...

Hubiese querido una fe más sólida ahora que el final se acercaba, pero de nada serviría lamentarse por las cosas pasadas, sobreponiéndose a sus propias falencias, dejó en libertad la cruz que colgaba de su cuello y comenzó a rezar en voz alta.

- Padre nuestro que estás en los cielos...
- ...*en los infiernos*...
- santificado sea tu nombre.
- ...*serás sacrificado en su nombre*...
- venga nosotros tu reino,
- ...*muy pronto*...
- hágase tu voluntad.
- ...*NOOOOOOOOOOOO*.....

Las lámparas se encendieron por última vez en un destello majestuoso, los filamentos se deshicieron fundidos por el calor y el gas inerte del interior estalló expandiéndose en el aire y arrojando trozos de vidrio por doquier; las lenguas de fuego formadas en el interior de los bulbos, permanecieron flotando, aún extinguido el combustible que les dio origen. Un latido profundo y tenebroso se dejaba oír y parecía que el edificio acompañaba el ritmo del mismo.

- ...*la única voluntad que respetarás es la de Lucifer*...

Sin responder, Francisco permaneció en pie sintiéndose diminuto ante tanto poder, los cristales de los ventanales y vitrales estallaron y permanecieron flotando en el medio de la gran sala reflejando los destellos de las flamas, las estatuas se resquebrajaron y comenzaron a derrumbarse lentamente, los bancos vibraban en sus posiciones en toda la nave y el piso comenzó a levantarse en múltiples sitios.

- ...*¿aún crees en el poder de tu dios?*...

Eran muchas las voces que hablaban a través de una, ahora sus portadores eran visibles. Los observó acercarse, con sus rostros

grisáceos escoriados, cubiertos por túnicas negras destrozadas y arrastrando con sus manos cadenas oxidadas; sus ojos muertos eran solamente un ornamento, pues no veían por medio de ellos.

- *...si tu fe es tan fuerte como debería ser, entonces no temes morir...*
- Así en la tierra como en el Cielo.
- *...cállate...*
- El pan nuestro de cada día, danos de hoy
- *...iiii¡BASTA!!!!*

El eco del grito se propagó infinita veces, los bancos explotaron, partes del techo cayeron sobre ellos, las llamas se multiplicaron, el cáliz que descansaba a su derecha se dobló como si fuese de cera y los cristales formaron horribles figuras en el aire, luego se desunieron por última vez y volaron rumbo a la figura diminuta del pastor.

- y perdona nuestras deudas...

La voz de Francisco se apagó ahogada por la sangre que brotó de su garganta, cientos de proyectiles habían atravesado su cuerpo y extinguieron su vida; un instante antes de morir, en un gesto de generosidad, encomendó a los ángeles el cuidado del alma de su amigo.

- *...no pudiste salvar a Nazareno, ni siquiera pudiste salvarte a ti mismo, ahora ocupa el lugar que te corresponde por tu martirio.*

En la mañana siguiente, Esther horrorizada encontró el cuerpo del padre crucificado en reemplazo de la imagen del Cristo roto, el mismo detalle de la estatua estaba representado en el miembro parcialmente amputado del sacerdote.

La policía limitó su investigación a un acto de rutina y finalmente cerró el caso como un crimen con connotaciones

religiosas en instancias de robo, no dieron explicaciones pues no la tenían, respecto de la silueta faltante ni del modo en que todo había sido destruido.

**CAPÍTULO V**  
**GÉNESIS**

---





## LA MUERTE DE UN ÁNGEL

Diana despertó sobresaltada, en su sueño un niño había llegado hasta su puerta implorando ayuda, cuando ella abrió, el pequeño le entregó un pincel y se limitó a decir:

- Pinta la puerta de salida del infierno para Nazareno.

Unos minutos más tarde su teléfono sonó, escuchó la noticia y dejó caer el celular de sus manos, se cubrió el rostro y lloró por Francisco como nunca lo hizo por nadie.

Durante toda la mañana una lluvia fuerte y un cielo cubierto recibieron a los madrugadores, la sala de velatorio estaba atestada de personas que se acercaron a despedir al padre asesinado.

- Si pudiera ver a quienes vinieron a su funeral, estaría orgulloso, mira alrededor, la mayoría de los presentes son gente pobre; siempre estuvo rodeado de necesitados, era su manera de seguir la predica de Jesús.
- No debió morir así Diana, no es justo.
- En ningún crimen hay justicia Nazareno, siento impotencia por la impunidad, nadie será juzgado por su muerte.
- No estés tan segura. – le respondí.

Esther ingresó con una pequeña palma de flores rojas en sus manos, las ojeras en su rostro evidenciaban la imposibilidad de descansar durante la noche; se acercó al cajón cerrado y dejó la ofrenda sobre él, luego caminó hasta nosotros.

- El cielo llora cada vez que Dios se ve en la necesidad de convocar a uno de sus hijos predilectos.

La miré con tristeza y supe que en la poesía de sus palabras existía una enorme cuota de verdad, pasé mi brazo sobre su hombro y la contuve junto a mí.

Por la tarde y mientras comenzaban a despejarse las nubes, un puñado de personas acompañamos el féretro de Francisco hasta su última morada, la tierra se abrió para recibir a uno de sus hijos y sólo entonces comprendí la fragilidad de nuestra existencia; en menos de un mes, el mal había cobrado tres víctimas entre las personas que eran de mi aprecio, inmediatamente mi pensamiento voló a la charla que sostuve con Nahuel, ¿mi hermano o su familia podrían ser las próximas?

Finalizado el entierro, me excusé de todos y marché a casa de mi hermano, me sorprendió no encontrar a Cris por lo que llamé a su negocio; Ricardo el socio de Nahuel me atendió con alegría y me informó que habían ido a la maternidad, aparentemente el nacimiento de mi sobrino era inminente.

Mientras me dirigía al sanatorio, iba sacando cuentas del tiempo transcurrido desde la noticia del embarazo, en el mejor de los casos Cris debía hallarse en su séptimo mes de gravidez. En la oficina de informes me derivaron a la sala de espera, donde pude encontrar a la mamá de Cris.

- Hola Julia, ¿me recuerda usted?
- ¡Nazareno! Cuánto tiempo sin verte, ¿cómo estás?
- Bien, - respondí conmovido - ¿cómo está Cris y el bebé?
- Los médicos no han dado ningún parte, pero Nahuel salió hace unos minutos y me informó que ambos están estables, Cris tuvo un pico de presión pero ahora se ha normalizado.

Conversé con la mujer algunos minutos y luego le traje una taza de café, posteriormente me disculpé y salí a fumar. El

ayuno me trajo aparejado una sensación nauseosa, el gusto del tabaco me supo inundo, pero aún así terminé mi cigarrillo. Al volver a la sala vi que Julia estaba acompañada por algunos familiares, por lo que no ingresé y en cambio me dirigí a la pequeña capilla del sanatorio; no había nadie allí, por lo que me senté y me quedé mirando las imágenes celestiales sin pensar en nada. Recordando de repente las enseñanzas de Lucero, me concentré en los sentimientos que tenía para mi hermano menor y su familia, en la paz de aquel lugar pude penetrar en la profundidad y hallar sus almas. Individualicé a Nahuel y supe que estaba bien, luego ingresé en Cris y a pesar de sus miedos no encontré factores de riesgo, en el momento de intentar contactar al fruto de su amor, algo se interpuso.

- Aún no, aléjate un poco.

La voz que se formó en mi mente fue clara y contundente, en su tono no había amenaza alguna, pero sí determinación.

- ¿Quién eres?

- Ahora no. – respondió.

- ¿Por qué? – insistí en mi ignorancia.

En ese instante percibí el brillo de la entidad que me hablaba y tras ella pude ver varios focos de oscuridad, estos últimos me eran familiares, sin duda se trataba de espectros del mal. Buscaban acercarse al niño, pero la luz luchaba contra ellos y los expulsaba, no conseguía ahuyentarlos pero los mantenía alejados del pequeño.

- Déjame que te ayude. – dije.

- No sabes cómo... - respondió dubitativa.

- Enséñame por favor, de lo contrario no podrás vencerlos tu sola.

Sentí un calor interior y un dejo de nostalgia y entonces supe que hacer, la luz se comprimió hasta convertirse en un foco pequeño y yo pude proyectarla dentro de una sombra; por un

instante pareció desaparecer, pero momentos después la sombra comenzó a vibrar y a dilatarse, luego estalló dejando ver el esplendor de su contenido.

- Esa fue la primera, ahora vamos por las demás.

Una a una las sombras fueron extinguidas, cuando la última se apagó, la voz habló de nuevo.

- Ahora destruiré a su líder, deja que yo me encargo.

Sin que pudiera hacer nada por detenerla, ella sacó a relucir una figura oculta, sentí un escalofrío y lo vi retorcerse tratando de envolver a mi ayudante; la luz creció y abarcó todo el entorno hasta sofocar al espectro, luego lo comprimió y la oscuridad explotó sin dejar huellas.

- Ellos están bien, ya puedes ocuparte de tus asuntos, yo permaneceré aquí hasta que pase el peligro, puede que otro apóstol del mal intente un nuevo ataque.

- ¿Quién eres? - pregunté

- Natalia, pero por favor no se lo digas a Nahuel. – respondió y cortó el contacto.

En aquel momento comprendí que el amor es capaz de abrir brechas donde parece imposible, aquella joven increíble estaba allí cuidando de mi hermano y los suyos, lloré entonces su desaparición como no lo había hecho cuando murió.

Aguardé hasta que pude verlos y luego me retiré feliz, aún había esperanzas en la batalla.

Regresé a la clínica por algunas de mis pertenencias y Horacio me recibió.

- ¿Aún estás aquí? Eunice te necesita tanto como tus pacientes. – le dije.

- Lo sé, pero si no hacemos algo con esa joven, pronto todos terminaremos locos.

Recordé al espíritu capturado en el cuerpo y sin responder corrí hacia la sala donde se encontraba.

- Has regresado...
- Sí, parece estar incomodando a muchos aquí en la clínica.
- Lo sé, pero la permanencia en este plano de existencia afecta a los seres vivos, yo no puedo evitarlo.
- ¿Puedo hacer algo por ti?
- En realidad fui enviado para ser yo quien hiciese algo por ti.
- ¿Y cuál es tu misión?
- Vengo a decirte lo que se espera de ti.

Me quedé en silencio unos momentos y el ángel debió captar mi inquietud.

- Comprendo tu desconfianza, pero realmente soy lo que digo ser, aprécialo tu mismo.

El espíritu se abrió ante mí y me mostró cientos de fragmentos de mi vida junto a Beatriz, en el final ella se presentó en una secuencia desconocida y habló:

- Nazareno, amor mío, hemos tratado por todos los medios de componer el nexo con la tierra, si he llegado a esta instancia es porque fracasamos en todos nuestros intentos previos, el ángel mediador que porta mi mensaje lleva consigo la clave de nuestra última posibilidad, no estás obligado a aceptar, el libre albedrío está entre tus derechos. Independientemente del resultado de esta gesta en la que te hemos involucrado, quiere hacerte llegar todo mi amor y mi admiración, te amo, siempre y por toda la eternidad será así.
- ¡No te vayas! – grité.

- Nunca estuvo aquí, solo es parte de un mensaje. – dijo el ángel.

Comprendí a mi pesar la verdad, ella no estaba allí, pero mi amor por ella sí.

- Eres quien dices ser. – dije.
- Gracias por creer.
- Ahora dime, ¿cuál es mi misión?
- Debes matar un ángel.
- ¡¿Qué?!
- Mi existencia en este plano no puede permanecer, las sombras me están socavando poco a poco y si tú no me apagas ellos lo harán y sufriré más, sabrán además mi secreto y podrán usar mi imagen para dañar a otros.

Aún a sabiendas de que no mentía, no me veía en el papel de verdugo de un espíritu.

- Perdona que te ponga ante esta disyuntiva, pero no puedo eliminarme por mí mismo, de hacerlo inmediatamente iría al infierno, con los resultados que expresé.
- ¿Dios podrá perdonarme alguna vez por aniquilar un ángel?
- De seguro lo hará, aún no lo has intentado y ya estás arrepentido.

Sin darme tiempo a tomar una decisión, aunque la misma ya estuviese formada en los niveles más elementales de mi intelecto, el ángel se disolvió en mi interior y supe que debía hacer. Su luz se extinguió y una joven muerta tiempo atrás renació.

- No sé quien eres, pero tengo un mensaje para ti.

Miré a la joven y le acerqué una manta para cubrir su desnudez.

- Dímelo.
- Es sencillo, “gracias”.

Algunos cristales se derritieron en sus marcos, ciertos instrumentos quedaron inutilizados permanentemente y parte de la luminaria se fundió sin explicaciones, pero fuera de eso, no quedó otro vestigio en la clínica del paso de un ángel. Los médicos pueden contar como excepción, que pacientes que parecían incurables, sanaron milagrosamente.

## INFIERNO EN EL CIELO

La batalla final entre el bien y el mal estaba próxima a alcanzar el clímax, si yo iba a ser el gatillo que daría la señal de partida, entonces estaba en condiciones de elegir el momento y el lugar de inicio de la última contienda.

Haciendo uso de dones primarios sumergidos en la historia de la evolución de la humanidad y elevados a niveles de conciencia en mi actual estado, lancé un llamado a quienes me acompañarían, la respuesta al estímulo fue inmediata; mezclada con ellas llegaron las voces amenazantes de los esbirros, íntimamente sentí el brote de un foco de esperanza, había miedo en ellos, ya no eran trece, apenas si alcanzaban a una decena, lo que me hizo pensar que Natalia y otras almas anónimas batallaban contra ellos. Imaginé que Rosa, Lucero y el padre Francisco estaban ahora junto a mí y en la creencia de su compañía fui hasta el colegio.

- ¡Nazareno! Al fin estás de regreso, ¿cómo te sientes?
- Muy bien Esther, gracias por preguntar. – le dije mientras la abrazaba – Perdona si no te dedico demasiado tiempo, pues ya casi no lo hay, solo pasé por aquí para pedirte el crucifijo de Beatriz, ¿puedes prestármelo?
- No digas así, te pertenece, yo sólo lo conservé porque pensé que te hacía daño verlo.
- Así es amiga, pero ahora lo necesito.

Esther se lo quitó del cuello y lo puso en mi mano.

- Gracias, pero ahora debo pedirte un favor más, voy a ir a la iglesia del padre Francisco y quiero que te alejes todo lo que puedas de este lugar.
- ¡No te dejaré sólo! Si algo malo puede sucederte yo estaré allí para ayudarte.



- Supe que podía contar contigo. – le respondí mientras la abrazaba nuevamente.

Sin que ella pudiera evitarlo, ingresé en su mente yforcé a todos los canales de actividad a silenciarse, cayó dormida en mis brazos y la recosté sobre el viejo sofá de la oficina.

- Descansa amiga mía y perdóname por dejarte fuera de la contienda, pero es por tu propio bien. – dije mientras besaba su frente.

Caminé entre las cenizas y despojos de las casillas destruidas por el fuego y noté una silueta siguiendo mis pasos a mis espaldas.

- ¿Por qué me sigues?
- Estoy convocada a la batalla.
- Yo no te llamé.
- No dije que fueras tú. – respondió Marta.

Miré su rostro y aún en la rudeza descubrí un brillo alentador.

- ¿Seremos muchos?
- No tantos como quisiera, pero de muchas partes vienen refuerzos.
- Entonces tenemos posibilidades de triunfo.
- Solo si conseguimos abrir la puerta del cielo. – dijo y apresuró el paso.

En las calles no se veía a nadie, ni siquiera los jóvenes que habitualmente se reúnen en las esquinas, el cielo se cubrió de nubes y las luces siempre encendidas de la villa hicieron notar su brillo. Si este es el aspecto de la “noche última”, realmente resultaba amenazador, no pude evitar sentir vacilaciones en mi ánimo.

Caminé hasta el frente de la iglesia y me detuve al ver a los hijos del infierno rodeando el edificio, eran cientos y deambulaban con total libertad entrando y saliendo de la nave.

- ¿Cómo vamos a vencerlos? – pregunté en voz alta aunque estuviera dirigiendo el interrogatorio a mí mismo.
- Deja que ellos se ocupen. – respondió Marta a mi lado volteando la mirada.

Miré hacia donde ella y entonces sentí que la emoción me rebasaba, de todas partes surgían almas, aún en su esencia podía verles el rostro al pasar junto a mí. No tenían miedo, había paz en su expresión, muchos incluso sonrieron al verme, reconocí a Lucero entre ellas.

- ¿Eres tú?
- Por supuesto muchacho, no pensaste que te iba a dejar solo, ¿verdad?

Pasó en parte a través mío y pude sentir su calidez, un poco a mi izquierda me encontré con el anciano que me regalara la pipa, el viejo sonrió y percibí la fuerza de su alma.

- Con mucha fe y un poco de suerte, tú nos abrirás el acceso al cielo. – dijo mientras efectuaba un gesto de saludo cordial.

El desfile era interminable.

- ¿Ellos están todos muertos? – pregunté.
- Así es, son muchos y se han mantenido en espera hasta hoy, ahora van a luchar por la única persona que puede abrirles el camino al descanso eterno.

Comprendí que se refería a mí y sentí que el rol me quedaba holgado.

Las almas se abrieron paso entre los espectros y formaron un corredor para facilitarme el acceso, a medida que avanzaba podía ver destellos en cada lugar donde ambas fuerzas se medían; a poco de llegar al portal los fantasmas del odio

efectuaron una embestida, pero si bien hicieron retroceder en parte a las almas, no consiguieron tocarme.

- Démonos prisa. – apuntó Marta.

Ingresamos en la iglesia y pude ver que con excepción de las columnas, todo había sido destruido en su interior, incluso su párroco pensé con pena. Algunas presencias treparon por las paredes laterales y escaparon a través de las ventanas donde alguna vez estuvo representada la pasión y muerte de nuestro Señor.

A cada paso los escombros, en cada pedestal los restos de las imágenes de los santos, frases pintadas en las bóvedas alabando e Lucifer, las enormes arañas destruidas, el altar partido al medio. Sentí que una fuerza que me superaba crecía desde mi corazón, sin otra vía de salida, el fragor se convirtió en voz en mi garganta y grité con una violencia inusitada. A mí alrededor todo estalló en actividad, los escombros volaron hacia fuera, las estatuas se regeneraron en luz al igual que los vitrales y un resplandor creciente comenzó a formarse en el altar. Sorprendido de mi propia acción, caminé buscando alguna presencia residual, al no encontrarla comencé a sentir un vacío interior, ¿era esto el fin de todo?

- No dejes que él te robe los sentimientos, es parte de su treta, prepárate.

- ¿Rosa?

- Si...

Esperé la continuación del diálogo, pero no llegó, recordando los planes trazados, reiteré el llamado a Diana y Narciso y quedé a la espera de sus respuestas.

- Estoy en camino. – sentí la voz de Diana.

- Pronto estaremos allí. – dijo Horacio que traía consigo a Narciso.

Hice un pedido a las almas para que cuidaran de ellos hasta su arribo y cuando hube terminado noté el rostro aterrado de Marta mirando por detrás de mí; sin necesidad de volverme supe que él estaba allí, el frío en mi espalda, la angustia y desazón tiñendo todo.

- *Veo que percibes mi presencia.*
- En la forma que apestas sería imposible ignorarte. – respondí mientras volteaba.
- *¡Vaya, que adelanto! Has incorporado el sarcasmo a tu diálogo, ¿esa es una característica propia o forma parte del personaje que representas?*
- Ya cállate y vete de la casa de Dios.
- *¡He venido para destruirte y ni tú ni nadie va a sacarme! Pero antes tendré una conversación a solas contigo.*

Al instante comprendí que Marta corría peligro, su cuerpo salió despedido hacia atrás como si hubiera sido impactado por una fuerza terrible, la vi volar hasta estrellarse contra la arcada de la puerta principal y caer destrozada sin vida al piso.

- *Caramba, debo afinar mi puntería, yo solo quise sacarla afuera.* – dijo el diablo con una risa mal disimulada.
- ¡Tú, bestia maldita! Supera tu miedo y lucha conmigo.
- *¡¿MIEDO?! Idiota, no hables de lo que ignoras, ¿quieres conocer lo que es el miedo? Te haré sentir la suma de los temores de todas las almas que llegan a mí, luego podrás hablar con propiedad.*

Tarde comprendí mi error al desafiarlo, tras sus palabras el pánico se apoderó de mi cuerpo, sentí como propia cada pena, todo dolor, el desánimo y la impotencia, el deseo irrefrenable de suicidarme y poner término inmediato a esta tortura. Mis manos temblaban, mis piernas casi no podían sostenerme,

lloraba como un niño mientras hacía un esfuerzo imposible por no implorar piedad.

- ...resiste... un poco... más....

La voz intentaba abrirse paso en mi mente, pero yo ya había tocado el piso y ahora comenzaba a derrumbarme sin posibilidades de que alguien lo impidiese.

- ...no caigas...

- ...ellos están... próximos...

No lograba obedecer, mi voluntad estaba doblegada, cada miedo era superior al anterior, en cada sufrimiento existía un pedido de piedad. ¿Cómo pude llegar a pensar que era capaz de derrotar al mal?

- ...úsalos... vuélvelos en su contra...

No comprendía a qué se refería.

- ...arrepentidos...

La última palabra se abrió paso a mi entendimiento, casi todas las almas condenadas al infierno se arrepentían de corazón, si yo era el representante Dios en este momento, entonces podía elevar al Creador su pedido. Lucifer percibió la maniobra e interrumpió inmediatamente la tortura.

- *No uses a mis séquitos para tus planes, ellos tuvieron su oportunidad en vida y la despreciaron, ahora me pertenecen, no hay chances para el perdón y tú no tienes autoridad para darlo.*

¿Había tenido una primera victoria? Sin sentirme envanecido por el éxito, me puse en pie y con mi mano derecha apreté el crucifijo que colgaba en mi pecho.

- *Haces bien en aferrarte a lo que puedas, cuando caigas al infierno no tendrás de donde hacerlo.*

- ...estamos aquí... – dijeron las voces.

Las puertas se abrieron de par en par para dejarme ver a Diana y Narciso, ellos eran parte de mi jugada maestra, pero no me

atreví a pensar directamente en mi plan, Lucifer podía estar leyendo mis pensamientos.

- *Conque ellos son tu apoyo, una mujer loca por no conocer el dolor y un niño casi muerto incapaz de distinguir la realidad de los sueños; perdóname pero en tu lugar hubiera elegido mejor.*
- Ellos son todo lo que necesito. – respondí irritado.
- *Bien, si los necesitas, entonces los destruiré, aunque más no sea por la posibilidad de que puedan serte útiles.*

Comprendí que en mi respuesta había cometido un grave error, ahora intentaré acabar con ellos.

- *Comenzaré contigo mujer, ¿quieres dolor? Te daré una eternidad de sufrimiento entonces.*

Diana se dobló a la mitad y en su mirada pude ver que el pánico las desbordaba.

- *¿Por qué no pintas ahora con tu sangre lo que sientes mujerzuela?*

Vi su carne abrirse sin motivos en múltiples heridas y la sangre brotar de ellas, el cuerpo de Diana se elevó unos centímetros y comenzó a desplazarse, dejando un reguero de sangre en su avance.

- *Mira que bonita obra, ¿te gusta? La llamo “Paraíso perdido”, lástima que dispongo de un solo color. – rió la bestia. - Y tu niño, conoce el origen de tus sueños, visita mi reino.*

Los ojos de Narciso miraban en derredor, intentaba cubrirse con sus manitos de cosas que yo no podía ver, él tenía miedo y yo lo percibía.

- ...ahora... ábrete a los ángeles...

Nuevamente la voz llevándome a sobreponerme, el mensaje era claro, éste era el momento.

Cerré mis ojos, abrí los brazos en cruz y mientras volteaba mi cabeza hacia atrás grité...

- ¡DIOS, DEJA QUE TUS ANGELES VENGAN A MI!

En ese momento sentí que dejaba de pertenecer a mi cuerpo, me alejé flotando y pude ver los sucesos desde fuera de mi persona. El techo abovedado estalló y a mis ojos llegaron dos rayos de luz desde el cielo, mis manos se hicieron ramas de un árbol y de sus extremos brotaron centellas en busca de la tierra, vi a mi pecho iluminarse, pasando de un rojo púrpura a un naranja incipiente; a través del hueco en la bóveda pude ver la noche última y ésta se me antojó inmensamente bella.

Busqué a Diana y la vi tendida en el suelo, algunas luces la rodeaban intentando sanar sus lesiones, Narciso se hallaba sentado en el piso y con su cabeza entre las rodillas lloraba sin consuelo, Esther lo abrazaba con el mismo amor que lo haría con su hijo.

Mi pecho se tornó del color del sol y finalmente migró al blanco más puro que jamás hubiese visto, entonces se quebró y los ángeles se abrieron paso por mi intermedio; los vi brillar como enormes estrellas y en los miles de rostro de Lucifer hubo miedo.

- ...aprovecha este momento amor mío, abre las puertas del infierno...

La voz de Beatriz, como fue antes, como la recordaré siempre.

- ¿Tú?

- ...sí amor, yo...

Me transporté o mejor dicho traje a Narciso a mi mente.

- Narciso, necesito que vuelvas al sueño de Lucifer.

- Me da terror.

- Lo sé, será por última vez. – le aseguré – Diana, ven con nosotros, entraremos en el laberinto de demencia, el

mismo que pintaste en tu cuadro, debes ayudarme a encontrar la salida.

- Estoy contigo.

Unidos penetramos la mente de la bestia, descubriendo a cada paso una nueva dimensión del horror, apremiados por las expectativas de los ángeles recorrimos los callejones de esa estructura enferma, Diana guiándonos y Narciso sosteniendo la conexión.

- ...dense prisa...

Lucifer planteaba disyuntivas en cada intersección, pero Diana se frenaba apenas para avanzar de nuevo.

- *Salgan de mí antes de que decida acabar con ustedes.*

- ...destruye la puerta...

Los caminos se volvían cada vez menos complejo, ¿se le acaban los recursos al mal?

- *Están provocando mi ira.*

- Este es el final. – dijo Diana.

- *Nazareno, nunca la tendrás, te arrepentirás miles de veces por haberme desafiado.*

Miré y me encontré a mí mismo, ¿había dejado otra vez mi cuerpo?

- ...no, eres tú, esa es la puerta...

¿Yo era el límite para acceder al infierno? Moriría al destruirla, ¿esa era la trampa postrera de Lucifer? Liberé el pensamiento de Diana y me detuve, estaba dispuesto a efectuar mi última carrera, atravesaría el portal del infierno. Comencé a avanzar recorriendo a una velocidad fantástica el tramo final, un instante antes del impacto, solté a Narciso.

- Sé feliz, hijo mío. – me despedí.

- *Ya me encargaré de ellos cuando te destruya gusano.*

La barrera se quebrantó y los ángeles fluyeron a través mío; antes de desaparecer por siempre individualicé a uno y lo llevé



ante Lucero, busqué otro sin éxito y finalmente como auto recompensa me aferré a Beatriz.

*Has muerto infinitas veces para abrir paso a los ángeles en la tierra.*

## LA PUESTA DE SOL

*Danzan a mí alrededor, están felices, ¿así es el día del juicio?  
No debí sentir temor entonces.*

- Horacio, no me mientas, ¿volverá alguna vez a ser él?
- Créeme Esther que nada deseo más en este mundo.
- Entonces, ¿por qué dejas que te lo quiten? Cúralo en tu clínica.
- Lo que él tiene está más allá de la medicina, deja que ellos se lo lleven, parecen saber más de Nazareno que nosotros.

*Voces familiares a mí alrededor y en mi interior un vacío  
inigualable, ¿dónde estás amor? No regresaste conmigo.*

El bamboleo rítmico y la calidez del sol bañando la tierra.

- ¿Adónde le llevaremos?
- Sus amigos lo esperan para cuidarlo Yahuar, hasta que sane, ellos le ayudarán a recuperar su historia, intentando que su pasado se convierta en presente.
- Lo lograrán.
- Así será, él merece eso. – respondió Manuel – Ahora dime amigo, ¿cómo supiste dónde hallarlo?
- Fue sencillo, dejé que mi alma escuchara el canto de los ángeles.
- Debes enseñarme como hacerlo, yo se lo prometí a Nazareno.
- Es fácil, ahora disfrutemos de una ronda de tabaco.

Carmen y Alejandro recibieron a los viajeros, estos permanecieron unos días y luego continuaron su rumbo.

Nazareno contó con la atención y el amor incondicional de sus amigos, periódicamente Horacio y Eunice lo visitaban, el primero para controlar su salud, su esposa por cariño hacia el joven.

Esther llegó un día inesperado, traía dulces y masitas caseras, habló durante horas sin esperar las respuestas que el cuerpo de Nazareno no podía darles, antes de irse lo abrazó y lloró.

- Me diste la vida de nuevo al reflotar la esperanza de encontrar el perdón de mi hijo, que Dios se apiade de tu alma amigo mío.

El no pudo apreciar el cambio en su amiga, parecía años más joven y había perdido peso visiblemente, incluso se permitía el placer de una sonrisa mientras hablaba.

Nahuel y Cris llegaron casi un mes después, traían consigo el fruto de su amor, acercaron ese capullo de ternura a sus brazos y esperaron una reacción que no llegó.

- Este es tu sobrino Jesús, recupérate, él necesita de ti tanto como nosotros. – dijo Cris.

Su hermano lo abrazó y permaneció sosteniéndolo en brazos, de no haber tenido una familia que cuidar se habría quedado allí con él por siempre.

Meses después con la llegada de un nuevo otoño, Nazareno regresó.

- Nazareno, vuelves a estar con nosotros, ¿cómo te sientes?
- Todo vuelve a comenzar Carmen.
- ¿A qué te refieres? Venciste al mismo Lucifer, ahora todos estamos en libertad.
- Alejandro, se ha dado un cambio en el mundo, ustedes y millones de personas en todo el planeta escucharon por primera vez la voz de sus seres queridos

desaparecidos, ahora son conscientes de que existe una nueva vida tras esta etapa; el pensamiento de la humanidad ha cambiado, incluso el juicio a los hombres se ha aplazado.

- Eso que dices es idílico, ¿dónde está el problema entonces?
- Aún es necesario un guardián que controle que la puerta del infierno se mantenga cerrada, son muchos los que no escucharon la voz de los ángeles, pues en su maldad no tienen nadie que los quiera, ellos son terreno fértil para el mal.
- ¿Tú eres el guardián?
- Lo soy.
- ¿Y qué vas a hacer ahora?
- Terminaré de recuperarme junto a ustedes, luego marcharé.
- ¿Adónde? Cumple tu misión junto a nosotros.
- Sería un placer, pero debo hacer una pasada por Oberá, hay un hombre a quién le debo un presente. – respondí mostrándoles un Cristo roto similar al que colgué de su pared. – Tengo además que conocer a mi sobrino y abrazar a mi hermano, luego iré a cubrir un puesto vacante de maestro en un pueblito perdido en la provincia de Catamarca.

## ÚLTIMO ADIÓS

En un alto en el camino hacia mi destino, en cercanías de un viejo cementerio abandonado sentí la necesidad de detenerme a descansar, sentado sobre el baúl de mi auto fumaba sintiéndome parte de la naturaleza.

- Sabía que pasarías por aquí amigo mío.
- ¿Rosa? ¿Eres tú? – respondí intentando ver su espíritu.
- Sí, mi momento de marchar está próximo y me tomé el atrevimiento de detenerte unos instantes para que conozcas el sitio donde descansan los restos de Lucero.
- ¿Es en ese viejo cementerio?
- Efectivamente, es fácil reconocer su tumba.
- ¿Tiene un Cristo roto?
- Te has vuelto muy perceptivo, me haces sentir orgullosa de haberte elegido como mi sucesor.
- Le has dado sentido a mi vida.
- Me alegra oír eso hijo.
- ¿Lucero está contigo?
- No, ella está recuperando años de ausencia, debieras verla ahora junto a su hermano, creo que por primera vez es feliz.
- Lo merecía.
- Sin dudas, como tú también mereces recuperar tu amor.
- Ya lo recuperé, ahora solo es cuestión de tiempo, mientras nuestra separación dure haré todo lo que esté a mi alcance por cambiar esta tierra, eso me acercará cada vez más a ella.
- Es una excelente actitud, me alegro de que pienses de esa manera.
- ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

- Ajustando cuentas con los apóstoles del mal, los pocos que quedan han huido y dudo que tengan intenciones de volver en mediano plazo.
- Me tranquiliza oír eso, realmente me infundían pánico.
- ¿Puedo contarte un último secreto?
- Dejará de serlo cuando lo hagas.
- Puedo permitirme esa infidencia, escucha: Beatriz murió reconfortando a los que no podía salvar y antes de extinguir su vida terrenal, sus pensamientos fueron sólo para ti.
- Gracias Rosa, ha sido un hermoso detalle de tu parte.
- Entonces no llores, ríe por ella, hazlo por ti.
- ¿Te marchas? – pregunté al sentir su voz atenuarse.
- Sí, mi hombre espera por mí, ¿lo recuerdas?
- Por supuesto, tengo conmigo su anillo de bodas.
- Véndelo y compra medicamentos o comida para los necesitados.

Sentí un beso en mi mejilla como contacto final de mi amiga y pude ver su luz elevándose al cielo; caminé hasta el cementerio, corté unas flores silvestres y las dejé junto a Lucero, luego subí a mi coche y seguí la ruta de mi destino.

FIN